# Como si fuera ahora...

Emilio Rodríguez Mendoza.

BIBLIOTECA PÚBLICA
- 4B -
BARCELONA

EMILIO RODRIGUEZ MENDOZA

# Como si Fuera Ahora...

BIBLIOTECA POPULAR
Independencia
- 470 -
RANCAGUA

EDITORIAL NASCIMENTO
SANTIAGO 1929 CHILE

696c
.49
.4
PA 83 43

Impreso en los Talleres de
la Editorial Nascimento.
= Ahumada 125 =
Santiago, de Chile 1929

# I

## Tarea reanudada

En 1918 y a raíz de una serie de pilatunas cometidas conmigo, tiré airadamente mi puesto de secretario de nuestra Legación en Argentina: confiado en mis fuerzas y en mi honradez, una vez más me sumergía silenciosamente bajo las glicinas de mi casita de la calle Baquedano.

Ese pedazo de tierra, envuelto de alto a bajo en el mantón morado de sus flores, era bien mío: lo había adquirido pagándolo peso a peso, gota a gota de tinta y de esfuerzo y, por lo menos para mí, constituía un asilo y un ejemplo estimulante.

En una pieza llena de sol de esa casita, vivía mi madre, ya muy vieja; en otra, baja, sola y silenciosa, alineaba en batalla mis libros y en una pequeña bodega se amontonaron los víveres para resistir un largo sitio...

Cerrada estrepitosamente la puerta, podía empezar la brega: alarmado por la situación del país en que no había sino desorden, habilidades y escamoteos—a esto se daba el nombre envejecido y desprestigiado de política—me disponía a emprender una ruda campaña contra todo aquello.

Total: una descomposición general muy avanzada; amoralidades de las alturas sin aire ni perspectiva hacia el futuro y

abajo mar de fondo, es decir, agitación amenazante de una masa despreciada y diezmada por el olvido de toda acción social.

El Presidente de entonces había llegado sin adivinar la serie de problemas que le iban a salir al paso durante su período y que él vió bien que no hacían sino crecer y crecer, ensombreciendo el camino de aquel del carro del Estado, carro o carreta, que a la sazón cargaba con toda clase de bultos y mercaderías.

Había llegado al poder después de veinte años de transacciones cotidianas, de equilibrios inestables; de concesiones, de promesas, de planes y combinaciones en que todo era curvilíneo, cuando no oscuramente mezquino.

Me iría furiosamente encima esa situación, y empezaría aferrando a los que habían hecho de sus procedimientos de capora-les un suculento sistema político.

Creía hacer así tarea de profilaxia pública y trataría por todos los medios a mi alcance de precipitar la huída del poder de los personajes de decadencia que no habían llevado a la altura sino una mole de pesada materialidad, negación inerte de todo lo que vibra o siente.

He ahí los arquetipos de la situación y era en ellos donde yo quería hincar mi pluma, que nunca fué cosa apta para intrigas sino instrumento de arte y de combate.

Pero héteme aquí que al emprender mi tarea se me hizo saber gentil, suavemente, que «La Nación» no era un *ring de box*...

Contrariado en mi propósito de combatir rudamente, empecé a colaborar domingo a domingo en «La Nación» con artículos de interés nacional y estaba en esta tarea cuando, junto con el Kaiser, que agachándose los bigotes se colaba precipi-

tadamente en Holanda, aparece el presidente Wilson con sus catorce puntos, soñados en un organismo nuevo y sin complicaciones exteriores—la Unión Americana—para ser aplicados en un Continente en que problemas, hábitos y costumbres cargan encima con un montón de siglos y hasta de civilizaciones sucesivamente superpuestas: puntos o postulados irrealizables, pero detonantemente sustentados en ese momento por el profeta evangélico salido de la hoguera mundial.

Uno de esos puntos chocaba *carrement* con uno de nuestros pactos internacionales.

Comenzaba el año de 1919 y como la marejada de ese momento reclamaba la presencia de un práctico en el puente, se llamó al Departamento de Relaciones Exteriores al señor Barros Borgoño, quien llamó a su vez, al Sr. Bello Codesido para ofrecerle nuestra Legación en Bolivia.

En seguida, y después de ponerse de acuerdo con el jefe de la misión, el Sr. Barros Borgoño me hizo el honor de decirme que yo debía acompañar al Sr. Bello.

Interrumpí, pues, los artículos de interés nacional que venía publicando en «La Nación» e interrumpí también la ejecución de los libros, ya aparecido el primero: «*Como si fuera ayer*...» y de los cuales es este, «*Como si fuera ahora*...» el segundo.

La tarea detenida en un momento de grave inquietud cívica se reanuda sólo ahora y, a Dios gracias, en instantes de vigoroso optimismo.

El organismo que parecía caduco y vacilante se rejuvenece; la ciudad sucia parece otra: está limpia, iluminada y en vez de la banda de tenebrosa miseria de otros tiempos, se trabaja febrilmente cerca de la magnífica mole a que se prende la orla florida del territorio. La Capital se puebla de construcciones

traspasadas por la luz y en las cuales, por fin, ya no campea, dueño y señor, el indigno adobe indígena, hermano del tugurio, la pocilga y la infección que estaban estrangulando la raza.

En vez del inconsciente trapo rojo, especie de bandera que podía convertirse en cualquier momento en venda de patíbulo, el país entero se florece de banderas y ya no se pasa la frontera con el sobresalto de oír de un momento a otro descargas y tiros de gracia, aullidos y amenazas.

La era irrisoria del progreso puramente teórico ha sido reemplazada por la transformación efectiva y se está formando la más sana y vigorosa de las espiritualidades: la del optimismo, que es fuerza hecha por la fe y la alegría.

Este país estaba mortalmente enfermo de pesimismo; entraba al período comatoso de los ebrios o los moribundos y los parásitos atrofiaban ya el nervio acerado, mezcla del conquistador y el aborigen que lo esperaba «laque» en mano bajo los árboles que hunden en el cielo austral la espada de sus copas. Y cuando, llegando del cosmópolis argentino, traspaso la frontera, me sacude una emoción venida del fondo secular de la raza y del poema—España de la Conquista y Arauco de la resistencia sin fin—y paso agitado por la emoción y las ideas ante las montañas, sucesión de cumbres en lucha de altura y empavesadas con el oro del mediodía sobre la nieve, que es germen de fuerza en espera del calor progenitor de la primavera.

Avanzo país adentro y veo por todas partes orden e higiene. Chile reemprende su crecimiento detenido o contrahecho.

Vuelvo a la tierra en pleno Septiembre envuelto en banderas que agitan entre la luz la llama victoriosa de sus colores.

Me meto con unos cuantos libros y unos cuantos cuadros en una casita que podría trepar en funicular al San Cristóbal y

empiezo a ordenar los apuntes y los papeles que necesito para reanudar la tarea interrumpida hace diez años, justos, lo que quiere decir que fué dejada al mediodía y que va a ser continuada en la tarde, al acercarse la hora recapituladora del crepúsculo.

Vengo a hacer una cura de silencio y quiero ofrendar por completo al trabajo los meses de este viaje, hecho ex-profeso para venir a contemplar la montaña con los ojos muy abiertos, como quien mira en la entraña del porvenir y de la raza.

¿Pero es que puede descansar, como no sea con la muerte, el que ha pasado la vida entera trabajando?

Abro por completo las ventanas para que con el oxígeno entre algo esencial de esa montaña que, paramentada de blanco, celebra sus nupcias con la primavera.

Al lado, bien junto a esta casita color gorrión en que me he metido y la cual mira a todas partes, hay un viejo huerto que es un cuadro de Valenzuela Llanos: sobre un marco de tapias campesinas, desbordan las flores de estación.

Se estremecen en las parras las hojas helénicas, recién brotadas entre guedejas de pámpanos, y al pie de los troncos musculares salpica el «llu-llo» sus flores que no podrían llamarse doradas porque son las hijas más humildes de un suelo que verano tras verano germina tapices.

Los azahares atraerán muy luego un cortejo nupcial de abejas sibaritas que cuando se alejan, desaparecen borradas por la luz.

Los almendros forman un biombo japonés que suplanta el Fusiyama con los Andes. Estalla vida el pulmón de los duraznos en flor y para que esta tela vegetal sea irrefutablemente pintada por Valenzuela Llanos, en medio de este huerto, embriagado con una vendimia de color, solo, sin flores ni pájaros, en los

huesos, y haciéndose espacio con sus ramas armadas de uñas o espinas, sacude su organismo descarnado, puro nervio, un espino escapado del San Cristobal.

Me parece que si trepo a la pequeña terraza, tal vez puedo divisar el mar de este país sin distancias transversales, lo que económicamente es una ventaja inapreciable porque la riqueza en profundidad, ahogada por la distancia, suele no ser riqueza, como no sea oro en polvo o virgen en un trapito.

Y qué clima y qué paisaje el de esta gran espada de tierra colgada al flanco del Continente!

En manos de Dios o del Diablo—lo será entre las del primero—Chile tendrá que ser un gran pueblo industrial.

# II

## ¡Por donde empezar!

Al intentar la ordenación de mis papeles en desorden, meto las manos febriles en la sombra informe de una serie de esbozos: son libros que nunca escribí ni escribiré porque, quieras que no, he tenido que dejarme devorar poco a poco por los puestos en que cada cual cree tener derecho a quitarnos un pedazo, grande o chico, de lo único que tenemos los que algo espiritual quisiéramos dejar a la tierra que se extiende en infinito de mar por un lado y que se alza en infinito de altura por el otro.

Revuelvo y barajo papeles con pasión, con curiosidad, con alegría y dolor... ¡Sale al paso tanto proyecto trazado cuando se creía que habría tiempo para todo, inclusive para incorporar una partícula más a la historia misma del país!

¡Inútil! No encuentro nada concreto o siquiera a medio modelar: líneas, frases, indicaciones, nada más.

¿Cómo puedo, pues, trazar con este papelerío la arquitectura de un libro? ¿De un libro que quisiera ser algo racial, es decir, una mezcla de lo autóctono, recio y adusto, y de lo español, es decir, barroquismo escorialesco, frío por fuera y hoguera por dentro?

Creía hallar cierto orden en mis papeles; pero estaba en-

gañado como en tantas otras cosas. Sólo encuentro un amasijo de cuartillas en que parece que han trasegado niños, ratas y polillas—símbolo de la vida.

¿Y con esto voy a hacer el libro que he anunciado una y otra vez, como para decir, sacudiendo las cuerdas del ring: —Eh!... un momento. No contéis todavía los diez segundos...

Es inútil querer enterrar a la gente antes de tiempo y si a mí me dejan los sepultureros solícitos, el día del entierro, al cual prometo no asistir, me escaparé del cajón para hacer callar al imbécil que en son de discurso intente leer oficialmente la lista de los destinos que he desempeñado...

No he sido un puesto: he sido un hombre, lleno hasta la boca de toda clase de pasiones, que luchó por dominar las malas y que también bregó por ampliar las buenas...

Pero arrestos y poses a un lado, voy viendo que he prometido un libro que no sé cómo planear: no da para nada esta serie de ideas fragmentarias, de frases a medio modelar, de nombres vacíos puestos a hijos por engendrar o que nacieron bien muertos, así como otros nacen bien vivos.

Escrito en una cuartilla de imprenta leo lo siguiente: América bárbara...

¡Ah! Es un proyecto que me viene persiguiendo insistentemente y que de tiempo en tiempo reaparece como un reproche amargo: has desdeñado lo único original y fuerte que se te ha ocurrido... Y *eso* reaparece como una tentación sanantoniana: enciérrate conmigo, como si de nuevo tuvieras veinte años y te encontráras solo con una mujer hermosa en medio de un gran paisaje...

Si pudiera, me iría al cuerpo desnudo de esa idea palpitante

de originalidad y cuya estructura esbocé apenas, hace años, al pie del título.

Es esta: está consumada la independencia de la América española y la piqueta de enterrar cosas que resucitan ha intentado desfigurar las facciones de todo lo español metido en el tuétano del criollage americano. Se han destruído los escudos con el águila de doble cabeza de los Austrias y políticamente se ha demolido el predominio peninsular.

¿Y espiritualmente? ¿Podría desaparecer la noción española de las jerarquías sociales; podrían desaparecer las creencias; el concepto general de la vida?

La independencia fué una vasta y apresurada reinstalación de lo español dentro de constituciones hechas con materiales formados por retablos, santos de imaginería, hierros forjados y puertas de cuarterones como la que abre la perspectiva al fondo de las Meninas de Velásquez.

Destruído el dominio peninsular, la América se puebla de caudillos furibundos, desorbitados, que montando sus bestias de guerra, corren sable o lanza en mano entre las ruinas de la Colonia.

Y como se había destruído un sistema tricentenario que aún hoy reaparece en algunos espíritus, hay que construir otro; pero con la misma materia espiritual formada por el sistema suplantado.

Empiezan, pues, las luchas de la vasta y pintoresca ensayología en que se ensaya todo, olvidando, como digo, que los materiales eran los mismos.

Brota la sangre estampando la tierra con sus charcos de vermellón goyesco y se degüella a facón o se balea con tercerolas que no siempre dan fuego...

Junto con la tragedia, hace su mueca lo grostesco y todo un hemisferio del planeta, menos, es claro, los Estados Unidos, se estremecen de pasión y de odio. Los gritos de furia y de guerra cruzan las pampas y las sierras.

He ahí la América bárbara, improvisando Constituciones escritas en el arzón de la silla pellejuda en que más de una vez se ató el cuello o las muñecas del vencido próximo a ser lanceado, colgado o arcabuceado

Desde Lima, arcaica y virreinal, Bolívar, enamorado, inflamado, zamarreado por la hiperestesia del genio; crispado o erguido sobre las ruinas coloniales, traza una enorme ideología y frunce el ceño semblanteando todo el Continente.

Sucre, especie de girondino de la Emancipación, parece correr a una cita de amor cuando cae baleado en la desolación de Berruecos; se alza Iturbide monárquicamente con una coronita real en que se han embutido apresuradamente gemas mejicanas; cae García Moreno partido a machete y en cruz; se ahorca y luego se quema a los Gutiérrez; en el estuario del Plata, Latorre, dictador uruguayo, fondea a sus enemigos, atándoles en medio de la noche y de los sollozos del pampero, un lingote de hierro; degüella la mazorca rosista mientras la guitarra de Martín Fierro toca vidalitas y pericones de la muerte y, para mayor comodidad de la víctima y del verdugo, se arrodilla la primera, le mete dos dedos en las narices el segundo, a fin de echarle bien atrás la cabeza, y en seguida, una pasada a fondo con el mismo cuchillo de trinchar carne asada al palo... Y memorias para el otro mundo, ché, federal!

Un lugar-teniente de don Juan Manuel de Rozas, el cual no se mostró en Caseros tan guapo como esperaba la tierna Manuelita, después de un entrevero a machete y boleadora, toma pri-

sionero al general enemigo y como habían sido compadres y amigazos, le hace poner grillos, es verdad, pero, en cambio, lo va a ver y echándose el poncho al hombro, le da un gran abrazo como cuando la corrían juntos pampa adentro, facón al cinto y guitarra nómade a la espalda.

Hace traer mate cebado con yerba paraguaya y cerca y mientras humea la carne al palo, rasguean las guitarras camperas.

Se va la noche; comiezan a cantar los gallos mañaneros y el nuevo día empieza a prender la cintita punzó al borde de esa pampa infinita y lisa como un poncho en que, no teniendo el sol donde ocultar los paños menores del alba, se aparece de un repente y de lleno

El lugar-teniente de don Juan Manuel, echándose de nuevo al hombro la flechuda manta jujeña, saca el reloj de llave y le dice a su amigazo que ya se va porque como lo ha mandado degollar a las siete, es hora de que lo deje solo para que alcance a poner al día sus cuentas con Dios...

Acá en nuestra tierra, Florín, un tenientillo taur, borrachín y mujeriego, ordena «que baje el ministro» de su birlocho—el ministro era Portales, el organizador.

Baja el gran ministro que metió al país dentro de una matriz de autoridad y el bribón de Florín le arranca a tirones la noble capa española para que las balas de aquella ejecución de motín puedan penetrar sin embotarse.

Más allá, en el altiplano desolado, sargentos hechos generales y generales hechos sargentos, atrapan, sueltan y se disputan el poder en una naipada mulata y sin fin, jugada, es claro, a fusilazos, tragos y traiciones.

El que vence hace cualquier cosa con el pellejo cobrizo del vencido y el vencedor, todo bordado y empenachado, pasa

revista diaria a los leales que han de traicionarlo al día siguiente.

Después de la parada, el general se emborracha en grande y hace que sus ministros besen el pié de la hembra traída con gran pompa de los burdeles de Santiago.

Un día Melgarejo, que andaba buscándole las tres mitades a Belzu, lo que quiere decir que quería derrocarlo y sacarlo en vilo de «palacio», es derrotado por las tropas de aquel.

Entonces se hace seguir por dos de sus soldados más fieles y más fortachos; da un gran rodeo y se presenta al «palacio» en que el vencedor estaba celebrando el triunfo con cerveza mezcladita con alcohol. Y como todos creen que va a entregarse él mismo, lo dejan entrar libremente. Sube la escalinata de la izquierda flanqueado por sus dos sargentones y avisado Belzu, quien sentía a la sazón las emotividades sentimentales de la embriaguez, sale a recibir con los brazos abiertos a su adversario, el cual, al tenerlo a tiro, le da un balazo y lo deja seco, es decir, lo «blanquea», según el dicho paceño.

Coge en seguida el cuerpo ensangrentado de Belzu; avanza con él en medio de los circunstantes despavoridos; abre un balcón que da a la vieja plaza cuadrangular, muestra el cadáver chorreando barbas, bordados y lentejuelas, y grita a la chusma ¡Belzu ha muerto!... Viva Melgarejo!

A ese, Viva! sigue un trágico silencio de seis años.

La América posterior a la Emancipación, la América bárbara...

Hé ahí uno de los esbozos con que me he topado al revisar mis papeles, intentando ordenar cosas revueltas y desencuadernadas durante el cuarto de siglo en que he andado de Herodes a Pilatos.

¡Proyectos que no han de realizarse! ¡Ah! No hay tiempo!

La vida corre muy de prisa. Y luego, esto de pasar la existencia entera haciendo y deshaciendo maletas, en espera de la que sin otra leyenda que un nombre y una cruz encima, nos traslada a la región aquella donde aún no se expenden boletos de regreso...

He aquí otro proyecto: un gran friso de figuras autóctonas sin ningún perfil hecho con el caramelo de la benevolencia. Nada tampoco de mascarones estilo Renacimiento, cosas de yeso blanco y blando, que cualquiera llovizna convierte en lágrimas de almidón.

Nada, así mismo, de barroco hecho con cemento. No... Sólo una indicación sumaria, a rasgos esenciales, de todo lo fundamental, de todo lo que sobresale, hecho mármol, al pasar la mano por la superficie de la historia nacional: un friso de piedra nativa que incrustar en el flanco de la montaña.

Total, que no sé por dónde empezar.

¿En el punto en que quedó «*Como si fuera ayer*» aparecido hace diez años, durante los cuales se han acumulado tumultuosamente tantas cosas, tantos hombres, tantos cambios?

Pero ¿queda algo de ese libro? Porque si no quedara nada ¿para qué proseguirlo? Fué escrito en el momento en que se borraba mucho de lo que ya hoy no existe y que acaso era útil fijar en algunos de sus rasgos esenciales.

Mientras hojeo ese libro en que traté de retener la última vibración de la ciudad colonial, se estremece de cimiento a antena captadora de la onda de paso, la casita en que he venido a encerrarme: es un avión trimotor que pasa extendiendo sus alas blancas.

Desde el pie del San Cristóbal lo mira una postrera «carretela» tirada por un caballejo que ya no se atrevería a entrar a la

ciudad aunque lo crucificaran con espuelas de «pihuelo» de plata calada.

Hunde en la tierra húmeda y pastosa su hocico sin quejas, sin forma, feo con fealdad de cosa humana y, sin embargo inocente e incapaz de porquerías; hocico santo; hocico franciscano que no conoce el alcohol ni los cigarrillos perfumados y que rechazaría hasta el pasto que va a comer si en él hubiera un insecto que devorar.

Ya no sirve para nada como no sea para acarrear flores o lechugas; para nada por que tanto ha cambiado todo, que hasta los muertos, como si fueran a un *aperitif concert* se van ahora al Campo-santo en automóvil *yanqui*.

Dueño del cenit, el trimotor hace gambetas estrepitosas, regocijadamente, olvidado de la gravedad y del espacio, cuya noción ya no es la misma que antes.

Cabecea hacia arriba entoldado de cielo, tragando altura, y hace alardes alados. Trimotor y «carretela» campera, saturada de olor a menta, son símbolos auténticos de lo que se va y de lo que viene y me dicen claramente que lo que hay que hacer ahora solo podría llamarse sino «*Como si fuera ahora*»...

Conforme; empecemos; pero antes quiero pasar a la otra pieza para colgar momentáneamente la casaca en un clavo embutido en la pared.

Casaca con laureles de sastrería; sombrero de dos picos y plumas blancas; espadín inofensivo, incapaz de romper nada ni la seda color carne, y bandas y condecoraciones que cuando uno se las cuelga para salir a un escenario de Congreso de Viena, hacen ruido de latas doradas... Permitidme que os abandone un momento: os dejo colgados y podéis escaparos durante las fiestas estudiantiles e ir del bracete de alguna *colombine* a los

bailes de fantasía, olvidando los años provectos de vuestro dueño.

Y si, en cambio, queréis permanecer resignadamente ahorcados en el clavo que os ha acogotado, pues que caiga el polvo sobre los laureles que bordó apresuradamente un sastre quiteño.

Y para terminar, un pedido formal, especie de disposición testamentaria: si muero en servicio, es decir, cobrando sueldo, y alguien del protocolo, siguiendo una costumbre inveterada, hace poner la casaca y el espadín encima del cajón—testimonio horizontal de la vacante definitiva—también podeis escaparos catafalco o encatrado abajo, porque con arreos diplomáticos hasta la muerte parece cosa de comedia...

# III

## «La Tarde»

Patio, salón o lo que fuera aquello, el hecho es que en el momento de llegar ahí tumultuosamente los «galos» empujando hacia adentro un motor lleno de fracturas y traumatismos, eso tomó en el acto aspecto de *ring* con cuerdas al rededor.

Se llamaba «*La Tarde*» y a ella llegaba uno a escribir muy de mañana: entonces sólo se admitían originales hasta que el cañón del Santa Lucía daba las doce.

De eso hace la friolera de treinta años y lo creía olvidado.

Error: el espíritu retiene, esconde muy profundamente todo lo que ha visto o sentido.

¡Archivo de imágenes que se creía borrado!

Todo deja huellas, unas más profundas; tan leves otras, que parece que, escritas en el agua, ya no existieran.

Hay espíritus que lo mismo que la vista sólo ven relieves, no porque únicamente éstos existan, sino por que aquella sólo tiene fuerza para ver periféricamente.

Creía olvidado ese capítulo de mi vida y ahora al concentrarme en medio del silencio, todos los personajes de entonces salen en tropel, toman forma tangible, me rodean y aparecen de nuevo con sus trajes y figuras de entonces.

Es que la vida es una superposición de sensaciones que se deslizan a lo profundo desde donde, como ahora, reaparecen cualquier día.

Tiene razón Freud: van incesantemente de la conciencia a lo inconsciente impresiones, imágenes, recuerdos, experiencias y deseos, que de la misma manera ascienden hoy, mañana, o nunca de lo inconsciente a lo consciente.

¿Recuerdos?... Digamos más bien fuerzas que a veces son sólo inquietudes, temblores del fondo del alma, agitándose dolorosamente por concretarse y aparecer en lo plástico o en la simple idea.

¡Con qué fidelidad impresionante reaparece a veces el pasado! Primero, tiembla borrosamente en la pantalla lívida, sin luz, sin colores, sin lograr enfocarse.

Es el caso presente.

He ahí «*La Tarde*», una mañana de invierno, a las once, cuando la sala está llena con sus redactores, gente de capote y bufanda de conspiradores.

A la entrada, echando humo y pelos, don Enrique González cuenta concienzudamente sobre la tabla aportillada del mesón la «moneda sencilla».

Se vende poco y se avisa menos; pero se ríe estrepitosamente de sol a sol; hace escapadas a «hacer algo por la vida», y don Enrique González, alicantino, regresa enjugándose la boca con los dedos calcinados por la nicotina.

Sólo se altera y se alarma cuando *A. de Géry* arremete vale en mano contra la caja exhausta: entonces don Enrique, quien ya se fué hace tiempo para el otro mundo, acondicionado en una «*java*» hecha con tablas de cajón de exportar Jerez, defiende porfiadamente los cuartos.

—Oye—le dije una vez—¿tu eres andaluz?

—¿Dónde has visto tú, so tío, un andaluz con barbas como estas?—me respondió, sumiendo orgullosamente en el negro torrente capilar el gran tenedor de sus cinco dedos ávidos de cigarrillos y «boquerones».

En efecto, no he visto un andaluz de patilla. Conste, en consecuencia, que González era alicantino y que se paraba una y otra vez en la puerta de «*La Tarde*» como si estuviera en «Fornos», calle de Alcalá. Pasaba una damisela, corría a mirarle los tobillos—máximum de la visibilidad de entonces—y después de una inspección concienzudamente pericial, volvía a meterse detrás de su mesón.

¡Cómo habría mirado hoy el alicantino, hoy en que ya la pantorrilla no tiene mayor interés visual sino se muestra con rodilla y todo!

No era aquel el único español que navegaba en la carabela de «*La Tarde*», como que también nos acompañaba Mariano Martínez, camarada inolvidable, a quien he encontrado después donde quiera que la suerte me ha llevado.

Martínez es la reviviscencia actual del andariego peninsular del siglo XVI o XVII; es la novela ejemplar o picaresca, hecha trota-América.

Muy amigote de Piérola—quien venía a Santiago para volver luego a Lima con un baul de rifles y trabucos con que hacer una revolución más—en una ocasión «un tío muy bruto» que operaba con sus guerrillas en las cercanías de Moquegua, por poco fusila a Mariano.

Antes había sido profesor de Náutica en un país sin costa y en 1891, no halló mejor cosa que hacer que irse al tranco de

Clavileño de Mendoza a Tarapacá, donde ingreso en las filas de la Revolución congresista.

En las noches de luna y en compañía del poeta Valledor leía a Leopardi y se hacía una cruz en el estómago y otra en la boca.

Después de un sableo de la caballería balmacedista mandada por el coronel Almarza, Martínez fué a dar de un tirón de Vallenar a Copiapó.

Periodista delicioso, escribió libros amenísimos sobre las batallas de la Revolución; redactó en todos los diarios y arribó oportunamente a «*La Tarde*» cuando todos estábamos ahí a palos con el águila: disminuían la venta y los avisos y en un día de cuentas hechas a pura fantasía, Alfredo Yrarrázaval le dijo: —No te alarmes, Mariano, porque como tú ves, este es un diario de gran porvenir...

—Bien—respondió Mariano: las pesetas para ustedes y el porvenir para mí.

Otro día Martínez iba por una calle excéntrica cuando le salió el diablo entre la niebla.—Préstame una «chaucha—le dijo Mariano. Y el diablo que andaba pobre a esa hora y con ese tiempo infernal, se mandó cambiar.

Como se ve, todos los personajes de «La Tarde» se acercan en este instante a mi mesa y escarban papeles, libros y retratos.

—Y esta casaca, estas bandas y estas «zarandajas»?—pregunta don Emilio Berg. Tenía ojos de personaje gorkiano. Era pálido y silencioso.

—Son del mismo de las trifulcas de hace treinta años... Ahora es Embajador y si vieras tu lo serio que se ha puesto!... La vida le ha enseñado a reirse para adentro.

—Sin embargo, es el mismo *Géry*— dijo Berg, repitiendo una perogrullada: genio y figura...

He ahí ahora a don Juan Coronel.

Llega tarde: viene de una cita de amor, seguramente.

Es una mata de cacao plantada de repente en nuestros diarios. Con algo de vegetal en la figura, esparce olor a banana y aguacate.

Escribe y sacude.—Lo primero con lápiz y lo segundo con plumero.

Escribe sobre todo: conoce admirablemente las cosas de aquellas tierras irisadas y cuando abre sus alas multicolores como cuando habla, es como ver desplegarse en el aire inflamado una teoría de cosas tórridas.

Don Juan se enamoraba de todas las mujeres ante las cuales fosforescían sus ojos, mientras mostraba el teclado perfecto de una dentadura blanca, lista para un poema bucólico o para enterrarse hasta las encías en las manzanas del paraíso perdido.

He ahí a «*Volney*». Avanza paso a paso con la mano en la patilla de San Juan Bautista.

Es traslúcido como una botella con un soneto adentro. Tenía una macilenta figura de Cristo quiteño y tenía además el divino don del talento auténtico.

Era pálido, rubio, sin sangre, así como don Juan Coronel era negrito y gesticulante, manteniéndose siempre con cola y todo dentro del arco iris equinoccial de su literatura.

Gargari, por su parte, se llamaba Miguel Angel, aun cuando no tenía nada del Renacimiento.

Fiel y bueno con todos, se reía sin herir, echando sobre las cosas y los colegas el resuello caliente de sus amplios camarotes nasales.

Un día cayeron como una horda sobre «*La Tarde*» los se-

ñores Moreno, que se juzgaban agraviados por un parrafín de crónica.

Como funesto balance de la jornada, Galo Irarrázaval queda con diez o más ojales en la cabeza y con uno de sus magníficos peronés lastimosamente fracturado.

Miguel Angel corre a la clínica en que yace nuestro director. Ojalá me hubiera tocado a mí siquiera un palo—dice condolido de los resultados de su parrafito.

—Con uno solo acaban con usted—, le contesta Galo.

Años más tarde y estando yo en el extranjero, Miguel Angel, quien se sentía tan mal que murió poco después, se hizo reconocer por los médicos, los cuales diagnosticaron insuficiencia mitral.

El querido doliente tuvo entonces una salida rabelesiana:

—Por lo menos en esta ocasión—dijo—me cae encima algo arzobispal...

Todas las mañanas a las diez, invadía la sala la alegría contagiosa del director. Al entrar se daba un manotazo en el mechón que tendía una ala negra sobre la frente; sacudía regocijadamente sus formidables biceps, saltaban muy lejos los puños; resoplaba como un tritón si era estío y se frotaba las manazas si era invierno y, en seguida, se sentaba fraternalmente en medio de aquella trinchera hecha por él.

Interrumpía a cada rato su tarea para contar algo sobre «Federico»—el Presidente—o sobre don «Aníbal»—, su tío.

«*La Tarde*» era el periódico hecho a fósforo exprimido como quien vendimia uva moscatel.

No se transformaban aún nuestros diarios en empresas industriales suculentas y ahí se entraba a dar y recibir golpes

porque era la edad y la ocasión de hacerlo , más por sport juvenil que por miserable utilidad.

«*La Tarde*», sin motor, casi sin tipos de imprimir, azotaba la Moneda con sus hojas inflamadas.

El presidente de la República se tambaleaba herido hasta el tuétano por el mal que empezaba a nublar su cerebro de hombre bueno, inteligentísimo, agudo, que llamaba «huevo nidalero» al político macuco que nunca dejaba de formarle Ministerios; «lord Atkinson» al Canciller de narices cortas; «Perla Boba» al que, todo pulcritud y corrección, se sonreía ante los dicharachos criollos de Su Excelencia.

¡Tenía mucha gracia!

—Lo he curado radicalmente—le dijo un día el doctor Puelma.

—Así es... pero deploro que el radicalismo me haya entrado por ahí, —le respondió el presidente.

Ha terminado para no volver ese tipo de diario que recogía, como la abeja que defiende con su lanceta la miel que ha logrado juntar en el día, todos los ecos e impresiones figarescas de la Capital, la cual era sólo un gran poblacho grandote en que campeaban aún las rejas, las puertas y los balcones volados de la Colonia. Veo una vez más como en una vieja litografía encerrada en marco de concha y perla, el poblacho encantador de aquellos tiempos de moño de caracol; negros sombrerotes Pompadour; cinta de terciopelo en el cuello y cruz de diamantes o perlas en el pecho; pollera de cola de pavo y cintura escultural, que podría haber sido cruzada con ambas manos, si ya se hubiera adivinado la conveniencia de levantar en alto y mostrar a la mujer *garcon* o norteamericanizada de hoy, un modelo *demodé*, pero conmovedoramente femenino.

Tiempos en que aún no habría desentonado D'Artagnan pasando por el Portal ante las lúcumas, los camotes y las chirimoyas!

Galo Irarrázaval hacía los editoriales en que le daba con todo lo que encontraba al alcance de sus manos titanescas a la conversión metálica.

Inspiraba la política exterior del diario don Gonzalo Bulnes; dictaba el comentario politiquero, traído caliente del Club cercano, Alfredo Irarrázaval y redactaba yo la Nota del Día.

El diario era, pues, pólvora; guerrilla de cabo a rabo y todos eran ahí, de capitán a cadete, guerrilleros consumados.

«*La Tarde*», además, representaba la primera arremetida en grande contra el tonto, consistentemente grave, y contra el periodismo hecho a fuerza de «remitidos», como en «*El Ferrocarril*» anterior a 1905.

¡Tiempos olor a historia en que bastaba el concurso de tres o cuatro audaces para lanzar un diario de combate!

¡A las doce del día, a más tardar, hacia su resonante aparición Alfredo Irarrázaval. Era un mosquetero con *chaquet* y sombrero gris.

Estaba enamorado y hacía zumbar el bastón entre las manos hechas, más para el golpe de frente que para el gesto y las gambetas en que todo es chiquito: el corazón lento y atrasado y el cerebro, honorablemente mediocre.

Todos giraban ahí a cuenta de la respectiva juventud, vela quemada por las dos puntas; «bello tesoro» derrochado a troche y moche y tanda a tanda.

Iban muy luego a aparecer competidores, creados para matar a «*La Tarde*»; competidores planeados a base de capitalismo y con miras a la gran empresa.

Quemábamos los últimos cartuchos entre las risas de Galo Irarrázaval, los aplausos enfervorizados del negrito con nombre marcial y «La Nota del Día» de *A. de Géry*.

«*La Tarde*» removió de alto a bajo el concepto estático del periodismo; hizo un gran esfuerzo sin más concurso que el intelectual; convirtió el diario en algo alerta y vibrante y volteó con alazos de gallo aquellos editoriales de levita, pantalón bombilla y bastón de barba de ballena, que durante tanto tiempo se proclamaron los únicos representantes auténticos del buen sentido nacional.

«*La Tarde*» era una bandera al viento, izada sobre una trinchera sin defensa... económica.

El motor amarrado con cuerdas y apuntalado con tablas de hacer cajones de entierro, sufría frecuentes ataques de angina pectoris: no quería andar más porque no podía hacerlo; se caía de viejo y en él habían editado un diario en tiempos de Portales. Pero sobre los hierros enmohecidos de la vieja máquina cantaría hasta el último el gallo galo, crispando el cuello de clarín dorado para que fuera más alto y lejos el eco de su canto animador: preconizaba la llegada de algo nuevo, violentamente contrapuesto a la antigua escuela periodística cuyo más alto exponente era a la sazón un reumatismo impreso en Marinoni: «*El Ferrocarril*».

«*La Tarde*» iba a morir, boqueaba; pero dejaba bien señalado el camino de la renovación periodística y dejaba además algo perdurable en nuestras letras, que del amaneramiento declamatorio sólo lograba pasar a otro amaneramiento aún más falso e irritante: el de una frialdad, descarnada y sin elegancia porque era el pobre ropaje de algo sin forma, alma, ni nada.

Como digo, sobre la prensa que pernoctaba cubierta con un

trapo que la convertía anticipadamente en catafalco, cantaba hecho trofeo el gallo galo y a modo de supremo elogio bien podía repetir una vez más el Fígaro de Beaumarchais:... «*loué par ceux-ci, blamé par ces-la*».

Como los griegos, todo el mundo tenía ahí veinte años de que, por mi parte, hice un uso insolente y fanfarrón, entregándome a lo que será hasta la muerte el amor de mi vida: el periodismo y las letras, cosas que si no se siente por ellas pasión, son sólo medios y no fines.

# IV

## «La Quimera»

Me largo a darme un atracón de arte.

Voy a ver algo magnífico: un artista, membrudo y sesentón, cincel en mano, nevado de mármol, ebrio de inspiración en la soledad de su taller.

Espigados caballitos de Partenón; altos senos de Friné; piernas que Diana podría exhibir más arriba de la rodilla; cabeza mofletuda y rizada de Júpiter celoso y gastronómico; Apolo juvenil con formas de tanguista y Venus camino de la madurez y la moderación; discóbolos que podrían tentar al tercer sexo y Cupidos de confitería; Musas anticuadas y con rizado permanente...

El espectáculo de todo taller, es decir, el Olimpo vaciado en yeso salpicoteado de sangre oscura, o sea greda de modelar.

Sentada en un capitel corintio, desnuda, caído el pelo y con la serenidad—especie de fe en la belleza—de quien llena una función inspiradora, el modelo de carne dorada reposa un momento... Decapitada o cortada en las piernas, sería, como toda mujer oven, una ánfora perfecta.

Lo es. Y de la vida, así venga de la Grecia clásica como del Cuzco enigmático.

Mientras descansa, afirmando el codo en el capital corintio en que hay un pedazo de pan y un poco de vino, el viejo nevado de mármol ronda alternativamente, refunfuñando al rededor de la estatua y del modelo.

Se le escapa alguna línea que quiere inmaterializar más y estira la mano velluda, nervuda, poderosa. Se inclina adelante, mira con los ojos encendidos por una llama en que no hay nada de esa fiereza agresiva de lo puramente material y hace como si dibujara en el aire algo que va a huir, escapándosele antes de ser captado por la modelación definitiva.

Tiene las mandíbulas contraídas; el pelo nubla de gris su cabeza encendida; refunfuña rodando la estatua, buscando una línea rebelde que se le escapa.

Es Nicanor Plaza modelando «La Quimera».

He sorprendido la escena deslizándome como un malhechor y lleno de respeto me retiro caminando en puntillas para no interrumpir la oración del artista, del viejo que rezonga, queriendo algo más que se le escapaba a él y que se le escapará siempre al hombre: la belleza total,

Ese artista jadeante de inspiración, dilatada la pupila, temblorosas las manos y alterado por la taquicardia el ritmo del corazón, es acaso lo más hermoso que he visto en la vida.

Más que al modelo de senos culminados por dos flores de durazno, hubiera besado a aquel viejo de líneas montuosas y sin limar.

Tomé en los dedos polvo blanco que se filtraba a través de la puerta hermética y me hubiera santiguado con él.

Volví otro día.

«La Quimera» doliente posaba ya sus pies temblorosos sobre la vida, agavillada de rosas y espinas. Se iba camino de no

sé qué exhibición adocenada en que la vulgaridad la piropearía, afrentando su desesperanza con el nombre de bonita...

¡Ella, que sólo es belleza desmayada y rendida ante la vida!

En un ángulo desolado del taller en que el viejo iba a sentir ya la desolación de su obra maestra, había una cabeza inconclusa, caída, decapitada...

En uno de sus ojos tenía algo extraño, como si esas pupilas de yeso estuvieran llorando.

Al hacer el vaciado—dice el maestro con palabras en que dobla el dolor—debe haber caído en el lagrimal algún trocito de hierro que al oxidarse con la humedad, hace llorar las pupilas de esa cabeza que quería vivir y que no pude animar sino a medias....

# VI

## El sueldo de las tiples

Aún cuando tenía íntegro en la cabeza el mapa de París, de Madrid y de Roma—el triángulo latino—no había traspuesto los tajamares de Toesca que ahora están haciendo saltar a dinamitazos muy oportunos porque sirvieron, sin acordarse para nada de la estética, una necesidad que ya no existe.

Con cada número de «Le Fígaro» que llegaba a mis manos sentía patente los airecillos del *boulevard*; en cada tiple veía saltando en un marco peninsular un pedazo de España envuelto en flores y flecos de mantón, y con cada bailarina italiana me parecía escuchar canciones de Caruso, entreviendo un friso de pantorrillas napolitanas al alcance de las manos, que siempre fueron de las que «no amarraron cuando chico».

De aquel entonces guardo—soy muy conservador en este sentido—una medalla de oro que dice: «La Empresa del Apolo a Emilio R. Mendoza».

¡Milagro de conservación, existiendo como ya existían varias oficinas de comprar recuerdos en forma contante y sonante! La conservo, palabra de autor dramático. Fué la primera condecoración, vanguardia de las grandes cruces por venir, inclusive de la última, que ojalá sea pequeñita, modesta y de palo muy

bruto para que en ella se paren a cantar los pájaros—aunque no sean azules. Y, además, perdida entre el pasto verde para que en las noches llegue hasta ella la serenata de los grillos y el cabrilleo de las luciérnagas—vagalumes, en portugués.

Me dió entonces por creerme eximio autor de zarzuelas. Pero faltaba quien hiciera unos cuantos versos, entretejiendo todo eso con un poco de música, la cual no puede vivir sin aquellos.

Tiples había para todos, menos para mí, es claro, e ignoro hasta hoy quien habría cargado con la mía. Para todos y de todos los pesos, del pluma al plomo.

Tenores, bajos y barítonos había también y a manotones: Vila, valenciano como el arroz de la «huerta»; Saullo, sevillano como las aceitunas; Zapater, aragonés como la jota... Muertos o vivos; de punta u horizontales; enteros o ya despojados de la carne pecadora porque la hicieron ex-profeso para no poder librarse del pecado, vaya a todos mi recuerdo conmovido y aún alegre, a pesar de haber pasado, como si tal cosa, la cincuentena: de punta o en esqueleto, y sin temor de profanar oficialmente la casaca, de nuevo los abrazo efusivamente a todos. Y aquí, a modo de postrer homenaje romántico, una pregunta hecha con la mano puesta en la barba, como para retratarse: ¿por qué, me pregunto, palpando sombras, por qué se escapó tan de prisa, huyendo o como si algo mejor hubiera tenido que hacer, aquel tiempo en que, después de la función perpetua, caminábamos en grupo, bajo los paraguas, entre la bruma o la lluvia, con el cuello subido, hechos unas pascuas floridas, camino del casuchón en cuatro patas, es decir, chato, con alero, balcón corrido como un peinetón alto, que abría su portón en la plazoleta colonial en que, embozado y candil en mano, velaba por las buenas costumbres antaño el corregidor Zañartu?

Santiago aún muy recién escapado de la Colonia, sólo conocía entonces operetones de trinadas fiorituras dirigidas a toda orquesta por Savelli o Padovani y zarzuelistas dicharacheras y chulescas que provocaban esa carcajada digestiva que sacude el esófago y que eran fragmentos coloristas del Madrid de la calle del Huevo, del Ave María, El Pez—barrio de las Vistillas o la Paloma—es decir, «chotis agarraos»; verbena de San Antonio o Dolores de Bretón.

Pues a condimentar zarzuelas, las cuales, siendo consubstancialmente españolas, no podrían hallar aquí argumento, ambiente ni nada propio.

¿Pero qué importaría eso si Santiago Vicuña Subercaseaux haría los versos y Padovani, *cadet*, la música?...

De este triunvirato artistico salieron las tres noches: «Noche de Lluvia», «Noche Buena» y «Noche Crítica».

La primera era una trasnochada de invierno, salpicoteada con trozos de ópera cantados por personajes de actualidad entonces; el «Questa é Mimi», por ejemplo, era entonado entre la niebla y bajo un farol en que se cruzaban, no muy maestramente pintados, un tenedor y una trucha, por un señor popularísimo por la altura de sus cuellos y sus tacos.

Así iba el resto del reparto.

Fué un gran éxito la «Noche de Lluvia» y entonces y entre una cena en la «Tour d'Eiffel» y un desayuno en la punta del cerro, escribimos la «Noche Buena», que encocorocó a los críticos, los cuales dijeron, atiplados y peripuestos, que esa era sólo una imitación de «La Verbena de la Paloma»...

Como hay Dios y diablo agua-éxitos, que lo era: una verbenita sin San Antonio, sin Goya, boticario, ni Casta Susana; pero, en cambio, con cositas santiaguinas como Antonina Ta-

pia; el leguito recoleto; Pascua; albahaca, duraznos de la Virgen... Noche Buena, noche tradicional, noche ida para no volver!

Nos abrumaron a «juicios» y entonces escribimos la «Noche Crítica» en que pusimos de vuelta y media a los críticos; en que nombrábamos a la gente con todos sus pelos y, lo que es peor, con todas sus señales.

La noche del estreno hubo críticos que armados de bastones de guindo penetraron a bastidores a preguntar por los autores a fin de felicitarlos.

El público silbó y pataleó estrepitosamente pidiendo que nos presentáramos a escena; pero los autores habían tomado la fuga y entre gallos y media noche, se retiraban de la ciudad y del teatro de un éxito tan ruidoso, camino de los viñedos de Pirque.

Con todo, aquellas tres «Noches» contribuyeron a afianzar nuestro prestigio de gente capaz de «armarla», y poco después pusimos bajo nuestra ala protectora, aunque poco emplumada, a la Reinoso, del Olimpo, donde figuraba en calidad de primera tiple.

Cantaba con una voz que ni para la intimidad de familia.

En cambio, disponía de unos ojos de faro encendido en medio de las tormentas de la juventud y, viéndola en grave riesgo de que la empresa la despachara con cualquier viento, fresco o no, se nos despertaron los instintos caritativos y fuimos en cuerpo donde don Juan Ansaldo, a quien presentamos amablemente este ultimátum:

—O usted le aumenta el sueldo a la Reinoso, manteniéndola en la compañía, o lo reventamos. Usted se servirá escoger, pero ahora mismo.

Don Juan era un italiano chiquito y listo, que se las traía. Tenía, además, esa simpatía festiva de los extranjeros que dan vuelta las palabras, usando el femenino en vez del masculino y el singular en vez del plural.

Estilizando la nota cómica, tenía unos bastones en la nariz, es decir unos pelos que en tiempos de calma se mantenían encogidos y que en los de tempestad cobraban movimiento y empezaban a estirarse.

Cuando lo molestaban, don Juan intentaba extirparse dichos pelos dándoles sin resultado enérgicos e inútiles tirones.

Como en otras ocasiones en que iba a incomodarse, los pelos del señor Ansaldo respondieron sin tardanza poniéndose en movimiento alternativo y ante su insistencia en no abandonar el sitio tan visible que habían escogido para instalarse, don Juan dijo ocultando apenas la indignación de que se sentía poseído:

—Está bien, está bien!...

# VI

## «Ultima esperanza»

Hay días en que el reloj marcha con un adelanto y una rapidez que ni el mismo relojero divino podría alcanzar.

Sin embargo, solía asaltarme entonces una pesadumbre abrumadora que no podía ser otra cosa que el pesar producido por el tiempo desmenuzado locamente.

Temor anticipado o pueril, porque la verdad es que por mucho que se haga nunca se trabajará lo bastante para llenar el hueco de olvido que hacen después las renovaciones sin fin que siguen a toda obra.

Nadie ha escrito nada duradero a los veinte años, y acaso lo mejor que puede hacerse entonces es vivirlo todo, sentirlo todo; subir y bajar apasionadamente el zig-zag de los años, mirando a todas partes, reflejando en la fisonomía todas las luces, hartándose de impresiones, atisbos, dolores, deseos y placeres que nunca pasan del todo, esperando el momento de emerger del fondo, que llena, sin que nosotros mismos lo sepamos, nuestro substratum espiritual.

La protesta contra mí mismo—ese ¡no haces nada! de que no tarda en brotar la acción—se concretaba hacia el deseo de hacer libros, de acercarme con vigor a las cosas nacionales; de me-

ter en ella hondamente mi pluma, mi patriotismo y mi honradez.

Me irritaba, incitándome al ataque, que la inferioridad del hombre político fuera alejando paso a paso al país del puesto que ocupó en América desde la disgregación de España hasta que la avalancha de 1891 tumbó el régimen constructivo defendido por Balmaceda.

Comenzaba a tirar tinterazos al parlamentarismo y a pesar de que siempre ha dominado en mí la tendencia artística, la cual, más de una vez me ha hecho dejar cualquier cosa por meterme a un taller, a una imprenta o donde un anticuario, ya empezaba a preguntar reciamente por qué carecía Chile de escuela obligatoria, de salubridad, de luz, de vida moderna, en vez de pudrideros, de *stadiums* en vez de cárceles; de hombres de Estado en vez de maestros de lo subalterno; de habitaciones sanas en vez de tugurios, ejecuciones, burdeles y fosa común...

Era tiempo de tandas, tiples, verbenas y desplantes cyranescos; pero ya notaba yo por todas partes que algo olía aquí muy mal y que Hamlet habría tenido en aquel entonces que alojarse en alguna pensión vigilada por la policía, que subir en coche de posta y ensuciar con barro sus negras vestiduras de seda.

Pero como sobre todas las cosas predominaba ya en mí lo que fuera arte y aquí no teníamos otro—bárbaro, enorme, anonadante como paisaje—que la montaña imperativa que nos mira desde lo alto, me encerré unos cuantos días con un «caso», muerto años antes, y que me tentaba. Era un héroe sacado íntegro de la realidad: un artista, un cincelador de frases, un Goncourt pequeñito, enfermo, condenado a muerte por algo que iba comprimiéndole el corazón que iba siendo apretado como entre las manos de una mujer bonita.

Lee apasionadamente, pinta acuarelas; colecciona aguas

fuertes, obsesionantes en su simbólico contraste de luz y oscuridad; se rodea de bronces, encajes, esmaltes y hace frases de elaboración parisiense.

Mira el sol de otoño y escribe:

Margarita juega en el cielo entre la luz y el azul con las joyas de Fausto. .

Pero un malestar creciente dificulta la respiración del artista.

Enciende una luz de cera dentro de un jarrón de Sevres; se acerca al piano y piensa en una mujer, pero en una mujer que no podía ser suya... porque ya era amiga de su propio padre.

He ahí el dramote medio dannunziano, con motivos de ópera y diagnósticos de patología; dorados de otoño prematuro y adulterio obligatorio...

La mujer adorable e infaltable, llega un día hasta el gabinete en que tiembla de dolor y de fiebre el pobre artista, el cual le lee un cuento, esbozo novelesco de «su caso», especie de *nouvelle* que, como digo, no era otra cosa que el tema, tan manido de un amor imposible.

Una frase atroz llenó la cabeza de aquella mujer bonita, cuyos ojos se llenaron con las primeras lágrimas auténticas: —engañar a mi marido y también traicionar al padre con el hijo...

Pero como esos diálogos, aunque se interrumpan, siguen fatalmente hacia su término pasional, la conversación cortada se renovó un día cualquiera.

Como digo, aquello era muy del momento, saturado de Bourget y su Dorserne o de Puccini y su Tosca.

En efecto, debía tocar ella la célebre plegaria y aquel grito doliente se difundió por el pequeño salón insinuando despedidas sin vuelta: puro Chopin de cine...

Demás está decir que llega un momento en que él le dice tomándole las manos para que éstas sientan la quemadura de sus labios:—Yo también podría ser feliz...

Y la «pérfida heroína», sabiendo que esa postrera caricia sería seguramente el fin de aquel ser condenado a muerte, lo estrechó entre sus brazos, oprimiéndole la cabeza exangüe, manchando sus encajes con la sangre que empezaba a teñir los labios del pobre aórtico.

Aquello fué un éxito de comentarios, artículos y cartas—inclusive anónimas—y con palabras que equivalían a hacer canastitos con las manos...

Creyendo que era fácil llevar a la realidad algunos capítulos de «Ultima Esperanza», por aquel entonces fuí agredido a mano armada por un señor que, a pesar de lo precipitada y oportuna de mi retirada, por poco me deja en el campo...

Se me mantuvo durante varios días y por orden médica en estricta incomunicación, lo que dió motivo para que se corriera por todas partes que la policía secreta me había hecho una broma pesada a fin de hacer cesar mi campaña en contra del Presidente de la República.

Corrían los tiempos de auge periodístico de *A. de Géry* y como no todo había de ser para mí estocadas y cartas anónimas en que me decían que no sabía nada de nada—no les faltaba razón—en «La Nación» de Buenos Aires de 10 de Octubre de 1900, apareció una larga correspondencia en que el autor de «Pepita Jiménez» decía entre otras cosas, de «Ultima Esperanza»:

«Me complazco en afirmar que el autor de esta novela posee las más brillantes prendas de escritor y de novelista: imaginación, sensibilidad, agudeza de ingenio y elegante facilidad de palabra. Sabe describir; posee el arte de interesar a sus lec-

tores y acierta a conmovernos cuando hablan y accionan apasionadamente los actores que pone en escena».

Hice reproducir ese juicio de Valera a fin de dar un mal rato a los que no perdían ocasión de decirme que me callara de una vez.

Años después, al pasar en Madrid ante su monumento, ubicado en el paseo de la Castellana, me sacaba el sombrero dejando al descubierto las canas que no tenía el autor de «Ultima Esperanza» y que ya quisiera teñirse el Embajador, si no creyera que hay que dejar que los años hagan con uno lo que les parezca.

En Enero de 1889 me cayó encima otra cosa inesperada y que aumentó mi petulancia en una forma francamente incómoda para los demás: una carta del señor A. Caprile, administrador de «La Nación» de Buenos Aires en que me pedía dos correspondencias al mes: «los temas tan variados como posible sea, quedan a la elección de usted. Sus artículos serán compensados a razón de tres libras esterlinas cada uno, que abonaré a usted por trimestres o en otra forma si usted desea».

¡Críticas de don Juan Valera y libras esterlinas de «La Nación»!... Era como cantar misa en San Pedro!

# VII

## El Presidente se muere!

El Presidente está enfermo; el Presidente se muere; el Presidente ha muerto... La campana de la Catedral—la que cuando suena, repuebla la ciudad de graves evocaciones coloniales—empezó a pedir preces para el muerto a quien luego se daría tierra.

La capital bajó una vez más su voz andaluza ante el misterio del más allá o del más acá: por mi parte, desconozco por completo la ubicación de dicho sitio y tampoco sé si es frío o templado, de reposo o de nuevos ajetreos.

Nada más hondamente castellano que ese respeto, que ese temor a la muerte, que es cosa seria como todo lo definitivo.

La noticia llegó en la noche y me sorprendió en casa de don Pedro Montt. Don Pedro jugaba su «billa» habitual en ese instante.

Bajó el taco y dijo, no una gran frase—no hacía frases—,sino una verdad eterna: «Así terminan las vanidades».

Se podría ya de punta a punta Felipe II en la celda del monasterio de San Lorenzo del Escorial en que se había aconchado, rosario en mano, a meditar en la muerte y a ver modo de aferrar el planeta entero entre sus manos frías, que en trance de muerte

también se agusanaban en vida, cuando hizo llamar a su heredero con el Padre Sigüenza o con el padre Yépez.

El olor a la putrefacción se mezclaba con el de los cirios de bien morir. Cantos, rezos, campanas y Misereres.

He ahí al hombre más poderoso de su época: el pus atascaba sus narices y el otro soberano, muy pequeño y ciego, pero más poderoso que él, el gusano, avanzaba triunfalmente trepando hasta las manos augustas que sostenían el Santo Cristo de impresionante imaginería.

—Te he llamado—dijo el gran monarca a su heredero—para que veas en lo que termina todo.

—Así concluyen las vanidades—repitió a su vez, don Pedro, prosiguiendo en silencio su billa habitual, jugada con un montino de coto, cabeza asolada por la calvicie; nariz de pestillo y perilla de cardo santo clavada horizontalmente en la barba huesuda.

La campana metropolitana, fundida en tiempos de entonces con oro de ley y rico cobre coquimbano, seguía golpeándose el ruedo pollerudo con su porra de bronce machacado.

Estaba bien muerto su Excelencia el Presidente y la República de riguroso luto oficial...

Yo lo había atacado rudamente y al saber que acababa de morir, empecé a examinar mi conciencia, que no es la de ningún santo: celebraba sus dichos, su ingenio criollísimo, su bondad de patrón de fundo y no odiaba a su persona sino el hecho de que hubiera cerrado el paso al poder a un ciudadano ejemplar como Reyes.

Por eso lo ataqué sin odiarlo; pero sin tregua y a fin, además, de hacerle sentir en carne viva que no es cosa de pan llevar, como él se imaginaba, el ataque de una pluma honrada.

—Cállate durante un mes y Federico, para el cual eres una mosca en la punta de la nariz, te mandará a Europa—solía decirme Vicente Grez.—Nada—, le contestaba yo—seguiré como si tal cosa y, por lo demás, esto terminará muy luego y con los pies para adelante.

Me puse a inquirir noticias sobre la salud del Presidente y me ví con los doctores Amunátegui y Echegoyen—los cuales se abrocharon en un hermetismo que no hizo sino confirmar lo que todo el mundo decía: que el Presidente estaba muy enfermo, que «no había para mucho tiempo»: total, que se moría.

Escribí entonces uno de los artículos más tremendos que hayan aparecido en nuestra prensa: «La salud del Presidente de la República».

Título a grandes letras y de doble ancho.

Abajo, una firma muy popular en aquel entonces—acaso la más difundida de aquellos días: *A. de Géry*.

Hacía dicho articulito la reseña de S. E. al atravesar de punta a punta la vida hasta terminar en la Moneda con la banda tricolor cruzada sobre el pecho.

Pero como el poder también tiene sus sinsabores y sus disgustillos, las cosas empezaron a embrollarse: se extendía el desgobierno; los partidos tironeaban y se dividían alrededor de intereses y no de ideas.—Estos diablos—decía el señor Errázuriz —son como los cabros, que se arrodillan para mamar mejor...

Todo se nublaba y se complicaba: se llevó tapa-tarros la conversión metálica; había serios peligros de guerra y para colmo de males y achaques, empezaba S. E. a sentir una pesadez, una lentitud, una bruma, un hormigueo que no lo deja, que iba disecándolo, aplastándolo, haciéndolo caminar a tropezones

hacia el «chaquetón de pino» que luego se ostentaría con una banda tricolor encima.

El señor Errázuriz Urmeneta, ministro del Interior a la sazón, insinúa vagamente al Presidente la oportunidad de un descanso y el enfermo se enfurece, lo que no era frecuente en él, dada su inclinación temperamental a tomar las cosas a lo cómico y no a lo serio.

Su voz se altera y su cara irónica toma un color lívido: defiende la banda!

Pero le duele el pecho, le duele todo, santo Dios!

Renace el atavismo español y se empecina orgullosamente: no dejará el poder, no quiere dejarlo... No, señor! La banda era sólo de él por cinco años!

Es el presidente y no se irá de la Moneda...

Otras eran, empero, las disposiciones de Dios: el presidente se siente abrumado, desfallecido.

Se queda en su gabinete con la vista fija en un punto indefinido y las lágrimas parece que quisieran asomar, por fin, soberanamente a sus ojos en que la ironía reemplazó a la maldad porque él no había nacido para nada malo sino para pasarlo muy bien en esta vida, justa o injustamente calificada de pícara.

Tras una cortina roja de la sala presidencial, espían la muerte y, además, un secretario curioso e indiscreto: S. E. deja caer la cabeza oscilante entre las manos heladas... Solloza en silencio en el gabinete en que campea el Acta de la Emancipación, sala en que se irguieron tantas siluetas vigorosas.

Hace llamar a un médico a quien lo ligaba vieja amistad.

—Doctor—le dice el Presidente, tomándole las manos—invoco nuestras antiguas relaciones para que me diga toda la verdad en este momento doloroso para mí y grave para el país...

Estoy seguro que el médico y el amigo me dirán si es cierto lo que se anda diciendo de mi salud... Necesito saber toda la verdad— termina el señor Errázuriz, abrazándose, como si estrechara al destino entre sus brazos desfallecidos, a un facultativo silencioso que dice al Presidente cuando éste se calmó un poco:

—Sí, señor, es cierto por desgracia lo que se dice de la salud de S. E.

El señor Errázuriz cae desplomado en un sillón.

Al día siguiente de aparecer aquel articulito mío, don Fernando Lazcano visita «*La Tarde*» y dice a Galo Irarrázaval que eso ha caído como una bomba en la Moneda y que «Federico» ha quedado profundamente afectado.

Por desgracia ya no era tiempo de retirar nada.

Dos o tres meses después doblaban a muerto las campanas y ya estarían embalsamando al Presidente, el «candidato» de un libro mío, que es un pedazo de monte nativo metido en nuestras letras.

La campana metropolitana seguía gimiendo entre la bruma.

Don Pedro repitió cristianamente ante el montino con perilla de cardo santo y cabeza de amarillenta bola de billar:

—Así terminan todas las vanidades, amigo Aguirre.—Así es, don Pedro; pero déjeme apuntarme una «billa» más...

—Así termina todo,—había dicho siglos antes a su heredero Felipe II, levantando un santo Cristo de imaginería con sus manos omnipotentes en que también empezaban a aparecer los gusanos de la podre.

# VIII

## Novios alemanes y vecino español

Decidimos sin más ni menos con Benjamín Vicuña Subercaseaux hacernos hombres de empresa y fundar una oficina de informaciones al exterior, que se llamaría la «Agencia Andes».

Pero fundada esa empresa, creería alguien en la veracidad de sus noticias?

Radicalotes y excomulgados, nuestras costumbres públicas no inspiraban una gran confianza porque hacíamos gala de no dar importancia alguna, al decir de los demás.

Santiago era sólo Santiaguito; es decir, un poblachón con «chonchones», mantos y «pacos» mansos,

La trinca, salida en gran parte de «La ley» y «La Flecha», logró llamar la atención con sus desplantes, sus polainas blancas y sus claveles revoltosos, lo que a fuerza de ingenuidad, no tenía más excusa que nuestros pocos años.

«¡Agencia Andes» y telegramas al exterior!...

Plantaríamos en todo el centro una oficina con plancha de bronce en la puerta y en el interior diván turco, mesas, teléfono, y tintas y lápices tricolores.

Siguiendo los rumbos exteriores de «*La Tarde*», se trataba

de que la cuestión limítrofe con la Argentina se decidiera cuanto antes, arreglándonos pacíficamente o saliendo de una vez a «toparnos» en cualquier parte: estaban listos los «corvos» aquí y los «facones» allá.

Los futuros empresarios llegaríamos cuanto antes a Buenos Aires de cuyo Casino teníamos aquí amplias referencias.

Nos instalaríamos en la calle de Corrientes, en el mejor hotel de entonces, y sin más dilaciones, propondríamos a los directores de los diarios argentinos la suscripción a nuestra «Agencia», la cual estaba habilitada para enviar abundantísimas informaciones diarias y, una vez de vuelta en Santiaguito, redactaríamos los telegramas con un selecto grupo de pacifistas: don Gonzalo, don Joaquín Walker y Galo y Alfredo Irarrázaval...

Pero ¿cómo financiar el traslado material a la otra banda?

Muy sencillo: visitamos a don Natalio Sotta Dávila, gerente del Banco Santiago, le expusimos nuestro proyecto, que le pareció muy anglo-sajón, e inmediatamente nos allanó todas las dificultades para la suscripción de un empréstito por 1,500 de aquellos pesos, que parecía que no se iban a concluir nunca y que poco faltó para que se quedaran todos aquí y nosotros con ellos!

Pero el hecho es que partimos, despedidos alegremente la noche antes por toda la trinca, la cual no podía ocultar cierta admiración irónica por una empresa que empezaba a tomar extensión continental, como que para planearla teníamos que ir a rematar al Atlántico, a la otra acera de este Continente cabezón en el norte y que en la parte sur empieza a adelgazarse con contornos de pantorrilla.

Me sentía satisfecho de mí mismo y antes de partir conté una vez más sobre mi mesa de muchacho el capitalito, ya algo mermado.

En aquellos tiempos uno llegaba en tren de miniatura hasta el Salto del Soldado.

Ahí se tomaban los coches, los cuales arribaban con parte de noche a un restorán de zinc acanalado y sin pintar en que campeaba en grandes letras negras el nombre del propietario: «Hispa».

Ahí comimos lo que pilló nuestra incontinencia y ahí dormimos lo que se pudo, en una pieza de tres camas, dividida de la del lado, por medio de tablas puestas de costillas, como los huéspedes, y que no sólo dejaban ver fragmentariamente lo que pasaba en la vecindad, sino que hacía comunes los movimientos y los ruidos en general.

Un encanto aquel hotelito con nombre de picotón, dado donde no alcanza la mano!

A nuestro lado se instalaron unos novios alemanes, tan rubios que habría sido oportuno mandarlos a la tintorería, sino hubieran ido a Hamburgo a comprar canarios.

Demás está decir que él usaba sombrero verde con plumita tirolesa. Ella, por su parte , había tomado todas las precauciones de *toilette* para proseguir viaje al día siguiente.

Compartió nuestra pieza un español de Málaga que llevaba turrón, Jerez y buen humor: llamaba acordeón a la almohada y alcantarilla a otro de los útiles que deben constatar aunque sea en plena cordillera el acatamiento a los usos tradicionales.

Tabique de por medio, cayó levemente al entablado un par de botitas y casi acto continuo caían a su vez, pero con gran estruendo, los botines del novio.

A las cinco de la madrugada del día siguiente, los esposos alemanes, nosotros, el malagueño de buen humor y toda la comitiva montada en mulas empezaba a encaramarse en el Juncal.

Seguíamos, pues, al asalto y toma de Buenos Aires, no con Körner ni con un ejército de 150,000 hombres, sino, yo con seiscientos y tantos pesos y Benjamín Vicuña con una suma más o menos parecida.

Inmediatamente después de llegar, recorríamos la Avenida de Mayo, que hace cuarenta años partió con un gran tajo de optimismo la ciudad colonial.

No hay idea exacta de lo que en la fe, orgullosa y sin temores, de los argentinos representa esa Avenida: era el cauce, la ruta, la orientación que debía seguir, no sólo la ciudad, sino todo el organismo y, en efecto, el país prosiguió mirando hacia arriba y no hacia abajo, como otros.

La célebre avenida ha sido el exponente de un optimismo irrestricto.

Nada de plumas indígenas ni «taperas» en que Martín Fierro pudiera continuar llegando a manear su overo: se quería hacer una vía bulevaresca; se hizo y fué desde entonces la carrera triunfal de todas las asimilaciones de la inmigración y del capital.

No sé bien aún—lo dudo—si la América debe ser sólo un vastísimo remedo material y moral del viejo mundo; pero el hecho es que el país vecino empezó a hacer con esa avenida la amplia aorta de todos sus optimidos.

Llegó un momento en que en la Argentina desapareció el metro y todo empezó a ser medido según la avenida: Mayo era la fecha gloriosa y esa carrera, a su vez, ha sido una Vía Sacra que no venía del pasado milenario, sino que avanzaba recta, pampa adentro hacia el porvenir.

Por ella pululaba, abriendo la boca el río humano acarreado por los transatlánticos y en ella zumbaba la sirena de los grandes

diarios, esparciendo ecos y palpitaciones de vida cosmopolita.

Al comenzar, cerca de la Plaza y la Columna patricia, brillaba en lo alto empinándose para alcanzar con sus lampazos de luz los mástiles de los barcos que llegaban o partían, el faro de «La Prensa».

Entramos y conversamos cordialmente con el señor Dávila, redactor en jefe.

Recuerdo una sala con muebles Imperio y sentado tras el escritorio de la tarea diaria, un hombre que hablaba con completo conocimiento de causa de los problemas nacionales.

Expuse al señor Dávila el proyecto que nos llevaba a Buenos Aires. Quedó en estudio, es decir, se le tendría presente... Presente de subjuntivo.

# IX

## Bartolomé Mitre

Al día siguiente de la visita a «La Prensa», visita a Mitre, cuyo epitafio anticipado circulaba ya verbalmente, anunciando así en vida la inmortalidad ya próxima:

«Dió a la Argentina sus mejores victorias y escribió sus mejores obras».

Mitre era un monumento traginando a pie por la calle de San Martín: cuajaría en bronce cualquier día y aparecería a caballo saludando a su pueblo, optimista y juvenil.

Usaba levita y sombrero «pavero»; cadena de oro con medallón; pantalones de bombilla con bolsillos altos pegados a la pretina y en los cuales el propietario sumía placenteramente las manos.

Era la suya una bondad reposada y solemne: la pampa corporizándose en algo consustancial con Europa.

No podría decirse que fuera la trasplantación lisa y llana del estadista inglés, francés, alemán o italiano a un ambiente en formación heterogénea: era mucho más que eso, que sólo suele ser *reprise* equivocada y posturista.

El general constituía un valioso producto del ambiente «porteño» y su sombrero «pavero» exteriorizaba la devoción, el

homenaje externo a lo criollo, a lo tradicionalmente bonaerense, es decir, a lo que con un ojo mira al Viejo Mundo y con otro a la pampa inmensa.

Un gabinete modesto, si modestia es vivir literariamente rodeado de libros y coronas: las de sus bodas de oro, entonces recientes, con las letras.

En un ángulo de la sala, hoy sitio de peregrinación cívica, una espada, probablemente la de Pavón jornada en que una bala de plomo del tamaño de una nuez madura, se estrelló torpemente en la frente mural de don Bartolo: se detuvo el proyectil sin atreverse a penetrar o sin poder hacerlo y cuando vino el cirujano con sus agujas de echar puntadas con hilo de seda y en carne de prócer, le dijo el general:

—Cuide, doctor, que la cicatriz quede en forma de estrella...

Y en efecto, aquel cerebro de pensador, de conductor de hombres y modelador de pueblos, quedó frontalmente marcado con una estrella de cinco picos, detenida al incrustarse a fuego y sangre en el cráneo.

Hablaba suave, afablemente y, retrogradando aguas arriba en sus historiales, se fué doblando en su sillón de trabajo con la placidez del que revive cosas ya muy lejanas.

Todo era en esa sala íntimo y evocador.

No había focos rutilantes ni bronces recién acarreados del *boulevard*.

Parecía sólo la sala apacible del hogar antañón poblado de recuerdos y en cuyo claro oscuro podían surgir, minuciosamente dibujadas, las figuras centrales de la Emancipación: San Martín con su ceño de introspectivo y Belgrano con su fogosidad y su bandera azul y blanca.

El general tenía la voz baja de los evocadores y al oirlo pa-

recía que iban a desprenderse de las paredes para ocupar de nuevo el sofá familiar, con blanco crochet en el respaldo, las damas de cabezas enmarcadas por las alas del peinado liso; moño en la nuca; caravanas de azabache; polleras de miriñaque y zapatitos de raso... He ahí la noble tradición porteña.

Mitre era otra cosa que aquel don Domingo Faustino Sarmiento, frondista, ruidoso, con cejas de matorral sanjuanino, en cuyo silabario me tocó aprender a leer y cuyo «Facundo», peludo y olor a pampa y a sangre, me parece de lo más definitivo y original que se ha logrado en esta América, gran disco que, océano de por medio, se complace haciendo girar de un lado para otro las últimas imitaciones.

El general nos habló de su compadre Benjamín, de su comadre Victoria y de su ahijada Eugenia Vicuña de Viel. Parecía que hablaba caminando Alameda arriba, no lejos del Tajamar de Toesca

Abrió una puerta y pasamos a «La Nación». Todos los que presenciaban una distinción tan inaudita, se quedaron como si hubieran tomado algún estupefaciente. El general pidió a su hijo Emilio, Emilio Mitre, que nos mostrara el diario y que se suscribiera a la «Agencia Andes».

Al día siguiente, saliendo del baño y junto con abrocharme un pijama de colores patrióticos, como los tiempos que corrían, le escribí pidiéndole que honrara mi diario, «*La Tarde*», que luego iba a empezar a boquear, con algunas notas sobre su permanencia en Santiago, cuando, escapando de los facones de la mazorca rosista, había llegado a Chile con el resuello cortado después de galopear duro y parejo a través de la pampa, en que atisbaban los ojos de nictálope de Facundo Quiroga.

Mitre fué amigo de Chile.

«Bartolomé Mitre saluda afectuosamente al señor Emilio Rodríguez Mendoza y le sería agradable suministrarle los datos que le pide, respecto a la emigración argentina en Chile, donde encontró tan generosa como cordial hospitalidad; pero para ello necesitaría emprender un trabajo retrospectivo que en estos momentos no le es posible hacer.

«Por otra parte, mi estadía en Chile corresponde a la segunda época de esa inmigración, representada la primera, por Sarmiento, Juan M. Gutiérrez, Vicente Fidel López, Tejedor, Demetrio y Jacinto Peña, Piñeiro, Zapata y otros, que han dejado sus huellas en el movimiento literario de Chile.

«Yo pasé a Chile en 1848, después de permanecer algún tiempo en Bolivia y el Perú, y redacté, no «El Mercurio» (que entonces redactaba el Dr. Juan Carlos Gómez), sino «El Comercio de Valparaíso», que acompañó al Ministro Manuel Camilo Vial en su evolución, cuando se dividió el partido pelucón, entrando en la vida pública el partido liberal unido con el pipiolo (1) evolución que terminó con la exaltación de don Manuel Montt a la Presidencia, en medio de las agitaciones que son de notoriedad histórica.

«Después de «El Comercio de Valparaíso» redacté el «Progreso» de Santiago, órgano del partido liberal, al cual acompañé en sus trabajos políticos, participando de sus variadas vicisitudes en aquella época, como voluntario sosteniendo la candidatura del general Cruz.

«Compré posteriormente la imprenta de «El Comercio de

---

(1) En esta evolución tuve por compañeros a Lastarria, Bilbao, Marcial González, Cristóbal Valdés, Juan Bello, los Arteaga, Errázuriz, Santa María, Ugarte, Vicuña Mackenna, José M. Carrera, etc., etc.

Valparaíso» por mi cuenta (1) la que me fué cerrada en una de las tantas declaraciones de sitio de aquellos tiempos, tocándome estar detenido en el cuartel de San Pablo y en la fragata «Chile» y desterrado al Perú, de lo que no me quejo, pues me trataron como se trataba a los chilenos (2) con los cuales fraternizaba y de todo los cuales, así amigos como adversarios políticos, conservo el más grato recuerdo.

«Cuando en 1880 volví a visitar a Chile, encontré a mis antiguos amigos liberales en el poder y tuve la satisfacción de fraternizar entonces con los antiguos disidentes políticos, en gran parte acogidos a la bandera liberal, bajo la cual se había operado la unificación política del país.

«Al pronunciarse el general Urquiza, contra Rozas, me resolví a regresar a mi país, para tomar parte en la campaña contra el tirano; pero al llegar a Valparaíso, me encontré con una orden de prisión contra mí, suponiendo que iba a incorporarme como artillero en las filas del general Cruz, a la sazón en armas contra el Gobierno de Chile.

«Felizmente, el almirante Blanco, mi amigo salió garante espontáneamente por mí y pude realizar mi viaje. Esta es mi última anécdota de Chile. Su afmo.— *Bartolomé Mitre*».

Cuatro años después de aquella visita y en un momento en que decididamente parecía inevitable que, costara lo que cos-

---

(1) La imprenta era antes del Dr. Alberdi y Ezquerra, a quien la compré, y vendí después al Dr. Juan Carlos Gómez.

(2) Mis compañeros de prisión fueron José M. Carrera, Vicuña Mackenna y otros, siendo nuestro guarda el caballeroso coronel Borgoño, que mereció ser reprendido por el Gobierno por las consideraciones con que me trató.

tara, se fueran encima dos de los países que forman la parte templada de este Continente, «aplatanado» según Valle Inclán, Mitre, que estaba con Roca de tirarse con «La Nación» y la Casa Rosada por la cabeza, propone al Presidente un editorial que fué la paz entre Chile y la Argentina: lo inspiró don Bartolomé Mitre, lo aceptó Roca, lo escribió Emilio Mitre y declaraba rotundamente que la Argentina se desentendería de las cuestiones del Pacífico y Chile de las del Atlántico.

Era la paz. Y por eso, cuando muy poco antes de aparecer dicho editorial el coronel Riccheri—me lo contó él mismo—fué a consultar con don Bartolomé el decreto de la movilización general, que era la conflagración, ya firmado por el ministro, pero no por el presidente, aquel le dijo golpeándole el hombro:

—No será en la guerra con Chile, coronel, donde usted se conquiste las palas de general.

Aquel editorial, el más célebre de los que han aparecido en «La Nación» lo allanó todo y fué la armonía, concretada en los pactos de Mayo, los cuales, a su vez, son el preámbulo de articulaciones políticas y económicas que alguna vez deben ser una realidad.

Acorazados y armamentos que ya no se utilizarían; toneladas de tinta bélica; incidentes, gritos, meetings y bravatas patrióticas, todo eso había sido íntegramente tumbado por un artículo aparecido en un gran diario e inspirado por un grande hombre.

¿Qué iba quedando de aquel pleito en que estuvieron tantas veces a punto a arañarse don Diego Barros y el perito Moreno?

Faltó poco para que empezaran los tiros porque los peritos, que tenían viejas rivalidades científicas, no habían nacido para entenderse. Estaban hechos para lo contrario.

Un día, Quirno Costa, va donde don Ramón Barros Luco, jefe del gabinete en esos momentos, en que la escuadra nuestra estaba lista para encender sus fuegos y en que, es claro, que otro tanto podía hacer la Argentina.

El señor Quirno—le oí yo mismo esta anécdota en casa de las distinguidas señoritas de Verdié, en Buenos Aires—llega muy alarmado ante don Ramón Barros Luco que en ese momento casualmente estaba algo desvelado en su despacho.

Habla Quirno:

—Se acusa al Ministro de Chile en la Argentina de andar provocando a la gente... En consecuencia, cualquier día le dan una paliza y viene la guerra.

—Cálmese—contesta el señor Barros Luco.—Si ustedes le dan una paliza al señor Walker en Buenos Aires, aquí en Santiago le arrimamos otra a usted; en seguida los gobiernos se dan mutuas explicaciones y no viene la guerra...

# X

# Monttinos y Saristas

Don Pedro Montt era una reencarnación de su padre; pero desde 1851 a 1900 los tiempos habían variado bastante: ya no existía la matriz constitucional moldeada por Portales. Había sido pintorescamente refaccionada por la revolución de 1891 a la cual aportó don Pedro toda su tenacidad: el país ya no era sólo el agricultor que recorría su fundo bien montado y llevando encima poncho o «chamanto».

Tampoco era el país de los mineros que se clavaban verticalmente en los cerros hasta encontrar los panales de Chañarcillo o cobre del quince por ciento de ley.

Ahora el rico era el Fisco, padre pródigo que no tenía sino que meter la mano en los pantalones del Estado llenos de plata y salitre. Y como la riqueza fácil y la falta de gobierno iban relajándolo todo, decrecía la moralidad y refundíanse con la plutocracia las viejas familias venidas de la tierra y de la Colonia, de la cual traían mucho en el espíritu.

De Santa Colonia no quedaba ya más que uno que otro portón guarnecido de clavos de cobre y, además, el Señor de Mayo que todos los años sale a las calles llenas con los letreros luminosos de los cinemas yanquis, a evocar en el hielo de un

ambiente indiferente reminiscencias tan a trasmano de la semana sevillana.

Parlamentarismo; altanería plutocrática; concepto exclusivamente material y pecuniario de la vida; parálisis de aquel viejo patriotismo venido de la Independencia, de la Expedición de 1838, de la guerra de 1879; fermentos sociales sin orientación y que, sintiendo necesidades que nadie atendía, derivaban lentamente hacia el odio de clases.

Tal era el momento, hecho a brochazos cubistas, en que aparecen las candidaturas presidenciales de Riesco y de Montt.

Errázuriz, a tropezones con el sepulcro, simpatizó abiertamente con el señor Montt: con razones o sin ellas, creía el Presidente que el señor Riesco había coqueteado con una combinación encaminada a alejarlo de la presidencia en vista del estado deplorable de su salud, ya cogida del cuello por la muerte.

Riesco declaró hábilmente al ser proclamado que no sería una amenaza para nadie.

Don Pedro con sus gafas, su cara nublada y su bastón de ébano, evocaba el decenio y carecía de simpatías populares porque ni sabía ni quería halagar a las multitudes, a las cuales, eso sí, deseaba guiar y gobernar.

Creía de buena fe que podría regenerar las costumbres públicas y volver medio siglo atrás.

¿Pero era eso posible dentro de la Constitución que había convertido al Presidente en un señor a quien se le proveía de una banda tricolor con la cual maniatarlo en caso de necesidad?

Confiado en su carácter inflexible, en su honradez y en su minucioso conocimiento de la legislación y de la administración públicas, el señor Montt creía que sí.

Ya vería.

Y yo, que aun siendo un muchacho en 1891, ya barruntaba que la función de gobierno debe ser una tarea entregada a técnicos dentro de programas y administraciones apolíticas, dejé, sin más ni más, «*La Tarde*», donde el doctor Orrego Luco me había dado en cierta ocasión el tema de un artículo festivo, muy leído en aquel entonces: «los tres retratos de Don Pedro».

Escribí a Galo Irarrázaval una carta enternecida.

Adiós, adiós! Nombre de vals de Lucero o de don Franco Zubicueta, compositor y profesor de bailes honestos.

Me iba.

Saqué mi archivo: cartas,—una de las cuales decía transversalmente: «Señor Géry, impliado en La Tarde»...—cartas; cuentas,y también algunos recibos y artículos sin concluir. Y nada de violetas, rosas o claveles secos y manchados con lagrimones de novela anticuada.

Dejar «*La Tarde*» era como ponerle una lápida encima a un gran trecho de juventud color verde... O como hacer un hoyo largo en la tierra y poner encima de ese montón de cosas enterradas las polainas blancas, inseparables de mi pseudónimo, y las cuales fueron causa de que entonces me dijeran más de una vez en la calle y al pasar, que se me habían caído las medias y que me las levantara.

Antes de irme, dí a todos, inclusive a Gargari, que en ese instante bufaba «semanas» a lo Taboada, en su mesa llena de tierra, caspa y ceniza, un mirotazo de señorita cursi que se fuga para que la rapten.

Escribí a Galo, quien me contestó en unas cuartillas muy de su corazón:

«*La Tarde*».—Santiago. Bandera 419 Casilla 60 D. Tel. 920. —La mejor información. El mejor de los avisos.—Querido com-

pañero: Déjeme darle aún este título porque no puedo todavía acostumbrarme a la ausencia. Un airecillo triste, algo parecido a un luto de familia, habría podido ver usted en nuestra modesta sala de redacción, si hubiera venido hoy a honrarnos con su visita. Su mesa en que no bullirá más su espíritu francés sobre las carillas ávidas de recogerlo, tiene el aspecto de un lecho en que la ciencia y todos los cariños del hogar han sido ineficaces para contrariar los decretos del Destino. En fin, compañero, usted lo quiso y yo, que deseo su bien, hago votos porque la pena que nos ha producido su partida sea compensada con la alegría que nos traigan las noticias de sus triunfos y sus éxitos.»

Como el muchacho que abandona el hogar en que ha vivido, al salir miré muchas veces para atrás, queriendo volver con los brazos abiertos para estrechar al que así me demostraba un cariño paternal.

No volví a pasar por «*La Tarde*» sin llenarme de recuerdos y aún hoy en que de los Embajadores de entonces sólo quedan tres, Bulnes, Alfredo Irarrázaval y yo, cuando suelo caminar por ahí, me dan ganas de entrar a preguntar por los que se fueron.

# XI

## Don Pedro

Visité al señor Montt, acompañado de Vicente Grez.

Me recibió como era natural, muy bien y hablando en términos generales, dijo que era tiempo de ocuparse sólo de cosas de interés público.

¿Recordaría aún mi articulito titulado «Los tres retratos de don Pedro» y en uno de los cuales aparecía el señor Montt con chaquet y sombrero melón, sentado en una piedra frente a la catarata del Niágara?...

Me invitó a ir a su tertulia nocturna.

Ya en la calle, Vicente Grez me dijo que me había recibido espléndidamente. ¡Cómo recibiría a los demás!

—Pero a doña Sara ¿cuándo podré conocerla?

Porque es justo recordar que entonces había más montinos que saristas. Mi acompañante, Vicente Grez, tenía mucha gracia: cuando se inauguró el monumento a los Amunátegui, al ver encaramado a don Gregorio Víctor al lado de don Miguel Luis, dijo que «ahí no faltaba más que Domingo»...

Dos noches después, volvimos a la casa de don Pedro, cuya entrada estaba formada por una gruta poco alumbrada en que

tal vez aparecería cualquier día la Virgen de Lourdes o Santa Rita.

Esa noche había gran concurso de monttinos auténticos: jugadores de billa, que adoraban a don Pedro; cotos mendocinos; perillas de 1851; relojes de cuerda con llave colgada de la cadena de pelo; trancos de oveja...

Hice dos «planchas» seguidas y poco faltó para que saliera gruta abajo regresando a «*La Tarde*», que era un sitio más adecuado con mi afición, que aún no pierdo del todo, a buscar el lado festivo de algunas cosas: dicen—dije yo—que el señor Pinto se ha dado vuelta...

—Se da vuelta la tierra y no se van a dar vuelta los hombres, dijo don Pedro, regocijando a sus oyentes.

No escarmenté y un momento después volví a meter baza:

—El señor Phillips dice en su carta de hoy que va a contar algunas cosas sobre la entrega de la Puna...

—No me interesa lo que dice el señor Phillips—dijo don Pedro.

Se oyó la imponente carraspera de un montino que era no sé qué cosa en la Corte Suprema y me sentí consternado.

Para no parecer impresionado, empecé a interrogar a un señor que tenía al lado y el cual no manifestó ningún deseo de comunicarse conmigo.

A la tercera o cuarta interrogación, me dijo que los periodistas preguntaban demasiado.

No estaba afortunado esa noche. O aún no estaba suficientemente preparado para ser montino.

Si me paro, boto algo—pensé. Y así no más habría sido.

—Ven para presentarte a la patrona—me dijo Enrique del

Campo, buen mozo, chulesco, alegre, mujeriego, piropeador y poeta.

Me paré y el montino de los Tribunales de Justicia que daba a las bolas de la billa unos palos tremendos, me miró, siguiéndome con la vista.

Doña Sara irradiaba en su salón lleno de mantones y lleno de montinos: era un pedazo de Sevilla, primorosamente encajado en la gruta de don Pedro. Ella misma era un mantón florido con que envolver las asperezas de la política.

Me incliné reverentemente.

A corta distancia observaba otro montino con el cual había tenido yo hacía poco una gran trifulca.

—Qué gracia—le dije a Enrique del Campo—que haya más saristas que pedristas!

Doña Sara relataba un encuentro reciente ocurrido en el Parque con el Presidente y los montinos celebraban con gran regocijo todo lo que decía su Macarena sevillana.

Decidí tragarme la lengua por lo menos por esa noche, y empecé a hacer filosofía junto a un mantón negro con flores blancas: don Pedro era el Chile viejo, administrativo, jurista, es decir, viejo y honrado... Era el decenio intentando llegar a revisar de nuevo las cuentas de inversión, como si no hubiera una revolución parlamentaria de por medio. Y don Pedro, encuevado en su gruta de la galería de San Carlos ¿podría gobernar como él quería, dentro de un sistema constitucional que era la completa negación de la función gubernativa?

Poseía el señor Montt una rara serie de cualidades que no podrían ser aprovechadas dentro de un sistema en que bastaba un diputadito cualquiera, aun cuando tuviera voz de teléfono automático, para detener *sine die* la ley más urgente.

Poco después partimos al sur escoltando al candidato.

Enrique del Campo y yo íbamos en calidad de lenguaraces.

Llegaríamos hasta los pueblos de «la vieja Arauco» y el día antes de la partida don Julio Novoa nos proveyó de algunos billetes—no muchos—de a cien pesos: eran rojos como jaiva y con O'Higgins empingorotado en el medio.

Ya en el tren, don Pedro se puso una bicoca negra y partió el convoy con una comitiva con más aspecto fúnebre que electoral.

—A lo mejor ligamos una paliza en el camino—decía el truhán de Enrique del Campo.

En cada estación en que el tren tenía la malhadada idea de detenerse, se dejaba oír una lluvia de denuestos y amenazas.

—Sal a decir algo—me dijo del Campo en no sé qué estación en que nos invitaban a que descendiésemos.

—Me parece más acertado—le contesté—que salgas tú, que tienes tanta facilidad de palabra.

Convencidos los manifestantes de que nadie bajaría, empezaron a lanzarnos improperios.

Por fin llegamos a media noche a Temuco, donde iba a ofrecerse un gran banquete a nuestro candidato.

Al día siguiente, varios de la comisión andábamos conociendo el pueblo cuando vimos al Intendente de la localidad empeñado en hacer abrir una tienda de botines.

Era Luis Fuenzalida, primera autoridad de la provincia y montino de tomo y lomo.

—Van a ser las once de la mañana, decía lamentándose, y todavía no tengo calzado para varios de los invitados al banquete

Después de la comilona y los discursos, me quedé algunos días en Temuco; tomé el tren, seguí un poco al sur y, libre de jiras políticas y de correligionarios que se calzaban por primera vez

desde Caupolicán a hoy, quise respirar a pleno pulmón las octavas y el oxígeno del poema.

Indicaciones del cuadro: frío, nieve lejana, marco profundo de araucarias; viñetas de copihue como en los cantos de la epopeya y por todas partes, silencio y monterío en que ya no resonaba el «chivateo» del malón...

Tejidos azules, teñidos con zumo de yerbas montañesas; «chaquiras» y plata mapuche que todavía enjoya los últimos restos de la raza guerrera, intoxicada a fuerza de alcohol de taberna.

Terminada la grotesca oratoria enjaretada a electores analfabetos, me sumergía en un crepúsculo aborigen en que las tintas violáceas bañaban la montaña, el bosque, el cementerio con extrañas figuras de palo, tumbadas con inclinación de ebrio sobre las tumbas indígenas.

Quería encontrar el Caupolicán de Nicanor Plaza.

Acaso no quedaba un solo ejemplar; se habría parlamentarizado...

Al llegar a una estación sin luz, desierta, aparragada junto al bosque, apareció merodeando, convertido en vulgar ladrón de maletas o gallinas, un araucano joven que tosía con tos de tuberculoso y que iba caricaturalmente vestido con hermoso poncho azul con flecos y greca blanca; botas despedazadas y sombrero de pelo.

He ahí lo que había hecho la civilización con las últimas parodias del poema. Por lo menos la Conquista tuvo la grandeza de lo inexorable.

Me quedé en un campamento de ocasión, agarrado a la vía, adherido al último punto a que llegaba bosque adentro el ferro-

carril, y, fuera como fuera, pasaría ahí la noche, envuelto en unas mantas que había adquirido

Empezó a filtrarse un resplandor rojo por las junturas de barro y tabla del casuchón en que me había tirado como un bulto cualquiera.

El resplandor aumentaba en intensidad.

¿Sería fuego de pesadilla que renovaba la lucha entre Arauco y la Conquista?

¿Se habría puesto a arder el campamento que me rodeaba, campamento que era sólo un parásito del bosque hachado a mansalva para sacarle leña seca o verde?

Me envolví en mis tejidos aborígenes y salí en busca de las llamas que simulaban una noche de la Conquista.

El resplandor tiró un lampazo, sangre o luz, hasta mi cara soñolienta y animada del deseo cruel de ver calcinado aquel pedazo de bosque, reanimador de escenas seculares, enmarcadas en escenario de montes, nieves, frío y fuego.

Se estrellaban las llamas, fundiéndose en un abrazo frenético y antes de volatilizarse, diseñaban arquitecturas y figuras de otro tiempo, cosas de visión: fortalezas en ruinas, caras y formas que el Greco sacó del fuego e inflamadas de espíritu para meter en sus telas.

Gemidos poderosos y nunca oídos azotaban el silencio, llenándolo de pavor: eran gritos de auto de fe celebrado en la noche y zamarreaban el corazón, golpeándolo furiosamente dentro de su red de arterias que se inflaban, inhábiles para las tensiones máximas del dolor, el arte o el placer.

Se estrellan cegadas por el fuego alado las bestias, pobres caballejos de faena, bueyes de degüello y ovejas sucias extra-

viadas en el bosque conflagrado. El bosque mismo, hecho brasas y cenizas, expelía gritos de amenaza.

Ardía, pues, hecho un brasero de cobre aquel extremo del territorio en que quedó estampada *per vitam* la epopeya y vagando el nombre de mazazo de los toquies.

Extinguió el silencio los gemidos del ganado cercado y devorado por el incendio y empezó a llover con fuerza inusitada, como es corriente en aquellos parajes.

Cruzó cerca un hombronazo de poncho y bufanda. Echaba humo y vaho; olía a alcohol y tranqueaba hacia el campamento.

Me acerqué, pregunté; dije que era un viajero y, por si acaso, deslicé disimuladamente la mano hasta la amable cacha del revólver.

—Es la quema del bosque para abrirle cancha a la faena del ferrocarril—dijo.

# XII

## Tacna, «El Pacífico» y los relatos de don Pancho

Don Pedro Montt obtuvo sólo cincuenta o sesenta electores de presidente y el candidato que no era una amenaza para nadie, nos copó la banca.

Más claro, echarle agua: el señor Riesco se la había llevado canónica.

Doña Sara se sintió morir.

Don Pedro jugó su «billa» nocturna con el montino con coto mendocino y perilla de alambre de hacer rosarios, y como entonces aseguraban que a los derrotados en una campaña electoral les salía un apéndice en la carne mollar que ocupa el espacio comprendido entre el fin del espinazo y el nacimiento de los muslos, Vicente Grez decía que le había aparecido una cola que obstruía el tráfico de vehículos y peatones.

Quedamos de oro y azul.

Miré a todo lo largo del espárrago territorial y me detuve en las provincias cautivas: Don Antonio Subercaseaux iba a partir a Tacna en calidad de Intendente encargado de la misión de nacionalizar aquello y como también se iba a fundar un diario, me preguntó si quería acompañarlo.

—¡Encantado de la vida!

El señor Subercaseaux consultó al nuevo Presidente, a quien yo había combatido más que con pluma, con «laque».

El señor Riesco me escribió entonces una carta nobilísima, que reemplaza ventajosamente el retrato de cuerpo entero que todavía no he visto en la galería de nuestros mandatarios más ilustres:

«Presidencia de la República.—Santiago 7 de Octubre de 1901. Señor don Emilio Rodríguez Mendoza. Estimado señor: Con mucho agrado acepté la indicación del señor Subercaseaux relacionada con usted. En el cargo que desempeño, no tengo para qué tomar en cuenta las opiniones políticas de las personas que están dispuestas a servir al país y que tienen las condiciones para hacerlo en el puesto que toman. Tiene el gusto de saludar a usted atte. su afmo. y S. S.—*Germán Riesco*».

Busqué un impresor llamado Serey—¡pobre Serey!—; empaquetó tipos, máquinas, chivaletes y clichés y toda la comitiva se coló en un barquito que crujía al llegar a las traviesas alturas de Coquimbo, las cuales siempre están dispuestas a ofrecer pasajeros incautos a las corvinas de esas latitudes.

El general Boonen Rivera iba de jefe de la zona militar. Apostó a las carreras antes de salir de Valparaíso; se impuso en Antofagasta de que había perdido hasta la camisa; se intoxicó con una mermelada antes de desembarcar en Arica; perdió una condecoración en una comida dada por el señor Cisternas Peña, y al salir a maniobras y antes de montar, perdió un taco de las botas, con espolín y todo.. Era un hombre afortunado.

En Arica sumía y sigue sumiendo el Morro su joroba calcárea en un mar infestado por los olores que exhala la isla del Alacrán.

Muy arriba extendía acariciando la cumbre una bandera de Chile y en un descuido de los demás y para que no me creyeran un comediante del patriotismo, cerré los ojos y en vez de ver lo que había dejado en Santiago, columbré los fulgores del asalto al clarear el día, barriendo a bayoneta la cima de aquel Morro calcinado, testigo de uno de los alardes más arrogantes de la raza.

Me dirigí a la casucha de madera verde en que tuvo lugar la intimación que a nombre del general Baquedano hizo a Bolognesi el Sargento Mayor Salvo.

Libre del pañuelo blanco con que le habían vendado los ojos, el parlamentario chileno no tardó mucho en encontrarse frente a frente con el Jefe peruano, el cual parecía un mariscal del primer Imperio: usaba bigote y pera, prematuramente blanca.

Un saludo de adversarios que en seguida van a cruzar sus espadas, gesto seco y sin palabras, pero cortés y solemne como las circunstancias.

Sabía muy bien Bolognesi que el ejército aliado acababa de ser despedazado y le bastaba mirar desde la cima del Morro para ver a la Escuadra de Chile bloqueando el puerto: era el acabose.

En consecuencia, se acercaba un asalto cuerpo a cuerpo y para observarlo por lo menos con sus catalejos, fondeaban a corta distancia buques de guerra de Inglaterra, Francia, Italia, etcétera.

Bolognesi conocía, pues, la situación en que se encontraba y la calidad del enemigo que iba a embestirlo con el cuchillo corvo en la cintura, la bota o entre los dientes.

Días antes, el comandante Thompson miró con furia las fortalezas del Morro a cuyo pie flotaba pesado y gris el «Manco-Capac» con sus cañones de a seiscientas libras.

El «Huáscar», impávido bajo la mirada al rojo blanco de Thompson, empezó a acercarse a pleno día en busca de un duelo a muerte.

Con seguridad de coloso y señor de aquellos parajes, avanzaba sin contestar el cañoneo.

Cayó sobre la cubierta del monitor triturando uno de sus cañones, un disparo hecho en el Morro.

Pero el «Huáscar» siguió avanzando en son de reto y luego viró en elegante semi-círculo, pasando a unos cuantos metros del «Manco-Capac» al cual quería obligar a batirse fuera de su fondeadero y de las proyecciones de tierra.

—¡Apuntar con proyectiles acerados!—ordena Thompson y en ese mismo instante el monitor entero se sacude desde las cuadernas a la bandera, que vibra lanzando el alazo de sus colores.

«Muerto el capitán!»—grita una voz.

Acababa de derribarlo un proyectil de a seiscientas, que tiró su gorra al mar—postrer saludo—clavando la espada cerca del sitio en que había caído Prat, con los ojos abiertos hacia la luz del mediodía.

El «Huáscar» se alejó lentamente en medio del cañoneo, especie de salva fúnebre en honor del caído en una hazaña temeraria, sin más provecho que seguir demostrando el desprecio a la muerte.

Un momento después toma el mando del buque Carlos Condell.

Descubierto ante los restos de su antiguo jefe, inclina la cabeza y hace esfuerzos por no llorar.

El «Manco-Capac» seguía disparando a flor de agua sus cañones de a seiscientas. A babor, sobre cubierta, con los ojos entreabiertos, está intacta la cabeza de Thompson.

Condell manda formar la marinería, desenvaina su espada y dice en voz alta:

«Padre Nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre; vénganos el tu reino; hágase, Señor, tu voluntad así en la tierra como en el cielo».

Nada de eso con tan claro sentido de lucha a muerte, ignoraba Bolognesi.

—Tengo orden de mi General—le dijo Salvo el día de la entrevista—de intimar la rendición incondicional de la plaza.

Según la relación que me hizo personalmente el mismo parlamentario chileno y que publiqué en 1897 en «La Alianza Liberal», la respuesta de Bolognesi habría sido la expresión suprema de una resolución heroicamente serena:

—«La bandera del Perú no se arriará sin combatir, del sitio en que todavía flamea».

Llamados por él todos sus oficiales, Saenz Peña, Moore, Blondell, etc., inclinaron la cabeza en señal de asentimiento unánime con la respuesta dada por el coronel al parlamentario chileno.

Wellington se limitó a decir a sus soldados cn Waterloo, al caer sobre sus filas toda la caballería de Napoleón, mandada por el mariscal Ney:

«Pensad en lo que hoy se dirá de nosotros en Inglaterra».

Al día siguiente, al rayar el alba, empieza el asalto.

Lo dirige el coronel don Pedro Lagos: cuarenta minutos.

Las avanzadas chilenas, cateadores y mineros escogidos, se arrastran entre la camanchaca matinal, sin hacer ruido y saltan corvo en mano sobre los primeros centinelas peruanos.

Un momento después, el peñón calcinado se conflagra de punta a punta.

Media hora más tarde, al llegar a la ciudadela que corona el Morro mismo, el mayor Salvo encuentra a Bolognesi muerto y arrollado entre las ruedas de una cureña: sus hermosos bigotes ya no eran blancos sino rojos.

He ahí un héroe ante el cual se descubre el vencedor y cuando el coronel Lagos traspone a su vez el último bastión, las pezuñas de su bestia de guerra se tiñen de sangre al pasar de una trinchera a otra. La guerra no es un *five o'clock*.

Ya en Tacna, me instalé en casa de don Eudoro Jaramillo, paisano unido a una señora peruana que relataba con todos sus detalles la entrada de nuestras tropas. Días después de la ocupación, la familia Pomareda se encontraba en la sala a media luz, cuando se presentó de improviso un soldado chileno con las manos en los bolsillos.

Miró tranquilamente para todas partes saludó dando las buenas noches y mostrando una tecla que llevaba en uno de los bolsillos del pantalón, dijo:

—«Les vendo un piano que tengo por aquí cerca» . . .

Tras una serie de visitas con el general Boonen Rivera al cercano campo de batalla, una tarde ante una bandera de Chile extendida en la pared encalada y una botella de *champagne* recién destapado, apareció el primer número de «*El Pacífico*» fundado, dirigido y redactado por mi en 1901.

En Lima me contestaba con bala roja don Andrés Avelino Aramburu y en Tacna mismo se me encaraban los hermanos Barreto, poetas y periodistas de fuste que ahí montaban la guardia de su patriotismo.

Las peruanas de la localidad me pusieron un nombre digno de Rosini y su Barbero de Sevilla: don Pacífico.

Como medida estratégica, empecé a hacerle la corte a una

chica emparentada con uno de los héroes del Morro, aquel bizarro Blondell que el día del asalto y según cuentan, ató con una bandera del Perú la cabeza de su caballo, lanzándolo desde la cumbre hacia el mar. Un salto mortal a la gloria.

A través de treinta años y ya con anteojos de larguero encajados tras las orejas, rindo a la chica tacneña los homenajes de la reconciliación y el olvido.

Ante el desacato de andar en dimes y diretes con don Pacífico, se la hizo comparecer ante un impresionante consejo de familia o Consejo de Guerra, presidido por el señor Mac-Klean, persona muy respetable, Alcalde de Tacna el día del encontronazo en el Alto de la Alianza, y que cuando tramitaba la entrega de la ciudad, poco faltó para que tuviera un disgusto tremendo: sonaron descargas en ese momento, lo que contradecía la afirmación de que no se haría resistencia alguna y entonces el jefe chileno, el cual usaba el tabaco fuerte, advirtió que como volvieran a sonar tiros, tomaría medidas radicales.

Ignoro lo que el patriarca Mac-Klean dijo a la chica aquella. El hecho es que esa tarde, a la hora de la retreta, ella se presentó en la Plaza con señales patentes de que sus ojitos tacneños habían llorado lágrimas patrióticas.

Afortunadamente están lejos esos tiempos.

«*El Pacífico*» empezaba a darme cada disgusto más grande que el Morro a que se adhería, defendiéndolo.

Fué entonces el mejor de mis amigos y el más útil de mis colaboradores, don Eliseo Cisternas Peña, Ministro de la Corte quien me llamaba solemne y afectuosamente «literato-periodista».

Es así.

La neurastenia empezaba a hacer conmigo un instrumento de cuerda. Veintiseis años, es decir, no sabía ni había visto nada

y, sin embargo, me perseguía algo hondo y lacerante, el tedio-*tedium vitae*.

Largas noches en que los gatos tacneños reñían estrepitosamente sus amores sobre las tortas de barro de los tejados planos; veladas monótonas en que ya estaba contado y vuelto a contar lo que cada cual destinaba a la gloriosa rememoración de su propio historial.

Mientras el general jugaba su *baccarat* y Carlos Ovalle se acomodaba su onda capilar tan hábilmente que luego aparecía como si a su dueño le faltara cualquier cosa menos pelo, don Pancho, haciendo sonar el trueno de su voz y de sus botas de caballería, empezaba a despotricar acerca de la revolución:

—¿Sabe usted, futre, cómo murió el «mono Garín» en 1891?

—Cuente.

—Lo habían tomado preso en La Calera cuando intentaba engrosar con su caballería a las fuerzas de Balmaceda que acabábamos de achucharrar en La Placilla.

Le pusieron grillos y lo metieron en una pieza donde pasaba durmiendo tendido. Era hombre de cuidado y sabía mucho.

Para que no lo molestaran los grillos, había encontrado una treta facilísima: se sacaba los zapatos y ya sin éstos, aquellos se deslizaban sin dificultad alguna. Es claro que en cuanto sentía que venía alguien, se los volvía a subir en un abrir y cerrar de ojos.

Yo habría hecho cualquier cosa por salvarlo; pero no era fácil porque todos, menos yo que había sido alférez de su compañía en Cazadores, le tenían apetito.

Una de aquellas noches se celebraba una comida en el cuartel y cada cual había hecho recuerdos de la revolución... Mucho trago y muchas ganas de escarmentar dictatoriales.

—Y pensar, dijo el comandante, que aquí cerca tenemos al «mono» Garín... Y sin más ni menos, propuso fusilarlo.

Me levanté con cualquier pretexto para no ser incluído entre los que tomaban ese acuerdo inicuo, corrí a la pieza de Garín, que se puso apresuradamente los grillos, y le dije: te van a fusilar... Y no te digo más porque si me ven aquí, también me fusilan.

Garín guardó un breve silencio y dijo sentándose en la cama:

—Y ¿por qué me fusilan sin proceso?... Está bien, asesínenme—terminó, finalizando la frase con la palabrota brutal, heroica, porque nunca llega a los labios sino cuando ha saltado candente e iracunda de un corazón indomable.

Y lo mataron: salió con los grillos a la rastra y con un poncho en la mano; lo arrimaron a una tapia de adobe y se tironeaba su negra perilla de mosquetero, cuando una descarga que lo hizo dar un salto, lo tumbó boca abajo sobre un charco de sangre.

# XIII

## Opalos, ágatas y brillantes amarillos

Sumergí la cabeza en el arco iris del trópico, al asomarla, por un costado del trasatlántico inglés en que llegaba a Río de Janeiro, ciudad con reflejos de Stambul, en medio de ruidosas perspectivas de *boulevard*.

Muy atrás por cierto, en el mismo coxis del Continente, Punta Arenas quedaba en un lejano remedo de martha zibelina moteada de nieve polar.

En las Malvinas, que en un caso dado pueden atisbar cañón en mano la salida atlántica del Estrecho de Magallanes, los ingleses han hecho un cuadro típicamente nórdico: ovejas en los cerros y campos verdes; en la ciudad nubes de nieve y nubes de tabaco untado de miel; al lado afuera del *home*, perros pastores y en medio de la soledad, casitas dickenianas con cortinas blancas; fogón encendido y chimenea para que allá por Navidad y Pascua de Reyes tengan por donde entrar las cigüeñas a dejar sus aguinaldos. Y, además, *pudding* y *whisky*, galletas de soda, cachimba trasatlántica y un ejemplar del «*Times*» y otro de «*The Graphic*». Despues de eso,—pura bruma,—la maravilla de Río Janeiro al amanecer, empeinetado de palmeras con ritmos de *matchicha*; bañado en vaho de oro, emanación en que se adi-

vina la carne de las orquídeas, que es el sexo de las mujeres hecho flor. Y mientras sumo la cabeza en una belleza nueva que me da un golpazo de color, me convenzo por completo que voy entrando al jardín botánico del Continente. Es un amanecer con colores cálidos en que se adivina la germinación sensual de una tierra en que todo es joyante; pero no joya de París sino de donde se hacen los tapices con seda y zumo vegetal.

He ahí la bahía llena de trescientas sesenta y cinco islas agrupadas que saltan de una a otra con sus serpentinas de helechos.

Otras ciudades se pegan demasiado a la imitación; pero hay dos, Santiago, amamantada por el paisaje de la montaña, y Río que es el trópico planeado a la francesa, que poseen una estética propia, moldeadora de una serie de facetas anímicas. Hay ciudades en que sólo se podrá pensar en el dinero; pero en Santiago y Río, arrancándose de entre las cejas los dos cerillos en equilibrio aéreo del tanto por ciento, la donosura de lo circundante hará que el artista sea un producto normal como las «parásitas» que se prenden a las palmeras crispadas de placer y color, o como la flor aborigen que entre nosotros estampa en las araucarias el coágulo de sus goterones de sangre salida del poema fundamental.

Voy a ocupar en el Brasil mi primer puesto diplomático y sin esperar a nadie, me escapo del barco a fin de que persona alguna venga a estropearme con sus informaciones urbanas mi primera impresión, puramente pictórica, en que no quiero por nada estampar garabatos estadísticos.

Desembarco, presento mis papeles y percibo en el acto la índole de este pueblo en que la gentileza es el producto lógico de un ambiente en que todo es suave, acariciante y sin rudeza.

Entro a beber café y queda la pequeña taza trasparente, dorada con el mismo *vermeille* de la atmósfera y de la bebida favorita.

Me voy a un extremo muy lejano de mis pensamientos, a un extremo informe de las inducciones con que uno suele acercarse al misterio del futuro, a las preguntas sin respuesta: ¿qué será en el devenir del tiempo este país que territorialmente es una super nación?

Es uno de esos países cuya fisonomía original no podrá ser deformada por ningún aporte extraño: el Brasil será siempre el Brasil, es decir, una individualidad propia dentro de lo colectivo, porque no bastará la emigración, como no ha bastado en Norte América, para borrar su personalidad.

Se dirá que en él hay mucho trópico. Sí, sí; pero yo no sé que haya tierras más sanas que aquellas, en plena línea ecuatorial, que han sido higienizadas, lo que se hace fácilmente cuando se dispone del dinero necesario para enderezarle la nariz a la naturaleza o al Destino.

Me meto a la rua Ouvidor y camino dentro de un vaho de ópalos, ágatas, café y brillantes amarillos.

Estalla una conflagración de colores y destellos sobre el terciopelo sembrado de orquídeas de cada joyería: turquesas grabadas con nombres enigmáticos; ágatas cuya arborescencia cristaliza la visión del rayo al caer; rubíes que salpican su vino de Borgoña sobre la seda suntuosa de los escaparates; esmeraldas, brillantes, perlas, aguas marinas...

Pasa una *cocotte* algo *fanée*. Tapa toda la vitrina deslumbrante con su sombrerote enorme y mira fijamente con sus lupas de platino.

Sigo mareado, zigzagueando de una vereda a otra; hipno-

ticado por las vitrinas y por todas partes destellan y saltan espasmódicamente sobre el terciopelo episcopal en que las enfilan, al paso de las *cocottes*, frescas o *fanées*, los brillantes, las esmeraldas, las perlas, los ópalos fatales, las ágatas que son un pequeño trocito del Brasil... Y todo bien envuelto en el perfume *vermeille* del café, vaho penetrante que invade toda la ciudad estambulesca.

En la tarde, atravieso en barca de ruedas la bahía con parición de islas, para ir a tomar en otro extremo emboscado el trencito funicular a Petrópolis.

Sigue el encanto; pero desgraciadamente me descubren, ya en la barca, en la cual van diplomáticos que regresan después de almorzar luculescamente *chez* Brito y pasar el día en la capital; extranjeros, gente bien y *cocottes*, es claro, que luego de sombrear las vitrinas cromáticas de la rua Ouvidor, regresan a refrescarse en las alturas.

Quería continuar tirando apresuradamente impresiones a esa parte de la conciencia, archivo sin catalogar, en que uno mismo ignora lo que guarda. ¿Quién sabe a ciencia cierta lo que encontraría echándose a buscar profundamente, con los ojos bien cerrados, en sí mismo?

Pero estaba descubierto en flagrante anotación de impresiones en que adrede suprimía todo detalle dejando sólo el boceto, que es lo único de lo pintado o lo escrito que sobrevive al peligro horrendo de las modas, cuando, al ser reconocido el nuevo adlátere de la Legación en el Brasil, sobreviene un aluvión de presentaciones, saludos, preguntas y banalidades.

Además, un conde y una condesa de los tiempos de don Pedro II—cosas del Imperio.—Son para las vitrinas donde pue-

den ser colocadas al lado de alguna tacita de Sévres en que tal vez tomó café la Emperatriz.

Era más original un Brasil con corona, cetro y armiño, culminando el mapa esplendoroso; pero eso no podía ser en América y en estos tiempos en que los hombres han suprimido, entre otras cosas, el sombrero y las mujeres, también entre otras cosas, el vestido.

Escribió por aquel entonces muchos artículos vibrantes Quintino Bocayuba; se encabritó el caballo del mariscal Fonseca, el cual gritó ¡Viva la República! al pasar por la rua Ouvidor y el suntuoso encatrado del Imperio de don Pedro II, poeta, filósofo, erudito y, más que todo, varón justo y prudente, se vino al suelo y se largó el *velho* al Viejo Mundo en el vapor «Alagoas». Boas vindas!

El barón da Estrella va con una chicuela de veinte años, toda, cara y manos, de marfil: es soberanamente distinguida.

Lleva un libro de Bourget—muy de moda en los tiempos del pelo y las polleras largas—que por cierto no lee: «*La Duchesse bleu*».

Va también un Ministro ruso, que según supe después, no sentía ninguna simpatía por lo que no fuera zarismo. Padece el pobre de reumatismo a los ojos y es poseedor de una señora de vista muy sana, que podría ser bailarina moscovita, como que de San Petersburgo empezaba a salir con la pierna en alto o haciendo la muerte del Cisne, una serie de mujeres maravillosamente delicadas, que huían con tiempo del bolcheviquismo que les habría dado un manotón, arrancándoles o manchándoles con sangre su pollerita trasparente.

Además, iba en la barca un príncipe italiano; una austriaca bonita y loca que en vísperas de partir a Europa, y a fin de que

nadie pudiera montar su caballo, acababa de pegarle un tiro; un plenipotenciario con la pata coja, pero nada más, de Talleyrand; un secretario que hace versos estupefacientes; un japonés casado con una belga, que no quiere ser japonesa; un inglés que toma el *whisky* con poca agua y el agua con bastante *whisky*, y un chileno —oficial de Legación—que supo todo eso y algo más que cree prudente callarse, mientras atravesaba, hecho unas Pascuas, la bahía estupenda. Miro hacia abajo desde el Alto da Serra: las nubes empiezan a aconcharse sobre la bahía y las palmeras, poco satisfechas con esa vestidura inoportuna, la perforan sacando fuera las copas para que reciban de lleno todo el orientalismo de la tarde que se manda mudar.

El señor Hevia, nuestro Ministro, es un caballero muy culto y bondadoso, y el primer secretario, Manuel Amunátegui, es mi viejo y querido amigo

Al día siguiente de llegar, ya estoy haciendo notas, mientras dentro y fuera del cuerpo me cantan las cigarras.

Petrópolis es una Suiza sin nieve.

Un alemán que sólo conserva pelo en las partes laterales del cráneo; que usa anteojos amarillos, botas alpinas y sombrero pequeñito con una pluma subrepticiamente arrancada a la cola tornasol de un gallo semental, caza en matos y serras, borboletas, pájaros de fantasía y pequeñas víboras que luego exhibe en unos compartimentitos de vidrio de su tenducho zoológico, cercano a nuestra Legación: borboletas de terciopelo, pájaros carmesíes con pico de alfiler y víboras de seda verde, todo parece joya, digna de ser cómodamente instalada en la cabeza del alemán que, a su vez, parecía estuche de piel depilada en que exportar todo eso a Hamburgo.

Una noticia enmarcada en copiosa perspectiva de caño-

nazos, Himnos, banderas, champagne, discursos y *paté de foie*, llegó a interrumpir el concierto sinfónico dado a diario en Petrópolis por mis vecinas de escalafón y de juventud, es decir, las cigarras: la visita a Río Janeiro de la escuadrilla mandada por el Comodoro Martínez.

La Legación saldría al encuentro de nuestros barcos a bordo del «Riachuelo».

Campos Salles daría un banquete con los cubiertos de oro, dejados por el Emperador, y la «Chacabuco» ofrecería un *five o'clock* con cuatro mil invitados, para lo cual sería necesario acostarle los otros buques de la escuadrilla.

Además, grandes fiestas en la Escuela Naval y «plancha» de varias toneladas el día de la visita del Presidente brasilero al buque insignia del Comodoro chileno: el señor Hevia Riquelme, que fué uno de los mejores ministros que hemos tenido en el Brasil, invitó en esa ocasión a uno de nuestros oficiales a que dijera unas cuantas palabras: habló muy bien por cierto el teniente Sarratea, quien felicitó calurosamente a S. E. por la decidida protección que había dispensado a la marina brasilera durante su período...

Desgraciadamente, el señor Campos Salles había mandado desarmar la escuadra después de los movimientos que hacía poco la habían agitado... Corolario de la experiencia: en diplomacia sólo debe hablar el que conoce todos los detalles de una situación y todas las peculiaridades de un ambiente. Y eso, con papeles, o sin ellos, cuando se tiene el don de decirlo todo... menos lo que quiere callarse.

La escuadrilla repatriaría los restos de algunos de nuestros diplomáticos fallecidos en el Brasil.

Exhumación, exequias... total, cuatro ataudes en fila.

Acaso no fué discreto de nuestra parte hacer aparecer ese cortejo impresionante después del *champagne* que había corrido coronado de oratoria: o visita o repatriación; pero no las dos cosas a la vez.

El día fijado para la exhumación actué como testigo del acta con Manuel Amunátegui, primer secretario de la Legación, quien acababa de sufrir un grave percance naval al desembarcar en uno de los muelles de Río Janeiro: pisó mal, cayó al mar con levita y todo y enérgicamente tomado del malecón, me invitaba a que lo sacara cuanto antes. Es de advertir que, según se decía, andaban algunos tiburones veraneando dentro de la bahía.

—¡La vacante!—decía yo, riéndome con esa risa que hace bien porque es algo meritoriamente fisiológico.

Planchada de nuevo la levita y reflotado el sombrero de pelo, nos presentamos muy de madrugada y antes que el sol empezara a picar al cementerio de San Francisco Javier, donde testificaríamos en calidad de oficiales de fe pública la exhumación de los restos de don Isidoro Errázuriz.

Pálido de emoción exhumatoria «Amunátegui Solar, Manuel», como lo llamaba «el zunco Maturana», al pasar su lista de clase, veía mosquitos por todas partes: al menor ruido, se detenía tirando manotazos: —¡ha pasado uno!—decía.

—Es el que te anda buscando.

Yorick, armado con pala de sepulturero fluminense, escarbaba ya la tierra con indiferencia de persona habituada a desenterrar muertos.

Amunátegui seguía descubriendo mosquitos y yo pensaba que bien pudieron haber formado las orquídeas y los lagartos un friso simbólico alrededor de la tumba del formidable amador de

la vida en cuyo féretro estaba dando en esos instantes la piqueta sepulcral.

Chillaban estrepitosamente los insectos en el ambiente de topacio; volaban las borboletas hechas fragmentos de *vitraux* y, extraviadas respecto al sitio, entonaban las cigarras su canturreo trianero como si ya tan de mañana hubieran bebido jerez hecho sol: es aquella una tierra en que los despojos no deben tardar mucho en volver, convertidos en «parasitas» cuando en vida han tenido más carne que espíritu, o en palmeras cuando han sido algo recto y elevado.

En esta existencia perdurable, Errázuriz tuvo un nombre áureo y sonante: «Condorito».

Siendo muchacho, lo ví muchas veces orgullosamente erguido, husmeando la tormenta de 1891 con su nariz porruda que había acercado ansiosamente a todo lo tentador: perfumes, trufas, grandes resonancias retóricas, senos de mujer...

Nació para el *supreme de volaille* y a todas las cosas prefirió la tibia corona de Petronio formada por manos suaves, acercándose a los labios teñidos aquel cráneo calcinado por lo que agota sin saciar.

Había pasado la vida entera comiendo, fumando, amando, haciendo discursos y artículos detonantes; bebiendo vinos con nombres de Papas renacentistas: le gustaba la carne de ciervo y los faisanes los hacía hervir en *champagne*.

Pudo pintarlo Velásquez porque se parecía honorablemente al Conde-Duque y nadie supo escogerse mejor que él los bocados de cardenal.

Lo había visto estremeciendo la tribuna con la cascada esterlina de su voz, ligeramente atiplada, y ahora me tocaba constatar que el montón de podre guardado en esa caja de madera

averiada, que empezaba a forzar un sepulturero de mal humor, era «Condorito» hecho polvo.

Pasaba en Chile una de las peores trinquetadas de su vida, poblada alternativamente de vacas flacas o de las que echan a borbotones por las ubres los billetes de a mil pesos, cuando decidió apoderarse de la isla, propiedad de un Caupolicán sin brios y maravillosamente ubicada medio a medio de un río que marchaba estrellándose airadamente en piedras, helechos y quebradas. Y ahí estaba en medio de la soledad austral, cuando el Presidente Errázuriz decidió fletarlo de Plenipotenciario al Brasil.

Llegó «Condorito» a Santiago con el sombrero de pelo envuelto en un ejemplar de «Le Fígaro»; se despidió de S. E., al cual ya empezaba a clavar los dagazos de su ingenio de condottiero, y ¡abur!...

—Voy a ahorrar dinero para volver a instalarme en mi isla— decía, hablando como un Robinson.

Pero al sentir las tibiezas capitosas del ambiente fluminense, de nuevo se sintió teniente de Húsares; se rodeó de poetas y flores y empezó a beber bajo las palmeras *champagne* revuelto con un condumio de frutas perfumadas.

Estaba encantado de la vida, del clima que no se oponía a la vuelta de los desnudos helénicos, de las mujeres, de las ensaladas de fruta...

Por lo demás, había encontrado una criatura de veinte años, palmera con dorada cabeza de «parasita»; echó al diablo sus proyectos financieros y empezó a dar fiestas dionisiacas; pero un día el *champagne* mezclado con frutas de Paraíso terrenal le dijo:
—Hasta aquí no más llegamos, «Condorito»...

Preguntó cuánto tenía en los bolsillos del pantalón en ese momento.

Sudaba un sudor frío y verdoso; sentía la boca amarga y la herradura de la muerte había rubricado ya su cara faunesca en que temblaba la perilla que las ninfas acababan de tironear bajo las palmeras cuajadas de luz

¡Postrer balance de su vida! Tenía siete mil reis en las faltriqueras, es decir siete pesos con cincuenta centavos, en moneda de aquí.

El cajón hecho astillas, surcado de raíces vegetales, estaba lleno hasta los bordes con una masa amarillenta, parodia nauseabunda del *paté de foie*: eran la cal y el cloruro con que habían taconeado y apisonado los restos del Excelentísimo señor Ministro para impedir el contagio.

Empezó el sepulturero a arrojar balde tras balde de cloruro y, ablandada la cal que producía el humo infecto de las emanaciones fosfóricas, toda esa masa fué licuefaccionándose poco a poco... Rebotaban en las paredes del ataúd los baldazos de cloruro y entonces el cráneo se deshizo en fragmentos y fué a dar por un lado estrellándose, nadando o sumergiéndose el frontal con las órbitas llenas de cal.

Por otro lado las mandíbulas, regiamente armadas de molares formidables, que habían devorado insaciablemente lo mejor de la vida, iban también de un lado para otro, perseguidas por los baldazos de cloruro.

El que había comido, el que había palpado, el que había bebido todo, desaparecía en un hervor de podredumbre, expugnada por el implacable cloruro, el cual formaba un burbujeo tan diverso al de los vinos auspiciosos, escanciados cuando las manos inflamadas tomaban su cabeza llena de pasiones y de talento.

He ahí los restos de «Condorito»: no podían ser otros.

Dimos fe, estampamos nuestras firmas y nos marchamos en silencio.

En la tarde de ese mismo día, a bordo con dichos restos, con los de Godoy, Plenipotenciario, y con los del pobre Bezanilla, secretario: acababa de casarse enamorado a morir de una mujer rubia y de ojos azules, que era una invitación a la perpetuidad, cuando cayó para no levantarse más...

«Voy a sanar», le decía a Máximo Lira, su Ministro: «voy a sanar». Ignoraba el pobre que era el suyo un caso tremendo, como que ya tenían en la pieza de al lado el ataúd en que iban a echarlo.

En el bote que llevaba el cajón de Errázuriz iba un capellán encargado de los responsos.

Sobrevino una marejada tan súbita y violenta, que creimos que nos dábamos vuelta con muerto, cruz y capellán.

«Condorito quería seguramente jugarnos una de las suyas; pero calmó el viento y lo metimos en la bodega de uno de los vapores que acompañaban a la escuadrilla del Comodoro Martínez.

# XIV

## El Barón de Río Branco

El Brasil necesitaba quien redondeara de una vez su mapa, de abdomen vuelto hacia el Atlántico.

Y como nunca falta el hombre para las circunstancias, apareció Río Branco lleno de mapas y papeles: él sabía bien lo que era una carta geográfica y sabía igualmente muy bien lo que guardaban los archivos. Sus ojos oscuros sobre los cuales se entrecerraban unos gruesos párpados portugueses, miraban habitualmente al porvenir: observaban los contornos del territorio que llena de palmeras una gran parte de la América del Sur.

Un mapa—esquema policromado de los dictados, frecuentemente en tiempo futuro, de lo que la geografía manda o mandara—no dice nada al que no sabe mirarlo; pero el barón de Río Branco sabía observar pilotescamente lo que va preparando, a veces lenta y otras fulminantemente, el presente.

Petrópolis que en vez de nieve, tiene sierras vestidas de bosque, se llena de banderas, de arcos, de fanfarras: es el barón que arriba a Petrópolis, dirigiéndose a un chalecito apartado para que nadie le interrumpa. Lo acompaña su hija, *jeune fille en fleur*, silueta y línea a la *pointe seche*, que es el delicioso tipito femenino que precedió con sus sombrerotes rococó esta época

de hombres afeitados y mujeres *chauffeur* con cabezas oxigenadas y bocas de payaso.

Mlle. Río Branco tiene ese color que en otras partes es palidez patológica y que en el ambiente «carioca» es marfil vegetal teñido a cada instante con el *rouge* de los dieciocho años.

Río Branco esparce rápidamente en su escondite de Petrópolis tapices, marfiles, antigua plata portuguesa repujada, cuadros, libros, muebles exquisitos.

Abre sus mapas sobre los cuales se echa de punta en medio de un ambiente de arte y de cigarrillos egipcios.

Se levanta, mira meditando, que no es como miran todos,... Entrecierra los ojos y en seguida parece que dibujara en el aire algo aún impreciso y tentador que lo persigue y obsesiona: es el mapa brasilero, llenando una gran parte de la América una vez modelada la cuenca amazónica.

El sabe mirar; sabe que el Brasil limita con todos los países de origen español, menos con Chile, y que un día los ríos que penetran en el Continente como la arteria en el músculo más lejano de la periferia, serán bautizados con su nombre, acaso el más perpetuo de su país.

Va a negociar con Venezuela, con el Ecuador, con el Perú, con Bolivia, con el Paraguay, con el Uruguay.—Entre el Paraguay y Río Grande se encaja un peritóneo territorial—Corrientes.

El barón mira atentamente su enorme mapa, el que cuenta con más países vecinos en todo el Continente y empieza a negociar, llevando esta orientación superior, firme, obsesionante, de todas las horas y todos los días: dejar legalmente constituída la cuenca amazónica.

Es un gran hombre de Estado. No amenaza, negocia, apor-

tando un conocimiento total del asunto, servido por un talento penetrante; tiene modalidades de gran señor y la cultura depurada de un refinado que así habla de una carta coetánea del tratado de San Ildefonso, como de una pintura de Goya.

¡Ah! ¡sí! El barón escudriña el mapa del Continente como un astrónomo mira el firmamento, con la diferencia que un mapa, a medida que sobre él tranquea el tiempo, va insinuando lo que no tardará en proyectarse nítidamente.

Por ejemplo, ¿no es claro que una parte de la América viene a ser el *hinterland* de los territorios del Pacífico tan cercanos del Canal de Panamá?

Luego, acaso convendrá en el futuro navegar el Ucayali y desde ahí seguir en ferrocarril a Paita, que está a un paso de Panamá: para muchos territorios americanos, el Atlántico queda muy lejos y como casi todo es cuestión de distancias...

En 1908 el barón de Río Branco finiquita con el Perú las negociaciones limítrofes.

Hunde verticalmente la vista en la frontera norte y concluye con Colombia el pacto Martins-Vásquez Cobos; mira hacia el Puruz, el Beni, el Maleira, el Guaporé, y firma con Bolivia el tratado del Acre; mira al sur, al Uruguay, y cede en la Laguna Mirim.

Es un grande hombre de Estado y el señor Zeballos se alarma y se indigna.

Se tantean entonces alianzas y combinaciones exteriores y cuando estas llegan a conocimiento del Canciller chileno, señor Puga Borne, éste dice, acomodándose los anteojos y mesándose la barba: pero aquí falta el Brasil, si no me equivoco...

He ahí el verdadero origen del A B C: es el doctor Puga Borne el que lo esbozó y todas las derivaciones posteriores son la

simple consecuencia de la frase acertadísima que colocaba a Chile en el fiel de la balanza continental.

Petrópolis empavesa sus palmeras y las orquídeas arrancadas sin piedad de los troncos en que se prendían a vivir vida parasitaria, llenan la casita del barón cercando a su chica en cuyo piano coludo se trepan formando friso los gatos de pelo angoresco, perforado por las turquesas fosforescentes de los ojos; los gatos no son, por lo general, *amateurs* de música y es muy probable en este caso que más que por oir sonatas alemanas, se encaramaran ahí a flirtear a su gusto con Mlle. Hortense.

Una noche nuestro Ministro presenta al barón a los secretarios señores «Amunátegui Solar, Manuel» y «Rodríguez Mendoza, Emilio».

—¿Hijo de don Miguel Luis?—pregunta Río Branco a Amunátegui.

Y acto continuo empezó a hablar de aquellos tres volúmenes, tremendamente eruditos, en que don Miguel Luis toma el Estrecho de Magallanes desde las expediciones de Juan Ladrillero.

He ahí, pues, en Río Branco un hombre que conocía el conjunto de los asuntos americanos; que para tratar una cosa, no la estudiaba aisladamente sino dentro del total de las cuestiones del Continente, cuestiones que van relacionándose cada vez más porque también en la América han concluído las cosas aisladas y este o aquel asunto se correlaciona con el conjunto, enchufando con otros que parecían lejanos e inconexos.

Conocimiento total, es decir, harmónico de las cuestiones continentales.

He ahí la ventaja que Río Branco patentizaba desde el primer momento, abrumando a sus interlocutores, por lo general debutantes o aprendices, que saltaban de uniforme y enredán-

dose en el espadín primerizo, de la política interna a la política externa, es decir, a la diplomacia, la cual no es exacto que haya desaparecido: se ha transformado, complicándose más y más porque en ella no se puede ya actuar útilmente sino se tienen conocimientos generales, un carácter dúctil y firme a la vez; aplomo y levedad.

Se pasó al *buffet* y desapareció Río Branco suplantado por un barón que empezó a hablar animadamente de trapos femeninos con la mujer llena de perlas a que había ofrecido su brazote de atleta.

# XV

## «El Ferrocarril» de don Juan Pablo Urzúa

Hace un San Cristóbal de años llegaba junto con el desayuno a muchas casas de Santiago un ejemplar recién dado a luz por las máquinas de «*El Ferrocarril*».

Iba doblado a mano en cuatro pedazos y lo llevaba debajo del poncho, a fin de protegerlo de la lluvia en invierno, un repartidor muy puntual y tranqueador, Juan Ignacio, conocido en todo mi barrio apacible y madrugador con el nombre de «el diariero».

«El Ferrocarril» y Juan Ignacio eran esperados con ansiedad, máxime en tiempos de guerra o elecciones.

«El Ferrocarril», nombre de cosa a vapor con que lo bautizó su fundador como homenaje admirativo a la vía férrea de la Capital al Puerto, se metía de madrugada por la rendija existente entre el suelo y las puertas de calle y cuando el reloj de llave gastada o de campana acatarrada, daba las ocho sin que hubiera aparecido como de costumbre, la gente, entre risueña y alarmada, empezaba a «pelar» a Juan Ignacio, excelente persona; pero—el pero santiaguino—con el inconveniente de que el día de la «parada en la pampa» y de Noche Buena en la Cañada, invariablemente, se decretaba una «rasca» jefe.—Como se pide

—decía Juan Ignacio, creyendo hacer uso del más inviolable de los derechos del hombre y del diariero.

«El Ferrocarril» es una buena ración de la historia santiaguina.

Conoció tiempos de auge, prestigio y bienestar y tuvo sus días de gloria porque fué el boletín definitivo e inapelable de todas las victorias de la guerra de 1879. Bautizó sus máquinas flamantes con nombres de héroes.

—Lo dice «El Ferrocarril» y no hay más que hablar—decía axiomáticamente la gente.

Su dueño y señor, don Juan Pablo Urzúa, no fué sólo un fundador sino un precursor del gran diario moderno y su periódico reflejó una a una y durante muchos años de vida ejemplar, todas las virtudes del Chile que se extiende desde los días de la organización hasta el salitre: austeridad, patriotismo, verdad, tenacidad en el esfuerzo; levita, corbatón y pantalón bombilla...

Se inspiraba en el *The Times* y, sin decirlo porque era parco en palabras, quería que, como habría dicho don Ambrosio Montt, lo que Chile entero pensara en la mañana, fuera lo mismo que «El Ferrocarril» había escrito la noche antes.

Hizo a su propia imagen y semejanza una casa que no parecía construída sino engendrada, ladrillo a ladrillo, por el fundador, tenaz sin dejar de ser bondadoso: casa alta, de puertas angostas y elevadas como el espíritu rectilíneo de su dueño y señor; ladrillo rojo sin estuco, símbolo de la sobriedad y que dejaba al desnudo la estructura, la materia firme y dura. Pero no se crea que faltaba dentro de eso de apariencia tan hosca, una llama azul: ahí, en efecto, solía reunirse en las tardes una serie de hombres que hablaban de todo porque tenían mucho libro y, a veces,

mucho talento en la cabeza, que si no era la de don Andrés Bello, la recordaban y la imitaban.

Ahí dogmatizaba Lastarria, maestro que dejó páginas dignas de los mejores escritores de su tiempo; Lillo, que era una bandera desplegada en medio del combate y un Himno cantado briosa, optimista, panteistamente al porvenir.

# XVI

## Eusebio Lillo

En 1898, 1903 y 1904, yo iba frecuentemente a hartarme con los recuerdos de Lillo: contaba muy contrito sus días de revolucionario de los cuales fué el Rouget de l'Isle, platónicamente condenado a muerte en tiempos de don Manuel Montt.

Lillo vivía en una casona de un piso y asevillada que era el Chile recién desgajadito de la Colonia: mata de jazmín florido en el patio; puerta cerrada con tranca; fuente con peces colorados; naranjo asaltado pasionalmente por una parra que, en flagrante remedo helénico, intentaba todos los años coger faunescamente las primeras yemas blancas de aquel naranjo, remoto descendiente de algún antepasado que había florecido en la huerta valenciana o en algún cortijo andaluz.

En las piezas, muchas telas pintadas: por lo general, desnudos estupendos; en la bodega, vinos de nombres musicales; poblando sus recuerdos, mujeres bonitas, muchas mujeres bonitas que ya no existían; pero que seguían abrazadas y a medio cubrir los senos en flor con el encaje cálido de los sonetos anacreónticos.

Don Eusebio, viejo del Renacimiento, no decía, rezaba algunos de esos sonetos, estirando las manos ya anquilosadas, co-

mo si de nuevo fuera a darles en el cuello el beso mortal de la caída:

¡Si yo retuviera en la memoria, llena de espacios borrados, todo lo que Lillo me relataba!

El tono paternal con que hablaba de mi porvenir, me envolvía en una onda de optimismo: usted será lo que quiera ser y todo le pertenece...

¡Exageraba!

Enchufaba sus nervios sanos y vigorosos en mi ajenjo pesimista y perorando en son de estatua que habla, me ordenaba imperativamente con su voz procera:—¡Siga usted!... Todo será suyo!

No ha sido así, sabe Dios si por fortuna; pero el hecho es que yo, especie de guardia nacional enloquecido con mis veintitres años, seguía arrogantemente con los faroles en alto.

Lillo me saturaba con su voluntad, toda espíritu.

Y como si eso hubiera sido poco, me regalaba libros, versos y vinos griegos.

Cuando años después le dije que iba a casarme, me hizo un regalo a lo Lorenzo de Médicis, el Magnífico: un soneto que llevarle a la que iba a ser mi mujer: arcaico o lo que se quiera, es lo mejor de mi archivo y mis recuerdos, porque es la vida, porque es el afecto, porque es el recuerdo lleno de agradecimiento.

Está escrito con letra temblona en una página que hace ya tiempo perdió su nitidez juvenil:

«Luz y sombra, dolores y alegrías,
Viriles triunfos, desaliento a veces
Son del talento los inquietos días...
Y esa inquietud en tu existencia ofreces.

---

Darte hoy favores la fortuna quiso
Y con alas de amor se mueve tu alma
Hacia un sereno y grato paraíso
Morada de placer y dulce calma.

---

Allí hallará la creadora mente
A tu labor genial sendas propicias,
Que el verdadero amor es Dios potente
Que da la inspiración con sus caricias.

---

Viaje feliz y que en tu «Vida Nueva» (*)
La paz y el bienestar vayan contigo.
Con los recuerdos de la patria lleva
Este adiós cariñoso del amigo.

*Eusebio Lillo*».

No volví a verlo.

Atado de nuevo a la pata de la mesa de escribir, estaba trabajando en 1910, cuando me dieron la noticia de su muerte.

Lo había querido.

Incliné la cabeza sobre las cuartillas y lo ví patente, deslumbrado ante la «Perla del Mercader», hablando de juventud, de revolución, de porvenir, de libros y de mujeres que adoró hasta morir.

Pedí en uno de mis artículos de «*El Mercurio*» que al dar tierra a los restos del que había sido en vida la estructuración lírica de nuestro medio físico, los niños de las escuelas cantaran

---

(*) Obra mía que acababa de publicarse en España.

el Himno que el autor había oído desde un puente de combate, iluminado de rojo por los cañones de Angamos.

Carlos Silva Vildósola, que no sólo es un gran periodista sino un gran artista, apoyó la idea, que se estrelló con no sé qué orden superior.

Ví también al Rector de la Universidad para que los restos del patriota y el poeta fueran expuestos en ese paraninfo, rehacio a la vibración como todo lo académico.

Se me contestó que eso no estaba bien para la juventud porque el poeta no había sido nunca casado...

¡Ah! Se cobraba así una cuenta antigua e insoluta: un día, y de esto hace muchos años, la Universidad elegía miembro de la Facultad de Filosofía, Humanidades y Bellas Artes al señor Lillo.

—No—contestó, irónicamente Rouget de l'Isle—: no me dieron ese título cuando era pobre y lo necesitaba, y me lo dan ahora que soy rico y no me sirve de nada...

Propuse una suscripción a fin de erigir en algún sitio público una sencilla estela de piedra coronada por la cabeza del poeta. Se plantaría una encina cerca y se estamparían, dorados y bruñidos en la piedra nativa, los primeros compases del Himno.

Tampoco prosperó la idea.

Años antes, había propuesto a una de aquellas Municipalidades que se sustraían hasta el déficit, que previo un acuerdo capaz de controlar seriamente esta clase de honores, se grabaran en las rocas del Santa Lucía los nombres de algunos escritores que no tuvieron a quien hacerle el encargo de que les levantaran una estatua: los Arteaga Alemparte, Blanco Cuartín, Daniel Riquelme, Pezoa Véliz... Tampoco.

# XVII

## La sombra y la pléyade

Pero no sólo el señor Lillo atronaba con su voz de octava real los dominios prestigiosos y solemnes de don Juan Pablo Urzúa.

Rondaba por ahí una pléyade de hombres de talento, que entonces no era fácil simular porque era difícil encontrar quien escribiera las cosas por uno: cada cual se rascaba con sus uñas.

La más seria de las dificultades de un director de orquesta es armonizar, sinfonizar instrumentos o temperamentos diversos.

Parecía imposible; pero don Juan Pablo, que además de tener los cordones de la bolsa, era excelente contrapuntista, obtuvo eso con facilidad, es decir—vamos por partes—con relativa facilidad porque era cuestión considerable orquestar seriamente a aquella gente: como que, recién se extinguían los fogonazos que en Cerro Grande metieron al país en el largo germinal de trabajo y organización en que imperó la Constitución portaliana de 1833, o sea el período, que se prolongó hasta el despojo en 1891 de aquellas facultades sin las cuales la función de gobernar va convirtiéndose poco a poco en una anarquía que primero es blanca y después roja.

«El Ferrocarril» de aquel entonces era un cenáculo liberal en que, por cierto, que no se adoraba a Portales, quien tenía en don José Victorino Lastarria un güelfo armado de todas las armas: orador, maestro, escritor, periodista, galanteador contumaz...

Oírlo, era escuchar una lección con la música de una voz atildada, grata, solemne, que silabeaba lo esencial, que valorizaba cada palabra; que aguardaba maestramente el vocablo para no precipitarse.

Tanto era el encanto oral del autor de «La Política Positiva» y «Medio siglo de vida constitucional», que un día, según la broma de aquel entonces, después de escucharse un período en que, como teoría, predominaban las influencias inglesas y francesas, el maestro se olvidó del auditorio y dijo con toda espontaneidad:

—¡Hombre, qué bien hablas!...

Su folleto contra Portales es la postura combativa de un embriagado con el alcohol de las revoluciones constitucionales, destilado sobre organismos débiles en que se buscaba a tientas la manera de organizar países nuevos sin contar con más materiales que los dejados por la Colonia.

El «Portales» de Lastarria fué un arrebato doctrinario; pero nada más recio—forma y fondo—como ataque: ni las Catilinarias de Montalvo, que son trenos de profeta panfletero y, por consiguiente, flotantes e inasibles como realidad política.

Creía generosamente la generación liberal de aquel entonces en la virtualidad de las teorías, aplíquense en el ambiente que se apliquen.

Eran doctrinarios empecinadamente enamorados del cons-

titucionalismo, del libre cambio y de otros de los ídolos del siglo XIX.

¿Pero dónde podría aplicarse efectivamente eso?

¿En un país sobre el cual pesaba entonces la tiniebla de un noventa por ciento de analfabetos?

La democracia y la libertad deben ser organizadas y preparadas antes de que su práctica sea un hecho: la Francia estará en aptitud de hacer de la democracia un principio efectivo en doscientos años más, decía Hipólito Taine en su «*Origines de la France contemporaine*», obra demoledora de la Revolución.

Vió penetrantemente Portales que lo fundamental era organizar y construir; vertebrar lo inarticulado; hacer de norte a sur, por lo menos el sólido andamiaje del país.

Lo intentó superiormente y por eso fué Chile el primero en organizarse y por eso miraban hacia acá desde todas las latitudes de la América española. Y, mientras degollaba Rosas y fusilaba García Moreno, aquí surgía una organización resistente y aquí llegaban con los ojos desorbitados los soñadores y los perseguidos de todo el Continente, escapando del facón, la soga de colgar o el cuchillo de tocar el violín...

Los pelucones, más diestros que el pipiolaje liberal, se apoderaron de la figura de Portales y todavía estaba clavada y pudriéndose en un palo y en un camino quillotano la cabeza de Vidaurre, cortada por mano de verdugo después de la ejecución, cuando los susodichos pelucones estiraban las manos, juntando escudos para el monumento al moldeador de la Constitución de 1833.

Recogieron la capa recién aportillada por los fogonazos del motín de Quillota, y envolvieron con ella, como con una toga

romana, el Estatuto que Portales hizo para un país y no para un partido.

Portales es lo más fuerte que como calibre cerebral ha producido el criollaje, es decir, la semilla española, fructificada en América.

Antes que él habían aparecido unos cuantos ideólogos extraviados, con trazas de organizadores, que equivocaron la única orientación posible, aferrándose a morir a teorías o doctrinas de pura importación libresca y, por consiguiente inadaptable al estado mental y económico de la masa amorfa recién desprendida de la maternidad española.

Portales, en cambio, fué el primero que planeó sobre una Constitución poderosa el programa de realidades que hizo al país: era el espíritu organizador de la Vieja Castilla reaparecido, fría, tercamente, en un Continente en estado de párvulo que había que amamantar y luego disciplinar porque la Emancipación se había limitado a cambiar el dominio español por la convulsión.

Lastarria se echó a fondo sobre la figura central de aquel período. «Don Diego», inteligencia perfilada en proa, encarnación zumbona del carácter nacional, ingenio penetrante que decía esta frase que no habría desdeñado Bonaparte Primer Cónsul, como que sintetiza todo el poder social de la Religión:—«No creo en Dios pero creo en los curas»...

Portales había muerto y mientras reaparecía en bronce con su capa y su rollo de papeles constitucionales mirando hacia el interior del palacio barroco, don Juan Pablo Urzúa ofreció a Lastarria un cómodo sillón de marroquí verde, que alcancé a conocer, ya cojo, descolorido, destripado y con la estopa y los cilindros vaciados por la jornada desorganizadora del tiempo.

Por ahí llegaban también don Vicente Reyes, que se hizo célebre con sus «Charivari»; Zegers, elegante tipo de parlamentario inglés, especie de *lordcito* de estos pagos; los Arteaga Alemparte, siempre de guantes grises, que hacían periodismo a lo Girardin y que, según cuentan, solían andar sin un Cristo en el bolsillo de la levita, entallada, forrada en seda y... bien planchada.

También solía caer por ahí un personaje armado con lanceta de abeja y espada de Samuray, cuya fisonomía siempre melancólica se estremecía agriamente plegándose con las arrugas de la máscara aristofanesca. Tenía un nombre de sala de esgrima: Blanco Cuartín.

Un día o una noche, invitó a don Domingo Godoy, jefe de Estado Mayor de la Expedición que el general Bulnes llevó al Perú, a escribir los respectivos epitafios.

Godoy era su rival en eso de la lanceta, de la espada cortante del samaray o las tijeras de peluquero sevillano.

—Por mi parte, ya tengo el mío—dijo don Manuel:

«Aquí yacen los restos de Manuel Blanco Cuartín. Fué malo, pero no tanto como los buenos».

—Yo también tengo el mío—replicó don Domingo:

«Aquí yacen los restos de Domingo Godoy. Vivió setenta tantos años que los empleó en hablar mal de la humanidad y murió con el sentimiento de no haber dicho ni la mitad de lo que sabía».

Cuando todos esos ases pululaban en «El Ferrocarril», ya estaban ahí dos neófitos que, andando el tiempo y cuando el diario envejecía rápidamente sin lograr renovarse, reemplazarían a los ases: el señor Roger, que empezó en la Crónica, y don «Federico Alcorta que todo lo recorta», que nació y murió en el

mostrador: era chiquito, jibado y siempre andaba con sombrero puesto. Parecía que del cajón saltaba a los avisos y los «remitidos», regresando apresuradamente a dicho cajón, cuya llave de paleta y doble vuelta llevaba colgada en calidad de medallón de toda confianza a la cadena del reloj.

A poquitos y a pocones el señor Roger, que era la bondad con pantalones ajustados, vestón, pelo teñido con campeche y casa de tres pisos en la calle del Dieciocho, llegó a redactor en jefe. Representaba el buen sentido tradicional y era un hombre excelente durante los trescientos setenta y cinco días del santoral; pero en cambio, no era persona ni de innovar ni de darse cuenta de que se iban produciendo grandes cambios en cada una de las cosas del país: los viejos partidos, venerados por él, evolucionaban de las ideas a los intereses y lo mismo hacían los hombres.

Las finanzas y hasta el aspecto de todas las cosas también iban variando bastante.

El era la bondad—acaso mucho más escasa que la inteligencia: el mundo está atosigado de libros e inteligencia...

Ya encaramado en la redacción, el señor Roger se instaló en la pieza en que había platicado Lastarria, arrellenado en un sillón que, al fin de sus luengos años, ostentaba la estopa y los cilindros colgando, lo que era como decir que harto del mundo y sus majaderías, quería descansar sin que nadie volviera a ubicar en él las posaderas.

El señor Roger empezó por instalar en la mesa un vaso lleno de municiones del ocho a fin de anclar en ellas las plumas de volar y de escribir y empezó la interminable digestión de sus editoriales cotidianos.

Lo conocí años después de su omnipotencia periodística y

cuando llegábamos los bárbaros juveniles a meternos desvergonzadamente en su antiguo editorial diario, esa súbita invasión debió hacerle creer que el mundo y «El Ferrocarril» llegaban a su hora postrera.

Tanto celebré entonces el buen sentido de don Carlos, que conservo intactos algunos de sus aforismos, dichos generalmente cuando resollaba con placidez por los dos amplios ventiladores de que estaba dotada su fisonomía bonachona, con algo de daguerreotipo mediante el eficaz concurso decorativo de sus tufos de pelo acaramelado y echado hacia adelante en son de homenaje a la tradición clásica.

Don Carlos solía darme consejos prácticos:

—No olvides, hijito, que aquí más vale ser guacho que pobre.

En materia de periodismo poseía un verdadero *stock* de máximas definitivas en la materia:

—De las defunciones no debe darse cuenta sino cuando el muerto está enterrado.

Y en cuanto a información política, había impartido instrucciones terminantes para no dar noticia alguna de una crisis mientras los nombramientos de los nuevos ministros no hubieran aparecido en el Diario Oficial... Mientras así no sea—decía—puede tratarse sólo de rumores.

Un día un reporter olvidó esas prudentes instrucciones y fué despedido inmediatamente por don Federico Alcorta, en cuyo cajón lo iban a encontrar cualquier día, y en el cual cada cosa estaba en su respectivo sitio: formaban un montón los billetes de a cinco, otro montón los de a diez, otro los de a cincuenta y otro, asegurado con un elástico grueso, los de a cien, los cuales se distinguían de los demás, no sólo por lo hermoso de su cifra, sino por lo nítido y bien timbrado del retrato de O'Higgins.

Garland, nombre del reporter despedido por imprudente, recibió al salir cinco billetes de a diez y uno de a cinco, desprendidos cuidadosamente de sus respectivos montones por don Federico, gran Canciller del Echiquier, quien no soltaba uno solo de esos papeles sin observarlo antes por ambos lados con gafas emplazadas en la punta de la nariz.

Ese «Ferrocarril» representaba una buena parte de aquel Chile venerable de los tiempos de Bulnes, Errázuriz, Pérez, Pinto: honrado, ahorrativo y patriota; finanzas empuñadas; puertas claveteadas y bestia ensillada en que partir a la hacienda o al fundo por un camino lleno de polvo, álamos y cuncunas en verano y barro, lluvia y neblina arrastrada en invierno.

La sombra de don Juan Pablo se había desvanecido para siempre, diluyéndose en el porvenir.

# XVIII

## Don Galvarino

El 3 de Marzo de 1903 yo también entré a dejar un poco de vida y de pasión en el barco de ruedas resagadas.

En pena la sombra de don Juan Pablo y muerta su viuda ejemplar, de los antiguos tiempos no quedaban incólumes más que tres sobrevivientes melancólicos que, parapetados en la sombra, miraban como sonámbulos al aluvión de gente irrespetuosa y charlatana que entraba del bracete con los nuevos propietarios.

Integraban la lista de aquellos gloriosos veteranos, don Carlos Roger, don Juan Pablo Arancibia y don Federico, el del cajón, es decir, don Federico Alcorta, el de los mazos de billetes asegurados con elástico grueso.

Uno, dos, tres,... Nada más. Eran la tradición penando en vida en sus antiguos dominios.

La Empresa había pasado a los herederos y don Galvarino Gallardo, Ministro de la Corte Suprema a la sazón, ocupó alegre y familiarmente la imprenta de arquitectura punitiva: puro ladrillo pintado de rojo.

El antiguo juez del Crimen de Talca, Ministro de la Corte Suprema de Justicia en 1903, era la economía dosificada con la

diabetis que empezaba a vedarle el dulce hecho en vieja paila de cobre.

Tenía un talento zumbón en perpetua inclinación a la ironía afutrada del santiaguino: todo eso, sosegadamente instalado dentro de un continente de 95 kilos, más alto que bajo, y que avanzaba contoneándose a barlovento. Y arriba, en la cabeza de estructura bien castellana, unos ojos oscuros en que se hermanaban las cosas más dispares de este «Callejón del traro» que suele ser la vida: la bondad y la dureza: la bondad del patriarca de la calle de Santa Rosa y la rudeza del antiguo juez del Crimen de Talca.

Yo acababa de dejar la casaca de oficial de Legación y el señor Gallardo me preguntó tanteándome con sus ojillos investigadores:

—Usted, es claro, sería muy amigo del barón de Río Branco...

Me observaba y a poco empezó a darme consejos que me decían claramente que se me tenía por desordenado, noctámbulo e insurrecto:

—Acuéstese temprano, don Emilio; duerma bien; desayune y escriba que se le entienda...

Era el Ministro de Hacienda de la empresa y celebraba largas conferencias secretas con don Federico Alcorta.

Me dieron un extremo del cañón de piezas que ocupaba todo el frente del edificio; pero la que a mí me tocó, no tenía más puerta que la de entrar y salir y a mi lado instaló sus cachivaches Luis Orrego Luco, novelista, anticuario, galanteador, que continúa escribiendo intensamente lo que ha vivido.

Orrego Luco está ya muy pelado y a mí acaban de decirme por primera vez «viejo guatón»...

No tardó en producirse con los propietarios una divergencia doctrinaria: yo era uno de esos dos o tres balmacedistas—no más—que seguían el programa que el presidente rubricó con sangre de su corazón y su cerebro. El diario había sido revolucionario; era parlamentarista y jamás pediría la arrogación del régimen, que ya estaba agujereando al país.

Había, pues, entre nosotros un desacuerdo hondo, que nadie tocaba, esquivando el choque; pero que solía aparecer de tarde en tarde, lo que no fué óbice para que el diario colaborara gentilmente a mis deseos de ir cuanto antes a Europa.

¡Cómo! Treinta años ¿y todavía yo no había ido a mirar las quisicosas de París?

Seguí plumenado, remando en la galera, que navegaba en un mar de tinta azul.

Llegaban a diario felicitaciones, visitas, cartas: brisas de triunfo embriagante; plena vida; proa cortante enfilada al Viejo Mundo.

El autor del Himno, que todavía parecía un tambor mayor de patriotismo, solía llegar ruidosamente hasta mi tabuco sin puerta de retirada: iba a trasmitir a mi combatividad agresiva algo de su bondad apaciguante y salía dando gritos de pelea en pleno avance:—Adelante! adelante y buena suerte!... Usted será lo que quiera ser!...

¿Sabe alguien todo el bien que hacen esas palabras, dichas como una admonición venturosa al que se engalla con la vida?

Don Julio Zegers, al cual yo había clavado hasta el pomo mi pluma de «La Ley», quiso conocerme y me dijo que no sentía afecto por mí; pero sí estimación.

Rodríguez Velasco, el poeta, subía rápidamente las escaleras

tenebrosas de «El Ferrocarril» para felicitar a los directores por mis artículos.

«El Ferrocarril», viejo, frío, hosco, pintado de rojo y con cajero que parecía alguacil alguacilado, fué, sin embargo, para mí un hogar, y su propietario de entonces, ya muerto, una de las personas por las cuales mi carácter, que muchos, menos yo, han creído entender, ha sentido una simpatía afectuosa. No me atrae fuertemente sino la bondad: —ya he dicho que el mundo está demasiado abarrotado de inteligencia.

La bondad, es decir, lo que no tengo sino en la dosis estrictamente necesaria para cumplir con el deber, y en aquel setentón irónico y penetrante, con cejas de matorral, la bonhomía aparecía a cada instante con un melón en el brazo y llevándome a su hogar, donde disfruté más de una vez de un espectáculo del buen tiempo viejo, muy viejo: el matrimonio fundador bailando a los sesenta años en la sala de la casa en medio de un regimiento de nietos y biznietos.

El señor Gallardo fué llenando con su persona el Ferrocarril y la imprenta sin arte y sin calor en que bufaban el motor esclerótico y las máquinas bautizadas con nombres heroicos; se hizo amable y en el diario cincuentón empezaron a oirse cosas extrañas: risas estrepitosas, aplausos, manoteos de juventud, gestos espontáneos.

El muchacho de la partida era el señor Gallardo, quien en trance de buscar un pseudónimo con que firmar sus producciones a lo Padre Padilla, adoptó el nombre del portero, especie de Cuasimodo, que arribaba tranco a tranco con los cablegramas del extranjero y que se llamaba Juan Andaur.

El señor Gallardo entraba de cuando en cuando a leerme sus interesantes artículos que indudablemente cumplían con el

primero de los preceptos literarios de su autor: la claridad meridiana... Y tan bien se entendían, que un día mandó decir un *leader* político que si no lo dejaban en paz, las emprendería a puñetazos con el dueño.

Habría sido un *match* interesante.

Juan Andaur respondió con nuevas preguntas de Padre Padilla.

El señor Gallardo era, pues, a la sazón, el guerrillero del diario.

Un día le dijo otro de sus colegas de Tribunal que un Ministro de la Corte no podía aparecer escribiendo en los papeles.

—Ni pertenecer como tú—le respondió Juan Andaur—al directorio de una institución en que hay juegos de envite y azar.

Pocas bromas con «don Galva», que no era artículo de imitación, sino algo muy individual, muy original, muy chileno.

Hace cuarenta y nueve años formó parte de la comisión que iba a Iquique a traer los restos de Arturo Prat.

Don Julio Zegers, verbo de esa comisión, leyó a «don Galva» —remoquete que le había puesto el afecto de sus alumnos de Código Penal—una y otra vez el discurso que iba a pronunciar y como don Galvarino tenía una memoria prodigiosa, lo aprendió con puntos y comas y, llegado el momento de la inhumación, dijo admirablemente dicho discurso, por el cual fué muy felicitado.

—Y ¿qué dijo don Julio?

—No dijo nada; pero no me ha vuelto a saludar.

Una noche salíamos juntos de mi tabuco periodístico y como viera que la luz se me había quedado encendida, deshizo camino y la apagó diciendo que a él lo habían enseñado a sacristán cuando chico...

Todo aquello era muy grato y pintoresco; pero el viaje a Europa iba prolongándose tanto, que una noche me dormí esperando un editorial del señor Roger que tenía encargo de revisar. Y tuve un sueño de aquellos de contar para saber y saber para contar: el edificio entero se iluminaba por dentro con auténtica luz de magia; se abría solo el cajón de don Federico Alcorta; estallaba la música de las campanas de vieja Noche Buena y aquel edificio, tan severo y frío, en que yo estaba amarrado a la pata de la mesa y con los dedos sumidos en la tinta y en la fantasía, se empapelaba por completo con billetes de «a cien» que nunca lograría saberse bien cómo había aflojado el cajonero...

Poco después me pusieron unas nuevas inyecciones de optimismo.

Recibí una carta de Unamuno:

«El Rector de la Universidad de Salamanca.—16 de Febrero de 1904.—Ha tiempo que debía haberle escrito y no sé bien cómo se me ha ido pasando. Esperaba anunciarle haber mandado a la Revista «La Lectura», de Madrid, una nota sobre su «Vida Nueva», que me interesó muy de veras. Hay en ese libro páginas realmente hermosas y es una interesante pintura de las costumbres santiaguinas. Me interesó mucho el reformador don Manuel Moral.

Alguna analogía veo en cuanto a la tesis entre su novela y la «Educatión sentimental» de Flaubert.

La descripción de las carreras, página 64 y siguientes, está muy bien hecha. Y creo ser voto en la materia pues me tomé no poco tiempo para describir por procedimientos análogos a los suyos un partido de pelota—juego de mi país vasco—, descripción que figura en mi libro «De mi país».

Le prometo enviar la nota a «La Lectura» y celebro esta ocasión de entrar en relaciones con usted.

Tenga por un amigo a su afectísimo y S.S. Miguel de Unamuno».

Podía, pues, interesar a Unamuno—que es algo inflamado de espiritualidad—; pero no a mis paisanos de aquel entonces.

Por lo demás, se imponía una rectificación al autor de «Don Quijote y Sancho»: yo no conocía «L'Education sentimental» cuando escribí «Vida Nueva» por la sencillísima razón de que no estaba traducida ni aun dominaba bien el francés.

Pero no rectifiqué nada porque Unamuno tal vez habría pensado que el tío ese que había escrito «Vida Nueva» no decía la verdad.

Y me quedé saboreando con silencio de gato eso de que yo, modesto viandante, amurrado con la demora en partir a Europa, había andado cerca, «como tesis», de una novela de Gustave Flaubert.

Continuaron los gránulos de optimismo y el 7 de Diciembre de 1904 me decía don Claudio Vicuña a propósito de un artículo que era un ataque frontal al parlamentarismo:

—«Su estudio es un evangelio. Mis parabienes y saludos».

El señor Vicuña había sido candidato a la Presidencia en 1891 y al embarcarse en Valparaíso, a Dios y misericordia después de la batalla de La Placilla, gritó bizarramente, puestos sus eternos guantes grises, a la chusma que por poco no lo deja saltar desde el malecón a la lancha que lo llevó a un buque alemán:

«¡Pueblo imbécil!... No sabes lo que pierdes!»

Cuando regresó el fletero que lo había llevado, lo hicieron picadillo.

Por lo visto, estaba cayéndome un chorro de benevolencia

y la casa Armand Collin, de París, me pidió algo para una Antología de poetas y prosistas hispano-americanos que estaba preparando Manuel Ugarte.

Poco antes, había recibido una epístola crítica de Rodó, que no he publicado porque, creyendo que hay otros medios menos íntimos de manifestar el juicio sobre un libro, he sido poco aficionado a publicar cartas.

Rodó fué una especie de Renán sudamericano, menos impasible e irónico que el modelo y enamorado a morir de la nitidez latina.

Acaso no aportó nada nuevo ni penetró verticalmente en las cosas; pero la perfección de su prosa en que nunca apareció la pesadez gramaticalista, hace de él el más griego de los clásicos de habla castellana de los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX.

. . . . . .

«Usted ha acertado a elegir un objeto de estudio que ofrece real y hondo interés: se ha fijado usted en un caso psicológico que, por lo que tiene de significativo y sugestivo; por lo que revela del estado moral de esta sociedad; por lo que hace pensar en cosas que importan mucho a su porvenir y a su destino histórico, se basta para dar a la novela el carácter de un estudio social oportunísimo; estudio que se refiere a nuestra palpitante realidad y no a la observación hecha en la vida refleja de los libros. Es en este sentido obra genuinamente americana la suya. Porque el americanismo en la novela y en general en la literatura, se ha entendido hasta ahora de una manera asaz restricta: se ha limitado por lo común el concepto que de él se tiene a la pintura de nuestra naturaleza o de las costumbres de la vida campestre,—

que es la que hasta ahora ha tenido sello característico y distinto—o a las tradiciones de nuestros tiempos primitivos y heroicos».

. . . . . .

«Cuando su protagonista de usted se pregunta si sus males no provienen del mal general de «estos pueblos nuevos que han querido alcanzar de un salto la cultura europea a que otros han llegado después de muchos siglos», pone la mano sobre el rasgo capital acaso de la psicología de esta sociedad, rasgo que yo calificaría absolutamente de mal; pero que explica sin duda, al par que muchas ventajas muchos inconvenientes que nos hemos puesto en el camino y que yo creo que lograremos vencer, justificándose entonces y glorificando esa prematura audacia y la altivez de nuestras aspiraciones».

. . . . . .

«El estado de alma de su héroe o mejor, sus estados de alma, su decepción, su tentativa de regeneración y reforma, su decepción nueva y más amarga, interesan, resumen una situación moral a que quizás muy pocos de nuestros intelectuales—como hoy dicen—podrían considerarse entera y absolutamente ajenos».

Había juicios de Rubén Darío, de Gómez Carrillo, de don Juan Valera, de Unamuno, en el cartel con que aspiraba a tomar la alternativa de oficial de Secretaría de nuestra Legación en España. . .

Además, redactaba el «Ferrocarril» en el momento de esa candidatura y, sin embargo, aquello no venía y cuando no soñaba con la imprenta empapelada de billetes y nombramientos diplomáticos, entre artículo y editorial, cabezudo y soporífero, escribía monólogos «para los grandes ojos de Clara Della Guardia» la cual actuaba en el Teatro Municipal en esos momentos.

«Después del baile» —*Dopo il ballo*— fué traducido al italiano por Salvatore Nicosía.

—¿Qué has querido decir?—me preguntaron algunos compinches de mundo la noche en que ese monólogo fué recitado por la gran Clara.

—Nada para ustedes... sino para la artista, que es toda ojos, voz, alma, manos.

Había cien jóvenes con sus magníficas maletas de piel de cerdo listas para recibir nombres gloriosos: Italia, Roma, Madrid.

—¿Todavía no se nombra a mi hijo?—preguntaba severamente entonces uno de esos señores que están seguros de que el Viejo Mundo saldrá a encontrarlos a las islas de Cabo Verde.

—¡Cómo!—decía don Eusebio Lillo.—¿Y aún no nombran a *Géry*?...

*A. de Géry* había sido mi pseudónimo de los veinte años y con él aparezco engarzado ahora, ya que no afirmado en la máquina de «La Ley» o de «La Tarde»,

Llevaría memorias de don Eusebio para las Venus del Capitolio y escribiría—y los escribí—«Días Romanos».

Cometieran o no la enormidad de creerme merecedor de una casaca de oficial de Legación, yo preparaba un programa encabezado por dos meses de París y repasaba mi francés de perro con don Pancho, crítico, empresario, eterno masculino ofrendado al eterno femenino: era la bondad dentro de la ironía, la cual, por lo demás, se reducía a sacarle punta a los nombres y a las palabras—punta con filo, eso sí.

El tenor Aramburu—1880—; la señorita Gabby—1855—; Rafael Calvo y Antonio Vico—1886—eran para él colegiales que empezaban a vivir: don Pancho era viejo como un peumo y joven como un cadete.

Un día tuvo una gresca con Rómulo Mandiola, el cual le dijo, al verlo enfadado:

Don Pancho Guerra Besa
Es el hombre necesario
Para matar todo diario
Apenas su vida empieza.

# XIX

# Pedro Antonio González, el poeta

*A Alejandro Flores.*

En noches de lluvia y traginando bajo los aleros entre los goterones, solía divisarse un viandante de barba, con un ojo hacia Batuco y otro hacia la muerte.

Llevaba subido el cuello del paletó y encendido el cigarrillo de envolver encomiendas líricas: era Pedro Antonio González, nada menos, nombre que más parecía para plancha de casa fuerte que para lomos de Musa joven y en cueros.

Venía de la casucha que Cabrera Guerra se atrevía a llamar *garçonnière* y se encaminaba a tropezones al Instituto Nacional.

Poéticamente, era una mezcla endiablada como influencias; pero salvaba todo el equipaje lírico la desgarradura de su vida atormentada y de su talento con barbas sin cortar y que buscaba como marco los extramuros a la hora en que los vendedores nocturnos voceaban criollamente su mercancía de invierno.

Deambulaba, pues, frecuentemente por las inmediaciones de la torre en que las campanas franciscanas seguían dando las horas con toque colonial.

En «Ritmos» asomaba la cabezota de Víctor Hugo—Júpiter en que suele aparecer la lana del relleno retórico—; Núñez de Arce monótono y monocorde; Darío, modernísimo, con una oreja en Castilla y la otra en París... Pero también campeaba en los

versos de González algo escaso, nobilísimo, como que es un manotazo queriendo asir la originalidad: lo nacional en su parte de autóctona y de paisaje, que es lo que entra de lleno en la armadura cincelada del poema.

Pedro Antonio González tenía talento «e basta», como dijo el italiano que buscaba un título breve para su almacén de raviolis napolitanos.

Un caballito de ajedrez—Cabrera Guerra—encaramado a la sazón en la peana roja de «La Ley», tironeó a González hasta las candilejas, sacándolo a regañadientes de las perspectivas con luces del arrabal a que suele llegar dando brincos «el carro de los pobres».

Conste que *A. de Géry* quiere fielmente a toda aquella cuerda bohemia que fué de su trinca. Y por lo mismo que la quiere y la recuerda, sería incapaz de hablarle otro lenguaje que el que ella celebraba entonces por su rotundidad, su realismo o su pasión.

La aparición del Monje—no son mejorcitos los poemas de Núñez de Arce—fué un doble cañonazo de las doce y Pedro Antonio González entró a «La Ley» en medio de una gran ovación radical.

Vivió el poeta diez años justos de celebridad y cuando «La Ley» de 1895 le pagó por mano de un cajero jayán y mal oliente los primeros escudos de a diez pesos, el poeta entró a tropezones y haciendo versos libres con las piernas, a invitarme a disolver en algo color pupilas de gato en acecho el oro de aquella paga reciente.

No sé contar nada en estilo de discurso o de necrología y si alguna vez escribí pesadeces fué porque de otro modo... no alcanzo a Embajador.

Sigo, pues, a mi manera.

Era su temperamento el que lo desgarraba, es decir, González se desgarraba a sí mismo porque no era hombre de cálculo, normas ni disciplinas: metido dentro de los mandamientos que emparejan gregariamente a todo el mundo, su cabeza llena de barbas mechonadas y olientes a alcohol mezclado con tabaco, se habría sumergido, estragada por la multitud.

Pagaba al contado el glorioso dolor de su talento y dejó un nombre rumbosamente cancelado con una Vía Crucis completa, de punta a punta, en trece estaciones...

Era inspector del Instituto Nacional; llevaba ya el «don» de las consagraciones y el poeta de la barba entabacada y bolchevista también hacía clases en un colegio de señoritas «dijes».

Sucedió lo que tenía que suceder fatalmente: empezó a mirar con su ojo extraviado a una de aquellas chicas endiabladas y ésta se trepó, creyendo que jugaba, primero entre ceja y ceja del poeta, entrándose después con su risa y sus colores de chicuela al corazón ya acogotado, a la altura de la aorta, por la crueldad de la vida.

Adoraba a aquella maldita muchacha de falda corta, que recitaba versos con su boca de Navidad y su voz de cantar letanías en el Mes de María.

Cura con sobrepelliz y latines, es decir, Vicaría, y luego un oficial civil que le dice, a él, que apenas se había domeñado las barbas ese día, y a ella, que sonríe esa su postrera travesura de mocosuela:

—«Os declaro casados en nombre de la ley».

En el nombre de la ley; perc no de «La Ley», en que el poeta publicaba sus poemas, los cuales, como se ve, arribaban a una destilación de ajenjo.

No tardó mucho don Pedro Antonio en empezar a regresar

tarde de las imprentas y los cenáculos; en la casita rezongaba por todo y además había dado en la flor de gastarse en cosas fuertes y opalinas los escudos que lograba destilar de sus versos en su boca ávida de tragar olvido o fantasía.

Una noche en que tuvo una nueva trifulca nupcial, se congregaron todos los deudos de la desposada y le dieron una paliza definitiva, como manifestación de separación de cuerpos.

Machucado, befado, sollozando, el poeta volvió al viejo Instituto paternal en que hasta las enredaderas y los nidos parecían decirle al pasar:—«Buenos días, don Pedro Antonio».

Pero el poeta tenía sus días contados.

Se enfermó para no levantarse más; lloraba y lo llevaron a la sala común del hospital.

Pedía cigarrillos y las lágrimas se escabullían en sus barbas de fauno. El pobre Lelian verleniano se moría de nada y de todo: de amargura, de cansancio con la vida que nunca había sabido embridar porque no tenía ni carácter de domeñador ni ojos para ver la cara impresionante de la realidad.

Se moría en una cama blanca hasta la cual llegaba una monja vieja y santa con un Cristo o una taza de caldo entre sus manos, también blancas como la toca alada.

La cama de fierro tenía un número negro encima.

En qué forma tan inmisericorde trataba la vida a aquel poeta en que la misma inspiración fué el temblor de la bondad hecha dolor de crucifixión.

Sus pupilas extraviadas, que la proximidad de la muerte empezaba a hacer traslúcidas, se llenaban de llanto una y otra vez.

Silencio saturado de hospital y de desinfectantes; luz que entra por las ventanas abiertas en lo alto de los muros de la vasta sala blanca, llena de miserables que al fin se van; sala y si-

tio aún más humillante que una cárcel porque son la caridad otorgada a los vencidos...

En un extremo, reza cosas de bien morir un fraile monótono con estola e hisopo de aspersiones y párpados congestionados.

El poeta pide un «cigarrito por compasión».

—Hermano,—le contesta la monja vieja, poniéndole su mano extra terrena en la frente que brota agonía:—está prohibido fumar... Después, después... va a sanar.

Llegan a verlo los amigos, rodeando aquella cama que parece hecha con tocas de monja.

Y esas visitas, mezcla de afecto y de curiosidad. no serían una angustia más para el poeta que acaso pensaba en el cuerpo cosido en una lona y luego metido en aquel carro que traginaba por las inmediaciones de San Francisco en busca de pobres de solemnidad con que ir a rellenar la fosa común?

No me atreví a ir a ver a González; pero supe que repetía una frase de tremendo sentido:—«Quiero dormir... quiero dormir»... Es decir, quiero morir, morir para siempre.

Y yo que preparaba mi primer viaje al Viejo Mundo, me estremecí de terror. Y cuando el poeta del «Monje» entró al sueño sin fin, escribí a propósito de la incomprensión que lo había cercado y perseguido, un artículo con título de libro de azotes: «Cardos borriqueros».

No hubo ni lona ni carro tirado por mulitas macabras.

Se le hizo un gran funeral que dirigieron en nombre del Ateneo Samuel Lillo y Diego Dublé, y en la hora vanidosa de la parada fúnebre, aparecimos todos tras los restos del poeta, todos, inclusive los que, como yo, de miedo a la impresión, no habíamos tenido valor suficiente para ir al hospital a estrechar la mano que muy luego no sería más que látigo de huesos.

# XX

## Robinet

Aún ahora no puedo traficar por la calle de Huérfanos sin que de nuevo me parezca que pasan de largo Robinet, disparando saludos, camino de su oficina de «La Royal», y Daniel Riquelme diciendo:—¡Bendito sea Dios!—al saludar a sus conocidas, haciéndose a un lado, no sólo para dar la vereda, sino para echar según su costumbre galante, una mirada pericial.

Toribio Robinet Lambarri, nacido en el Celeste Imperio cuando su progenitor desempeñaba allí una misión del Gobierno chileno, estaba en todo; de todo sabía, a todos conocía y en todas partes aparecía: en el Congreso, en los salones, en las Legaciones, en las imprentas, en la Bolsa, en el teatro, en los talleres, en los entierros, en los camarines, en los desafíos, en las Pascuas, en los cumpleaños, en los banquetes, en los aniversarios, en los bautizos, en las elecciones, en las asambleas, en las revoluciones y en los suicidios.

Era un poco el Santiago de aquel tiempo, es decir, de la ciudad, entonces, tan lejos aún de los seiscientos mil habitantes de hoy.

Robinet era un artículo francés ya extinguido por esta trasformación universal en que de las cosas de hace treinta años no

quedan más que las pasiones, iguales en todas partes y las cuales sólo cambian exteriormente sin dejar de ser las mismas.

Para el que ha pasado los cincuenta años, es interesante analizar la diferencia impresionante entre aquella vida y la actual.

Cambia primero el escenario material y luego van cambiando los hábitos y las costumbres.

En consecuencia, ¿podría continuar siendo espiritualmente la misma gente de hoy, la que vivía en aquel ambiente del cual no quedan sino rastros, huellas o raspaduras?

Se andaba a pie y hoy se anda en automóvil; el que tenía un carruaje, podía pasarla de gran Duque; era un derroche fastuoso la luz eléctrica; una institución nacional el brasero y el sabañón; en vez de sombrero, manto; en vez de pollera a la rodilla, cola y polvo; en vez de radio, tandas y bailarinas italianas en invierno; en vez del recado de vecindad:—«Manda decir la señorita que ojalá estén todo buenos y que aquí le manda estos dulcecitos «por ser de su mano»—se coge el teléfono automático y se pide comunicación con el Atlántico, con Buenos Aires, con Europa; en vez de avión, carreta, silla redonda o tren cabrero; en vez de hidroavión, vapor; en vez de alas, correo y cartas multadas...

Han cambiado las cosas.

A mí y a mi círculo, nos tenían por hombres pervertidos y de malas costumbres porque tomábamos un poco de ajenjo a la hora de los aperitivos, y hoy las chicas con cara de bambinos se zampan dos o tres *whyskys*, gastan una fortunita en cigarrillos egipcios; manejan auto de dos asientos; cambian de muy buen grado el rosario por el volante y saben muchísimo...

En la «Casa Colorada», que antes parecía convento de clau-

sura, ahora atruena un *jazz-band* y entran y salen las damiselas con ojos enmarcados con negro de humo y bocas embadurnadas con rojo de pintar *affiches*.

Mi Santa, «Santa Colonia», que como protesta contra la vida pecaminosa de su tiempo intentó tercamente restaurar la Colonia en su casona conventual, ¡qué diría hoy y cómo levantaría en alto su rosario de malaquita y oro, si viera como fuman y escandalizan con sus risas y bailoteos de negro regocijado y efusivo las chicas de su noble estirpe castellana!

¿Eran realmente mejores aquellos tiempos?

¿O con todo, son mejores los de ahora?

¡Cuestión considerable!

En todo caso, tal vez podría pensarse que las transformaciones que de lo material trasponen algo a lo espiritual, son peligrosamente rápidas donde el contrapeso de verdaderas tradiciones raciales es muy leve y oscilante.

Robinet, con su perpetuo cigarro puro, su abrigo corto, delgado e inglés, y su sombrero *mous* era el hombre de mundo de aquel entonces.

Político, conversador, clubman y «corredor», habituado a los camarines y a las imprentas, con su azalea en el ojal, estilizaba un tipo fugaz que se aleja cada vez más, perdiéndose entre las hojas lagrimeadas de las novelas de hace cuarenta o más años...

Tras esos héroes se fué hace rato la novela de citas en que había flores y *abbat-jours*, música, besuqueos, melodrama y adulterio infaltable: es preferible una «vuelta de campana» a ser un majadero que ignora que ahora todo huele a *whisky* y a bencina y que se necesitan nervios para avión a doscientos cincienta kilómetros por hora. Y si no se tienen, es mejor ingresar

de una vez a los medallones primorosamente hechos con pelo de las trenzas de la madame...

Robinet, como digo, era el hombre de hace treinta años, cuando nadie podía sospechar que las mujeres de hoy alcanzarían a hacer vestidos de cola con un pañuelo de bolsillo.

¿Iban a tener algunos el mal gusto de pasar de un siglo a otro con bigotes erectos y untados de tintura romántica?

El hecho es que entonces todavía estaban vivos Byron, Lamartine, Werther, Adolfo, Margarita Gautier y... la Hortensia Lucero.

Robinet iba a morir como un romántico: los malos negocios en vez de enfurecerlo y hacerlo dar puñetazos como a un yanqui mal educado, lo aplastaron rapidísimamente. Y en vez de tratar de salvar su situación, tocando todos los resortes tocables y haciendo ver que sus servicios valían mucho más que el miserable saldo en contra que presentaban sus libros de caja, decidió terminar románticamente y un día, llevando un ramito de violetas en las manos enguantadas, visitó la tumba de una profesora extranjera al lado de la cual deseaba que lo enterraran.

Desde entonces, lo embriagó por completo el alcohol de la muerte.

Visitaba un día la casa en que más se le estimaba y señalando con su bambú unas plantas de vestíbulo, dijo: «para mi tumba»...

Puro drama romántico, si romanticismo es el temor a la vida y el desdén a la muerte.

Y el hombre amable, el amigo fraternal de todos aquellos en que su perspicacia finísima descubría algo, decidió cancelar sus cuentas con interés penal: se aplicó la última pena.

No sé de nada más mezquino de parte de los que podían

salvarle, que no haber juntado los pocos pesos necesarios para evitar la catástrofe a aquel hombre bueno y de talento que murió sirviendo a los demás!

Habló con esa tranquilidad que suele ser el preámbulo de la muerte a uno de sus amigos de la niñez.

—Esto es muy sencillo—le dijo ese buen amigo, después de oírlo—te pegas un tiro debajo de la higuera; en seguida te tomo de los calamorros y te tiro para el cementerio...

Robinet hombre de ingenio, pero no de ingenio criollo, se sonrió de la salida... y salió a morir: iba a pegarse un tiro por una sumita muy modesta que ya entonces habría sido una pitajaña para los gestores ensoberbecidos que empezaban a pulular en el cuerpo llagado del pobre país, enfermo de parlamentarismo.

Robinet se encaminó a su casa.

Se detuvo en una esquina a mirar ese barrio de ambiente patricio a que no volvería y como era artista, lo que quiere decir razón unas veces, y emotividad otras, se echó a tranquear para ahuyentar el llanto.

Pero caminaban sigilosamente tras él.

¡Ah! sí! Iba siguiéndole los pasos la policía... Golpeó la puerta color chocolate de su casita impasible en que vivía una madre muy anciana; salió Rosita y le pidió que le hiciera con alcohol un masaje tras la oreja izquierda... Así entraría luego más fácilmente el proyectil de su elegante Smith y Wesson de desafío.

Estiró la mano a su hermana solterona, y salió sin decir palabra.

—Siempre tan de prisa—piensa Rosita.

Y más que otras esta vez, como que luego iba a emprender un largo viaje.

Al apretar la puerta—la misma que yo traspuse una infini-

dad de veces en busca de aplausos cálidos y estimulantes—se produce el ruido cuotidiano de siempre...

(Y aquí creo del caso confesar tímidamente que me siento incapaz de acatar la orden inhumana y como si nos hubiéramos arrancado lo más noble del ser, de torcerle el pescuezo a la emoción).

Robinet sigue caminando; se detiene un instante para mirar disimuladamente hacia atrás y a corta distancia vuelve a divisar esquivándose la silueta del soplón que lo seguía, ignorando que iba pisándole los talones a un moribundo.

Día de sol.

Es la una de la tarde.

Frente a San Francisco, gente del pueblo y uno que otro comprador que regatea escarmenando un montón de rosas que se deshacen. Acaso esa misma tarde alguien iría a comprar ahí unas cuantas flores para su entierro.

¿En qué pensaba el moribundo durante el trayecto en que su único cortejo fúnebre era el corchete que lo atisbaba, no perdiéndole pisada?

Diagnostico que se trataba de un artista, de un romántico y estoy cierto que eran figuras de mujeres bonitas, siluetas de mundo, de teatro, de taller, las que lo seguían a través de aquel último paseo, implorando, estirando sus manitos enguantadas, reteniéndole, recordándole cosas pasadas: a haber conocido a tiempo sus intenciones, es seguro que también habrían corrido a detenerlo, a colgársele de los brazos y del cuello..... Pero nadie sospechó nada ni el cuartelero, a quien saludó con tono habitual al entrar. Llega andando lentamente—memorias del soplón—; entra al antiguo cuartel de la quinta compañía de Bombas, situado entonces en la Alameda esquina de la calle de Arturo Prat, sa-

luda al cuartelero y sube a la salita en altos; se sienta en el sofá sobre el cual colgaba un retrato de Julio Bañados Espinosa; coloca el cañón del revólver entre el pulgar y el índice, lo sitúa en seguida bajo la oreja derecha, hace fuego y la cabeza del romántico se echó atrás descansando...

El revólver con una cápsula menos, rueda hasta el suelo, desprendiéndose de las manos colgantes, y el retrato de Bañados Espinosa queda todo salpicado de sangre.

# XXI

## El ambiente

De ayer a hoy, van trazando estas páginas un caminito largo y delgado hecho con cuartillas de papel... Y aún no se dice nada en ellas sobre el ambiente de entonces, siendo que el aire iba infestándose de olor a «gestión».

Lo corriente era comprar un asiento con derecho a llave, es decir, abono parlamentario por tres años, y una vez en el Congreso, se legislaba sobre todo, sin excluir la teología, la balística y los sables, o no se legislaba sobre nada, dedicando el tiempo a otros menesteres

—¿Y qué dirá de eso la opinión?—le dije yo a un diputado de entonces, a propósito de no sé qué escandalera reciente.

—La opinión... ¿y qué es eso?—preguntó, metiendo sus preguntas dentro de una risotada de mesa de onces.

Quince años después de 1891, el sistema empezaba a fermentar todas las crisis y de la función gubernativa no iba quedando más que un señor con banda, salvas y presentaciones de armas; pero que, en realidad, no mandaba ni al gato de la casa, como no fuera valiéndose de artimañas y dándole queso.

Y no mandaba ni dirigía a nadie, porque mandaban todos y

porque partidos y programas iban siendo sólo, salvo pocas excepciones, las amplias plataformas del arrivismo al día.

Aun quedaban por ahí muchas personas honorables; pero iban siendo sólo las que aspiraban a la Presidencia de la República.

Los organizadores, aparecidos antes que en ningún otro país de América, se habían ido dejando bien modelado el territorio y bien marcadas nuestras influencias en el Continente.

Esos hombres con estampa patricia, capas castellanas o levitas de funcionarios severos y puntuales, hicieron con los retablos, las casonas y los portones dejados por la Colonia, un país respetable dentro del horror—la América bárbara—de una ensayología política que buscaba una estructuración que nadie encontraba, salvo en esta larga tira de tierra, especie de barómetro con que tomarle la temperatura al resto del Continente.

De la obra fundamental de otro tiempo y sin la cual el país tal vez no habría arribado hasta hoy, no quedaban ni las raspaduras: el gobierno era una parodia que nadie amenazaba aún porque cuando son muchos los que usufructúan del desorden, no es fácil que aparezca así no más lo que pueda ponerle término.

Cundía la anarquía blanca,—tuberculosis de plazo más o menos largo.—¿Y Portales, el primer Errázuriz, Pinto, austero y modesto; Balmaceda ensangrentado por un sacrificio momentaneamente inútil?

Lo mejor que podían hacer era no «aportarse» en esos momentos en que corría el *champagne* de las francachelas y en que en diarios y discursetes de pacotilla se hablaba de una serie de cosas tan irreales como creer que se va volando cuando uno se retrata en un avión pintado en un telón hecho *ad hoc* para fotografías cursis. Y en caso de aparecerse inoportunamente dichos

organizadores, habrían tenido que «empeñarse» mucho para conseguir que los nombraran gobernadores o comandantes de policía rural.

Como es natural, se hablaba de democracia, la cual no es practicable en medio de una abrumadora masa de analfabetos, pobres náufragos a los cuales nadie enseñó nada, lo que no impedía que, llegado el caso, fueran amarrados al palo en bruto de un patíbulo en cumplimiento de disposiciones que por no saber leer los sentenciados, tenía que darles a conocer el encargado de notificar la pena, antes de las descargas y el tiro aquel, caritativamente llamado de gracia.

Se hablaba mucho de libertad; pero no de la libertad dentro del orden y nos creíamos tan libres como los compatriotas de Guillermo Tell porque cada cual podía desparramar en la prensa sapos y culebras, siempre es claro, que no se arremetiera contra ciertos prejuicios o ciertos intereses.

Continuaba, pues, la intoxicación ideológica, consistente en tener el candor de creer que los principios proclamados mientras se hacía rodar guillotina abajo cabezas de todos los tamaños, sexos y colores, pueden ser efectivamente aplicados donde no hay ni cultura ni bienestar ni nada de lo que material y moralmente necesita el hombre civilizado.

Se vivieron siglos—fecundos en espiritualidad—de misticismo religioso. Y a su hora, también se conoció el misticismo democrático y en su nombre confuso se dotó de sufragio a los que nadie había provisto previamente de la preparación necesaria para practicarlo.

Seguían de moda las utopías con música de Marsellesa.

El sufragio hecho artículo de compra-venta, empezó a engendrar actuantes de gobierno dignos de los medios empleados

para la suplantación. Y a su vez, el que había vendido su voto perdía todo derecho a reclamar nada del inexcrupuloso comprador.

He ahí el plano en que se generaba la totalidad de la vida pública de un país que era urgente meter a pescozones dentro de la vida actual.

Todo se encontraba lleno de mugre y bacterias y llegaría el momento en que de alguna manera tendrían que ser raspadas las heridas infestadas. Pero no aparecía la mirada y la mano que cayeran vigorosamente sobre los problemas combinados que cercaban a un país, que por haberse visto obligado—ante todo en resguardo de una larga paz continental—a hacer amputaciones, no puede detener su desarrollo uniforme.

Y de tal manera el desgobierno amenazaba la totalidad de un organismo que está en el deber impostergable de ser algo moldeado en la montaña que preside sus destinos, que no sólo invadía la bacilosis el ancho tórax araucano, sino todas las manifestaciones de nuestra vida, sin excluir lo moral: cundía, hecha peste, la creencia cursi que la Europa es lo que facturaban para América los modistos, los sastres, los cosmetiquistas, los *cabarets*.

Europa, eterna a pesar de sus matanzas mundiales, es otra cosa que lo que creen los turistas sin más amplitud mental que la del vidrio del automóvil de lujo en que viajan: vieja tierra de espiritualidad inagotable, continúa siendo el campo de experimentación de todos los problemas y acaso estén en ella por los siglos de los siglos «los tipos determinantes de la cultura».

No aparecía en parte alguna la mirada y la mano de un organizador capaz de, afirmado en la montaña, sacar de un tirón al país de su estado precultural, pantano ciego y sin visibilidad, en cuyos bordes discurseaban interminablemente los renacuajos.

Sin embargo se necesitaba algo supernacional.

Los viejos «pelaban» en el Club.

Se jugaba en la Bolsa y los jóvenes, como diría Keyserling, no abocetaban nada de lo que deben ejecutar en gran cuadro los hombres madurados por la experiencia.

Impotencia.

Estábamos dentro de un momento de encogimiento general en que habían desaparecido juntas la audacia y la prudencia.

No descollaba nada a pesar de la erección perpetua de la montaña que espaldea al país.

Se multiplicaban los gestores, grandes y chicos, groseros o fumadores de cigarros perfumados.

El que pensaba, escribía, esculpía, pintaba, versificaba o vibraba de cualquiera manera, era un majadero incapaz de ganar muchos pesos especulando, gestionando o acaparando propuestas públicas.

El país sin espíritu, toma la forma esferoidal de un vientre dilatado, lleno de salitre y parlamentarismo canceroso.

Se esbozaban todas las crisis que luego marcharían juntas a poner en aprietos graves al organismo juvenil de 1838, 1866 1879.

Se necesitaba, pues, algo que encarnara en músculo y en espíritu a la vez, intuiciones y necesidades salvadoras.

¿Pero dónde estaba? ¿qué se había hecho?...

# XXII

## Mi primer París. . .

«Nómbrase a don Emilio Rodríguez Mendoza oficial de Secretaría de la Legación de España, Italia y Suiza.—*Riesco.*—*Luis A. Vergara*».

Gracias.

Entonces no había alas, y a falta de aviones, tomaría el «Orita», blanco camión trasatlántico con una bandera encima.

Declaro con franqueza acaso innecesaria que no me preocupaba entonces ningún «programa serio» en que meter mi primer París.

Todo lo contrario. Quería tragarme el Viejo Mundo con mi sueldo de oficial de Legación y si él me tragaba a mí, pues, en paz y bien tragado.

Pero nada de Sorbonas, Universidades, majaderías ni títulos de pan llevar: quería hartarme de vida, de arte, y abrazarme como un fanático a mi primer París.

Nada más.

¿Qué no había leído yo sobre esa especie de centro medular de la tierra? que ahora iba a echarme encima, a verlo, a palparlo a gusto.

El track de los estrenos me tictaqueaba en el corazón, tironeándolo hacia la garganta.

Me parecía que aún subsistía el riesgo pavoroso de que nombraran a otro y sin despedirme de nadie, marché a tomar posesión formal de mi cabina del «Orita»: cuando a esa edad se tiene a Europa por delante, es bastante fácil olvidarse y hasta huir de lo que se deja atrás, enfilado de álamos y hasta de cardos borriqueros.

Vendí apresuradamente unos cuadros, unos libros, unos tapices y unos cachibaches y con esto y el dinero para gastos de instalación, remonté hasta la suma fabulosa de cuatrocientas libras esterlinas.

Me sentía impresionado con mi pujanza económica: la hegemonía durante unos cuantos días de *Mi-careme*... Hasta llamé animal a un buen señor que no ofreció nada por un retrato de cuerpo entero que me había pintado Ernesto Molina... No comprar un retrato de *A. de Géry* con polainas y flor al ojal!

—Vas a dejar la casa vacía!—me decía mi madre, clavando un «Detente, el Corazón de Jesús está conmigo!», en mi *necessaire*.

—¿Piensas no volver?—agregaba.

Pocos días después cruzaba al Atlántico a toda orquesta del barco y de los años

Irradiando luz, taponazos, ecos de fiesta y mujeres bonitas, el «Orita» muy atlántico, volaba hacia el Viejo Mundo y Ernesto Balmaceda, el de la tragedia próxima, cantaba con una voz que sólo puede tenerse a los veinte años:

«*O sole mio*»...

La muerte estaba enamorada de esa voz con melodías de adiós o de beso dado en la borda de un barco en marcha.

El «Orita», empavesado de flores y de luz parecía vibrar voluptuosamente al cortar las olas fosforescentes con el espadazo su proa:

«*O sole mio!*».

Las muchachas del «Orita» armaron, es claro, gran alboroto de risas, charlas y bailoteos con aquel tenorino de voz napolitana que al atravesar el Atlántico en busca de la muerte, se iba enamorando de todas las mujeres que lo escuchaban formando un círculo de senos agitados no se sabía a ciencia cierta por qué.

El señor Errázuriz Urmeneta, que iba a Italia, me hablaba de Roma donde también iba yo, pero haciendo primero siquiera un alto de dos meses en París: dos meses que valían más que todo el resto del año porque eran Abril y Mayo.

Estaban floreciendo los castaños que vieron pasar a Bonaparte seguido desde lo alto por una estrella danzarina, cuando también metí mi cabeza caldeada en París.

Toda mi lectura literaria me salía al paso, destacando el héroe pálido de Brumario; el Rastignac balzaquiano; el Julián Sorel de Stendhal; el Claudio de Zola; el *Petit Chose* de Daudet, y hasta la eterna Margarita Gautier, ya envejecida y cursilona.

Era París entero surgiendo de entre aquellos castaños que ascienden hasta enmarcar el Arco fulgurante.

Toco en el tarro de hule blanco del auriga con bufanda y pipa: el majadero no me deja ver con su cabezota y como todavía hace un frío de ¡sapristi!, no se puede bajar el toldo.

Al segundo llamado en el tarro de hule, aquella cabeza de cuello inguillotinable, se vuelve, mira hacia el interior del fiacre embarrado y rezonga un «*¿que voulez vous, espece d'haricot vert?*» en que hay tabaco mascado, ajenjo y hasta *tripe à la mode de Caen*.

Pasa luego algo alto, suspendido en la sombra: es Napoleón visto a través del tarro funambulesco de un *grognard* hecho auriga.

Arcola, Lodi, Rívoli, es decir, el Bonaparte juvenil de las campañas de Italia, estampando en los Alpes su silueta de soldado y visionario.

Luego me asomo a un balcón del *Hotel Castille*, en la *rue* Cambon y a corta distancia, en el Olympia, oleadas de luz.

Esa noche bailaba la Napierkowska, que ahora parece un cetáceo de alcoba, y que entonces era uno de los primeros *affiches* de Rusia y lo oriental, mostrando a París algo inédito, mezcla inaudita de arte y conscupicencia. El «Olympia» estaba lleno de vestidos muy largos y sombrerotes encopetados de rosas o encocorocados de plumas: gente distinguida y acogedora ante la cual tuve un éxito fulminante al decir que era hijo del almirante Togo...

Siento mis reales en pleno Montmartre, rue Víctor Mazé, número 5, al lado del Bal Tabarín, para más señales, y doy instrucciones confidenciales para que cuando me busque dos veces la misma persona, se le diga que me he marchado a Bruselas.

—*Regardez, ce petit cochon là*—oigo que dicen.

Diurnamente, mucho Napoleón de la tumba cenital y también algo del Balzac del Père Lachaise.

Los tiempos han cambiado, y el generalito enclenque de la tarde azul de Lodi ahora tendría que mirar para arriba y cerrar uno de sus ojos de ascua para observar los aviones vistos sol de por medio.

Con todo, Napoleón continúa siendo el más grande de los animadores por que no es una doctrina como Cristo, sno una

individualidad que hacía la guerra con su genio y la política y la vida con sus pasiones.

Mi primer París fué la N imperial y cerca un gran sombrero negro con rosas rojas: debajo quedaban las cuatrocientas libras esterlinas que de Santiago a París había llevado sobre mi corazón propenso a las emotividades y los derroches, como buen pobre que es.

Bien quedadas.

# XXIII

## Il vero Chianti

Sin que París me tragara—salvo las cuatrocientas aquellas—, seguí a Italia en primera clase y con un capital que no era para amenazar la moralidad de nadie: setenta u ochenta francos en plata, lo que significaba un recorrido florecido de sugerencias, pero muy simplificado en cuanto a dispendios: en Milán un bifstek devorado en una terraza y cerca todas las torres del Duomo revestidas de seda cardenalicia a causa de que me quedé embebido mirándolas a través de un vaso de *vero Chianti*.

Y en eso estaba embobado, cuando divisé al maestro Padovani, el mismo que había dirigido el estreno de «Noche Buena».

En trance de continuar el viaje con poco dinero y sin poseer el idioma, me colé en un tren que partía para Venecia, y tan precipitada fué mi fuga al advertir el grave error, que ahí quedó mi rico paraguas comprado para los chaparrones primaverales de París, como prueba irrecusable de que aun no estaba preparado ni para viajar en «carro urbano».

Al tomar el auténtico tren a Roma, salí de Milán con las orejas llenas de sones del Duomo y prendidas a la visión óptica sus torres color marfil.

Como quien no dice nada, había pasado por la Selva Negra,

la frontera franco alemana de entonces, y quedaban bien archivados en la memoria, Suiza, el país blanco hecho con verde de pinos y el Lucerna, el Como, el Mayor, lago de romance con riberas de nieve y de flores.

Ahora iba tan campante aunque con un capitalito mermado a cuarenta francos, últimos sobrevivientes de aquella suma rotschiliana: las cuatrocientas monedas aladas.

—*A soldo, a soldo il vero Chianti*—gritan en los andenes las voces dulcísimas de las primeras chocharas que pasan ante el tren formando una teoría de canéforas.

—*Il vero Chianti!...*

Y aún maltrataba un organillo las melodías verdianas, cuando se divisa el Arno, el río viñatero, lo mejor de cuyos racimos era para la copa cincelada de los Borgias.

Parras y pámpanos traspasados con luz renacentista abocetan los frisos paganos del paisaje florentino.

Firenze... Viterbo... Roma, Roma del alma!...

Nada de descripciones para turistas sin desvastar ¿no es verdad?

Ni nada de Coliseo, Termas, Foro, San Pedro, Sixtina, Juicio Final, Vaticano, Capitolio ni Roca Tarpeya.

Roma... y basta!

Miro afirmado en los caballos griegos que se encabritan frente al Quirinal, y de mi asombro reverencial surge nítidamente una conclusión: inutilidad candorosa de intentar cualquier nuevo comentario al margen de dos mil años de humanidad.

En la noche de plata estrellada se perfila vagamente la cúpula sanpietrina y me ratifico terminantemente la prohibición de cualquier comentario sobre la ciudad edificada con siglos que ha sentido el desfile humano. No he venido a estudiar

aquí la historia del mundo, que sé bien que es la del dolor, las pasiones, las creencias y las doctrinas, y en aquella primera noche romana, afirmado en los caballos de bronce que se lanzan a formar una constelación, enciendo con petulancia un cigarrillo y mi escasa fantasía, incapaz de hacer otra cosa, empieza a echar humo.

O me engañaban la noche y lo poco que aún sabía de la ciudad, o aquella osamenta tremenda que se divisaba a un lado, era el Circo en que, según cuentan, se hacían antorchas con los hombres, fácilmente reducibles a cenizas siempre que sean solo materia sin espíritu.

Llegar a Roma viniendo de París, es meterse con ropa y todo en el pasado, lo que obliga a algunos a vagar por todo aquello repitiendo lo que el general Baquedano le decía a Máximo Lira cuando éste iba explicándole los cuadros del Louvre:—«Por visto... Por visto, secretario»...

Una tarde pude entrar a los jardines del Vaticano.

Yo también quería divisar al Santo Padre; pero conste que no lo ví. En consecuencia, en vez de intentar una nueva reedición de lo que dicen aquella quietud, aquellas estatuas milenarias, aquellas ruinas y aquellos árboles, prefiero contar lo que contestaba un compatriota al volver:

—¿Y el Papa?

—Una monada.

—¿Y San Pedro?

—Un dije.

—Voy a mandarle dar cuatro tiros—le dice Nicolás Novoa, atronando la Subsecretaría.

A pesar de la evidente falta de seriedad de mis pocos años,

mi temperamento intentaba a veces hacerme pensar seriamente... Para qué!

Me pregunté, pues, en esa ocasión, tratando de no pisar las flores que caían de los árboles:

—¿Veinte siglos de cristianismo han logrado hacer la felicidad de los hombres?

Y el derecho Romano, ¿ha sido el bienestar del mayor número o sólo el de unos pocos?

¿Arribamos ahora a una transformación total de las religiones y las doctrinas? Ah! la religión dulcísima ¿es realmente para los seres contradictorios, indomables, diabólicamente modelados por el ambiente y por lo que los nutre, para el placer y el orgullo?

¿O tenía la razón aquel Inquisidor de Dostoiewski que reprochaba airadamente a Jesús reencarnado el haber estatuído una Doctrina, santa o divina; pero impracticable para la tremenda y hermosa fiera humana, cuyos superhombres no han sido ciertamente la bondad?

Siento la pesadumbre abrumadora de no creer y comprendo que estoy demás en esos sitios sagrados sin duda, pero que también conocieron hace siglos el ultraje de la maldad.

Me toma un temor, una inquietud extraña que me sobrecoge y en las perspectivas palestinianas de aquellos jardines me parece que va a aparecer en medio del crepúsculo la figura apaciguante del Nazareno que, según mis noticias, reconoció que en la incredulidad suele a veces haber rectitud. Me rodea un silencio capaz de hacer pensar hasta al que calificaba de monada al Santo Padre.

Silencio abrumante, absoluto, total.

Así deben haber sido las noches de Galilea junto al lago Tiberiades.

Quiero alejarme, arrancando de una sensación extraña que va apoderándose de mi... No quedaba en ese instante nada del que venía de atravesar el Océano, cargado de inconsciencia y juventud, en un barco resonante, blanco, atestado de mujeres bonitas, barco en que por cierto no tendría la muerte la mala crianza de presentarse: educada y prudente, esperaba a algunos al desembarcar.

Y con creencias o sin ellas, me parecía que reaparecían de nuevo las escenas de Noche Buena y después de Vía Crucis: el Nacimiento simbólico, en la calma del Oriente lleno de estrellas, echando azul por todas partes y cargado de paz y de sentido; la huída a Egipto; la Virgen montada en un pequeño asno y llevando algo de luz entre los brazos; la entrada en medio de los Hosannas; el Monte de los Olivos, desde donde, como de todas las alturas a que remonta el hombre, se divisa una banda del Mar Muerto; la Cena incomparable; el temblor de Getsemaní; la cabeza repugnante del traidor besando aquella faz que fulgura la más noble espiritualidad; las acusaciones de Caifás; los insultos, los azotes y los salivazos de la chusma; el manto purpurado por la propia sangre; la Corona de espinas; el Ecce Homo, cumbre incomparable del martirio por la doctrina; Pilatos, el avieso predecesor de todas las ladinerías de la hipocresía; el pavoroso, *condemno ibis in crucem*; las santas mujeres que se cubren las caras anegadas en llanto con los velos azules que iba a pintar el Tiziano; la Cruz brutal de los malhechores para la figura misericordiosa del abogado de pobres y miserables; la cruz ululando angustia y terror sobre un cielo calcinado de que se desprende la blasfemia y la tormenta; la agonía, la sed, la queja escalofriante: «Padre mío, porque me has abandonado»; la cabeza caída sobre el pecho; el pelo desplomado sobre la faz

lívida y, finalmente, sobre esa cabeza y esa cruz un resplandor y al fondo un horizonte negro, trizado y estremecido por los rayos.

El imaginativo, clavado en esos sitios a que se sabe de antemano que no se volverá, se había quedado ahí más tiempo del prudente y un fariseo, es decir un suizo, le dice secamente que es hora de mandarse mudar: es casi de noche y me alejo barruntando que nunca he estado más cerca que esa tarde del tiempo lejano en que me enseñaron a hacer la cruz y a besarla.

Intranquilo, sin deseos de comer, deambulo de un sitio a otro, entregado en cuerpo y alma a las sugerencias y emotividades suscitadas por la noche romana.

Al pasar escoltado por el fariseo que me había hallado estampa de nihilista, frente a la Sixtina, estoy casi cierto que escucho el grito implacable salido de los labios dulcísimos del abogado de pobres, menesterosos y caídos:

—Alejaos de mí, malditos de mi Padre...

Luego camino lentamente por la *piazza* de San Pedro y atravieso el borgho atestado de flores y frutas, entremezcladas con una copiosa inundación de cruces de mosaico vítreo, cuyos colores mal estampados asignan una narizota roja a la Fornarina y unas mejillas y unos ojos de tonadillera napolitana a Rafael de Urbino.

Paso el Tiber que, en combinación con la cloaca máxima—todo era máximo entre los romanos—hace el servicio de alcantarillas en la ciudad que sería grotesco calificar de vieja porque es eterna, según dicen.

En sus aguas, que también conocieron las hemorragias del Circo—máximo, así mismo—flotan unos barquichuelos de velas harapientas, cargados de pepinos y vinillo nuevo.

En el puente de Bernini—, Miguel Angel sin genio—se

aprieta una collera de macho y hembra faltando al respeto al célebre *Castello* en que Puccini hizo cantar su postrer *addio* a Mario Cavaradosi.

Tiene algo de teatro lírico dicho *Castello* en el cual, si todavía fuera tiempo, se podría contratar a Cleopatra como soprano absoluta y a Marco Antonio como tenor de fuerza.

Por este puente ha traficado y sigue traficando mucha gente, inclusive la que ahí va a besarse insaciablemente, hasta la que en el decurso del tiempo, se llama Adriano el Magnífico; Clemente VII, Papa veneciano; Benvenutto Cellini, asesino y cincelador, y el Duque de Alba, que gastaba tabaco fuerte.

Como todo dura poco en esta vida, cercanas las doce, dadas por el reloj de la Trinidad del Monte—único de que no habría podido deshacerme ni por el delito de contar las horas demasiado de prisa o demasiado lentas, cansado de vagar, me encamino medio muerto de hambre y de sueño a mi hotel, cuyo propietario se llama el señor Silensi.

Un vientecillo foráneo lleva hasta la fuente de Bernini las flores envejecidas o simplemente desechadas por feas, que no habiendo encontrado comprador, fueron arrojadas a la gastada escalinata de Santa Trinidad del Monte.

Nubes pintadas a la manera primitiva de Botticelli, se amontonan formando guirnaldas de primera comunión cerca de una nube oscura que, por cierto, no adjudicaré al Dante por más que se permite extenderse oscureciendo todo el cielo: es la tempestad de verano y es prudente apresurar el paso, sin detenerse a escuchar un organillo que toca algo de las glorias que nunca acaban de irse del todo, porque se quedaron prendidas para siempre en el sentir popular—Lloriqueo traviatesco.

Empieza la bravata de los relámpagos que cruzan el telón envejecido del cielo.

Nadie les hace el honor de abrir el paraguas.

Me cuelo bajo el atrio de un *palazzo* desde el cual diviso la plaza Colonna, centrada por la columna Antonina, copiada por la de Vendome y en cuyos bajo-relieves se enrosca en espiral hasta llegar a los pies de San Pedro la lucha de los bárbaros que ya miraban hacia Roma.

Es hora de que cada mochuelo busque su olivo.

Empiezo a trabar amistades que enfrían bastante mis relaciones con los jardines vaticanos, con la Sixtina, con la Vía Sacra, con las Criptas de San Pedro, con los sarcófagos que la primavera intenta invadir con sus amapolas; con las Venus que saltan del baño para continuar haciendo estragos sentimentales, con el Apolo depilado, verdadero antecesor del tercer sexo que cualquier día se apea de su pedestal para bailar charleston en el patio de San Dámaso.

Empiezan las amistades cosmopolitas y soy presentado a la familia de un ilustre diplomático sudamericano cuya casa es un Museo clásico y moderno a la vez: tiene dos hijas, a una de las cuales me atrevo a decirle que es la Venus de los lunares.

La otra es sólo Musa en el escalafón de la belleza.

Además gasta un ingenio que deja ver la forma, como si fuera un desnudo cualquiera.

Dice, por ejemplo, que está tan pobre, que piensa organizar una rifa en que todos los números sean premiados.

Tenían mamá esas dos damas, capaces, a mi modo de ver, de hacer desdecirse al apóstol que por falta de experiencia seguramente se permitió llamar a la mujer bestia siete veces maldita: andaba, por lo que se ve, algo atrasado de noticias San Juan.

La mamá era hermana por lo menos de la del martes de las de Gómez.

¡Qué francés el suyo!

Decía que iba a la villa Borghese en «*une victoire*»; daba una «*tour à la pomme*» y en noches de frío se proponía abrigarse «*entre deux matelots*»...

Víctor Grez y su señora, Elena Zañartu de Grez, me presentan al Olimpo, lo que no era óbice para que yo continuara sin más reloj que el de la Trinidad del Monte y además con la pena de que si también resolvía rifarme, nadie tomaría un número, ni la Venus de los lunares.

Amagado por una de esas raspaduras de bolsillo tan frecuentes en diplomacia—la cual va camino de convertirse en una carrera para jóvenes pobres—me asomaba largamente a mi balcón de la plaza de España: alguien sacaba fotografías en ese instante a fin de formar un album con que ilustrar oportunamente un libro de viajes castos: el del Doctor Opazo, adicto a la Legación.

Tenía muchos años, mucho dinero y mucha bondad y en materia de fervor, sólo habría podido competir con él don Macario.

Había ido a Roma a cumplir la promesa de subir hincado la escalera santa. La sube, pero como al día siguiente amanece con una rodilla del tamaño de una chirimoya de su fundo, hay que llamar médico, al cual le dice adolorido que le «duele *beaucoup*»...

El doctor no habla más idioma que el que nos legó la Madre Patria, lo que no es inconveniente para que viaje por todas partes.

Un día se paseaba en Niza con un compatriota.

Pasa una damisela en negro, con plumas y labios rojos; les

apunta con sus impertinentes de platino e insinúa una sonrisa y unos pasos tras ellos...

—Vámonos al hotel que esta mujer se ha puesto a seguirnos —le dice a su compañero de paseo.

Viajaba por todas partes el doctor Opazo y pasaba sin inconveniente de una frontera a otra pidiendo antes, eso sí, a alguien de la Legación, que lo acompañara al tren a fin de explicar al empleado respectivo donde iba y lo que tenía que hacer durante el trayecto.

Meses después, encontrándonos en Madrid, le hice una broma al doctor Opazo. Broma de oficial de Legación a doctor que no quiere emplear bien sus pesetas.

—Venga y vamos—le dije—a oir a un guitarrista célebre que ahora va atocar en el Salón de Actualidades, aquí en la calle de Alcalá.

—¿Guitarra no más? —preguntó el doctor

—Nada más, por ahora.

Y nos pusimos en camino.

Nos sentamos bien adelante para oír mejor.

—Eso es—dijo.

Pero comenzaba a inquietarse con tanta concurrencia y volvió a preguntar si en el espectáculo no habría nada más que guitarra.

—Nada más, por ahora.

Subió el telón y apareció una bailadora llamada Marieta Bilbao, que era una de esas del Apocalipsis de San Juan... Empezó a subir la pierna en tal forma que el doctor dijo:

—Virgen Santísima, donde me ha traído este! No me salude más—agregó, atropellando al que pillaba en su fuga.

—Eh! Mira el tío este ahora—le decían al pasar.

En Roma oyó hablar el doctor de los amores de d'Annunzio con la Marquesa de Rudini y preguntó quién era ese que así escandalizaba, no dándose por entendido de que el Papa estaba tan cerca.

Cuando d'Annunzio solía pasar en «*une victoire*» por el Corso Vittorio Emmanuele, era como si pasara el Dante, como que ya entonces solían decir las mujeres bonitas: el Dante y Gabriele.

En su vida petroniana, acababa de aparecer la tortura, el remordimiento, las manos y la voz de Eleonora, extraída de la Divina Comedia.

Su llanto de queja, llanto de dolor que quema hacia dentro, confesáralo o no el poeta, le había caído en el corazón, fecundándolo con la espiritualidad que iba a reanimar de nuevo las alas de la Victoria de Samotracia, cuando la vieja península estuviera en guerra.

Ocurrió por aquellos días un imponente suceso político: estaba en Roma Guillermo II, alanceando el espacio con sus bigotes, amedrentando a la tierra entera con el ruido imperial de sus botas, su sable, su coraza rutilante con un águila de oro a la altura del corazón.

Es verdad que Roma había visto tantas cosas, inclusive el paso de la humanidad por su Vía Sacra.

Con todo, el Kaiser llegaba vestido de coracero blanco a poner de paso el oído en el rumor de milenios con que se desliza el Tíber.

El Cuerpo Diplomático desfiló ante el Emperador impasible de grandeza olímpica y con ambas manos puestas como en algo sagrado y terrible sobre su espadón de Rolando.

Llenando la sala de los Horacios y Curiacios, en el Capitolio, el Kaiser miraba fríamente a toda esa gente que al doblarse

en dos, tres o cuatro pedazos, casi tocaba el suelo con las bandas, las grandes cruces y los espadines.

Me incliné, a mi vez; pero no sin decir a mi modesta casaca en que no había más que botones: Amigo, arrieros somos y por el mundo vamos...

El Emperador me pareció algo de ópera wagneriana y, en efecto, cuando se retiró con una escolta que era una reviviscencia de los cortejos merovingios, las trompetas de plata tocaban la marcha de Tanhäusser.

Dos días después, a la hora del crepúsculo romano, mientras vuelan por el cielo de epifanía todas las golondrinas escapadas de los cuadros de Giotto, los reyes de Italia, sencillos, humanos, sin orgullo alguno bajo el peso de una corona cuyos orígenes se enlazan con los del Viejo Mundo, ofrecían a Guillermo II un *garden party* en las ruinas del Capitolio.

No hacía mucho que Coquelin había dado a S. M. una severísima lección de ironía ática:

—Pase el primer cómico del mundo—le dijo el Emperador, al seguir de una sala a otra de aquel palacio de Postdam en que aún atisban los ojillos geniales de Federico el Grande.

—*Aprez vous, Majesté*—contestó Coquelin iluminando su máscara aristofanesca con la ironía regocijada de Voltaire.

Al ponerse el sol, las ruinas del Capitolio se encendieron de nuevo.

Llenó aquello un resplandor dorado y rojo y la visión de Roma reapareció entre arcos, termas, plintos, columnas y capiteles esparcidos: cónsules, república, imperio, paganismo y cristianismo...

Sólo Roma podía reanimar ese enorme sector de humanidad, bañado en una luz de hecatombe, mientras tocaban la

campanas de San Pedro y volaban esparcidas en el cielo en que ya se había hecho noche, las golondrinas franciscanas de Asís.

Los Césares; Nerón, tonto y neurótico, a lo que parece; el Circo, el Foro en días de esplendor jurídico y tribunicio, el Suburra fermentando plebe, odio y lujuria...

Y un día sobre todo eso enorme pero sin temblores de espiritualidad ni de caridad, empieza a proyectarse una cruz con un inocente crucificado y con la cabeza caída sobre el corazón.

El *champagne del garden party* empezaba a hacer de las suyas, es decir, estaba haciendo escenografía literaria y me lancé a divisar al Emperador, quien, para ver mejor o para estar siempre en un pedestal, se había encaramado en un capitel corintio.

El resplandor de las iluminaciones pintarrajeaba a su gusto su cara nórdica

Había inclinado la cabeza y sus bigotes flanqueaban de bayonetas la fisonomía augusta.

Estaba descubierto. Había cruzado los brazos; pero ni aun así evocaba a Napoleón, también de pie meditando a esa hora en su peñón expiatorio

Días después, tomo como *cicerone* al Arno; voy a dar a Pisa y una noche, en seguida de comer bajo un parrón, me encamino a meter las narices en la fortaleza o palacio de Ugolino.

Me parece que la torre de Pisa ha bebido mucho *chianti* y continúo a Génova, que está llena de golondrinas, pero no de las de Asís esta vez, sino de esas que antes de volar en busca de la primavera, se paran a tocar el piano en el pentágrama de los alambres telefónicos.

Aludo complacido a las bailarinas que en esa época del año llegan a tomar en Génova los barcos que deben llevarlas a lo que entonces era el fin del mundo, es decir, el Nuevo Mundo.

Me acuerdo de las primeras que conocí: eran amaestradas por el Maestro Padovani y llegaban en bandadas de invierno a Santiago.

Para expugnarme de aquella noche pecaminosa, al día siguiente me dirijo muy arrepentido al Panteón de Génova del cual me habían hablado tanto, que seguramente resultaría digno de quedarse en él.

Desde luego, las galerías en que viene archivando osamentas genovesas tiene algo de museo... de copias

Es claro que hay muchos trozos superiores; pero hay otros en que evidentemente se ha intentado hacer una *mesalliance*: el dolor con lo cursi.

Un ejemplo, como en los buenos tiempos cuando yo hacía la clase de Historia del Arte: hay por ahí un señor de frac y con cadena de mármol dorado... Arriba en una especie de puerta de almacén, campea un letrero, con ángeles guardianes, que dice: «Spes única».

Salgo horrorizado y llego a las muelles en el momento en que empieza a alejarse un barcote mal oliente y cargado de inmigrantes, cuyos adioses hechos pañuelos de sonarse, festonan febrilmente la borda del trasatlántico, que empieza a penetrar como en lo suyo en el mar Rey.

—*Addio tutto*—dice una viejecita, deshaciendo el llanto entre sus manos de campesina ordeñadora.

Su hijo parte lejos, tal vez a la pampa tragadora e inmensa.

Algo intenta oprimirme la garganta, olvidándose de mi fuero diplomático, y cuando la viejecita de ojos azules y pañuelo floreado sobre el pelo blanco repite el «*addio tutto*», me alejo para no ponerme a llorar: el verdadero dolor es contagioso y sólo el falso irrita porque es una profanación del sentimiento

# XXIV

## Madrid galdosiano

Atravieso el Mediterráneo en un barco cargado de prelados que regresan a sus diócesis, creyendo haberlo dejado todo arreglado para ascender a cardenales los arzobispos y a arzobispos los obispos.

Uno de ellos, buen mozote y provisto de joyas de prima donna, es un charlador agradable y cultísimo.

¡Qué buen hombre de mundo habría sido Monseñor!

Se defiende fácilmente de un inglés algo aficionado a la bebida que suele importunarlo con sus preguntas sobre el sexo y condiciones de cada uno de los elementos embarcados en el Arca de Noé.

—¿Se podrá saber si también iba ahí alguna pulga?...

—Sí, señor—contesta el obispo.—Iba una llevada por un gringo al cual costó mucho trabajo que lo dejaran entrar porque ese día estaba borracho como de costumbre.

El barco empavesado de mitras y báculos en que voy a cortar un buen trecho del Mediterráneo, se echa a navegar en la tarde y el sol arroja sobre él y el mar luces de iglesia gótica.

Dejo defendiéndose a alfilerazos a monseñor del inglés de buen humor y, quieras que no, empiezo a improvisar mi

*idearum*. Debo excusarme de esta pedantería porque es casi imposible librarse de ella cuando se navega en ese mar totalmente lleno de pasado.

De allá, de lo más hondo de la orilla africana, vino en ondas el resplandor que se desprendía de la Cruz y que fué avanzando hacia el Partenón y el Circo Máximo y de éste a la casi totalidad de la tierra.

Este mar de los barcos de Salamina y de los trirremes de Roma, es el radiador universal y la civilización intenta inútilmente transformar del todo las creencias o renovar por completo las nociones nacidas en esta cuenca sedienta de ideas.

Ahora, por ejemplo, surge una Rusia nueva y se llega a hablar delirantemente de una Eurasia; pero la civilización prosigue su ritmo cardíaco a orillas de ese mar tibio que todo lo ha visto y que ha generado y seguirá generando ideas y doctrinas en que siempre reaparecen los resplandores de Palestina, de Grecia, de Roma, los primeros centros en que la filosofía, el arte, el teatro, la intelección en general, extrajeron del hombre esquemas espirituales que se transforman sin desaparecer.

Todo está aquí poblado de siglos y estas mismas ondas esmaltadas de luz, son algo espiritual y son tan verdes sus aguas que no es extraño que tengan ese color los bronces griegos que suelen extraer de su fondo.

Llaman a comer y el comedor se puebla de prelados con apetito gastronómico.

A la distancia, hecha un largo collar de luces incrustadas en la oscuridad, concurrida de sombras que vienen del mundo antiguo y moderno, se desliza sin ruido, echando el mirotazo de sus focos, una escuadra inglesa que pasea de Gibraltar a Malta la omnipotencia imperial de sus cañones.

Al día siguiente, Barcelona.

La Rambla de las Flores está inundada con los *affiches* rojos de «la Horda» de Blasco Ibáñez.

Se han trepado a los árboles, a las casas, al faro de Colón.

Parece que toda la península, monárquica y religiosa, se hubiera puesto a llamear ese nombre de vociferación: «La Horda»! «La Horda!».

Es un grito amenazante, pero vacío porque no es el denominador de nada constructivo.

Me lanzo a todo lo largo de la Rambla, vibrando con un corazón de noventa pulsaciones por minuto al verme con el primer clavel auténticamente español, ardiendo carne andaluza en el ojal de mi chaqueta.

Desembarqué, pues, hace más de veinte años en la España cejigunta de aquel entonces: la España del desastre envuelta en la capa del Esopo velazqueño, hasta los ojos, seguía sin querer mirar hacia su enorme pasado.

¡Qué se fuera al diablo el Cid y que se echara doble llave a sus restos para que no se escaparan de nuevo hacia la aventura épica!

Era el pesimismo, cerrado e indeclinable, con que forzosamente tenía que terminar el ciclo que empezó con el Descubrimiento y la Conquista. Y como si todo eso hubiera concluído con el martirio de la derrota, se diría que el pueblo que había hecho, con más espíritu que con elementos materiales, cosas que serán siempre algo enorme, quería olvidarse para siempre hasta de su paladín de la quimera, cuya vida estaba escribiendo Unamuno.

España quería, pero no podía morir porque sin ella el mapa europeo quedaría sin el castillo que lo flanquea.

Ese pesimismo, ese vagar introspectivo de un extremo a

otro de la península en la potra de cuya sierras seguían en pie los alcázares que conocieron las nupcias de Castilla y Aragón, y de los castillos que habían visto partir santos, santas, guerreros, conquistadores y poetas, era la concentración anímica, el recuento de que tendría que partir el resurgimiento general.

En medio de los embozados que marchaban a tientas, buscando una doctrina o una nueva fe bien española a que asirse, Pérez Galdós, gran pregonero nacional, seguía esparciendo sus Episodios.

En lo más recio y duro de Aragón, fundadora de la unidad como Castilla, lanzaba sus trenos de profeta Joaquín Costa, predicando la cruzada apolítica de la reconstrucción a base dictatorial.

Tal era el momento en que me colaba en España por la nuca de la península, es decir, por la parte de su mapa que la ensambla con el Oriente, con Asia, con Grecia, con Roma, con Africa: la cara con que miraba sin ver el mundo que iba a descubrir, está vuelta hacia el resto del planeta. Cuando el Occidente empiece a morir, hallará a España de cara al Atlántico, vuelta a lo que hizo en América.

España es una Torre del Oro erigida entre el Viejo y el Nuevo Mundo y hoy es el punto más apropiado para pasar de uno a otro hemisferio y del Continente un poco aórtico que respira siglos, al Continente párvulo, que empieza sólo ahora su largo camino.

Creía la mayoría de las gentes que ahí no había sino toreros, panderetas, Dolorosas, Cristos de imaginería, Macarenas, mezquitas, tumbas empotradas entre las nervaturas de las naves góticas; poblachos aconchados alrededor de una torre con cigüeñas; armaduras milanesas en las reales armerías y en los Museos,

los Austrias exangües o validos panzones y bigotudos pintados por Velásquez; ermitaños pintados por Rivera y majas, chisperos, duquesas, cabronas, frailes y toreros pintados por Goya y Lucientes.

Me instalé en el Hotel «Roma» y a poco llegaron a merendar Echegaray, Benlliure y don Rafael Comengue, Gobernador de Filipinas, que se justipreciaba de haber engendrado en la Alhambra una parte de su prole; el pobre Querol; Manuel Machado, y hasta un torero medio tuerto que anduvo conmigo por las rondas exteriores preparándome a fuerza de cante y gitanillas, hechas con gredas del Guadalquivir, para asistir a la primera corrida.

Una vez más, mi avidez de vida me sacaba, tirándome de las narices, de sociologías y otras cosas interesantísimas, aunque no tanto como sumergirse en Madrid, con treinta años dispuestos a todo.

Miré hacia el patio de una propiedad particular a que daba el flanco del hotel en que me había instalado e hice mi primer descubrimiento madrileño.

Llené de papel la mesa y las paredes de fotografías en que mostraban sus caras de progenitores de lo presente los personajes del Greco, Velásquez y Goya.

Cuando estuviera sin una sola peseta, me sentaría a escribir, a escribir mirando a mi vecina del patio bajo, en que cantaba un zapatero que hablaba pestes de Montero Ríos y del Conde de Romanones, el cual empezaba a asomarse a la política afirmado en el bastón de Alcalde.

Ni entonces ni nunca me he sentido extranjero en ese ambiente en que flota un «vaya usted con Dios, ¡salao!».

Al salir por primera vez a la calle, saludé al dueño del hotel:

tenía cara de pandereta con sonajas de risa y en el acto empezó a llamarme «americanito»:—Aquí lo va a pasar usted pero qué muy bien... He conocido a otros americanitos... Aquí se cena a las doce y se come a las ocho de la noche... Ya lo sabe usted. Y ahora vaya a caminar por Alcalá. Verá Ud... Salí y a poco andar por Peligros, vi la primera hembra con anca de guitarra y tufos de tonadillera.

Al pasar frente a Fernando Fe, reconocí a Blasco Ibáñez. Conversaba con Luis Morote.

Entré, y antes de dos o tres minutos, el famoso librero ya me había presentado a una serie de celebridades, sin excluir a don Benito Pérez Galdós que llevaba ese día un chaquet pavorosamente mal hecho y unos pantalones en cuyas rodilleras podrían haberse albergado holgadamente Churruca, Gabrielillo, el Empecinado y aun Palafox...

Punto aparte: dicen que cuando Dupont, general francés, entregó su espada al vencedor de Bailén, le dijo a éste que era la primera vez que le pasaba eso.

—Y a mí también, «musiú»,—le contestó Palafox.

Galdós habla del abrazo de Vergara, agregándome que los datos sobre la familia del general Maroto que ahí da, se los había proporcionado don Domingo Amunátegui Solar.

Todo el mundo lo mira con cariño—es «el tío de los Episodios Nacionales»—y le dicen «don Benito».

Blasco Ibáñez sabe cosas de Chile; menos que después se casaría con una chilena, bonita y pintada por Sorolla.

Blasco era diputado y había estado varias veces en la cárcel y en el destierro en su calidad de incitador consuetudinario a la revuelta armada. No era entonces el hombre de monóculo

y esmeralda del Cauca en la corbata: llevaba un modestísimo sombrero Panamá, ropa caki y parecía venir de Marruecos.

—Sí, hombre,... he conocido una cantidad de compatriotas de usted, y en 1891 tomé parte en una conspiración de revolucionarios que intentaban apoderarse de dos cruceros que Balmaceda tenía encargados a astilleros franceses...

Advertida la policía, empezó a caer leña.

Por lo demás, ya Pi y Margall me había dicho que no me metiera en esos andurriales porque el que tenía la razón era Balmaceda y no los revolucionarios.

Comimos juntos esa noche y al día siguiente, Blasco, Morote, que venía llegando de Rusia donde había estado platicando con Tolstoy, y yo, que venía arribando hecho una «ave» de Roma, a las cuatro de la mañana, todavía seguíamos conversando frente a la Cibeles.

Días después, González Blanco me despertó dando golpes de asalto a mano armada en la puerta de cuarterones de mi pieza con vistas tentadoras al patio en que hice mi primer descubrimiento madrileño y en que seguía el zapatero vociferando contra el partido liberal:

—Mendoza, oiga usted... Rubén Darío está en Madrid. Dice que ha sido muy amigo de su hermano (*) y que a usted lo ha conocido cuando todavía era casi un crío; pero que no quiere verlo porque usted le escribió una carta a Gómez Carrillo en la cual decía periquitos.

En efecto, años antes, y después de prologar Rubén mis «Gotas de absintio», le había escrito a Gómez Carrillo, diciéndole que estaba harto de princesitas, clavicordio, hadas madrinas

---

(*) Véase «*Como si fuera ayer!..*» por E. Rodríguez Mendoza.

y lunares versallescos: de la primera manera de Darío, en una palabra: el bárbaro de Carrillo le mostró la carta.

Con todo, nos entrevistamos cordialísimamente en un café de la calle de Hileras donde nos devoramos un montón de «gambas y percebes», y una vez convenientemente irrigado con coñac jerezano su hermetismo preliminar, dijo que esas cosas—aludía a la carta a Gómez Carrillo—estaban fuera de la literatura. Y lo estaban.

Aquel traficante nocturno que solía caminar haciendo aspas de *moulin rouge* con los brazos, tocaba entonces puros laureles con sus manos largas con largura simiesca y no, como él creía, con esa modelación afinada del caballero pardo y huesudo pintado por el Greco como el arquetipo de la Conquista y la religiosidad filipesca.

Plena gloria.

Huía de lo espectacular sin dejar de cultivar habilidosamente su resonancia incontenible.

Ya no era el nicaragüense llegado a Chile con levita de una abotonadura, bastón de caña de azúcar y una carta de recomendación del general Cañas para Robinet...

A la sazón era un Gran Duque de las letras castellanas.

Podría sentarse oportunamente a tomar un buen coñac jerezano al lado de Góngora, y sus pequeñas amoralidades eran sólo una gracia o una ligera mueca más en la totalidad de su vida y de su obra, muy francesa como inspiración, como motivo, como modelo; pero montada en un conocimiento completo de «nuestra nodriza la gramática», como decía en el prólogo de mis «Gotas de absintio».

En plena gloria, como pocos la han conocido en vida, era el mismo Rubén Darío de aquellos días en que llegaba a exami-

narle la nariz traslúcida y la sangre espesa de microbios el doctor Puga Borne (*).

Rubén se había colado de sopetón entre los clásicos.

De sopetón y tan sin jadeos de esfuerzo, que si hubiera tenido dinero, es casi perfectamente seguro que nunca habría escrito un verso, función maravillosa a que se entregó para comer, para beber, para obsequiar quitasoles con puño de ágata y pequeños rubíes a una señorita de primavera y de *promenoir*.

Cuenta deliciosamente García Velloso que Darío hallándose como de costumbre en plena *debacle* financiera, recibió de improviso de «mamá la Nación», de Buenos Aires, una letra por dos o tres mil francos y entonces, como en Santiago de Chile en tiempos de Cartagena, cajero de «La Epoca», Rubén dejó en el acto las chancletas de la Cenicienta, se instaló en una terraza a destilar su ajenjo y obsequiaba a su «Mussette» de ocasión una sombrilla con empuñadura de *jade* cercado de pequeños rubíes.

Pasada la hora del «Parce, domine» de Chéret, Darío salía

---

(*) Santiago de Chile, 16 de Octubre de 1887.—Señor don Federico Puga Borne.—Presente.—Mi estimado doctor: Conocedor del carácter generoso de usted y justo apreciador de sus conocimientos médicos, me intereso vivamente en el sentido de que preste usted su asistencia profesional a mi amigo Rubén Darío, joven lleno de talento, de cuyas producciones, según he oído decir, es usted un admirador convencido.

Pues bien, el pobre Darío, tan digno de mejor fortuna, ha tenido la desgracia de adquirir una enfermedad que hasta le priva por el momento de salir a la calle.

Yo espero, señor Puga Borne, que usted consiga devolverle la salud. con lo cual empeñaría la gratitud de Rubén y la de los numerosos amigos con que cuenta en Chile.

Reciba el saludo afectuoso de su más Atto. A. y SS.—M. Rodríguez Mendoza.

de cualquier parte sin un solo sobreviviente de los tres mil francos enviados por «mamá La Nación».

En seguida, es claro, le caían encima las consecuencias inevitables de su imprevisión financiera y, como si alguien le creyera, empezaba a hablar de las torturas de su vida. Y se encerraba a escribir «Cantos de Vida y de Esperanza» de los cuales careceríamos de fijo si Rubén Darío, en vez de ser un Verlaine en español, hubiera sido un experto en contabilidad y finanzas.

Una vez se fué a refugiar a la mansarda de Gómez Carrillo, el cual, llegado el caso, tuvo que hacerle presente los inconvenientes que tenía la vida en común, siendo sólo uno el que pagaba todo.

—En efecto—le dijo Rubén—puedes irte ahora mismo...

En literatura se llega antes o tarde; rara vez a tiempo y se necesitan muchos años, veinte, veinticinco o más, para que durante ellos se vaya la moda y se sepa definitivamente lo que un libro es.

Los críticos que saben tanto, y a los cuales es evidente que hay que dejarlos, parecen ignorar que sus juicios, participando de las pasiones del ambiente, rara vez podrán ser serenos y definitivos.

Los que son jóvenes se hacen la ilusión de andar más ligero, tratando de enterrar antes de tiempo a los que van adelante. ¡Cómo si alguna vez hubieran tenido los ataudes la consistencia de un pedestal sólido!

Y los que son viejos se aferran a morir a la inmovilidad sacrosanta de lo clásico, como si a veces no existiera en lo nuevo el temblor fecundo de la inquietud!

Rubén no conoció nada de eso. Fué el trinomio cesáreo: Vini, vidi, vinci.

Todo intuición—pseudónimo de los que tienen el valor y el genio de las anticipaciones—llegó a tiempo a interrumpir con formas nuevas aquella solemnidad métrica, contemporánea de los Hugonotes o de las Campanas de Carrión...

Rubén, ayudado por Gómez Carrillo, abrió un huraco en los Pirineos y por ahí empezó a pasar a España *le quartier latin*, Montmartre, el pobre Lelian, es decir, todo el modernismo de hace treinta años, del cual quedan dos o tres cosas: una mayor libertad intelectual, los versos de Rubén y la agilidad francesa, dentro de lo español, aportada desenfadamente al periodismo por Gómez Carrillo.

Un amanecer madrileño creí que Darío se había vuelto loco con el coñac jerezano porque él, que era la timidez misma, tomando de súbito arrestos y actitudes desusadas, empezó a echar sapos y culebras, hablando destempladamente de la crítica mulatesca y de los vates chimboracescos.

Al día siguiente de aquella explosión equinoccial, se fugó en busca de no sé qué penumbra abulense o salmantina.

No lo volví a ver, acontecimiento de que no tardé en convalecer porque entonces bailaba Pastora Imperio en el Salón aquel de donde había huido el doctor Opazo, quien me hizo saber oficialmente que no quería cultivar relaciones con una persona tan escandalosa y desconsiderada como el segundo secretario de la Legación.

La Imperio—y se llamaba Pastora!—tendría entonces veintidós o veintitrés años y cuando por primera vez me quedé hipnotizado mirando desde mi luneta sus ojos de serpiente, comprendí que traía a las tablas un temblor de la carne que era el frenesí gitano.

He ahí la bestia dominadora, imperial y siete veces maldita.

Era el monumento de la carne estremecida de juventud, mientras chocaban los dientes de sus castañuelas gitanas.

—Es la Alhambra hecha carne y guitarra—le dije al doctor, invitándolo a volver al Salón de Actualidades: me hizo la cruz como al diablo y tenía razón porque si el mismo doctor Opazo llega a ver esos labios de saeta hecha incitación, se queda hasta el fin de la función.

Si Goya lograra encontrar su cráneo extraviado después de su postrer insomnio, estoy cierto de que se vendría de carrera a abocetar con sus vermellones a esta compañera de la Tirana y la Duquesita.

El demonio de la carne se embutió unos ojos verdes; tomó forma de mujer modelada en altura y con greda de hacer dorada cerámica hispano-árabe y, al rematar en las candilejas el pespunte en puntillas de sus pequeños pies, se yergue echando adelante los pechos en punta, envueltos en la llama del mantón... Pisa febrilmente, pisoteando las flores que le arroja la sala jadeante de sensualidad y se desmoronan los claveles roios metidos entre los alicatados y caireles de su pelo trianero.

Es la hembra con sombrero cordobés, mantón y guitarra y aparece como si se divisara al fondo el «paso» del Santo Cristo y se escuchara el clamor de la «saeta»—oración y lujuria.

La pintó Romero de Torres, que es cordobés porque no la habría podido pintar Sorolla, que era valenciano.

Sorolla, donde fuí por primera vez con Francisco Acebal, aportó una pincelada nueva a la pintura española. Como Velásquez, interpretaba lo que tenía delante y en ese momento desconcertante de su luz levantina, pintaba figuras sumidas a todo sol en el mar y vistas a través de las refracciones oblicuas.

Se quedaba—primeros pródromos de la parálisis por venir—

con la vista fija en aquellas figuras sin líneas, blancas, que se deshacían en el temblor del agua.

El, Acebal y yo, visitamos juntos al Greco y a Velásquez—nada más ni nada menos, y nada de visitas colectivas a los Museos, que son una necesidad docente, pero que agrupan promiscuamente en un solo centro telas arrancadas a su ambiente propio: los Austrias debían de estar en el Real Alcázar; los Grecos en las Iglesias y las casonas monásticas en que todavía queda algo de las hogueras de Castilla.

Sin el Greco—dice el maestrazo, cuyos ojos son una mezcla impresionante de ira combativa y de dolor irremediable—no habría existido Velásquez...

No habla para enseñar. Monologa y después de quedarse de nuevo con los ojos paralizados por los pródromos aún lejanos, afirma de nuevo que el que empezó a pintar con los colores fríos que después fueron los grises perlados de Velásquez, fué el Greco, el de las figuras en proceso inicial de volatilizarse en los cielos calcinados de los autos de fe.

Salimos siguiendo en silencio tras el maestrazo, como si ya fuéramos inclinados tras sus restos.

Ante el encontronazo con la luz de una tarde de Junio, en ese pedazo clásico de Madrid, donde me fuí a vivir años después, Sorolla dice hoscamente:

—El Greco, Velásquez, Goya,... ¡Nada! Hay que olvidarlos, alejarse, no imitarlos y romperse la cabeza buscando algo nuevo.

Cumpliría su palabra y un día tendrían que llevarlo a morir absorbiendo nieve y luz con sus pupilas ávidas en un pueblecito del Guadarrama llamado Cercedilla.

He ahí la razón de su inquietud, de sus largas miradas en que parpadeaba el misterio: lo nuevo, lo nuevo o morir...

Sumergía sus ojos levantinos captadores de luz mediterránea:

—Velásquez, Goya... Unos colosos; pero no pudieron copiar exactamente un pedazo de eso... Señalaba con la mano en que flotaba la manga sin puño de camisa, un pedazo del paseo del Prado.

Como se ve, en aquel Madrid de hace veinticinco años yo pasaba de una a otra de esas cosas que quedan marcadas para siempre con la santidad de la primera impresión.

Un día llegamos a presentar credenciales a S. M. el Rey.

Al subir la escalinata regia, los alabarderos golpean el mármol con sus alabardas palatinas y nuestro Ministro se inclina pausadamente ante esos gigantes que estaban ahí lo mismo que hace siglos.

Cuando muchos años después soy yo el que va a presentar credenciales, siguen todavía ahí mismo y cuando, al verme pasar, golpean el suelo, sigo de largo, sintiendo no poderles decir: conozco el golpe...

Observo atentamente al Rey y pienso entonces como hoy que por algo se es Borbón y Austria: tiene ese don supremo de los siglos que cambian en distinción lo que en otros Soberanos es orgullo o altanería.

Pocos días después visito a Rosario Pino la noche de «Amor y Ciencia»—una cosa un poco nórdica con médicos a lo Ibsen y sinfonías a lo Beethoven.

El camarín está lleno de humo, de flores, de celeridades y de gloria. Rosarito Pino me recuerda un poco a Eleonora Duce.

Don Benito con el mismo chaquet gigantesco y las mismas rodilleras amplísimas del día en que lo conocí, es llevado como un

chico algo tímido y crecido por Borrás y la Pino y sale a escena a rejuvenecerse con la ovación madrileña.

Junto con llegar el presidente Loubet a la Corte, cayó para no levantarse más mi Ministro.

Me dijeron que no era nada lo que tenía; pero comprendí desde el primer momento—siempre he sido un internista tremento—que iba a producirse una vacante, como que se le estampó junto con caer la herradura de la muerte.

Cuando pregunté al doctor Opazo por qué habían sacado al Ministro, estando ya tan enfermo, del hotel en que vivía, me contestó que seguramente no habrían dejado entrar los Sacramentos a fin de no espantar a la gente con la novedad de que por ahí andaba la muerte y que, como lo único que a él le importaba era el alma y no el cuerpo de su amigo, lo había sacado no más...

Fuí a escape al Sanatorio y en ese momento la cara del enfermo era una cosa terrosa con la susodicha herradura de la muerte ya cerrándose hacia las comisuras de los labios resecos.

—Voy a mejorarme muy luego—me dijo—y le ruego que no mande decir nada al Gobierno a fin de no alarmar a mi madre, que no tardaría mucho en saberlo...

En la noche de ese mismo día, al volver de una fiesta dada por los Reyes al Presidente de Francia, me saqué el uniforme a toda prisa y corrí de nuevo a ese Sanatorio lleno de árboles, flores, monjas y violetas en que la gente se iba tan rápidamente al otro mundo.

El Ministro acababa de morir y aquel hombre bondadoso, cultísimo, dueño y señor de una elegante facilidad de palabra, había cerrado para siempre sus ojos de hastiado: le estaban dando cucharaditas de leche azucarada cuando, sin decir una sola

palabra, la cabeza se inclinó suavemente sobre el hombro ante el mandato del corazón que decía: hasta aquí no más...

Cuando llegué, ya lo habían puesto irreprochablemente horizontal y tenía un Santo Cristo sobre el pecho.

Entró un capellán con capa negra. Llevaba el agua bendita en un tarro niquelado, que también habría podido servir para helar *champagne*.

Lo habían despertado a deshora seguramente y parecía no estar de buen humor.

Miró al difunto por encima de sus anteojos de larguero; rezongó una oración en latín y roció el cuerpo echándole agua bendita con una rama verde que hacía las veces de santo hisopo.

Una monja vieja y más fea que vieja, se arrodilló poco a poco y con permiso previo del reumatismo, a los pies del lecho; juntó las manos nudosas entre las cuales buscó colocación su nariz ganchuda y cerró los ojos más para dormir que para orar.

Me arrodillé maquinalmente ante mi jefe y ante la suerte que a todos nos aguarda.

Ni una lágrima en medio de esa sala desolada y blanca especie de gabinete odontológico, en que la muerte era algo que entraba y salía monótonamente, sin dejar huella, sin volver la cabeza, sin pañuelo para las lágrimas, sin los aullidos de madre que llora modelando con sus manos la cara de cera del muerto.

¡Estaba tan lejos la casita pintoresca, pegada a las rocas del Santa Lucía de que sólo meses antes había partido don Raimundo!

Me hallaba consternado y una vez más se reproducía en mí esa especie de antinomia de no temer a la muerte y, sin embargo, impresionarme ante su estrago.

En la pieza cercana los empleados del Consulado contaban

y trasegaban los objetos dejados por el Ministro: hacían el inventario, avaluando cada cosa.

La muerte misma, hecha gobierno de ocasión, acababa de ascenderme a Encargado de Negocios ad-interim y procedí a comunicar oficialmente el fallecimiento del señor Silva Cruz; adquirí uno de esos ataudes la riqueza de cuyo material es una muestra más del respeto supersticioso que en España inspira la tumba, y asistí a la aplicación de la formalina, la cual, al llenar las venas y al llegar al corazón, devuelve irónicamente al cadáver los colores de la niñez: es el momento pavoroso en que se diría que el muerto va a sonreírse ante esa última comedia de la vida.

Se le vistió de levita y se le metió en seguida en el ataúd con líneas de bargueño.

—¡Pobre señor Silva Cruz! Era muy entendido en Derecho Civil—me dijo el Ministro de Estado, señor Sánchez Román, cuando le comuniqué el fallecimiento.

Deposité sus restos en la Sacramental de San Lorenzo y cuando se marchó a París aquel *M. le President*, tan parecido al papá Noel, que en las nevadas de Navidad se cuela por las chimeneas a dejar tambores y cornetas a los niños, S. M. el Rey ordenó que se celebraran en San Francisco el Grande unas solemnes honras por el eterno descanso del alma del finado.

Habían desaparecido todos los chilenos que estaban en Madrid y me quedé solo con el muerto, con los funerales y con mis nervios, que andaban un poco a la diabla o a la diablesa.

La noche antes del funeral, se presentó un conflicto que podría poner en peligro el equilibrio europeo: no tenía el vicecónsul frac con que asistir a las exequias. Podía ir con el mío; pero le quedaban largos los pantalones.

Afortunadamente, como todo tiene remedio menos la muer-

te, era relativamente fácil salvar ese pequeño inconveniente amarrándose bien tirantes dichos pantalones.

Al día siguiente, al entrar a la iglesia, en la cual estaba todo el Cuerpo Diplomático de gran uniforme, se cortó la cuerda que el vice-cónsul llevaba en la cintura y el digno funcionario penetró a San Francisco el Grande al son del harmonio y con los pantalones enérgicamente tomados de la pretina.

En lo alto, había una bandera, una casaca bordada y un espadín sobre un catafalco vacío. Cantaba el oficiante responsos sin muerto: los restos, metidos en un cajón de buen pino, que así podía guardar un piano de cola como un rico ataúd con trazas de arcón, iban ya camino de la Coruña, donde tomarían un vapor de la carrera que los llevaría a la tierra con tijeral de montañas.

También iba a volver yo, aunque no en la bodega de un barco, y empezaba a tomarme del cuello y de la aorta la neurastenia de los viajes, de la cual hay dos clases: la de los viajes de ida—poblada de sorpresas y esperanzas—y la de los viajes de regreso—cuajada de tristeza y de desilusiones.

Estaba apresado a perpetuidad por el encanto de Madrid y me moría de pena al reaparecer las maletas, y la tarde de frío y morriña en que llegué a la estación del Norte a tomar el tren, sentía una inquietud, una amargura que ni el bromuro lograba calmar: los sitios en que se ha sentido bien la vida, toman una expresión que no es la cotidiana cuando uno los va a dejar.

Lo sentimental no muere del todo ni aun en este momento en que la velocidad muestra todo desde la altura y en forma de líneas rectas tumbadas sobre los planos embriagados de cubismo.

Me sentí un personaje de novela rusa y sumergía en la perspectiva olor a adioses una mirada barojiana. . .

Pero qué parecido a Martínez, el de «La Tarde», es el señor aquel.

Era Mariano Martínez, el que hace muchos años se empeñaba en canjear porvenir por pesos, pesetas o lo que fuera,.

¡Es curioso y es misterioso! Lo he encontrado en todas partes donde he ido.

Lo abrazo.

Me parece estrechar atemorizado mi propia sombra; pero no, es Mariano Martínez en pinta, asturiano, de Gijón, tierra del gaitero.

Mariano es como la reencarnación de la novela, ayer picaresca y periodística hace treinta años.

Había recibido los duros de una pequeña herencia.

Sacó un reloj del tamaño de una pandereta de oro en que recibir al cara o sello los escudos de una lotería loca y repentina.

Iba a Alemania a que los especialistas en materia de alcantarillado humano le extrajera las toxinas acumuladas a todo lo largo de la tuna y de la América española.

Lo abrazo afectuosamente porque siempre parece traerme el turrón de los mejores años de la vida y se mete al tren que, a su vez, se cuela en las tinieblas y en la nieve de una noche de San Silvestre.

En la Coruña los violoncellos del viento cantan la serenata del invierno cantábrico.

Me detengo dos días esperando el vapor y si mi estómago de dispéptico me hubiera permitido alguna vez los excesos, me habría encomendado entonces a algo fuerte con que encender en el espíritu apesadumbrado una llama cualquiera.

Rectifico el lugar común que todavía babea su vieja vulga-

ridad: no es cierto que silbe el viento: lo que aquí hace es tocar una gaita de entierro.

Al pasar de una travesía a otra, me encuentro con doña Emilia, Condesa de Pardo Bazán: ha ido por un momento a la ciudad desde sus tierras de Torres de Meiraz y en ese mismo instante va a tomar su landó señorial tirado por mulas, y sólo tengo tiempo para besar su hermosa mano gallega.

—¡Qué le habrán dicho a este en la Corte!—parece pensar.

—Son muy malos en Madrid!—dice riendo.

# XXV

## Tierras de prodigio

Llego a Barranquilla, en el Mar Caribe, cuando la tormenta sacude furiosamente sus platillos wagnerianos.

El Cónsul de Chile nos invita a tomar té, ignorando que hace un calor que en los días de la Conquista debe haber recalentado la armadura de Giménez de Quesada, encendiendo las plumas flamencas de su cimera.

El cielo toma lividez colérica; saltan los nervios queriendo salir al aire libre y el corazón se sacude hecho campanilla eléctrica.

Es la tormenta y brota del bosque o del Magdalena un trueno enorme, bostezo de la selva, palpitación colectiva de cosas inorgánicas que dice claramente al que llega que todavía quedan intactos en la tierra pedazos de Génesis en que no se conocen ni automóviles ni fonógrafos: es la naturaleza virgen usando un alta-voz primitivo en medio de la espesura en que no habría donde colocar un pararrayos.

Como digo, se estrellan a romperse los platillos wagnerianos y el primer rayo, en estilo creacionista, parte las nubes con un zarpazo de fuego.

Mi mujer empieza a alborotar con sus gritos.

—No hay que asustarse—dice amablemente nuestro Cónsul.

Agrega que los rayos le han peinado más de una vez los bigotes.

¡Qué bigotes, si sólo tiene cuatro pelos consulares a cada lado!

Olvidaba declarar que antes de seguir a Colombia, me casó en Petrópolis Monseñor Tonti, después Cardenal, quien me dijo, levantando la mano en que ostentaba una esmeralda del tamaño de una custodia, que me portara bien en adelante.

En Barranquilla nos metemos en el «Elena Montoya»—barquito fluvial que nos dejará en Honda desde donde seguiremos en mula y ¡abur! si es que el sol no nos derrite en el camino.

Estamos en el Magdalena y la imaginación tiende a convertirse en un carro alegórico.

«María» de Jorge Isaac; el Libertador, muriendo en Santa Marta; el Cauca, tierra de Canaan; las esmeraldas de Muzzo; la isla de las Perlas, en Panamá...

El río, ancho, solemne, con solemnidad panteísta, parte casi verticalmente ese país privilegiado en que hay de todo lo que Dios echó al mundo.

El asa de ese territorio, que es una esmeralda incrustada en la parte alta de la América, era Panamá.

Enlazaba las dos Américas; pero sobrevino una disputa entre un coloso que daba gritos y puñetazos y un contrincante mucho más pequeño; pero muy empecinado y orgulloso...

Un día, el gigante impaciente, abocinando la voz con sus manos enormes, le gritó al otro, en inglés y Caribe de por medio:

—*Very well!*...

Tómese nota de que el coloso, ocupando como ocupa una latitud superior, está geográficamente superpuesto al resto de la

América, la cual fué colocada debajo por la naturaleza: el Nuevo Mundo es un continente encima de otro y el de arriba se une con el de abajo por medio de un incómodo peritoneo—el istmo—que había que cortar, cambiándolo por unas exclusas muy grandes y que servirían para camino mundial.

Colombia, mirando de abajo para arriba y Roosevelt mirando de arriba para abajo, habían discutido acaloradamente.

La primera dijo NO y el segundo dijo SI, haciendo sonar su grueso bastón con cachiporra de dólares.

Tocó entonces en Panamá un general manco,—el manco Huerta—el tambor de la separación; reconocieron los Estados Unidos a la nueva República; se celebró ipso facto un tratado y poco después cien mil hombres en mangas de camisa y armados de máquinas que iban tragándose la tierra como si fuera «gumme» cortaban en dos pedazos el Istmo.

Desde ese momento la Unión Americana miraba tranquilamente al Oriente y daba a toda la América, más cercana del Pacífico que del Atlántico, un nuevo sentido geográfico y económico: el coloso había cambiado el frente de la casona sudamericana.

Es tan claro y neto ese fenómeno, que la única manera de que esto tan enorme y tan diferente entre sí—la América del Sur—conserve su nacionalidad racial y política, es progresando, los que puedan y sepan hacerlo, en forma de ir saltando rapidísimamente sobre los peligros que pudiera entrañar la circunstancia de estar desarrollándose cerca del más potente de los organismos aparecidos en la historia humana.

Pero por el momento navego, apresado en tal forma por el asombro que me produce esta explosión de cromatismo, de cosas aún no violadas por el hombre y sus máquinas, sus focos y

sus alambres de cobre, que no intento vulgarizar con mis comentarios lo que va desplegándose ante mi.

Palpo por primera vez la enormidad inaudita de la Conquista española y anoto la razón fundamental de mi españolismo, el cual asimila a Roma la función hispánica en el Nuevo Mundo.

En la noche y para no afrontar el peligro de navegar aguas arriba, el barquito de madera con fondos planos se acerca a la orilla y para su máquina.

Se escucha entonces una sinfonía modernísima en cuanto a técnica y melodías: es el lenguaje de la selva en la noche.

He aquí un breve ensayo de graduación onomatopéyica... Braman las fieras, silba la serpiente y chillan los papagayos.

De tiempo en tiempo, todo aquello se ilumina con el fulgor de un relámpago que, seguramente, anda buscando versos de Chocano.

Al día siguiente, me afeito al aire libre en medio de un amanecer de concha de carey rubio.

Dejo la navaja y asomo en la borda la cabeza llena de espuma, de sudor y de trópico: pasa lentamente un detalle de biombo chino hecho en laca dorada: una garza tocada de *aigrettes* sobre la concha de una tortuga.

—Amigo Morand, usted que inventa negros y paisajes de castaña confitada en el *boulevard*, vea esto que es inauditamente inédito.

A medio día, el barquito a leña, la naturaleza, la selva, el Magdalena, todo bufa y trasuda platino, orquídeas, boas, bananas, esmeraldas, cocodrilos y víboras egipcias...

Son todas las joyerías de la *rue de la Paix* en estado natural, en pleno Génesis.

He ahí el Nuevo Mundo auténtico y todavía sin tocar ni engastar ni literatizar.

¡Tierras de prodigio!

En una moldura de arena dejada por el río al bajar desayunan sol, formando círculo íntimo, quince o más caimanes al lado de los cuales los de Cleopatra, el Nilo y la «celeste Aída», son sólo plumas para dientes de *cocotte*... Tienen siete u ocho metros; entrecierran sus ojos simuladores; abren su prestigiosa tarasca y, ebrios de luz cenital, se adormecen cuaternariamente y es tanta la hipócrita perfección de su mimetismo, que podrían tomarse por troncos de árboles echados a la orilla por este Nilo tórrido.

Son sumamente emotivos y mientras llega el momento de morder y cortar en dos un negro, una garza o una tortuga de carey dorado, se lamentan chopinianamente y lloran implorando compasión. Hago gracia de la moraleja que de esto pudiera sacarse.

Un explorador francés que llama «animalitos» a los tigres y que viene, según dice, de cazar leones... en algún libro de viajes para niños grandes y no muy avisados, dice que es muy sencillo la caza del caimán y que a él no se le escapa ni uno solo.

Debe ser aproximadamente cierto lo que cuenta el francesito a juzgar por todo lo que este hombre temerario lleva encima: carabina, pistola, cuchillo de monte, botas de exploración africana, traje y casco blanco y una instantánea en que fotografiar a las víctimas de su temeridad. En efecto, es muy sencillo cazar caimanes: se observa durante el día el lugar en que acostumbran pasar nupcialmente la noche y cuando ya está recogido cada matrimonio, el que va por ellos se acerca con una luz y un buen cuchillo, cuidando de no hacer ruido. Al ver la luz, los caimanes

cierran los ojos, como le pasaría a cualquiera persona poco acostumbrada a ser despertada de esa manera; se aprovecha esa circunstancia para encajarles el cuchillo y, en seguida, se les arranca el pellejo tan apreciado para hacer maletas de lujo o zapatitos acocotados.

Se va el sol dejando el cielo hecho oro hervido en sangre y un caucano de «ruana» y sombrero tejido a mano, fuma cigarrillos de Ambalema en medio de un círculo que lo oye sin chistar.

También me acerco con el francés de los caimanes y aumentamos el círculo de los que escuchan en silencio el relato del caucano que iba para el Tolima bien montado y aperado.

Pero por el camino se separó imprudentemente de los otros viajeros y no tardó mucho en sentir el ruido que hacía una manada de marranillos que venía en dirección contraria. El marranillo es un jabalí pequeño; pero de mucho cuidado.

No tuvo más tiempo el caucano que el necesario para treparse a un árbol.

Visto por los marranillos, éstos, después de una corta deliberación, se pusieron a roer el tronco, que por fortuna era grueso y no muy blando.

Además sobrevino entre ellos más de una discusión a dentelladas que algo por fortuna retardó la operación de voltear el árbol.

Es fácil colegir los momentos de angustia que pasaría el caucano, el cual, según su relación, en ningún momento perdió su reconocida sangre fría.

Por lo demás y por lo que pudiera suceder, empezó a empeñarse con la Virgen de Monserrat para que lo sacara en bien del trance de caer en poder de los marranillos, los cuales no le dejarían ni los botones del flux.

Pero ¡qué manera de tardarse tenían sus compañeros de viaje!

A lo mejor estarían sirviéndose tranquilamente unos «pericos» remojados con «guarapo».

Parecía que el árbol empezaba a cimbrarse.

¡Y ni noticias de los demás!

—Apreciadísima Señora—gritó el sitiado

Miraron para arriba los marranillos como preguntándose qué podía pasarle al caucano que se mostraba tan alarmado.

En efecto, el árbol estaba a punto de doblarse porque le llevaban comida casi la mitad del tronco.

—En tus manos encomiendo mi alma y mi cuerpo—gritó de nuevo el caucano.

Y como nuestra señora de Monserrat parecía no darse cuenta cabal de los soponcios que estaba pasando su devoto, éste gritó como si llamara a algún conocido de la vecindad:

—¡Señor de la Vera Cruz!

En ese mismo instante apareció el resto de la comitiva, la cual al darse cuenta de lo que pasaba, disparó sus armas, espantando a los marranillos.

Yo en mula y mi mujer en silla de mano, ya trepábamos los Andes en dirección a Bogotá, cuando salió a preguntarme un señor si llevaba libras.....

—De oro y de estas otras de plomo—contesté sacando el revólver.

Me había creído en otras partes de América y no tardé en saber que en la escala de los agentes de cambio, mi interlocutor representaba inofensivamente al que falto de oficina y por no pagar patente, salía hace veinticinco años al paso de los viajeros a canjearles por papel del país su orito esterlino.

Bogotá, la capital de retablos, campaniles y altares de plata y carey, parecía una nobilísima ciudad de Castilla la Vieja: templos en penumbras de fervor y pinturas de Vásquez, especie de Murillo criollo; casonas de abolengo; rejas con amapolas de cobre; balcones volados; peinetas y mantillas; exquisita cultura espiritual, mujeres bonitas; flores y poetas por todas partes, y además, ingenio quevedesco, es decir, arranca plumas...

Como Lima y como Quito, Bogotá es un pedazo de la España virreinal.

En la plaza, un Bolívar ya en el ocaso de su sueño y de su vida de amor, gloria, batallas, proclamas fulgurantes y *tedium vitae* en los años postreros.

Es el Bolívar de Tenerani.

No cabalga espada en mano ninguna bestia encabritada y con las manos delanteras manoteando al cielo.

Lo envuelve una capa caída, fúnebre. Mira fríamente con la espada desnuda, pero con la punta clavada en la tierra.

Ya no es el genio que embiste.

Es el hombre que medita melancólicamente a la luz del ocaso.

Poco después de mi llegada, arriba a su vez la misión militar encomendada a los capitanes Ahumada y Guillén y de la cual era jefe el primero.

Ahumada trabaja doce o catorce horas al día; copia en Colombia la escuela militar de Santiago y como aquella gente tiene el nervio bélico, en la apacible ciudad del Capitolio clásico empieza antes de mucho a desfilar a la alemana el ejército colombiano.

Me asimilo complacidísimo a las misiones que una idea tan elevada de Chile han dejado en otros países y, al mismo tiempo,

voy penetrando en el espíritu tan peculiar de esa ciudad peculiar pero con rasgos muy españoles en su cultura y en su ingenio.

Atravesaba entonces el Presidente Reyes un período de gran actividad constructiva y en cada piedra colonial de la ciudad inolvidable aparecía cotidianamente un decreto o una circular.

Pasó una tarde frente al palacio de Gobierno el loco Arias y preguntó al oficial de guardia:

—¿Qué hay hoy? Decreto o circular?...

Y siguió; pero como el oficial habia dado cuenta de la ocurrencia, alcanzaron al ocurrente, diciéndole que quedaba preso.

—¡Ah! es decreto—dijo, llamando ángel de la guardia al policial que lo conducía.

El loco Arias sintetizaba el ingenio urbano que había bautizado con el nombre de «arranca-plumas» la calle y el sitio por donde no se podía pasar así no más.

Había en la ciudad un señor Restrepo, persona muy distinguida por lo demás; pero que no era de la familia del secretario de Bolívar.

Tenía negocio y un día se le ocurrió poner al lado afuera de éste un letrero que decía: «Restrepo hermanos».

No tardó mucho en pasar por ahí el loco Arias, quien al leer dicho letrero dijo:—«Ni Restrepo ni hermanos» con lo cual, es claro, se ganó algunos pescozones.

Pero no todo podía ser chiste y buen humor: recibo instrucciones del señor Huneeus Gana para gestionar la solución de la reclamación Lautaro, vapor chileno echado a pique en 1901 en la bahía de Panamá, entonces en poder de Colombia.

Se había estipulado anteriormente el pago de treinta mil libras esterlinas por dicho barco; pero el momento financiero,

a raíz de una Revolución que se había pegado al suelo como un producto normal, no era el más apropiado para soltar libras.

El país empezaba a convalecer lentamente.

—¿A cómo está el cambio?—pregunté al llegar a la costa.

—A catorce mil—me contestó aquel cónsul de bigotes cuidadosamente peinados por el rayo.

Como Leroi Beaulieu, no entendí una palabra de un cambio que trepaba a tales alturas y poco después pude convencerme personalmente de que los Bancos daban cien pesos colombianos por uno norteamericano: tendría que llevar mensualmente una «golondrina» para acarrear mi sueldo.

El doctor Puga Borne, cuyas condiciones de hombre de Estado no fueron suficientemente aprovechadas por el país porque el dueño de ellas acostumbraba propinar públicamente palos y trompadas al que lo molestaba, me impartió instrucciones muy concretas y que ratificaban nuestra vieja simpatía por Colombia: me hizo saber que el Gobierno estimaba oportuno reducir a veinte mil las treinta mil libras ya aceptadas en el protocolo Rico-Herboso y, en seguida, me dió orden de comenzar mi gestión.

Puga Borne ha sido un hombre de Estado al cual, lo que entonces se llamaba política, no dejó llegar donde habría sido lógico que llegara.

¡Y cuántos otros fueron detenidos por las artimañas y arterias de aquella política de puertas y ventanas cerradas!

El país no supo a su hora, es decir, cuando empezaba a tambalearse el régimen que habría que estirpar quirúrgicamente, llamar en su auxilio al hombre de las circunstancias, sino a los que ya tenían las arterias endurecidas o a los de exclusiva formación parlamentaria.

Por falta de preparación y de previsión en la opinión públi-

ca, la República erraba una y otra vez y los civiles no veían ni reaccionaban: era aquello una colución general en daño del interés nacional. Se dejó sin aprovechar la honradez de Vergara, el carácter sin trepidaciones de Puga Borne o Fóster Recabarren, la energía inflexible de Valdés Vergara, la cultura y el empuje europeo de Barros Borgoño, el criterio firme y tranquilo a la vez de Bello Codesido, la laboriosidad práctica de Izquierdo, sembrador de árboles en un país que sólo debe ser de granjas y fábricas.

Pero volvamos a Bogotá, al Capitolio de piedra que enfrenta al Bolívar de Tenerani.

El término de mis gestiones sobre el «Lautaro» fué la firma del protocolo Vázquez Cobo-Rodríguez Mendoza, lo que quiere decir que Colombia pagó hidalgamente el daño hecho durante la revolución de los tres años a una compañía cuyas naves forman la reserva naval de Chile.

«Todos están de acuerdo—me decía en carta de 22 de Enero de 1908, don Horacio Lyon, gerente de la Compañía Sud-Americana de Vapores—en que la gestión diplomática confiada a usted ha sido llevada a cabo de la manera más brillante y que se ha hecho usted acreedor a la gratitud de los accionistas por la forma enérgica en que ha amparado sus intereses».

Presentado a la Asamblea el Tratado Root-Cortés, el cual arreglaba definitivamente la situación existente entre los Estados Unidos, Colombia y Panamá, se levanta de improviso e impetuosamente contra dicho pacto, estrujándolo entre sus manos, el viejo diputado Mateus.

Se agita la juventud que en todas partes es plato que se indigesta; la situación empieza a presentar cara congestionada y se adivina ya que si el Gobierno no retira luego de la consideración

de la Asamblea dicho pacto, podría naufragar una vez más la paz pública.

En esos días, precisamente, se presenta en mi Legación un ingeniero chileno, el señor Undurraga (*).

Llega de explorar el Atrato, río que viniendo de Antioquía y Medellín, camino del Mar Caribe, corre tan cerca del Pacífico, que comunicando este Océano con dicho río, se tendría otro canal inter-oceánico.

Undurraga era chiquito, usaba amplios guantes de lana hasta para dormir y tenía, como se ve, proyectos bastantes más grandes que él.

Persigue una concesión de Colombia para construir un canal de garantía colectiva, como el de Suez y ha andado en Europa de aquí para allá: tenga la concesión—le dicen—y hablaremos.

El coronel Mr. Holdrich, le repite eso mismo en una carta que tuve en mis manos y que, si no me equivoco, era auténtica.

Digo a Undurraga, y es la verdad, que ni sé, ni haré ni pensaré nada sobre su proyecto indigestante.

Me pide que lo presente al Gobierno colombiano.

—En vista del volumen del asunto que usted trae entre sus manos metidas en guantes de lana negra, no podré presentarlo sin previa orden de mi Cancillería, señor Undurraga.

Se enfurruña y sus guantes se inflan impelidos por la cólera y las sacudidas oratorias.

El incidente se amplía y el Gobierno de Colombia dice al señor Undurraga que lo recibirá con mucho gusto, siempre que lo presente su respectivo representante.

---

(*) Véase *«Como si fuera ayer!»* . . . Capítulo sobre la montonera de Lo Cañas.

Digo al Departamento de lo que se trata. Silencio. En vista de este hermetismo, ratifico mi negativa, y Undurraga vuelve a enfurruñarse.

Muy alarmado, me visita Mr. Dawson, Plenipotenciario norteamericano para pedirme que no presente oficialmente al señor Undurraga.

Y como esa era mi resolución, siempre que el Gobierno no me diera instrucciones contrarias, no lo presenté y pasado algún tiempo, el Ministro americano me escribe manifestándome que ha recibido orden de su Gobierno de agradecer cordialmente mi actitud al no presentar al señor Undurraga.

Meses después el Congreso elige Presidente al señor González Valencia, resistido por los elementos conservadores ultra.

Cunde en la ciudad una agitación amenazante y se habla de revolución a la antigua, encabezada por el general Perdomo.

La inquietud indefinible producida por los acontecimientos que flotan en el ambiente, sin que se sepa precisamente cómo se producirán, nos embarga a todos.

Bombardean los rayos, los truenos y la lluvia la cumbre parduzca del Monserrat y echo de menos al cónsul de los bigotes rizados por la tormenta cotidiana.

En la noche llegan a verme los capitanes Díaz y Charpín, que han reemplazado a la Misión Militar anterior.

Han sabido por los oficiales de la Escuela Militar que al día siguiente a las nueve de la mañana se presentará a los cuarteles el general Perdomo en persona.

—Creemos—me dicen muy tranquilos—que hablando esta misma noche y poniendo en movimiento a los oficiales que de la escuela Militar han salido al Ejército, podría evitarse el desastre de una nueva revolución.

—¿Ustedes pueden hablar con esos oficiales?

—En el acto.

—Y ¿cuántos son?

—Muchos y están muy bien quistos en los Cuerpos de la guarnición.

Recordé la pregunta del Presidente Pérez al que fué a proponerle la aplicación de un torpedo de botalón a la escuadra de Pareja:—¿Y si se chinga?...

—Como no es meterse en la política interna de un país tan amigo como Colombia decir a los oficiales preparados por las misiones chilenas, que ustedes no pueden servir sino al Gobierno constituido, adelante con los faroles...

Y salieron muy tranquilos y seguros de la elevada corrección de la actitud tomada de acuerdo conmigo.

Regresaron a las dos o tres de la mañana: habían hablado con cada uno de los oficiales preparados por ellos y por la Misión Ahumada y les habían pedido que no olvidaran que el Ejército no es una arma política sino nacional, agregándoles que en el acto que ese principio fundamental fuera olvidado, ellos darían por terminada su misión.

Los jóvenes oficiales colombianos, de acuerdo en que ante todo eran soldados del país y no del partido tal o cual, se anticiparon a declarar que al día siguiente al presentarse el general Perdomo, le responderían que ellos no reconocían más gobierno que el legal.

Como el jefe del movimiento en proyecto militaba en las filas de la fracción conservadora ultramontana, se convino en que yo visitara cuanto antes al arzobispo, Monseñor Restrepo, a fin de imponerlo del movimiento en proyecto.

Antes de las siete del día siguiente, el Encargado de Ne-

gocios de Chile sacudía enérgicamente el aldabón muzárabe del Palacio Arzobispal.

Me costó no poco ser introducido tan de mañana hasta el dormitorio del ilustre Prelado, el cual escuchó sin hacer comentario alguno mis informaciones, diciéndome finalmente que no tenía noticias que le permitieran creer que se quería desconocer la elección del señor González Valencia.

A las ocho de la mañana el general Perdomo se presentó, acompañado de un ayudante, a la Plazuela de San Agustín *foyer* de las revoluciones colombianas, porque hallándose ahí, hombro con hombro, los cuarteles, ocurre como con los fósforos: si se enciende uno, se encienden todos...

Entró primero a un regimiento de infantería, el cual estaba formado en el patio de su cuartel.

El caudillo, última encarnación criolla de un momento evolutivo que se iba sin remedio, miró en seco bajo el ala de su sombrerote de campaña... Y vió rojo! ¿Por qué se le esperaba con la tropa formada, birlándole así la oportunidad de preparar su cuartelada?

Se paseó en silencio, acorralado de antemano, chupando el cigarro de Ambalema.

Dijo torvamente, con los labios resecos:

—Ayer eligieron a un rojo para la Presidencia y antes de combatir sin armas, hagámoslo ahora que las tenemos en las manos.

Un capitán joven, correcto, con perfecta línea militar, da un paso al frente y dice «sacando pecho», que la instrucción que él y sus compañeros han recibido se basa en que el Ejército es un arma nacional y no política y que, en consecuencia, sólo deben reconocer una elección legalmente efectuada.

El sombrío sobreviviente de un período ya lejano en la historia de aquel país opulento y generoso, prosigue su gira por cada uno de los cuarteles de la Plazuela de San Agustín; pero encuentra en todas partes la misma respuesta disciplinaria, demostrativa de que Colombia entraba a un período nuevo en su historia, que en gran parte es la del Libertador.

Finalmente, Perdomo se retira corrido, cabizbajo, comprendiendo por primera vez que su época de intransigencia implacable cedía el paso a un período de progresión actual de todos los valores.

A la una de ese mismo día era proclamado Presidente González Valencia y el pueblo entero de Bogotá aclamaba a los capitanes chilenos que sin mezclarse en la política interna de un país tradicionalmente amigo del nuestro, habían contribuído a evitar un grave trastorno.

Por mi parte me sentía orgulloso del papel que acababan de desempeñar mis compatriotas y amigos.

Recapitulo mis recuerdos sobre Colombia: fulguraciones de color; mujeres reclamadas como suyas por la ascendencia española; castellano impecable que recuerda el que se habla en la Alta Castilla; clásicos como Caro y poetas como Valencia; el Tequendama—*aigrette* curvándose femeninamente sobre el abismo—; templos cuajados de oro y carey, cuyos misereres de semana de Pasión me dejaban abrumado de arte y de misterio.

# XXVI

## Manuel, mi hermano...

Manuel muy grave.—Así decía un cablegrama de los últimos días de 1909.

Así dicen siempre esos despachos de pésame momentaneamente disfrazados de noticia.

Me preparé a partir sin pérdida de tiempo a acompañar a mi madre.

Manuel fué la cultura artística al servicio de un temperamento incapaz de decirle secamente a la vida: existen dos cosas: una, la casualidad; otra, la causalidad... Vamos a ver si ambas me ayudan; si no, me encaro con las dos.

Tenía una bondad irónica y como se hastiaba de todo, no persiguió nada: era incapaz de empecinarse o de tener asentaderas de plomo.

Un gran cacique de la política de aquel entonces le ofreció, al volver de su último viaje a España, la prefectura de policía de Santiago.....

—Me parece muy bien—le contestó—; pero ya estoy viejo para policial.

Ya veo al Secretario de la Legación en París, *habitúe* de

teatros y talleres, inspeccionando pillos y catalogando atorrantes! Los habría mandado poner en libertad a todos.

Era la bondad ligeramente aguzada de ironía.

No usaba el cuchillo corvo; pero sí el aguijón.

Fué el amigo íntimo de Rubén Darío, el cual le dedicó sus «Abrojos»; de Pedro Balmaceda; de Alfredo Valenzuela, de Nicanor Plaza, de Virginio Arias.

Adoraba todo lo que fuera arte, mujer, cuadro o mármol, y me cuentan que cuando se estaba muriendo en una pieza encopetada de libros, cuadros, esculturas, diarios y revistas, miraba fijamente a una enfermera bonita que ahí cayó sin saber que su presencia era como un postrer homenaje al profesor de Estética y de eterno femenino...

Había vivido mucho y era un placer delicado oírlo hacer de su vida anécdotas breves y sin pesadez alguna, mientras afuera la lluvia de invierno evocaba levemente los versos de cristal de su amigo Darío.

Escribió relativamente poco y, en cambio, charló mucho. Era su mayor placer: charló toda su vida.

En 1891, cuando las turbas revolucionarias saquearon nuestra casa, perdió sus cuadros, sus tapices, sus grabados y un desnudo de Clodion, que recordó hasta la hora de seguir un viaje que no deseaba, pero que tampoco temía.

Habría podido ser todo lo que hubiera querido. Tuvo el buen gusto de no querer nada. Era un hastiado.

Buscaba penumbras; huía de la gente, que no lo entendía y que él, por su parte, no tenía interés alguno en entender.

Escribía poco, como digo, y, sin embargo, tiraba como serpentinas los temas para libros, cuadros o esculturas: le encantaba que hicieran otros lo que él abocetaba sin concluir.

En materia de mujeres, su temperamento sensitivo lo llevaba sin esfuerzo a hacer el tipo difícil, dificilísimo de Armando Duval y sus éxitos desconcertaban a los Don Juanes del demi monde de aquel entonces.

Había olvidado desdeñosamente cada una de las órdenes de la vida en materia de previsión; de adquisición de bienes económicos y hasta de un pedazo de tierra con una cruz en el pasto, verde o seco y, sin embargo, siempre fué pulcrísimo, elegante y enamorado de las perlas, como las mujeres.

En cuanto a patriotismo, tenía uno, muy de él, muy de su temperamento de artista: salía sólo de noche, y sin embargo, proclamaba la candidatura de nuestros paisajes a lo más hermoso del planeta.

En cuanto a literatura nacional, solía releer «Los Constituyentes», de los Arteaga Alemparte; los «Recuerdos del Pasado» de Pérez Rosales; algunas cosas de Vicuña Mackenna, algunas crónicas de Medina; de los Amunátegui; de don Crescente Errázuriz, de Sotomayor Valdés; de Blanco Cuartín...

Su historia nacional era esta: 1810—O'Higgins—; 1830—Portales—; 1838—Bulnes—; 1850—Montt—; 1891—Balmaceda—; 1879—Prat, la Concepción, Juan Soldado...

El había tomado mis primeros artículos, enseñándome muchas cosas, mientras los traspasaba de parte a parte con su pluma incisiva.

Se comprenderá, pues, que cuando leí el telegrama que me anunciaba su muerte, durmiera con los ojos abiertos en el pasado, no huyendo del pesar sino penetrando en él para recordar mejor toda nuestra vida, desde el día lejano en que mi madre se trasladó a la capital para cumplir la disposición de mi padre al

morir: a Santiago, a educar a los niños... Vende todo y vive con lo que te dé la casa de Valparaíso...

Partí de Colombia a Chile y al pasar por Panamá, me dí cuenta por primera vez y a pesar de mi estado de ánimo, de lo fácil, relativamente, que iba siendo quebrar en dos la vértebra que todavía mantenía unidas las grandes secciones de la América: trabajaban ochenta o cien mil hombres en la perforación del Canal ístmico. He ahí la raza, con poco pasado; pero física y moralmente lo más actual de este momento en que el planeta, envuelto en alas, chorrea petróleo.

Los yanquis de Panamá tomaban entonces un río, como si fuera una cañería en mal estado; pescaban un monte de la nuca y lo decapitaban sin más ni más; sondeaban un lago como quien mete la mano en un lavabo y lo tiraban a cualquier lado...

El Pacífico tenía un nivel y el Atlántico otro... Nada más sencillo: pues los emparejaban con exclusas que oportunamente se abrirían o se cerrarían, convertidas en cómodas y sólidas mamparas mundiales.

¿No hay espiritualidad en esa raza?

Error de gente miope o timorata.

¿Y la fe avasalladora, el esfuerzo que se desprende de la dominación total de todos los obstáculos?

¿Y la fe infundida por la seguridad de que el organismo norteamericano es capaz de romper todas las lentitudes evolutivas, que van dejando un reguero de luchas sin fin?

¿Y la fe, emanada de la realidad misma, en que se puede llegar a dominar este planeta hostil hecho a base de doctrinas utópicas, de intereses irreconciliables, de pasiones implacables?

Sigo al sur con la impresión de quien ha visto en plena sacudida muscular, una obra que rehace o corrige lo hecho por la

naturaleza—obra que Dios dejó sólo en pruebas para ver si se atrevía a corregirla la audacia, la inconsciencia o el genio.

Paso por Lima, la ciudad virreinal en cuyas torres se posaron nuestras banderas.

Comprendo que es absurda la rivalidad entre dos organismos que se completan y miro con afecto la noble ciudad cuajada de leyendas en que Ricardo Palma hizo literatura de ambiente—lo demás es sólo trasposición o mera habilidad libresca.

¿Por qué llegamos a destrozarnos? El valor material de una paz entregada a la articulación de los intereses mutuos, ¿no es mucho mayor que el de la contienda que nos alejó?

La Colonia nos mantuvo disgregados y en nuestras luchas entró a grandes dosis la vanidad, que sólo se combate reconociendo noblemente lo que cada cual tiene y pensando con serenidad que sólo el conjunto de estos países podrá llegar a constituir una gran fuerza, necesaria y equilibrada.

Como pasado, Lima es lo más nobiliario del Continente; es el Virreinato fastuoso; es la Madre España y también es el futuro y un futuro enorme, por cierto, porque todas estas tierras están minadas de riqueza que sólo empieza a tocarse periféricamente.

Cuántas cosas airadas nos hemos dicho, desconociendo que lo único trascendental y medular sería entendernos sobre la base de concordar aspiraciones y sentimientos planeados sobre un futuro común.

Cuántas frases embanderadas he lanzado y me han lanzado y, sin embargo, nunca he sentido sinceramente odio hacia el Perú, que fué el Virreinato opulento; que es aún un pedazo de la España andaluza y cuando visito a Lima por primera vez, no me resuelvo a seguir viaje sin llevar algo de ella que tener cerca en mis horas de silencio y de trabajo. Adquiero donde un anti-

cuario usurero un pequeño cacharro de plata, un viejo encendedor en que tal vez prendían el cigarro los oidores o los palaciegos con peluca de martillo.

Tras una entrevista en la Cancillería y un almuerzo en Viña del Mar, queda arreglada con el señor Edwards mi entrada a la redacción de «El Mercurio».

El deseo de la Cámara que entonces, y por indicación de Alfredo Irarrázaval Zañartu, votó un Ministro Plenipotenciario en Colombia, era que yo volviera a Bogotá; pero como la pluma de escribir o de volar, según Carlos Silva Vildósola, imprime carácter como la casaca o la sotana, preferí volver a sentir de cerca el olor incitante de la tinta de imprenta. Escribía tres artículos por semana y empecé mi tarea sin renunciar siquiera mi puesto diplomático en Colombia el cual me reportaba cien libras esterlinas mensuales.

Los grandes diarios de hoy fueron hechos con nuestro esfuerzos de ayer: los rotativos modernos y voluminosos a que debían llegar a instalarse como quien monta en un acorazado de a treinta mil toneladas los periodistas de ahora, los hicimos nosotros, a quienes, más encima, nos correspondió la tarea de transformar en cosa moderna aquellos diarios de editorial, levita negra, Cámara, colero, un puchito de telegramas, sección «Remitidos» y fósforo... en caja de encender cigarrillos de hoja.

Comprendí por aquel entonces y por primera vez el alto sentido material y moral que da a la vida el ser dueño de un pedazo de tierra en que meterse; dí una mirada emocionada a todas las cosas de arte que había logrado reunir durante mis viajes y, a fin de rematar y vender todo eso hice una dolorosa movilización general hacia la casa de los señores Eyzaguirre.

Me desgarraba ver salir esos objetos que acaso querían seguir acompañándome.

¡Se ha de ir hasta la vida!...

Pero conste que con cada cosa que descolgaba el gordo aquél a quien encargaban los señores Eyzaguirre de esa misión fúnebre, sentía un puñetazo dado en cada recuerdo: he ahí un boceto de Sorolla, comprado en Madrid; una marina de Meifren; un amanecer parisiense de Riu; una acuarela de Martín Rico; una calleja toledana de Emilio Sala; un pequeño retrato de Madrazo; un cabeza de Barbudo; un crepúsculo de Urgell; una bailarina de Casto Plasencia; un primitivo español; una agua fuerte de Rembrandt; unos viejos grabados ingleses...

Llegó el momento de pegarle el tirón a lo mejor que tenía: dos tapicerías de Beauveis...

El atril de plata repujada, salió envuelto en un trapo negro y la plata hecha a martillo en un cajón cualquiera.

Hecho el remate, previa la publicación de unos artículos deliciosos de Carlos Silva Vildósola, dió unos treinta o treinta y dos mil pesos de los de entonces, suma fabulosa para mí; pero que no alcanzaba para adquirir el hotelito que ya había visto y el cual tenía una pared de ladrillo que ornamentar de glicinas; mucha luz y una reja fácil de trasponer para mayor comodidad de gatos y rateros; además, una bodega en que meter farináceos bien nacionales y fosfatados con que resistir un largo sitio.

Hablé con el Señor Barros Borgoño, que ha sido para mí una hada con bigotes; se arregló todo y antes de mucho yo era propietario de una casa vacía en que amontonaba apresuradamente mis libros.

Cerré la puerta a macho martillo y me encerré a hacer obras, artículos y porvenir.

En los altos asomaba mi madre su cabeza blanca.

En la calle solía tocar un organillo cosas oídas cuando yo leía «Trafalgar» bajo una acacia plantada al frente de nuestra casa de la calle de los Carreras.

Corría el período más grato de mi vida de trabajo y las finanzas, mediante la clase de Historia del Arte, que acababan de darme, entraban a un período de holgura que ya me permitía la osadía de volver a entrar donde los anticuarios que han sido la pasión inocente, pero peligrosa de mi vida.

Tres articulazos por semana son para despotricar a cualquiera que no tuviera sol en el patio y en el espíritu.

¡Tres!

Se corría el grave riesgo de aburrir a su majestad el público.

Solía recibir a la sazón una que otra epístola sin firma, naturalmente, en que se me preguntaba con toda amabilidad hasta cuando pensaba seguir majadereando...

Pues bien; decidí variarme hasta el infinito y un día abordaba temas de interés nacional, otro hacía recuerdos y otro me echaba de cabeza en las cuestiones exteriores americanas.

Los colegas de «La Mañana» me llamaban pez colorado metido en una redoma y aquél basilisco, gordote y lleno de picardía —Hinojosa—decía que echaba de menos mis tiempos de «La Ley» y «La Tarde», es decir, quería que siguiera cantando «La Verbena» y «La Revoltosa»; pero yo sabía bien que si no cantaba óperas serias no llegaría... a Embajador: hice, pues, durante una porción de años el papel de hombre grave.

Y hasta llamé insurrectos a los revolucionarios de 1891. Entonces el Señor Edwards me pidió que tuviera presente que la revolución se había hecho en «El Mercurio».

Y si la deshiciéramos también desde «El Mercurio» y con la sustancia idem?

De eso trataba yo, aunque sin decirlo abiertamente.

Acababa de aparecer en París «Cuesta Arriba» cuyo héroe, Champán, síntesis del parlamentarismo, muere atropellado por el primer tren que pasa de parte a parte la gran montaña.

Más claro, echarle agua.

«Cree, decía yo en el prólogo de ese libro, cree mi héroe que las más grandes de las necesidades del país son la reconstrucción educacional y la transformación de instituciones de alquiler traídas por turistas políticos de que podría servir de arquetipo aquel ilustre marqués que pensaba, viendo visiones cercanas a la vesanía, que el modelo comunal suizo es fácilmente adaptable al ruralismo todavía sin descepar de nuestros campos».

No es de hoy, pues, mi oposición al régimen que durante tantos años detuvo el desarrollo moral y material de Chile.

Todos mis artículos de «El Mercurio» eran una protesta por el olvido de las cuestiones fundamentales de que el régimen de la incompetencia no se acordó nunca, limitándose a vaciar anualmente un presupuesto que no dejaba sino inversiones dudosas tras de sí.

Me alarmaba la situación general; pero el régimen de los «habilosos» parecía invulnerable.

Es para mí un placer recordar la nómina de los olvidos de ese régimen, nómina hecha casi a diario y sin tregua en mis artículos de hace dieciocho años en «El Mercurio»:

Instrucción Obligatoria; impuestos para higiene y escuelas; educación y salubridad; población y educación; política y progreso social; política nacional; algo por la raza amenazada; civilización popular; preparemos el porvenir; ahorro y propiedad;

el país será inferior si quiere serlo; pesimismo artificial; escuela de altos estudios sociales; perfeccionamiento del desarrollo nacional; ¿problema político o problema nacional?; leyes sociales.

Y cuando un poco después, aquel tipo con austera mirada de patriota—Tancredo Pinochet—recopiló esos artículos en un libro que se llama «Rumbos y Orientaciones», los encabecé con estas palabras:

«Necesidad, como base insustituíble de una reforma fundamental que reanude la obra de la Constitución de 1833, desvirtuada en cuanto a la intensidad de la acción gubernativa mucho antes de estar el país mentalmente preparado para salir del espíritu centralista de ese código;

«Falta de una instrucción forzosa y sin sectarismos capaz de preparar ciudadanos para la vida civil y elementos apreciables para la existencia económica; que entre nosotros debe orientarse rápidamente hacia el industrialismo, es decir, hacia la utilización directa de nuestro magnífico medio físico;

«Condiciones materiales en la vida popular, capaces de permitirnos un desarrollo de la población que nos indemnice de la ausencia de inmigración, de la cual es muy probable que siempre carezcamos a causa de que es limitada la extensión agrícola del país y a causa de que el elemento nacional ha sabido mostrarse suficientemente apto para las faenas del campo;

«Carencia de altos estudios sociales, calculados para formar hombres de gobierno, científicamente especializados en los diversos ramos de la actividad política y administrativa;

«La más fundamental de esas deficiencias está en la carencia de un régimen constitucional, habilitado para detener vigorosamente el desgobierno que es causal bastante para engendrar todas las crisis, no sólo las de carácter económico;

«Régimen político fuerte dentro de la nación también fuerte; higiene, escuelas, cuarteles y talleres encaminados a producir una vida cívica e industrial vigorosa».

No sería justo, pues, decir ahora que nadie señaló a tiempo las deficiencias y peligros del régimen que venía acumulando todas las crisis.

Creí que persona alguna me leía y continué escribiendo debajo de las enredaderas de mi pequeña Tebaida de la modesta calleja bautizada con un nombre de general victorioso: Baquedano.

Seguía empecinadamente el consejo de los árabes: cierra los ojos, si quieres mirar lejos.

De tarde en tarde, alguna satisfacción reconfortante, especie de rocío caído en los labios apretados de los que luchan.

Mr. Dawson, antiguo Ministro norteamericano en Santiago, traduce al inglés dos o tres artículos míos, llamados «Roosevelt en la Sorbona», se los manda al ex-Presidente y el cazador de tigres y leones auténticos, le contesta:

«The Outlook.—287 Fourth Avenue.—New York.—Mi querido Mr. Dawson: Estoy sinceramente agradecido de Ud. Pocas cosas podían agradarme más que el hecho de que una frase como la final del Sr. Mendoza se haya escrito sobre mí.—Si Ud. llegare a escribirle desearía que le dijera cuánto aprecio esa frase. Con cordiales agradecimientos, vuestro afectísimo. (Firmado).—Teodoro Roosevelt».

Comento en «El Mercurio» las conferencias de Clemenceau en Buenos Aires y sin sospechar que «el Tigre» sería un día el «*père la victoire*», obsequio vanidosamente la carta en que me agradecía la silueta que entonces hice de él.

Don Marcial Martínez, que era el talento, la experiencia, los

conocimientos y el *sprit*, todo metido dentro de una estampa de viejo lord elegante, me decía en una larga carta que conservo:

«Debemos llegar a un arreglo directo con el Perú, siempre que sea posible. Nada de buenos oficios, mediaciones ni menos arbitrajes porque nos pasará lo de siempre, derrota».

El cartero, amigo fiel y puntual que sonríe como si adivinara que no siempre son anónimos o estolideces las cartas que cotidianamente trae, me entrega esta epístola de Unamuno, que ya entonces era materia en ignición:

«¡En qué torbellino, amigo mío, me veo metido! Mi cátedra y mi cargo me llevan unas cuatro horas diarias y luego una correspondencia que acrece, libros que me llueven, unos que me envían sus autores para que los lea y otros que busco yo para leerlos. Y apenas me dejan releer a los eternos, a Homero, al Dante, a Shakespeare etc. *Ars longa, vita brevis!* Recibo su último libro («Cuesta Arriba») y lo pongo aparte. Ahora vienen los días largos de poder leer a la orilla de un arroyo. Quería diferir esta carta hasta haberlo leído; pero... vale más escribirle, desde luego.

«La alusión que hace Ud. a la *Education sentimentale* de Flaubert, me recuerda que éste es uno de los libros que deseo volver a leer. ¿Cuando? No lo sé. Ahora leo mucho más inglés que francés. Adiós, pues, por ahora. Es su amigo, Miguel de Unamuno».

Atravesaba el único período en que he vivido exclusivamente para leer y escribir.

Venía acercándose entonces el Centenario; pero el Presidente se siente mal, muy mal, tan mal, que parte a Europa hecho un despojo en que aún ardía una voluntad férrea y el doctor que lo acompañaba estaba tan poco seguro de que el señor

Montt llegara vivo al Viejo Mundo, que hizo entrar al vapor que los conducía un ataúd que tener a mano.

El Señor Montt muere el mismo día de su llegada.

Santiago estaba embanderado; los pavos ya trufados; el *champagne* helado y los discursos listos . .

La muerte estremeció fúnebremente todo eso, poniendo un compás de espera y de silencio antes de empezar el programa.

Había doce o catorce mil soldados listos para presentar armas a la fecha creadora de nuestra nacionalidad y había llegado, asimismo, una fantástica serie de embajadas.

Centelleaban por todas partes los uniformes y las condecoraciones.

El Himno va a resonar de punta a punta del territorio.

El país iba a convertirse ya en una guirnalda de banderas desplegadas, cuando también cae el Vice-Presidente señor Fernández Albano.

Tomará el mando el Ministro más antiguo, dice la Constitución.

—Eso no es tan claro—alcanzan a decir algunos constitucionalistas de aquel entonces.

Ah! es que si en ese momento empieza a interpretarse la Constitución, nos rompemos la cabeza. . .

El Ministro más antiguo era D. Emiliano Figueroa Larraín, a cargo de la cartera de Instrucción Pública en ese instante.

Todo el país le dice «Don Emiliano». Pero no es ese el «don» corriente, sino el que se otorga a unos pocos consagrados.

Su bondad y su perspicacia; su simpatía y su parecido con el conde Spinola, pintado por Velásquez, bastaban para hacer un magnífico Presidente de Centenario.

Ha sido un gran hombre de mundo y un diplomático eminente dentro de lo peculiarmente chileno.

Como de costumbre, cuando le dijeron que había sido elegido Presidente, estaba almorzando en el Club: van a sacarlo para que se ponga la banda de la cual dirá después que no ve la hora de sacarse «eso» para estar más cómodo con sus amigos.

Por lo menos, lo dejarían terminar de almorzar.

Y el hombre sin enemigos, sin odios ni pasiones y que con todos se entiende porque a todos inspira confianza, se pone por primera vez una insignia que no ha buscado porque ante todo, no le gusta que lo molesten y porque los honores buscan de preferencia a los que no se desviven por ellos.

¡Y qué cosas hacen los años al correr!

Va a presidir el Centenario el biznieto del comandante, heroicamente leal a su Rey y a su tierra, don Tomás de Figueroa, fusilado en su propia celda y sentado en un sillón frailero, mientras el verdugo le cuelga al pecho un farol para que los fusiles de chispa y cazoleta de los primeros patriotas no yerren el tiro.

Terminados los funerales por los presidentes muertos, suena la primera salva del Centenario.

El país entero se descubre, mira al pasado, austero, rudo, glorioso.

La ex-Capitanía General cumple un siglo de vida y mi oración cívica consiste en tomar nuestra historia entre las manos, acercándomela al espíritu: la Conquista; Arauco; Los Toquíes; El Poema; la Colonia: largos silencios, poblados de rezos, campanas y noticias lejanas de la metrópoli y el virreinato; largo silencio germinante en que se funden lo español y lo autóctono. Luego, la Emancipación; la bizarría audaz de Carrera; la silueta extraña del frailuco de la buena muerte; Rancagua con una ban-

dera negra en su torre chata; el pavor de la Reconquista; Manuel Rodríguez y sus correrías por el campo en silencio en que galopa y espía San Bruno; el paso de los Andes en un día radiante; O'Higgins, tirándose audazmente a fondo en Chacabuco; el esplendor luminoso de Maipo; los barquichuelos, carabelas de la libertad, de la Expedición que bajo la bandera de Chile lleva San Martín en barcos conducidos por Cochrane, el compañero de Lord Byron; luego la ensayología; Portales, su capa tradicional y su Constitución; 1838; Bulnes, el de las cargas de Yungay; Montt, el de la organización definitiva; 1879, la lucha iniciada por el barquito glorioso que se hunde disparando sus pequeños cañones bajo la bandera clavada alegremente por un grumete; 1891, Balmaceda rubricando con su sangre la tragedia de la guerra civil...

Siento la emoción sagrada de ese recuento que basta para hacer comprender que este es un país en que el mar y la montaña son el vigor hecho paisaje.

Perdido ese sentimiento inextinguible de la raza, su historia y su ambiente, el sometimiento o la disgregación no tardan en aparecer en el cuerpo sin alma, movido por meros instintos.

Los hombres, las naciones—pensaba el día de mi homenaje espiritual al Centenario—no llegan a ser grandes más que por la fe y las tradiciones que heredan y transmiten.

Patria, nación, es lo que no muere, lo que no puede morir porque es el porvenir iluminado por la visión audaz de los Emancipadores.

Un pueblo sin fe, sería una falsificación, una debilidad colectiva al arbitrio de los acontecimientos.

Hecha mi jaculatoria cívica, sólo me faltó decir, así sea, amén.

Empavesé yo mismo con la bandera las enredaderas de mi pequeño cenobio y sintiendo la alegría del trabajo, sea pluma caldeada por la tarea diaria, cátedra en que enseñar o campo roturado por el arado, me puse a escribir un largo artículo sobre el Fraile de la Buena Muerte.

Retumbaban ya los cañones, haciendo flotar humo inofensivo.

Simulaba el taponeo del *champagne* un vasto bombardeo de Club y la ciudad se pobló con los tropos multicolores de los discursos a base de lugares comunes.

Hubo, empero, un hermoso discurso—debe haber habido otros, también buenos; pero no los recuerdo—: lo dijo, mala y tímidamente, Rodó, que no tenía ni voz ni maestría de cómico; pero su oración era algo purísimo y sereno como forma y hermoso y hondo como concepto: equivalía a elevar una sencilla estela griega en medio de aquel impetuoso aluvión de oratoria *Cordon Rouge*.

Síntesis de 1910: mucho *champagne* y poco bronce; mucha oratoria y poco Rodó; mucho cigarro puro; muchas «*primeras piedras*» de monumentos que nadie ha visto hasta ahora.

¡Ahí veremos como andan las cosas en el próximo Centenario!...

¿A quién haremos entonces la broma criolla de las «primeras piedras?...

Pero esas preguntas van planeando un libro que debe escribir otro y que podría llamarse ¡*Cómo si fuera mañana*!

# XXVII

## Antinomía entre el parlamentarismo y las instituciones armadas

A fines de 1910 se produjo un hecho que parecía insólito; pero que, lejos de serlo, era perfectamente lógico y hasta esperado por uno que otro observador más o menos comprensivo.

La prosperidad fiscal se empleaba casi totalmente en costear una administración pletórica y sin autoridad.

Esa administración tenía arriba, muy arriba—tanto que ya casi no se le veía—un Presidente impotente y abajo, descendiendo gradualmente, el parásito adherido a la máquina enorme, inerte, anticuada y cuyo motor, quemado y lleno de cenizas, no andaba.

He ahí la sinopsis de veinte años de abolición progresiva de la función gubernativa.

Tantos eran los que de una o de otra manera usufructuaban de esa situación que nadie combatía, que la política y el gobierno, habían llegado a ser meras funciones de reparto cotidiano y sin fin.

Empezaba la anarquía blanca.

Del país austero que había hecho guerras exteriores con cuatro centavos; que llenaba de exploradores silenciosos y tena-

ces los desiertos del Norte; que hacía de la lucha la alta condición del mérito, quedaba una que otra raspadura: los países nuevos y sin fuerzas sociales de reserva cambian—ductilidad que no siempre es útil—más luego que los antiguos y cargados de siglos.

En el fondo de todo eso, inclusive en la vasta simulación constitucionalista con que se atacó al Presidente que intentó emplear el fruto de la victoria reciente en hacer un organismo fuerte y montado a la moderna, aparecía patente la inmoralidad, la cual se molesta fácilmente cuando, como en 1886 y 1890, se ve contenida en sus apetitos gástricos por la severidad de los tiempos que iban a ser sepultados durante treinta años de desgobierno posteriores a la revolución congresista.

La creciente relajación que venía fomentando la crisis total, no era denunciada por nadie, y, a lo que parece, tampoco la veía persona alguna: no se ve lo que no se desea ver.

Sin embargo, ya en 1910 estaban tan a flor de piel las manifestaciones de la avariosis que bastaba mirar la capital, envuelta con motivo del centenario en un manto ocasional de luz, para comprender que todo entraba a un período de descomposición más o menos rápida.

No atraviesa impunemente país alguno un largo período de su vida careciendo de hombres de Estado, y, como si esto fuera poco, de Gobierno. Puede pasarse temporalmente sin esa clase de cerebros o voluntades, cuando, en cambio, existe un verdadero Ejecutivo: entre nosotros, y durante treinta años, ni una ni otra cosa, ni Gobierno ni estadistas, como que si aparecía alguno, el régimen aquel se apresuraba a anularlo.

Me atrevería a sostener, abriendo la historia aquí y allá, que si nuestro país soportó la quiebra completa de la función gubernamental, fué porque no había en el Continente ningún or-

ganismo cercano capaz de amenazarnos o que tuviera un interés vital en hacerlo.

La naturaleza de su desarrollo, de su vida económica y de su situación de salida al mar de todo un enorme *hinterland* continental hacen de Chile un país que no puede, sin correr riesgos definitivos, detener el desarrollo rápido a que lo obliga la serie de circunstancias combinadas que no es natural que vea la masa que es aglomeración sin suficiente visualidad; pero que es necesario que perciba nítidamente el hombre de estado.

Señalar esas deficiencias, era exhibirse como un amargado o como persona de mal gusto o mal tono: era cursi mirar verticalmente. Lo distinguido era vivir al día y dejar que siguiera rodando la bola sobre una serie de problemas, el conjunto de los cuales bien podía producir una catástrofe: se estaba alegremente fuera de la vida actual. El pueblo vivía apiñado en pequeños infiernos, saturados de alcohol y bacterios; no había sino unas cuantas escuelas; no existía ni un esbozo de organización social y de alto abajo se vegetaba sin fin en una atmósfera que evocaba a veces lo más retardatario del Asia; pero en ningún caso lo que podía alcanzarse sobradamente con los recursos existentes o con aquellos de que puede echar mano un organismo cierto de su crecimiento.

Pero, como digo, en 1910, esa falta de Gobierno, que nadie tenía interés en remediar—los partidos mismos se agrupan en realidad alrededor de intereses y no de ideas—aparecía ya palpablemente en la superficie.

Era Presidente de la República D. Ramón Barros Luco y Ministro de Guerra el Dr. León Luco, diputado afiliado a un partido bautizado con el nombre de dos grandes gobernantes.

Pues bien, a fines de 1910 el Gobierno acordó reincorporar

a un oficial separado de las filas por razones que no es del caso exponer.

La oficialidad comisionó entonces a dos jefes distinguidos para que se acercaran al Ministro de la Guerra a manifestarle que el Ejército no desconocía la facultad constitucional del Presidente de llamar a la actividad a quien le pareciera; pero que no recibiría al jefe recién reincorporado.

He ahí la primera manifestación ostensible del *crack* del sistema generador de gobiernos que seguirían gobernando, siempre que quisiera dejárseles en esta ilusión.

Las causas de la situación que ya a fines de aquel año mostraban en forma tan nítida el estado que alcanzaban las cosas, se remontan a 1891, fecha en que la función gubernativa empezó a descender en forma lenta; pero sin rectificaciones apreciables. Y como no hay fenómenos sociales aislados, el decaimiento progresivo de aquella función, se reflejaba automáticamente en la inferioridad cada vez mayor de las personas llamadas a ponerse al frente, en calidad de Ministros de Estado, de cada departamento de la Administración Pública.

En un momento de acre pesimismo de la revolución de 1891, cuando ésta no se organizaba aún militarmente en Tarapacá, llegó a Iquique un oficial alemán, del cual se decía que en 1871 había disparado sobre París el primer cañonazo.

Empezó a trabajar con característica actividad prusiana y no tardó en dar una fisonomía de asalto y agresión a las masas de pampinos de armas tomar que con una banda roja en el brazo, iba a dejar caer en el centro mismo de los recursos del Presidente Balmaceda.

El Coronel del Canto, bizarro, astuto, valiente, soldado formado en los «malones» de Arauco, puso entonces mala cara,

pero se calló: aquél alemán grandote de nariz redonda ubicada entre dos ojos medio cerrados como para observar desde luego el efecto que iban a hacer los rifles de repetición, estaba suplantándolo y era el ídolo tanto de los pampinos y calicheros hechos soldados, como de la «gente bien» que de Santiago había ido, metida en las bodegas de los barcos del Pacífico, a enrolarse en las filas revolucionarias.

Triunfante la revolución parlamentaria, la influencia de Körner fué creciendo hasta hacerse preponderante en cuestiones de ejército.

Preconizaba, como es natural, las excelencias de la organización militar con que primero Prusia y después la Confederación había llegado a un desarrollo general capaz de aferrar por muchos siglos la hegemonía mundial.

En 1891 se adoptó, pues, la organización militar alemana, lo que estaba muy bien, y como sistema político el parlamentarismo, lo que estaba muy mal en un país en que la función gubernativa no podía relajarse y rodar sin amenazar el conjunto del organismo.

En una palabra, parlamentarismo disolvente y disciplina militar seria y uniforme, eran funciones que se excluían y que se excluirían cada vez más.

Y no deja de ser curioso que en 1891 el parlamentarismo hecho Gobierno creara, sin sospechar las consecuencias que eso tendría, una organización militar que, alejada por su índole del relajamiento general, sería a la larga la única fuerza indemne capacitada para adoptar un programa nacional.—Nunca, ni aún el genio político, descubre claramente todas las consecuencias futuras de una revolución, de una reforma, de una ley, de un fenómeno económico, de un simple descubrimiento científico.

Los que en 1891 encajaron la organización militar alemana dentro de un sistema político que llegaría a ser la negación del movimiento armónico y progresivo de una sociedad, no vieron las consecuencia que entre nosotros iba a tener dicha organización.

Arrastrados sin duda alguna por la circunstancia casual de haber sido un oficial alemán el que, al improvisar un ejército con un puñado de pampinos, dió el triunfo a la revolución parlamentaria, facilitaron la reforma que andando los años había de restablecer los gobiernos de autoridad.

Resulta, pues, que los propios creadores del sistema que fué destruyendo poco a poco el Gobierno, planearon simultáneamente la fuerza que más tarde restauraría la autoridad despedazada en 1891, año de sucesos trascendentales en que el único hombre de Estado capaz de mantener a firme una línea estatuaria dentro de la historia y del tiempo fué Balmaceda.

Sus adversarios fueron sólo políticos, oradores brillantes, soñadores librescos, últimos románticos de frases y doctrinas que en la realidad misma suenan a inconsistencia y vacío.

Tras los gestores del movimiento, iban las huestes juveniles, bebidas de fuerte alcohol ideológico, e iban también, solapadas, simulando un entusiasmo de ocasión, los calculadores de oficio, los practicistas y los plutócratas, gente de astucia y tanto por ciento, irritada y contenida por la austeridad del Presidente que había tenido la entereza de hablar de nacionalizar el salitre, señalando la puerta a los sobornadores.

El día en que los grandes gestores por venir como consecuencia inevitable del desgobierno, se dieron cuenta de las altas calidades del hombre que en 1886 había entrado a la Moneda, empezó a fraguarse silenciosamente la revolución a la cual era sencillísimo dar una bandera de desfile político: la de la libertad

electoral, virgen ingenua que iba a ser entregada a los que la adorarían como la consagración del derecho de prostituir el sufragio.

Triunfante el movimiento, empieza poco a poco el auge parlamentario y mientras va invadiéndolo todo un concepto bajamente practicista, en los cuarteles se extiende más y más la organización militar que tarde que temprano tenía que chocar de frente con el sistema político: descendía éste, echando mano de un personal cada vez más subalterno, y seguía trabajando y estudiando en silencio aquella.

Pero esa reforma empezaba sólo y por lo demás, aquél régimen político en que el país iba descomponiéndose en medio de una plácida ilusión de libertad, ni llegaba aún a los olvidos supremos ni todavía echaba mano del personal que aguardaba su hora pegado en los bajos fondos de esa pobre nave que cuando no anda se pudre: la nave del Estado, según el viejo lugar común.

En 1896, poco después de llegar al poder el Presidente Errázuriz, el General Canto invita a varios de sus colegas de generalato a tomar una inocente taza de café: urdía lo que entonces llamamos en la «*La Ley*» la conspiración de las cafeteras, y se proponía obligar al Gobierno a que tirara por la borda al general Körner.

El Presidente de la República llamó a calificar servicios al jefe de aquella confabulación o lo que fuera, y Körner continuó preparando activísimamente al país para mover ciento cincuenta mil soldados o más, junto con tocar el timbre de la movilización general: la cuestión de límites con la Argentina parecía, desgraciadamente, insolucionable: existía una divergencia rotunda entre el principio de las altas cumbres, sostenido por los argentinos, y del del *divortium aquarum*, sostenido por Chile.

Todos corrimos entonces a los cuarteles y Körner, solía pa-

sar entre las filas de milicianos a todo galope, seguido de su Estado Mayor.

Había olor a pólvora en la atmósfera y el país se convertía en un cuartel.

No se pensaba sino en defender «hasta el último terrón del territorio», como diría después D. Gonzalo Bulnes.

Pero los políticos hacían ya de las suyas y los escuditos de una conversión metálica hecha con la inoportunidad más inexplicable, pasan por el país, muy en alto, hechos aerolitos de oro en busca de otros mercados más estables.

Cuando el Presidente Errázuriz empieza a conversar directamente con el Perito Moreno, en casa de D. José Toribio Medina y poco después se pacta el arbitraje de la Puna de Atacama, el descontento amenaza casi en alta voz.

No falta entonces quien trate de tirar la lengua al Coronel Vergara, heredero de hombres ilustres, soldado y hombre de mundo, cuya bizarría era un alto exponente militar de la raza.

El Coronel se limita a sonreír ante las cosas que le insinúan y no dice nada, nada que se divulgue, por lo menos.

Seguía avanzando nuestra organización militar y Guillermo II da el pase a una misión formada, más o menos, por treinta oficiales alemanes, que suscitan un interés afectuoso y admirativo con sus cascos en punta, sus gorras, sus capotes grises, sus monóculos y las largas líneas rectas de sus saludos y sus pasos de parada.

Van y vienen los instructores y cada oficial que marcha a Prusia y alcanza o no—y muchos alcanzaban—a asimilarse la totalidad de esa organización, de la cual el Ejército era sólo una gran pieza que engranaba normalmente con el conjunto, no puede, al volver al país, dejar de notar que Chile no estaba dentro

de la vida de hoy; que la política era un juego de «monte»; que las únicas partes esenciales del organismo que realmente se desrrollaban eran las instituciones armadas; que se alejaba cada vez más la autoridad ejemplar de otros tiempos; que mandaban todos porque no mandaba nadie, y que los elementos humanos que llegaban a los cuarteles ya no eran aquellos con tórax de trinchera sino algo a medio devorar por el alcohol, el conventillo y la avariosis.

Los militares que volvían a presentarle armas al régimen de los retardos, las concusiones, los olvidos incomprensibles, traían, en cambio, incrustado entre ceja y ceja el espectáculo de lo que podía una organización uniforme.

El peligroso contraste surgía, pues, inevitablemente, produciendo el descontento, la descalificación silenciosa, pero irritada, de los hombres que ese régimen elevaba a la categoría de exponentes, es decir de diputados, senadores o ministros.

El militar iba haciéndose un técnico, al paso que el profesional de la política, salido a medio emplumar de los clubs, iba siendo, con excepciones cada vez más raras, un simple aficionado de paso en los negocios públicos.

El mal del desgobierno seguía extendiéndose sin dejar indemne otra cosa que aquellas instituciones metidas dentro de leyes, reglamentos y escalafones apartados del resto de la Administración pública.

Pero conste que no movía ningún personalismo ese descontento latente, que no hacía sino crecer, siguiendo el rumbo ascencional de la institución militar.

A la inversa de ese desarrollo, asomaba por todas partes un tipo nuevo en la vida del país: el gestor.

Valiéndose de todos los medios, merodeaba, husmeaba, tan-

teaba, «rumbeaba», buscando ocasiones, contratos o lo que fuera. Era un tipo medio cosmopolita y medio nacional.

Frecuentemente no era diputado, ni senador ni ministro. Era otra su profesión novísima: la de corruptor elegante de la vida administrativa, política y aún social.

Se vestía irreprochablemente; daba comidas suntuosas, a toda orquesta, a todo menú; a su alrededor corría el *champagne*; flotaba el humo de magníficos cigarros, y bufaba, listo para arrancar a gran velocidad, el auto deslumbrante, florido y perfumado, como si de él acabara de huir alguna mujer bonita con espaldas de porcelana desnudada por el escote.

Tipo muy vida moderna, chupaba cigarros y millones y sabía sonreír, haciéndose grato a todo el mundo.

Operaba en los altos círculos, sin desdeñar la colaboración elegante de las mujeres.

El *supreme de volaille* y las contraltos de la vida se habían hecho principalmente para él.

Consumía sólo productos medallados y no tenía orejas habilitadas para oír el rumor inarticulado e impreciso; pero cada vez más extendido y bronco, que emergía de las grandes zonas en que hervían los microbios y la sangre, el alcohol o la miseria de los bajos fondos.

Empero no aparecía aún ninguna mirada severa y emplazadora capaz de filiar esa situación, preámbulo del estallido que podía sobrevenir cualquier día.

Y seguía cundiendo la fauna de la descomposición y en las esferas subalternas de la administración, la vida pública y la vida social, se esparcía un ambiente de *restaurant* frecuentado por gente de uña negra y recia, capaz de todo, que pedía guisos fuertes y abundantes.

Ya en 1910 se producen hechos cuya significación era clarísima para los que observaban fríamente la ciudad alegre y tranquila: no se eleva un solo monumento, una sola columna conmemorativa, un solo arco alto y noble; pero, en cambio, el *champagne*, hecho marejada, llega hasta el bronce de los próceres a los cuales se ofrenda una oratoria ditirámbica, que no bosquejaba ninguna perspectiva luminosa, anchamente tendida hacia el porvenir.

En cambio se producen hechos que demuestran palmariamente que ya estaba planteada con rotundidad la antinomia entre el progreso de las instituciones armadas y la desorganización anárquica del resto de la vida pública.

Uno de los Embajadores extranjeros al Centenario almuerza en aquellos días con uno de los Ministros y el ayudante militar que debía acompañarlo durante su permanencia en el país.

En esos mismos momentos funcionaba la Convención que debía elegir un candidato a la Presidencia de la República, y el Embajador aquel manifestó deseos de asistir a una de las sesiones de la asamblea que pocas horas después daba a luz la candidatura transaccional de D. Ramón Barros Luco.

Terminado aquel almuerzo de Centenario, salen el Embajador, el Ministro y el Ayudante militar del primero, jefe distinguidísimo que era ya uno de los primeros técnicos del Ejército.

Al llegar a las puertas del gran salón en que los señores convencionales iban a ofrendar al futuro del país la candidatura de un hombre respetabilísimo que alcanzaba el límite de la vida y de sus servicios, el señor Ministro, acaso fastidiado con la actitud silenciosa y observadora del ayudante militar, le dice secamete que no se moleste más y que podía buscar una o dos horas después al señor Embajador.

En la noche de ese día, se celebraba un banquete al cual asistían más de seiscientos jefes y oficiales y, conocido el incidente, quiso dársele el carácter de una ofensa hecha a uno de los jefes más preparados de la institución armada.

Se comentó, asimismo, en son de queja, el hecho de que en los ascensos acordados hasta ese momento con motivo del Centenario no figurara el Ejército, y alguien propuso que al terminar el banquete todos los asistentes desfilaran formados frente a la Moneda.

Se rechazó la idea como un nuevo homenaje patriótico a la gran fecha; pero los hechos continuaron incubándose lenta, fríamente, como el carácter nacional, apático, austral.

Se acentuaba, pues, más y más, la antinomia entre dos términos irreconciliablemente antitéticos: organización por una parte y desorden por la otra.

Podrían paliarse artificialmente las consecuencias inevitables del régimen político; pero mientras no se conjuraran las causas generadoras de esa situación, los acontecimientos seguirían hacia un desenlace que, dado el estado de las cosas y el descrédito de aquel sistema, podría tardar poco o mucho, pero concluyendo por venir, hecho inevitable mientras no desapareciera la causa generadora del malestar y el peligro.

Decaía el cambio exterior; no había progreso alguno capaz de emparejarnos con los países de nuestro mismo rango exterior en el Continente; perduraba el olvido de toda labor social; no surgía ninguna industria nueva, y el crédito, tan extendido por la vida moderna, no iba más allá de las hipotecas sobre bienes raíces o de las prendas pretorias atrapadas por las manos delictuosas de la usura.

Se vegetaba al rumor monótono de programas de disco,

repetidos y reeditados, y que mal podrían haber llegado a la realidad sin la base esencial de un sistema político central, especie de ahorta sensible a todas las necesidades del organismo.

Tres años antes del banquete militar del Centenario a que acabo de referirme, los capitanes de la guarnición de Santiago, hastiados y desilusionados con las lentitudes abrumadoras que solían mantener a un oficial ocho, diez o más años en un grado, a causa de que la inercia de los que habían llegado a la cumbre de la carrera cristalizaba todo el escalafón, se reunen a conversar, a cambiar ideas, a beber un vaso de cerveza en el Santa Lucía, mirando desde lo alto la ciudad alegre y tranquila.

Llega muy alarmado el general Urrutia, quien quiere saber lo que le pasa a los «niños».

Se dirige al capitán Véliz.

—¿Qué es ésto?... ¿Qué hacen ustedes aquí?

—Tomando un vaso de cerveza, mi general, y por cierto que nos sentiremos muy honrados si usted quiere acompañarnos.

Tres años después de ese vaso de cerveza, se propone concretamente un desfile de seiscientos o setecientos oficiales y a fines de 1910, existía ya, de Norte a Sur del país, una liga en que los adherentes se comprometían bajo juramento a trabajar por el progreso del Ejército, el cual tenía que sentirse forzosamente mal dentro de un sistema que no era la organización sino todo lo contrario.

Era el momento psicológico de que apareciera una gran figura civil que proclamara la urgencia de ir a una reforma constitucional destinada a restaurar el poder central, abolido por el Parlamento.

Pero los elementos civiles no veían peligro alguno y al amplio amparo de una entrada salitrera suculenta, aquella situa-

ción podía prolongarse por mucho tiempo; pero siempre artificialmente.

La notificación de los dos jefes que a fines de 1910 visitaron al Ministro de Guerra para manifestarle la forma en que había sido recibida la reincorporación a que ya me he referido, era una advertencia inequívoca de que una gran parte de las fuerzas armadas repudiaba la reincorporación de que se trata.

En medio de la anestesia general, especie de estado mental colectivo, nadie comprendió lo que esa protesta significaría en el futuro.

Por el momento no significaría aparentemente más que un decreto dejado sin efecto; pero en un tiempo no lejano plantearía la abrogación definitiva del régimen que, al hacer desaparecer la función gubernativa, había dejado la «nave» aquella sin hélice ni timón; al garete, en lenguaje de mar.

El Ministro de Guerra de un Ejecutivo que sólo era una sombra sin osatura, habló con el Presidente de la República, hombre que en más de un momento de su larga vida fué una síntesis de ese buen sentido, irónico, sagaz, previsor, mezcla de filosofía y de refrán, que caracteriza de alto abajo la raza entera:

—Deje no más a los militares—habría dicho entonces el Presidente a su Ministro—y verá como luego se les olvida...

El que hablaba así acaso no había comprendido a fondo lo que en realidad significaba aquella notificación: venía de los tiempos en que el civilismo, de que es Portales el arquetipo, se adelantaba a plantear y resolver sabia y enérgicamente, todos los problemas de un organismo en formación.

El mismo señor Barros Luco era una reliquia de esos tiempos

en que cada ciudadano chileno aspiraba a que Chile fuera un gran país.

He ahí el anhelo nobilísimo, que se había perdido, y que hay que restaurar, sacando de él un programa espiritual destinado a orientar un noble fanatismo: la seguridad de que en no pocos sentidos este largo pedazo de tierra, dotado de las ventajas de sus inconvenientes y de los inconvenientes de sus ventajas, puede continuar siendo el primer país de la América española.

El señor Barros Luco había colaborado con su honradez y su patriotismo, su calma y su buen sentido a la organización, hecha por civiles. Pero también había hecho, sin salir de su calma habitual, la revolución parlamentaria de 1891.

Antes, había conocido muy de cerca al Presidente Pérez—su mentalidad gemela—al primer Errázuriz, a Pinto, a Santa María, a Balmaceda...

Los había conocido a todos y, cercanos los ochenta años, no iba a desconocerse a si mismo reconociendo que los civiles ya no eran los mismos de siempre... Y, sin embargo, algo fundamental había cambiado en ellos y la vida, al dejar de ser austera, modesta, laboriosa, iba anteponiendo las necesidades económicas, que evidentemente son primordiales; pero que suelen derivar a un materialismo sin espíritu ni mentalidad.

¡Cosa singular! El país pobre tuvo mucha más fe en sí mismo que la que tenía el país rico.

El señor Barros Luco aplicó, pues, a la protesta militar una pequeña dosis de su ingenio criollo, mezcla de filosofía con algo de tonada: no les diga nada y verá como se les olvida...

Disfrutaban todavía de su viejo y justísimo prestigio esas salidas, experiencia hecha ingenio, ingenio propio y sin imitaciones extrañas. Sería injusto dejarlas irse con lo verbal que a

veces se pierde de una generación a otra, logrando apenas llegar hasta el *folklore*.

Esos dichos, fruto muy sabroso de una observación exacta de una situación, de un problema o de un hombre, merecen más que un hueco cualquiera en la tradición: son el exponente de algo genuinamente nacional; son un rasgo fugaz de nuestra propia psicología y por eso en cada una de esas salidas nos reconocemos fácilmente.

Portales no creía en Dios, pero creía en los curas; Bulnes, impuesto de que pipiolos e igualitarios andaban paseando la estatua de la diosa razón dice que «entonces están fritos»; Pérez pregunta al inventor que va a proponerle la aplicación de un torpedo de botalón a la escuadra española que bloqueaba a Valparaíso¿—y si se chinga?; «*Oui, musiú*»—le dice al que le pregunta si es difícil gobernar a los hombres...

O'Higgins, Montt, Balmaceda, Riesco, etc. son más europeos y más alejados de las modalidades que desde el fondo denso del pueblo se elevan hasta un penetrante buen sentido.

El señor Barros Luco, a su vez, es profundamente nacional. No hay nada en él que no sea racialmente chileno y sería perder anotaciones preciosas dejar refundirse en el tiempo esas ocurrencias que casi siempre entrañan un concepto peculiar: es por esto por lo que, al verlo haciéndose el dormido en el sillón presidencial, quiero recordar de paso algunas de esas salidas.

Interpelado, siendo Ministro de Hacienda, sobre el monto de la deuda pública, dió una cifra cualquiera... —Ni eso sabe, el señor Ministro—le dijo el fogoso interpelante.—Y si sabe, ¿para qué pregunta?—responde el interpelado.

En 1891 el capitán de navío señor Fernández Vial propone que el desembarco de las fuerzas revolucionarias se efectúe en

un puerto cercano a Santiago.—No se puede—dice el señor Barros Luco.—Y por qué no se puede?—Porque siendo Ministro de Hacienda, yo mandé cerrar ese puerto...

El señor Errázuriz le habla en una ocasión de una falsificación de billetes de a cien pesos. Le da uno de muestra y le pide que tome algunas medidas. No vuelve a hablar del asunto hasta que el Presidente le pregunta por el billete que le había dado.—¿El de a cien pesos?... Lo pasé—contesta tranquilamente.

Un día recibe como Jefe del Estado a los miembros de un Congreso Médico Pan Americano.

Guatemala, sin tiempo para mandar un delegado ad-hoc, se hace representar por el Doctor Vicencio, más santiaguino que la Cañada.—El delegado de Guatemala—dice el introductor de diplomáticos, al presentarlo a S. E.

—¿Qué tal viaje ha tenido?—le pregunta el Presidente.

Don Marcial Martínez publicó por aquel entonces un largo artículo. En la tarde de ese día, se encuentra con el señor Barros Luco y éste le dice que ha leído su folleto...

—Llama folletos a los artículos—decía después algo picado don Marcial

—De cien dificultades, noventa se resuelven solas...

—¿Y las restantes?

—No se resuelven—contesta.

El señor Figueroa Larraín tiene más de un parecido psicológico con el señor Barros Luco y dirá, antes de avanzar opiniones sobre cualquier problema que le planteen: hay que ver como se presentan los acontecimientos...

En efecto, la experiencia demuestra a los precipitados, que somos los más, que no hay asunto que en el curso de su desarro-

llo no vaya cambiando, transformándose, agrandándose, disminuyendo, desapareciendo o variando de fisonomía.

Sin embargo, y a medida que el horizonte se tupía de problemas—conste que no quiero decir de nubes ni menos de nubes de tormenta—las intencionadas salidas del señor Barros Luco iban haciendo su época.

—Deje no más a los comandantes y verá como luego se les olvida—le había dicho a su Ministro de Guerra.

Se engañaba. La situación que se venía formando no podía ser resuelta con una de esas salidas que, al provocar el buen humor general, dejaban en mala postura al adversario: se trataba de algo serio, digno de hacer pensar y no reír.

El Ministro que había recibido la advertencia de que se trata, se retiró del gabinete y su reemplazante no tardó mucho en recibir la visita de los comandantes, los cuales dieron a entender esta vez, que se estaba sobre un volcán.

El incidente empezaba a ser comentado por todas partes y una vez más se hizo uso de la terapéutica nacional: echarle tierrecita encima...

Sin embargo el remedio no era ese sino otro muy diverso: dar comienzo a una gran campaña civil a favor de una reforma constitucional que reconstituyera sin pérdida de tiempo el gobierno demolido en 1891.

Es más fácil enterrar un ser vivo que enterrar un problema, que es algo germinante y colectivo, que no está en una persona sino en muchas, saturando más y más el ambiente con la idea, la preocupación o la doctrina tal o cual.

No se sacó, pues, nada con derogar el decreto objetado por los militares: ese decreto era la simple consecuencia del régimen de empeños y compromisos y nada se avanzaba con anularlo,

.si no se anulaba también el sistema político que convertía al Gobierno en un poder irresponsable, ilusorio, inerme al libre arbitrio de intereses generalmente contrarios a los del país.

Ese sistema tenía ya al frente una liga militar.

# XXVIII

## El suscrito y la liga militar

A riesgo de fatigar a la gente ansiosa de entretenciones y no de sermones, yo seguía en «El Mercurio» dando en el yunque de que solían salir chispas y sonoridades de martillo al golpear en seco: «escuela obligatoria; impuestos para higiene y escuelas; educación y salubridad; política y progreso social; la raza amenazada; ahorro, cooperación y propiedad; el país será inferior si quiere serlo...»

La síntesis de esa campaña y los artículos en que la hacía iba de frente contra el régimen político, el cual no me honraba con sus simpatías. Y empezaba, es claro, a ser molesta la insistencia de un señor que repetía a diario: régimen político fuerte dentro de la nación fuerte; higiene, escuela, vivienda, vida cívica e industrial...

Creí que nadie me leía y todos los días hacía a pie y con el humor metido en el hígado, el trayecto entre la imprenta y nuestra casita de la enredadera con un gato y un gran frasco de tinta debajo.

Atravesaba, pisando fuerte, uno de esos pedazos de vida que reconfortan y templan el carácter: libros, trabajo, ideas, lucha, orden, existencia benedictina.

De cuando en cuando, me iba a oír música sagrada en la cercana iglesia de los Capuchinos para cuyo reloj yo había contribuído con una suma muy respetable entonces: cinco pesos... Encajado ese reloj, en calidad de pupila en la torre, hasta entonces tuerta, tuve en mi barrio un vecino puntual y solemne que daba las altas horas encapotado en la bruma en invierno o vestido de luna en verano: el reloj capuchino era el sucesor de los serenos cantores del tiempo pegado a la Colonia.

Teníamos, además, otros amigos muy cerca: las campanas femeninas de las Monjas Adoratrices que despertaban más de alba que ninguno de los gallos polígamos de ese barrio apacible.

Escasos de antigüedades y sólo ricos de juventud, a pesar de todo, teníamos una reliquia dentro de la casa: la vieja María, mantenedora del gay saber familiar, del dulce en paila y las empanadas de los domingos.

La otra persona «de adentro», «chinita» joven y muy aficionada a componerse y a asomarse a la puerta de calle, recibía frecuentemente de la vieja «pitadora» en hoja de choclo, consejos tan sabios como éste:—«Cuidado con pasar cerca del paco de la esquina por que es manilargo»...

Conste que quedaba aún el tipo del don Juan popular, hecho policial y dragoneante de punto.

Comprendiendo la indiscutible autoridad que le otorgaban sus años, solía ir aún más allá en materia de admoniciones a la «chinita» dieciochera:—«Habís de saber que hay cosas que una vez rotas ya es inútil echarles una costura»

¡Tiempos que ya sé bien que no volverán!

Un día en que yo estaba midiendo concienzudamente las dimensiones del patio para ver si quedaba espacio en que hacerle a la enredadera de color episcopal la broma de avecindarle una

mata de zapallo, golpea a mi puerta un sargento mayor a quién no conocía.

Quiere hablar conmigo.

Dejo momentáneamente mis graves meditaciones sobre sí me rendiría más arrancar la enredadera con nombre periodístico y sembrar zapallos bien escritos, y me encuentro ante un oficial de fisonomía serbia: anteojos de los que parecen una mariposa de cristal prendida a la nariz; color bilioso, levita negra y alto cuello azul. Total: Su Majestad el Rey Alejandro de Serbia de visita en la calle de Baquedano

Iba a felicitarme por un artículo titulado «Alerta» que acababa de aparecer en «El Mercurio» y en el cual formulaba el imperativo de que no puede retrasar su marcha un país en que se combinan simultáneamente los problemas internos y externos: en el interior, un pueblo en que la única política posible es la de una vasta labor social, económica y educacional, encaminada a aprovechar superiormente la homogeneidad de la raza; en el exterior, hechos históricos que nos obligan a que todos vean claramente que somos un país que no está al arbitrio de ningún apetito, de ninguna rectificación.

Que se adormezcan otros en el sopor desgraciado de su clima o de su raza; pero no un país ubicado en este pedazo de tierra modelado en altura y en extensión, porque ese país tiene problemas que lo obligan a proscribir para siempre la lentitud.

El Mayor Barrios me dice que casi todos los oficiales que han estado en Alemania vienen leyendo con vivo interés las orientaciones que publicaba en «El Mercurio».

La satisfacción que esas palabras me producen, me dejan sorprendido porque creía que me leían sólo unos cuantos y que tan poco práctica era mi labor, que no faltaba entonces quien

me repitiera la cantinela pesada, negativa, sin fe ni belleza de que el que se mete a redentor sale crucificado.

Me había faltado un diario propio en que dar carácter de urgencia inmediata a las reivindicaciones insinuadas en mis artículos y me sentía sorprendido de que hubiera hallado un eco inmediato esa campaña.

Y yo que nunca me encontré bien dentro de eso inerte, monótono, puramente burocrático y sin sentido espiritual— los partidos posteriores a 1891—, comprendí que ya no estaba solo y que salía al paso del país en peligro la única fuerza que aún quedaba al margen de la descomposición general.

El Mayor Barrios me anunció la visita de varios de sus compañeros de armas, y me anticipó que el grupo de oficiales en cuyo nombre me hablaba, quería que yo fuera a la Cámara próxima a sostener las mismas ideas que estaba preconizando en la prensa.

¡Loado sea Dios y su manifestación más potente: la fe en el poder de lo que es espíritu, impulso palpitante y desinteresado!

La idea fanatizante de un país actual, renovado, educado, vigoroso, con los ojos nítidamente abiertos al porvenir, se había entrado a la casita en que, amagado por el pesimismo, me disponía a suplantar la enredadera de la pluma por un zapallo diestramente trepador.

Alguien había oído la voz de mi fe fervorosa en este pedazo de paisaje virilizante y me sentía impresionado hasta la emoción por haber sido capaz de despertar un impulso cívico.

Poco después llegaban a ratificarme las felicitaciones que me había anticipado el Mayor Barrios, el Coronel Quiroga Rogers, el sargento mayor Cañas Irarrázaval, etc.

Se me ratificó, asimismo, que un numeroso grupo de oficia-

les deseaba que yo fuera a la Cámara próxima y que ellos, sus amigos y sus relaciones, creían poderme dar ocho o diez mil sufragios.

Se me agregó que, sin dar noticias de dónde venía el contingente de votos que se me ofrecía, quedaba autorizado para decirle al señor Walker Martínez, quién iba a presentar su candidatura independiente a senador por Santiago, que me llevara en su lista.

No me entusiasmaba ni mucho menos la idea de ir a la Cámara; pero hablé con el señor Walker Martínez, que era un impetuoso, un sincero y un tribuno vibrante, listo para envolverse clamorosamente en la bandera; pero que no era un estadista.

Vivía retirado en una casona roja con algo de cortijo y algo de hosco e inquietante.

Ahí residía, mirando alternativamente a la cordillera y a la ciudad, un hombre de talento; pero con una impetuosidad de espíritu que hacía recordar algo a Clemenceau, «el tigre».

Caminamos debajo de un parrón cuyos troncos se agarraban muscularmente a la madera formando una bóveda hecha con el verde de las hojas, con la luz del sol y del cielo en que se disolvía una nube alada, resto del amanecer.

El señor Walker me invitó a dedicarme a la uva de San Francisco, de grano crujiente, satinado con sensualidades que nunca pudo sospechar el Santo inimitable.

—Aquí han andado los zorzales—dijo observando un racimo con mirada tribunicia.

—Es natural... Están cebados y, sobre todo, ¿a quién no le gusta lo bueno?... Son un poco parlamentarios!

Hablamos y me dijo rotundamente que a él no le convenía

amarrar a nadie con su lista: que votaran por quien quisieran para diputado, siempre, es claro, que votaran por él para senador.

Tenía muchísima razón el señor Walker y salí muy contento de que hubiera fracasado este pequeño proyecto de lista electoral, desahuciada bajo los racimos picoteados por zorzales imprudentes, que ignoraban que ese parrón de ramada era del señor Walker Martínez, quién no entendía de bromas.

Encontré una respuesta exacta que dar a los militares: carezco de personalidad suficiente para representar al Ejército.

Además, tenía necesidad urgentísima de emplumarlas para el viejo mundo porque esa labor excesiva de «El Mercurio» me estaba dejando en calidad de ollejo picoteado por los zorzales chacareros.

Los nervios, que no llamo malditos porque si es cierto que nos dan malos ratos, cierto es asimismo que nos dan otros buenos—aquellos son la salsa de éstos—, me habían hecho creer que estaba gravemente enfermo. Empecé a buscar quien me confirmara mi propio diagnóstico; creía que era un asno el médico que se atrevía a decirme que lo que tenía era sólo cansancio—el amargo *surmenage* de los que trabajan con la cabeza—y al fin, me metí en una clínica en que me dieron en el gusto: me examinaron con toda clase de radios; me picotearon con agujas inquisidoras; me exprimieron toda clase de jugos y secreciones y me dijeron que todo estaba malo: malita la sangre, malazo el hígado y la vejiga convertida en una redoma de microbios patógenos; malos los riñones cansados de filtrar toxinas y malos ratos, y con una potra de jorobado en el corazón, en cuya ahorta aparecía una dilatación llamada aneurisma, enfermedad de las gallinas... ¡Y yo que me creía con algo de gallo cantor y penden-

ciero, que a la prisión monótona de los gallineros prefería una tapia florida en que treparse en busca de sol de manecer!

Se supo por todas partes lo de la aneurisma en forma de bolsón de cartas multadas, y el cual, según el testimonio de los rayos equis,—por algo firman con una X sus diagnósticos—, estaba encaramado en el cayado de la ahorta.

Don Germán Riesco y don Antonio Huneeus hablaron personalmente con el Presidente a fin de que yo volviera «a la carrera», que por mi parte he hecho al paso y sin dar saltos de batracio:

—Rodríguez Mendoza está enfermo y es necesario que vuelva a Europa.

Apesar de los augurios cardíacos de fines de 1910, veinte años después de oír fúnebremente que mi pobre ahorta era una especie de fuelle, no me falta tiempo ni gratitud, como se ve, para consagrar este recuerdo afectuoso a los señores Riesco y Huneeus.

Iría a la secretaría de nuestra Legación en Bruselas; pero como Joaquín Díaz Garcés no dejaría ese puesto antes de un año, más o menos, había tiempo de seguir conversando menudamente con mis amigos del Ejército.

# XXIX

## Siguen las conversaciones

Siguieron las conversaciones con Barrios y Cañas Irarrázaval y hacía tiempo que estábamos de acuerdo en que había que dar un golpe de martinete al parlamentarismo bautizado con el nombre de «champañismo» en mi libro de 1910, lo que recuerdo muy complacido en esta ocasión para dejar constancia de que siempre fuí enemigo de ese régimen.

Los militares querían que fuera un civil el que encabezara la restauración de los gobiernos de autoridad.

Desgraciadamente había a la sazón baratura—crack, dicen otros—de hombres civiles, los cuales no sólo no reaccionaban, sino que no veían ni descubrían nada. La bola seguía rodando.

La mayoría de los *leaders* querían ser presidentes de la República; pero sin alterar el régimen maleante que se trataba de destruir y, además, guardando a la ley un respeto engañosamente legalista.

Pero no había de ese artículo en plaza, es decir, civiles como los buscados por el grupo militar de que eran portavoces los señores Barrios y Cañas Irarrázaval.

—Hay un hombre—dije yo.

—¿Cómo se llama y dónde está?

—Se llama don Gonzalo Bulnes y ahora está escribiendo la Historia de la Guerra del Pacífico.

Es el heredero del que tumbó a sable la confederación del avieso Santa Cruz, a cuyo hijo he conocido en La Paz: es un viejito muy culto, muy señor y muy enemigo de Chile; tiene admirablemente encuadernada y catalogada la interesante correspondencia de su padre, El Protector, y un día me mostró una serie de cartas en que O'Higgins opinaba desde Lima sobre la confederación Perú-Boliviana, definitivamente sableada por Bulnes en Yungay.

Yo conocía al señor Bulnes desde los días juveniles de «La Tarde», diario que sostuvo cuando el litigio chileno-argentino que cada país debía defender a morir hasta el último terrón del patrimonio nacional

Como Lillo y tantos otros, el señor Bulnes fué para mí un vigoroso estimulante.

Sigo admirando su talento aunque ya nos veamos como en aquellos años.

Su nombre era como oír de nuevo en medio del parlamentarismo de aquél entonces los «claros clarines» de Yungay.

El padre fué la victoria y la organización del país en esbozo.

El hijo, enamorado de Bolívar, había hecho monumentalmente la historia militar, y en esos mismos momentos estaba terminando el primer tomo de los tres que forman su Guerra del Pacífico, escrita en plena culminación de su talento.

El historiador civil ha tenido siempre algo de marcial. Es un mariscal disfrazado de paisano. Camina como si fuera al frente de un Cuerpo de ejército.

En mis tiempos de «La Tarde», el señor Bulnes llegaba

casi a diario a la imprenta y mientras escribíamos apresuradamente, él iba de una mesa a otra como quien revista un vivac.

En mi temporada de «El Mercurio», a su vez, también lo veía casi todos los días y sus aplausos seguían entonándome en medio de una brega sin agarradero alguno con los partidos.

«Su viaje a Rancagua—me decía carta de 23 de Septiembre de 1911—es admirable. No se escribía así desde los tiempos de Jotabeche. No pierda la veta».

Viniendo a «El Mercurio», al pasar frente a su antigua casa —Compañía esquina de Amunátegui—divisaba desde la calle al señor Bulnes, escribiendo en una mesa de jacarandá, ubicada cerca de una ventana: concluía el primer tomo de la Guerra del Pacífico.

Todo era tranquilo, austero, distinguido en ese solar de abolengo militar.

En el escritorio del señor Bulnes, había un viejo retrato del general Pinto, su abuelo materno.

Al frente de la mesa de trabajo, la carga de Yungay.

En un mueble antiguo se erguía imperialmente la cabeza del Napoleón, de Canova, reproducida en bronce.

Para el señor Bulnes, escribir no es una función del cerebro congestionado y de los nervios hechos violoncellos. Es algo normal y escribe, casi sin hacer correcciones, con una letra pequeña, clara, igual, sin altas ni bajas.

Al dejar la pluma, mete los dedos en las aberturas del chaleco, enciende un cigarro que no tarda en dejar; conversa echando miradas a su interlocutor, miradas que parecen aún más penetrantes de lo que son por venir de una fisonomía congestionada de salud, de sangre que circula con expedición, sin tropezar con cristalizaciones que la obstruyan.

A veces está abierto el salón de honor de la casa y acepto con vivo interés de observador cuando se me invita a pasar a esa sala.

La presidía un retrato de cuerpo entero del general: es un retrato no sólo de general con todos sus arreos, sino el de un jefe victorioso.

Lo flanqueaban, montando la guardia, lanzas y sables de Yungay, y cerca de él se guardaban las llaves de oro de Lima. No faltaba sino que hubieran estado de guardia en la puerta de esa sala evocadora, el asistente del general y el viejo corneta, mocetón fornido venido de Arauco a tocar la magnífica carga chivateada que derribó con sus sables de partir en dos la confederación de Santa Cruz.

Creo que en esa misma sala hablamos más de una vez del estado a que iban llegando las cosas del país.

Al aparecer ostensiblemente la liga militar, cuando la reincorporación objetada por el Ejército, me fuí en el acto donde el señor Bulnes, a quien no se escapó todo el alcance futuro de la advertencia hecha al Ministro de Guerra.

Sin decirle nada, yo pensaba que el hombre civil que se necesitaba no podía ser otro que el autor de esa gran historia de la guerra, obra viviente que era el pueblo en masa avanzando con sus himnos y sus banderas desplegadas sobre los países que lo habían venido a sacar imprudentemente de la mina de que extraía el cobre escondido en la montaña; del surco en que agavillaba la mies; del mar en que navegaba de norte a sur en las rudas barcazas construídas en los rudos astilleros del Maule con luma o con roble cortado en los bosques—Arauco hecho proa...

Yo me daba, pues, el placer de ir casi a diario donde el se-

ñor Bulnes a enumerar mis protestas contra esa indiferencia general, incapaz de alarmarse por nada, e incapaz, por consiguiente, de diagnosticar que iban apareciendo y enlazándose todas las crisis, sin excluir la moral.

—¿Dónde, pensaba yo—podrá hallar eco la protesta, si no es ahí, cerca de las cuartillas reanimadoras en que resurge íntegro el gran friso de la guerra; ahí frente al cuadro que rememora la carga a lanza batida por los retoños salidos de Arauco para horquillar las bestias desmelenadas por el ímpetu y la velocidad; ahí al lado del general, destacado sobre un fondo de lanzas, como el Conde Spínola, pintado por Velásquez?

El señor Bulnes no era ni mucho menos un satisfecho con la situación del país y empecé a imponerlo detalladamente del descontento que existía en el Ejército y de la forma en que había podido imponerme de él.

Me oía con profunda atención.

Prometí mantenerlo al tanto de todo lo que yo supiera.

Después de indicar el nombre de la personalidad civil que me parecía indicada para encabezar la reacción contra el parlamentarismo, fuí autorizado para explorar más concretamente el ánimo del señor Bulnes, quien, insisto, no era, ni mucho menos, un satisfecho con la situación.

Le expuse, pues, el estado de ánimo en que se hallaba una gran parte de la oficialidad y, asimismo, le expuse claramente que se buscaba una personalidad civil de relieve nacional que encabezara el movimiento. Le pedí que conversara con el Mayor Barrios, con quien, en efecto, habló detenidamente.

A fin de dejar a los interlocutores en completa libertad, no asistí a algunas de esas conferencias: me bastaba con saber lo que en ellas se hablaba.

El señor Bulnes pidió que se le mostraran los papeles constitutivos de la liga militar y los cuales, según mis informes, estaban en las cajas del Estado Mayor: en dichos papeles, los oficiales del Ejército, de comandante a capitán, se comprometían, como ya he dicho, a trabajar por el progreso de las instituciones armadas.

El señor Bulnes estudió fríamente la situación que había llegado a producir la crisis política y que luego produciría la crisis, económica, la crisis social, la crisis moral.

No me permití en ningún momento de aquel período hacer insinuaciones de ninguna especie, limitándome a exponer mis ideas, máxime en materia exterior, acentuando que, si por algo era yo enemigo, tan modesto como sincero, del régimen que se trataba de cambiar, era porque detenía el desarrollo de un país que, como Chile, tiene los problemas inherentes a su configuración y a su situación geográfica, problemas en derivación hacia un futuro inmediato y que sólo pueden conjurarse progresando uniforme y rápidamente, para emparejarse con los demás, tarea definitivamente superior al régimen que se quería sustituir.

# XXX

## Chile y el hinterland continental

Decía entonces y lo repito ahora: por su situación lejana, circunstancia que impone una labor uniforme y sin tregua, a fin de no distanciarse de los que están dentro de distancias más en contacto directo con los centros exportadores de hombres, capitales y cultura; por su suelo, modelado entre un mar infinito y una cordillera de doble ancho—doscientos kilómetros—; por su desarrollo, el cual le impuso siempre la necesidad de hacerse respetar; por su producción, la cual no es espontánea y fácil como en otras partes del Continente; por cada una de las características que a la musculación y al espíritu de una raza impone el molde geográfico, Chile ha sido siempre un país inclinado al orden y a la justicia, servidos por un Gobierno poderoso.

Deténgase el funcionamiento regular del motor central y los extremos del territorio no se disgregarán del conjunto, entre otras razones porque las comunicaciones marítimas son suficientemente expeditas para aplastar con rapidez cualquiera alevosía encaminada a cortar nuestro mapa, el cual es ya, a pesar de los relajamientos de los años corridos desde 1891 hasta

la vuelta de los Gobiernos de ejecutivo, lo más industrial de la América española.

Disgregados de una Metrópoli cuyo sistema de Gobierno fué el primer modelo de los Estados férreamente centralizados, Chile da hombres que eran la concreción material y espiritual del suelo en que habían nacido y que sólo piensan inflexible y penetrantemente en organizar un país de orden, de trabajo, de gran ímpetu moral y muscular, como ya se probó con el mandoble de sable dado en 1831 a Santa Cruz por el progenitor del señor Bulnes.

Interesantes hasta como tipo físico—vienen de los que sin miedo a la muerte ni al misterio rodaban espada en mano fuera de la península—comprenden nítidamente que para trabajar y producir, hay, primero, que cimentar el orden y luego afirmar la mano en la esteva y hundir el arado en los valles en que se dan los frutos, delicados de color y perfume, característicos del clima templado, propicia a la evolución indefinida.

Portales, sacando su vigilante cabeza de pro-cónsul de la capa, que así puede servir para hacer más elegante y misteriosa una figura de otra época, como para disfrazar lo pobre y desmedrado, mira profunda y duramente: era un hombre de Estado; era un arquetipo de la raza y está bien montando la guardia frente al palacio de sobrio estilo escorialesco.

Señorial y democrático a la vez, como todo lo genuinamente español, la Constitución política que inspiró permanece intacta hasta 1891, hasta Balmaceda, cuya muerte es un ejemplo racial y cuya doctrina política es un acierto mundialmente actual.

Severo y sonriente a la vez, Portales aprendió directamente lo que sabía en los hombres y la vida.

Acogota la anarquía y al caer, insultado y herido por la in-

consciencia de un copa-tuno con nombre de moneda falsa—Florín—deja bien arraigada en nuestra tierra el sistema con que en 1912 se trataba de detener las crisis en marcha.

La Constitución de Portales fué hecha para eso: para atajar por medio del progreso y la autoridad justiciera los peligros que en todo momento amagan una existencia individual o colectiva.

Tenía razón porque de todos los países hispano americanos, es Chile el que menos puede retardar su desarrollo. Podrán cristalizarse los que tienen problemas internos o exteriores secundarios o que aún no se plantean; pero no nosotros.

Podrán detenerse, por ejemplo, los que, dado el porcentaje indígena de su población, verán pasar años y acaso centurias antes de que aparezcan con carácter reivindicatorio las aspiraciones colectivas de tipo social. En Chile, al contrario, la homogeneidad de la población plantea problemas actualísimos que obligan a una evolución ascencional uniforme y que constituyen una prueba de superioridad racial.

Ningún pueblo puede retrogradar o interrumpir su desarrollo y menos que nadie aquellos que se vieron obligados, en resguardo mismo de una larga paz, a hallar soluciones que dejan fatalmente huellas que no siempre es fácil hacer desaparecer.

He ahí una serie de problemas ya planteados; pero que no son los únicos porque rara vez hay cuestiones nacionales o geográficas aisladas: obsérvese, en efecto, la gran extensión del *hinterland* que significa para nosotros una parte considerable del suelo americano.

Quebrado por el cabezaso de Roosevelt el Istmo de Panamá, empieza a percibirse primero y a sentirse en seguida en esta parte de la América, un problema común a la política y a la geográ-

fía universal: la salida más rápida y, por consiguiente, menos costosa, al mar, el gran vehículo de la carga barata.

Verticalmente dividida en dos secciones la América del Sur, una queda más cerca del Atlántico y la otra más cerca del Pacífico.

Abierto el Istmo, toda la enorme sección más próxima a nuestro océano, constituye el *hinterland* de los puertos situados sobre este mar.

En Colombia, Ecuador y Perú no plantea ese hecho problema alguno definitivamente esbozado porque en cada caso, bien se puede decir que costa e *hinterland* son del mismo soberano. Sin embargo, en el norte hay una enorme región que, navegando los afluentes del gran río hasta donde son practicables y siguiendo en ferrocarril desde ese punto a la costa, encontraría una salida más lógica por el Pacífico que por el Atlántico, y además, muy cercana del Canal de Panamá—camino mundial—y los mercados norte-americanos que ya consumen más de un cincuenta por ciento de muchos de los productos de la América española.

Más al sur, costa e *hinterland* pertenecen a distintos dueños.

Y llegamos a Bolivia; pero geográficamente hay tres Bolivias: la del Oriente, ligada al sistema fluvial amazónico; la del Chaco o platense, destinada a navegar el Pilcomayo, el Paraná etc. para salir al Atlántico, y la del Pacífico, la más rica, desbordante de cobre y estaño y la cual absorbe por puertos chilenos más del ochenta por ciento de lo que consume.

Bolivia ha sido y ha de ser país del Pacífico antes que amazónico o platense, porque en tal sentido la conducen su plasma geográfico, su relieve, sus comunicaciones naturales—dice Sánchez Bustamante, escritor de talento.

E ectivamente es pais del Pacífico porque la geografía manda y porque el Altiplano, desolado y opulento, voltea hacia nuestro océano y sobre el tejado orográfico toda la rica bolsa metalera de su estaño y de su cobre electrolítico, que sale al exterior cortado en trozos geométricos de aspecto cubista.

Desde la boca oceánica del Amazonas, hasta el Beni y Trinidad, hay distancias enormes, «cachuelas» peligrosísimas y un clima endiablado. Y, a su vez, desde el Atlántico hasta Santa Cruz de la Sierra, existen cerca de tres mil kilómetros, lo que no es moco de pavo...

Bolivia, como se vé, es país ligado en gran parte a nuestro mar.

Además, prolongados hacia el interior los ferrocarriles que llegan hasta el Pacífico, es este océano el que forzosamente atraerá lo más valioso de la producción del Oriente boliviano. La apertura del Canal de Panamá inclinó, pues, de nuevo hacia el Pacífico el tráfico comercial de toda la parte de la América más cercana de éste que del otro mar: se restableció así, agrandado, el débil intercambio que en otros siglos lograba filtrarse de una colonia a otra.

No se limita a Bolivia esa gravitación hacia el Pacífico y a las recias espaldas murales de nuestro suelo, hay una extensísima región cuyas conveniencias de tránsito—digan lo que digan los ferrocarriles que parten de Buenos Aires al interior—se inclinan o se inclinarán hacia acá.

He ahí en síntesis los hechos conjuntamente derivados de la circunstancia de que la apertura del Canal de Panamá hizo de Chile un país de tránsito para toda la región alejada del Atlántico.

Un país que tales cuestiones—no quiero llamar problemas—

tiene que contemplar, no podía, sostenía yo entonces, continuar sin gobierno, sin brújula, abúlico, perdido el sentido y el poder de orientarse.

Todas las tierras arrimadas al dorso andino miran a la costa.

Mientras un *hinterland* no aumente rápidamente como población, como comercio y necesidades colectivas, llegando a determinar la aparición de una nueva fuerza, las cosas no se plantean nítidamente; pero cuando esas tierras progresan a cartas vistas, aparecen otras cuestiones.

He ahí algo que hay que confrontar con un desarrollo total, que está dentro de nuestras posibilidades, teniendo, como tenemos, todos los elementos necesarios para llegar a constituir un poderoso organismo industrial, lo que es un imperativo inmediato.

Hay un factor que acelera la aparición de esos problemas: el progreso del país que los plantea. Hay otro que los posterga, sin hacerlos desaparecer del todo: la lentitud con que se desarrolla un *hinterland*.

En el primer caso la cuestión está a la vista; en el segundo, parece que no existiera porque sólo está latente.

Puede afirmarse, pues, que cuando en la zona interior, correspondiente a un punto determinado de la costa, existe un crecimiento general, la fuerza centrífuga constituye un hecho en marcha.

Todo depende, por consiguiente, del mayor o menor grado de desarrollo de la masa interior.

El suelo chileno tiene las grandes ventajas de sus grandes inconvenientes: posee poca penetración, salvo en Antofagasta

donde el relieve orográfico, absolutamente a nuestro favor, dibuja en esa parte del mapa una cabeza fosfatada de territorio.

Chile cuenta, pues, con una escasa penetración territorial; pero como valiosa compensación la tierra, dotada como ninguna otra de América para los cultivos intensivos, se estrecha tanto entre el mar y la montaña, que basta estirar la mano para sumir en el Océano los brazos curtidos y musculados por el trabajo incesante a que estamos afortunadamente obligados.

Gran costa ha querido decir siempre iniciativa audaz, fuerza y opulencia: Grecia, Italia, España, Inglaterra, Holanda, Japón.

Tienen otros mucha extensión; pero como todo en la vida ofrece largas y cortas, es fácil que los moleste la distancia que, cuando es excesiva, grava el intercambio.

Todo es cuestión de distancia y es por esto por lo que hoy se trata de hacerla desaparecer.

El señor Bulnes me honró muchas veces, escuchándome atentamente.

# XXXI

## El parlamentarismo amenazado

El señor Bulnes tiene la mirada del historiador animada por el talento.

Además me sentía bastante cercano a él por un desdén común hacia la mayoría de aquellos señores, grandes y chicos, de las habilidades subalternas de la política, en la cual, si existían algunos hombres de Estado, no tuve la suerte de conocerlos, porque el gran hombre de hoy y de siempre es el que trae acción o porvenir y dichos caporales no traían nada.

En Septiembre de 1911, lo que a nadie llamó la atención, el señor Bulnes fué el único civil invitado al banquete militar dado anualmente con motivo de las fiestas Patrias, y, al usar de la palabra, expresó conceptos extraordinariamente interesantes.

Hablaba el hijo del General Bulnes y su voz penetrante, reflejo de su carácter, parecía un eco de 1838: formulaba admoniciones y advertencias muy oportunas.

Nadie entendió lo que esa voz y esos conceptos significaban y todo siguió lo mismo.

A fines de ese año, esa voz de queja cívica resonó de nuevo aún más clara, en la velada fúnebre celebrada en honor de un jefe—el Coronel Barceló, muerto en Alemania—quien sintetiza-

ba entonces las asimilaciones en abierta pugna, porque eran la organización, con el regimen político nuestro, que era todo lo contario.

Este discurso, si mal no recuardo, vió la luz en la prensa de entonces; pero, como de costumbre, no fué entendido.

El régimen empezaba a crujir, descascarando su blanqueo de tumba, sin que alarmara a los usufructuarios, muy entretenidos con sus congresos parlantes, fruto de la periódica zambra electoral, y en los cuales no faltaban, evidentemente, hombres con preparación y honradez, que no tenían aplicación apreciable porque lo que el país necesitaba no era el despacho transaccional, a *forceps*, del proyecto tal o cual, sino el comienzo inmediato de la transformación material y moral de todo el organismo.

Habían pasado por esos congresos muchos hombres cuya sabia prudencia no era oída por nadie. Recuerdo de paso a don Francisco Valdés Vergara. Pero todo era inútil y si nada hacía el Parlamento, menos podía hacer el Ejecutivo amansado y avasallado por aquél y, lo que es peor, tranquilo y conforme con su servidumbre deshonesta.

Habían brillado en la Cámara los chispazos de la deliciosa incisividad de Alfredo Irarrázaval, valiente, honrado, combativo —el cual, por lo demás, ya en 1910 se aleja de esos parlamentos—; pero eso, sin poder emprender nada constructivo, había sido sólo un grato incidente literario en la vida monótona y sin historia de aquellos congresos, especie de Bolsa política, en que nadie tenía confianza alguna.

Seguirían llegando algunas figuras de relieve, cada vez menos, vanamente esperanzadas con la idea de poder hacer algo útil: tiempo y... plata perdida.

Del Congreso, esparciendo por todo el país un tufo a guiso

y salitre, sólo salían emanaciones de mesa bien llena en que se servían bisteques de a cien pesos...

Los dos discursos del señor Bulnes eran la disconformidad más completa con ese régimen: eran, en efecto, la síntesis de un programa nacional.

Poco después, en Enero de 1912, se concretó el procedimiento que debía seguirse: un grupo de jefes y representantes de los diversos cuerpos, se reunirían en el actual Ministerio de Guerra mientras la persona encargada de hacer la notificación pasaba a la Moneda a manifestar al señor Barros Luco que desde ese momento quedaba finiquitado el régimen político que venía empujando al país a todas las crisis.

Mientras tanto, cumpliría su misión el Comandante Quiroga Rogers, ex-Prefecto de Policía, dirigiéndose a asumir la jefatura de este cuerpo.

Santiago dormitaba soporíferamente en esos días sus siestas coloniales bajo la costra de lo endémico y entre los tufos de conventillo de los cuales ya salían las pestes venidas de los sitios más retardatarios y pestilentes del planeta

No había entonces automóviles sino coches de posta con ojos o faroles rojos y caballejos llagados y crucificados por las moscas, y las acequias seguían esparciendo detritus...

He ahí la capital del país fiscalmente más rico de Sud América.

Nadie parecía saber nada de lo que se preparaba y, sin embargo, esa misma quietud, tan confiada e indiferente, tenía algo de amenazante en el misterio estúpido de sus silencios, que no eran sino la inconsciencia.

Me veía a diario con los sargentos mayores señores Barrios y Cañas Irarrázaval y, a fin de no llamar la atención, las reunio-

nes se celebraban en mi casa: bajo la mata de enredadera de la pluma iba a florecer una revolución...

—Hay que guardar el silencio más absoluto, si no queremos que nos cuelguen—le digo a Barrios.

—Bien colgados por una causa así. No queremos—agregó—sacar tropas a la calle; pero si se nos obliga a ello, no hay inconveniente y empezaremos de otra manera.

Se me pidió que redactara la declaración oficial que se daría a la prensa inmediatamente después de consumados los hechos.

Se redactó, además, una lista de todas las personalidades indiscutidas—la encabezaba don Crescente Errázuriz—a las cuales se iba a decir, junto con producirse el movimiento:—Ha terminado el régimen de la irresponsabilidad... Señores, a ver lo que se hace.

Estudiada ya detenidamente la situación, el señor Bulnes hizo saber que había acordado, en definitiva, «no prestar su nombre para un motín»

Al historiar estos hechos—a que he entrado porque me he propuesto probar que desde su misma implantación el régimen político triunfante en 1891 venía acentuando su antagonismo con la única institución que por la naturaleza de sus funciones quedaba fuera de la política—no hago misterio de que respeto la decisión que entonces tomó el señor Bulnes. Sin embargo, continúo creyendo que, abrogado en 1912 el sistema que se trataba de abolir, se habría logrado detener la acumulación de crisis, ya planteadas unas y en preparación otras.

¿Tuvo entonces razón el señor Bulnes?

Tal vez.

Estas páginas, que no podrían ser un juicio definitivo porque aún no es tiempo de formularlo, son sólo antecedentes

para la historia que vendrá después, lenta, sin apasionamientos, es decir cuando ya no llenemos hueco en la vida los contemporáneos de aquellos sucesos, no realizados; pero muy importantes porque fueron el preámbulo de los que vendrían después: el malestar subsistiría mientras no fuera eliminada la causa que lo generaba.

En 1919 aparece una vasta conspiración militar, que no estalla porque, creyéndose dueña de la situación, no tiene gran prisa. Se logra debelarla; viene un proceso y hay generales condenados a muerte, con lo que nada se remedia: sigue en pie la causa del malestar y sus consecuencias no hacen sino extenderse cada vez más. En efecto, en 1924 la oficialidad más joven del Ejército empuja una puerta y el prostíbulo entero se viene al suelo.

Por sus años, por su situación, por su mayor experiencia, el señor Bulnes dominaba en 1912 una zona de observación más extensa que la percibida por los que, irritados con aquella situación, queríamos terminar violentamente con ella. Estas cosas se han hecho siempre con algo de la pasión que sienten airadamente los postergados por el régimen de la incompetencia y la irresponsabilidad y que, no era ya la aristocracia territorial en que se afirmó sólidamente la organización estatuída por Portales, sino la plutocracia en que predominaban sin contrapeso las influencias del dinero y el dinero mismo, elemento sano e indispensable, siempre que sea el fruto del trabajo, que es el único caso en que ensambla con una espiritualidad superior, sin la cual no hay nada trascendente ni en el hombre ni en los países.

El señor Bulnes comprendía con su penetración habitual que la situación que alcanzaba la República derivaba rápidamente hacia el desgobierno y en el noble y atildado salón flanqueado por las lanzas de Yungay, se percibían vagamente los

clamores venidos de todos los sectores olvidados o ignorados por una acción central y general.

El país estaba ya empantanado en la anarquía blanca... que fácilmente podía ser roja y en este largo pedazo de suelo, borde de Continente, músculo articulado a la montaña y al mar, sólo se hablaba de elecciones, candidatos, escándalos y especulaciones.

En cambio, seguían creciendo las endemias de procedencia asiática o africana.

En vez de un dinamismo recio y tenaz educado para triunfar, atraso, adormecimiento, parálisis progresiva, pesimismo, resignación, vencimiento sin lucha.

El señor Bulnes creyó que tal vez era una aventura lo que a nuestro modo de ver sólo habría necesitado una resolución poderosa e inflexible: bien se vió esto después...

Pienso ahora que tal vez no existió nunca entre el señor Bulnes y los elementos que lo buscaban en 1912, el mismo latido violento de una pasión arrolladora, e ignoro si esa divergencia de opiniones fué para bien o para mal.

El señor Bulnes era el hijo predilecto del soldado ilustre que afirmó constructivamente al país en la Constitución de 1833 y al analizar en aquellos días de 1911 y 1912 la historia que él mismo había escrito, acaso creyó que se le proponía la destrucción de la obra institucional de su padre.

Insisto, pues, en que respeto las razones que tuvo el señor Bulnes para no aceptar el papel que se le ofreció en los acontecimientos en preparación; pero creo del caso recordar que, precisamente, se trataba de restaurar de nuevo la Constitución destruída en 1891, reconstituyendo la acción ejecutiva, insustituíble donde, como entre nosotros, hay una enorme labor que

realizar. Y que realizar sin retardo porque tal vez ningún país del Continente tiene más problemas ni más porvenir que Chile: vaya lo uno por lo otro.

Por lo demás se dijo entonces que no había unanimidad entre los militares y que ya asomaban las diferencias entre éstos.

Las revoluciones no se han hecho nunca con unanimidades, sino con unos cuantos hombres resueltos a destruir una situación malsana e insostenible.

Se dijo, por ejemplo, que la persona en que se había pensado para Ministro de Guerra, no era unánimemente aceptada, no porque no se le reconocieran sus innegables condiciones, sino más bien por la rigidez inflexible a veces áspera de su modo de ser habitual

Al rechazar las insinuaciones que se le habían hecho, el señor Bulnes pensó, seguramente, que la única manera, ajena a aventuras, de combatir el estrago del parlamentarismo, era atacándolo en el interior de su propia ciudadela, es decir, aprovechando su misma tribuna para analizarlo y mostrarlo como pernicioso al interés público.

Ah! pero el eco de esa tribuna traspasaba apenas el recinto en que se elevaba en medio de una algarabía, crasa y verbalista en la mayoría de los casos, y que sólo llegaba hasta las reseñas legislativas publicadas por la prensa a tanto la línea.

El señor Bulnes es una fuerza oratoria considerable.

Hay que oírlo.

Habla con una convicción no exenta de las emotividades de un temperamento en que predomina la vibración patriótica.

Frecuentemente, la voluntad bien controlada logra dominar la fogosidad combativa y entonces aparece el político.

Con la pluma o con su palabra, inflamada como su fisono-

mía de girondino que retrograda a las derechas, es un adversario temible; pero que no lograría tomarse el parlamentarismo porque las fortalezas, por ruinosas que parezcan, sólo se asedian desde fuera, atacándolas de frente y de hecho y no desde dentro y discutiendo y, por consiguiente, transando y conviviendo con los ocupantes.

Aun más nítidamente que en 1912 me parece ver ahora, que si el señor Bulnes hubiera aceptado el ofrecimiento que se le hacía, habría derribado sin esfuerzo alguno aquella ciudadela como caudillo civil; pero no como senador por Cautín.

No lo hizo, no quiso hacerlo y aunque en desacuerdo con esa resolución, la respeto porque la comprendo perfectamente.

Los acontecimientos en marcha seguirían con la lentitud de nuestro carácter, generalmente ajeno al primer impulso—el chileno le da muchas vueltas por la cabeza a lo que va a hacer y siendo inclinado a la franqueza, a veces ruda, no es sin embargo, ni un impulsivo ni un espontáneo.

Se retardaron los acontecimientos; pero sin dejar de seguir una orientación inevitable puesto que se mantenía activa la causa que venía generándolos.

En el futuro se acentuarían dos velocidades diversas: la del desgobierno seguiría ganando en rapidez; la de la autoridad llegaría a la paralización total: *un panne*...

Cada ganglio ya infectado seguiría amagando una célula más: el país no era ya «un enfermo sino una enfermedad».

El señor Bulnes optó en 1912 por proceder por evolución, la que, según se ha visto no era viable, tratándose de partidos subsistentes, no alrededor de ideas, generalmente poco actuales o puramente teóricas, sino alrededor de intereses: imperaba el

ventralismo, mal consustancial de muchas políticas, máxime de las americanas.

Sigo pensando, en consecuencia, que procedía la coacción o la revolución, la cual se haría inevitable en el momento en que una crisis cualquiera amagara las finanzas: la abundancia fiscal prolongó el período de esa descomposición general en que no apareció en ningún momento un solo estremecimiento de acción o reacción.

# XXXII

## A Europa

Me alejo con silencio de cansancio, de tristeza y de meditación.

Voy a Bruselas de Secretario de nuestra Legación: creo llevar entre las manos el aneurisma de gallina de que me hablaron hace dieciocho años los médicos y cuando el barco gris mueve sus hélices, no veo las fosforescencias del primer viaje y quisiera no llegar jamás a ninguna parte.

Ya en camino, recibo una carta del Comandante Barrios: «Nuestros patrióticos propósitos no encuentran ningún eco en esta gente. Siendo como son nuestros designios secretos a voces, nadie desea aprovechar esta fuerza enorme en bien del progreso y el engrandecimiento nacionales. Al contrario, nos miran con desconfianza y temen nuestro concurso desinteresado. Por esta razón deseamos saber si el espíritu de nuestros connacionales fuera del país es otro y si podemos contar con ellos ya que los que nos circundan no dan señales de reacción. Deseamos saber el estado de ánimo de nuestro Ministro en Roma y a Ud. le será fácil ponerse en contacto con él y decirnos qué podemos esperar de los de fuera ya que los de dentro no respiran».

Como contestación, reiteré afectuosamente al Comandante

Barrios lo que ya le había dicho en Santiago: que el puesto oficial había despojado de su libertad de acción a aquél redactor de «El Mercurio» con quien había extendido en la calle de Baquedano la defunción, un poco anticipada, del régimen, y que por esta razón no me era posible aceptar la misión que se deseaba encomendarme.

Días después me metía de nuevo en Francia por un puerto con nombre de novela casta y juvenil, la Rochelle... El sitio de la Rochelle... Richelieu!

El París del hombre formalmente pacificado es el de los museos, para el señor, y de las tiendas de trapos para la señora...

Es que empieza el camino de la madurez, mucho más extenso y mal pavimentado por cierto que aquél otro camino en que según la gente grave, el seso aún no empieza a pintar... Habían pasado, desgraciadamente, los tiempos de teniente de húsares; pero para que pasen es necesario haber sido teniente oportunamente... De otro modo, se marcha llevando un enorme saldo de tentadoras curiosidades insolutas.

Voy al *Père Lachaise* y esta vez paso de largo ante la tumba de Musset y su sauce tuberculoso: Musset es un Chopin del verso y Chopín es un Musset de la música.

Ambos son valores permanentes; pero yo no sé como podrían reaparecer, como no sea en los cines, en esta época de pelos y polleras cortas y música de negros.

En cambio, quiero mirar la tumba de Balzac, que sigue interesándome—no sé lo que dirán de ésto los que, no habiendo hecho nada, es natural que traten de destruírlo todo... ¡Qué gracia! Es más fácil destacarse cuando no hay nada circundante!

Pienso que Balzac—el Balzac fantasmagórico de Rodín—es genio porque metió en el futuro sus ojos inquietantes, estili-

zando mucho antes de aparecer los tipos que iba a producir y multiplicar el igualitarismo democrático, o sea la marea eliminadora de las individualidades poderosas: la Comedia Humana, o sea la Humanidad modelada por la ideología de 1789, es la trágica anticipación del fracaso de la Revolución generadora del arribismo, el nuevo rico y el nuevo noble, Rastignac y Vautrin...

Por esta vez no voy a ver ni la tumba de Napoleón, que quiso meter a la humanidad dentro de un cuartel o dentro de su capote gris; ni tampoco voy al salón «carré» del Louvre, presidido por la Gioconda, antes, es claro, de su fuga escandalosa, efectuada poco después, y acaso por estar cansada ya de pasar mano sobre mano mirando a la gente que, a fuerza de buscar interpretaciones a su sonrisa y a sus ojos, se olvidaba que la mujer, sea o no Gioconda, es, en gran número de casos, un sexo rodeado de otros órganos. Y tan era así, que poco después se escapó en demanda de aventuras: fué encontrada en Florencia cuando buscaba, seguramente, a no sé que personaje sádico del Renacimiento.

Sigo a Bruselas con los nervios al aire libre: la ahorta está bien; pero parece que me hubieran despellejado y que siguiera, no con uniforme de secretario, sino en carne viva: cuando los nervios se fatigan, se dan a parodiar el infierno con ilustraciones cubistas.

Gare de Luxemburgo.

Me espera mi Ministro: sombrero gris, paletó gris, ojos grises, violetas, gafas de oro; cultura, bondad, lo que se quiera; pero no me entendí con él y rompí las hostilidades: el fastidio que sentimos por los demás, ¿no suele ser el reconocimiento en ellos de nuestras propias debilidades?

El hecho es que todo fué vernos y se produjo un desacuerdo irremediable, en que no hubo más culpable que yo, quien no

había nacido para secretario como no fuera de don Emiliano Figueroa o del señor Bello Codesido, que son los únicos ministros de quienes aprendí cosas importantes, que no están en los libros ni en las librerías, sino en la vida y el trato humano.

No queriendo estudiar nada; pero sí entretenerme, me puse a leer libros sobre Napoleón. No falta razón para seguir abismándose ante él: ha llenado todo un siglo con su tremendo individualismo.

Trató de meter su portentosa fantasía dentro de sus matemáticas, conceptos divergentes, ensayados por primera vez y, al fin, cada uno de esos conceptos tomó por su lado; pero no sin que antes el famoso oficialito con cara de lobo flaco le diera al planeta un empellón capaz de hacerlo cambiar de órbita.

Waterloo está a un paso de Bruselas y allá me voy una y otra vez y ahí, en un hotelito pintoresco, paso una noche mirando hacia el campo de batalla.

Cuando dan las doce los campanarios comarcanos, reaparecen de nuevo los coraceros de la carga suprema... Van encapotados horquillando con sus piernas en esqueleto los caballotes desmelenados. Vivan al Emperador taciturno, hecho con tiza de luna, que se divisa al fondo del cuadro en plenilunio.

He ahí una de las diferencias de nuestras cosas con las de Europa: Bélgica tiene el radio de una comisaría rural y, sin embargo, ha sido el campo de batalla del viejo mundo... Waterloo es del tamaño de unas gavillas y está lleno de manchas doradas como charreteras de mariscal y, la tempestad que le tocó ver se reflejó sobre todo el planeta.

Es que no tenemos aún opción a los acontecimientos mundiales. Ni la tendremos mientras seamos sólo una vía láctea de asteroides desunidos y lejanos.

Ni tiene por qué humillarnos esa verdad de a folio porque, dígase lo que se diga, lo cierto es que aquello de la civilización, la evolución, o como quiera llamarse, es un fracaso con Cruz de Calvario, tablas de la ley, Doctrina Cristiana y concepto romano del Derecho, que sólo va a lograr la felicidad de los hombres el día en que el planeta, extenuado, horadado, esquilmado, estrujado, tenga que ser abandonado por pobre, frío e inhabitable: veremos si en otro planeta quieren recibir «a las buenas» al género humano, el cual, por lo menos como calidad, es un género falsificado...

Con todo, la imaginación insurrecta, se hace la ilusión de que piensa cuando sólo busca fantasmas, reapareciendo en un pasado que enseña poco o nada porque nunca se reproduce exactamente.

«Europa bulle en la muerte». Inventa lo necesario para prolongar químicamente su vida, amenazada de inanición; toda ella va siendo una especie de fosfato artificial...

Extraviado por la óptica misteriosa de la noche, en el llano fosforescente de Waterloo, en vez de la silueta supremamente individualista, asistiendo, somnolente y gordote, a su última jornada, veo, en cambio el Julian Sorel, de Stendhal, también muy individualista, en una época de colectivismo y sindicatos a lo Lenín o a lo Mussolini.

Vuelvo a Bruselas y visito una escuela comunal con un permiso del alcalde Max.

Me recibe el director y descubro fácilmente su sorpresa al encontrarse con un hombre que, más o menos, tiene sus mismas ideas y sus mismas preocupaciones; que tiene las mismas glándulas; que lee los mismos libros, las mismas revistas; que

ve los mismos cuadros, que escucha la misma música y admira las mismas hembras.

La sorpresa es mutua: ni el europeo encuentra en nosotros la inferioridad mental que creía descubrir, ni nosotros encontramos en él la superioridad total que esperábamos.

El hombre de hoy, por lo menos como cultura, se asemeja cada vez más: es que la vida entera se transforma en un sentido de acercamiento por medio de la eliminación de las distancias. Sin embargo, la hostilidad de los intereses opuestos es cada vez más grande y terminada una conflagración, se diseña otra, más grande, engendrada por la amenaza al interés o al predominio tal o cual.

Media hora después de conversar con aquel maestro belga, pobremente vestido y con largas barbas de lana de hacer juguetes de navidad, somos viejos amigos... ¿Por qué? Porque no hay entre nosotros ningún antagonismo nacional, ni individual ni económico, y en cambio, nos acercan todas las similitudes de la cultural actual.

Entramos a una sala de clases y seis u ocho chicos de ojos azules y cabecitas de seda, tocan en sus violines el Himno de Chile.

Me ha salido al paso la palpitación de mi tierra; el noble maestro normal belga comprende mi sorpresa y mi emoción, y me mira con una simpatía que me satura con su bondad.

Falto de otras creencias a que tomarme en momentos de desaliento, me ha seguido a todas partes el llamado profundo, porque es racial, de nuestro paisaje: he recorrido mucho mundo, llevándolo siempre en el espíritu.

Incapaz de la pedantería de dirigir un discursito a esas cabecitas de seda, quiero que todos me entiendan bien y recor-

dando no sé por qué al maestro alsaciano del cuento de Daudet, tomo un pedazo de tiza y escribo ¡Viva Bélgica! *Souvenir...*

Días después, soy presentado al Rey en un *garden party* dado entre las orquídeas de Laeken.

Parece que hubiera ya algo de la melancolía de la catástrofe en los ojos azules del soberano. Miran suavemente y, sin embargo, muy luego iban a encararse con el desastre.

Intimo con el Ministro mejicano, novelista ilustre, con algo de dibujo azteca entre ceja y ceja. Me cuenta cosas trágicas de su tierra más llena de misterios y cosas de Oriente que del viejo mundo: la mañana de la ejecución del archiduque aquél en cuya cabeza llena de valses había encajado Napoleón III una corona artificial de rey de bastos o de rey de espadas—lo que precisamente no era el pobre—, tocan tambores muy de alba:

—Serán los de nuestra ejecución—dice Maximiliano al General Mejía, mestizo muy leal, pero muy bruto como genio.

—No lo sé—responde—porque es la primera vez que me fusilan.

Ahí en Laeken, precisamente, donde los reyes acaban de dar un *garden party* bajo una acumulación de orquídeas que impresiona a los diplomáticos brasileros que creían tener la plenipotencia en este ramo, vive aún la Emperatriz Carlota, la que, enloquecida de dolor, pone solferino al Napoleón aquel que creía que bastaba un nombre con el número romano correspondiente a la sucesión dinástica, para ser Emperador.

Son los restos de la mujer bellísima y enamorada que con los ojos cuajados de llanto y las manitos retorcidas por la desesperación, se cuela al Vaticano a pedir de rodillas al Santo Padre que salve al pobre archiduque, ya en trance de caer entre las manos cobrizas de Benito Juárez.

Desde la verja del castillo aconchado en el silencio, la divisé un día, a la distancia, ya muy viejecita, y caminando afirmada en un bastón entre dos de sus damas de compañía: la locura pasional, agrandada por la lejanía del país de la tragedia, había terminado en el idiotismo; en los ojos inmóviles, en los labios caídos, en la saliva que se desliza babeando...

La maravillosa mujer enloquecida de amor y de orgullo, no se acordaba ya de nada bajo las orquídeas carnales de Laeken y tampoco podía valerse ya para nada por sí misma.

Toda la Corte belga está emparentada muy de cerca con la emperatriz de amor, locura, tragedia y santidad, y un día un individuo mal educado, subalterno y que nada tenía que hacer con la familia Real, alude, hablando con otro en presencia del Ministro, señor Gamboa, del Emperador fusilado en Querétaro, mientras las bandas de música tocaban «La Paloma»...

El señor Gamboa se hace que no oye y el imbécil vuelve a insistir.

Entonces el diplomático mejicano pregunta de qué Emperador se trata...

—Del Emperador Maximiliano, de Méjico.

—Ah! pero ese señor no era Emperador—contesta el señor Gamboa—era un archiduque austriaco que fué ajusticiado por creerse soberano de mi país.

Sobrevino un luto de Corte y Alberto Blancas, antiguo secretario argentino en Santiago y entonces plenipotenciario en Bruselas, me consulta sobre si no sería la ocasión de teñirse de negro sus barbas, que se han puesto del mismo color de su apellido.

Ha muerto la madre del Rey.

Funerales solemnes en Sainte Gudulle.

Oficia el Cardenal Mercier y diviso por primera vez su cabeza toda cerebro.

Del viejo coro gótico, estremeciendo los *vitraux*, coetáneos de Felipe II, el Duque de Alba y el Taciturno, se escapaban en demanda de infinito, los adioses y los gemidos de la marcha fúnebre de Chopin.

Por ahí, a la cabeza de la concurrencia suenan los espolines y las condecoraciones del Kronprinz, vestido ya de húsar de la muerte. Ha venido en representación de su padre el Emperador.

Más allá está rezando de rodillas el heredero de Rumania.

El Rey permanece de pie, conteniendo su dolor.

Toda Bélgica ha perdido una madre con la Condesa de Flandes.

El Rey Alberto parecía un filósofo o un artista, tal vez ambas cosas, y resultó un soldado y un héroe de la misma encordadura que el Taciturno.

Más allá, está el viejito Bernhaert. Es el papá del arbitraje.

Faltaban sólo unos cuantos meses para la invasión; para la guerra y para que la marcha fúnebre de Chopín invadiera todo el viejo Continente...

A la salida, llueve torrencialmente y todo el mundo sigue a pie tras los restos de la Condesa de Flandes que se va para no presenciar la catástrofe en marcha.

Poco después la Cámara belga discute la reforma militar, es decir, hablando claro, el aumento del ejército.

Corrían los días en que, como se ha visto en seguida en los documentos publicados por las cancillerías, cada nota salida de Berlín era una presunción, un sutilísimo esquema de probabilidades.

No había datos precisos que comunicar a los gobiernos, sino

atisbos y adivinaciones: el lenguaje oficial se había convertido en psicología lanzada a través de lo que podía pensar Guillermo II, en cuyo modo de ser habitual notaron los embajadores de Francia y Bélgica alteraciones que se apresuraron a transmitir a sus Gobiernos.

Llega un momento en diplomacia en que realmente hay que saber tender hacia lo más hondo los rayos Roentgen.

En todo el resto de las funciones diplomáticas, puede actuar impunemente, normalmente, un tonto cualquiera, siempre que, por lo menos, sea bien educado. Pero lo que los países necesitan, no son esos ejemplares, sino gentes capaces de observar penetrantemente la totalidad del desarrollo, de la marcha, de los problemas, de los intereses, de las tendencias, de las oscilaciones del ambiente en que se actúa, tarea compleja que rebalsa el calibre cerebral de esos tontos educados, que siempre son inútiles y que, a la larga, suelen ser perjudiciales porque no ven, porque no pueden ver.

Meses después volaban asustadas las cornejas de los campanarios y vino la guerra europea y cuando, a raíz de haber desempeñado durante cuatro años la secretaría en Buenos Aires, volví a la prensa, la tragedia llegaba a su plenitud.

El suelo europeo, desgarrado por las explosiones, chorreaba sangre.

La Bélgica no era ya la de los *garden party* de Laeken.

La poderosa Alemania había dejado caer de punta sobre ella su casco de guerra y estaba aplastada.

Parecía que era cosa decidida por el destino que los aliados perdieran la partida. Era, por consiguiente, el momento de recordar hidalgamente el Himno tocado por los chicos con cabezas

de seda, los cuales serían en esos momentos huérfanos sin pan ni calor.

Hice lo único que puede hacer un hombre que sobre la pluma tiene bien puesto el corazón: recordé el ¡Viva Bélgica! escrito en la pizarra de una escuela comunal de Bruselas y publiqué un artículo en que evocaba al pequeño reino heroico, rico y feliz unos cuantos meses antes, cuando Louis Franck proponía que se hiciera de Bruselas el distrito federal del mundo... La tierra agregaba Franck, evoluciona desde el punto de vista político hacia una vasta confederación mundial...

Y recordé el pequeño reino de 1912 con su monarca rubio y joven, como en los cuentos para niños; bondadoso y tímido, como en las creaciones, no de la realidad, sino de la fantasía.

Relaté como fuí presentado a él en Laeken.

Ese día estaba a su lado la Reina, menuda, elegante, sin rastro alguno de esa majestad imponente o pesada, que aleja en vez de atraer: parecía una novia porque seguía siéndolo, y en la Corte y su cuarto azul, se decía que, aún cuando el Rey buen mozo era muy serio y alejado de aventuras, la reinita elegante y nerviosa no le quitaba los ojos de encima...

La Reina protegía a las encajeras de Brujas y Malinas y trataba de revivir esa industria que es la tradición... hecha encaje.

Nunca había existido reino más feliz ni reyes más queridos.

Ellos y el «*tout petit pays*», como decía sonriendo complacido el papá del arbitraje, llegaban al apogeo: florecían las industrias, las artes y los tulipanes que, al venir la primavera y en combinación pictórica con las lilas, convertían todo el reino en una especie de florilegio perfumado y viviente.

Y como ni los reyes ni su reino a nadie podían hacer mal

alguno si no bien, no había, francamente, por qué temer que de súbito fuera desmenuzado aquél país de trabajo y de quietud, interrumpida por la modulación emocionada de los carillones musicales prendidos en los encajes del gótico flamenco.

Más que un guerrero, el Rey parecía un sabio joven, y ella, una enamorada de él, de sus hijos, de sus encajes, sus perlas y sus rosas.

Y conté también que cuando lo conocí, no vestía casco de acero y traje de trinchera, sino que llevaba una casaca que, cuando más, debe haber sido de Comandante: no le gustaban, evidentemente, las ceremonias de Corte y siempre parecía que viniera de levantar la cabeza rubia de los libros y los papeles.

Pero el Rey que yo había conocido entre flores y genuflexiones cortesanas, se había convertido en un soldado y la Reina de cuello de cisne, inclinaba sobre los heridos la cruz roja que en vez de la corona santificaba con sangre su frente.

Estarían muertos de hambre o de frío los chicos con cabezas de muñecos walones que me habían recibido tocando en sus violines diminutos el Himno de Chile.

Hecha astillas la pizarra aquella de la escuela comunal, ya no habría donde escribir con tiza unas cuantas palabras de agradecimiento; pero como en cambio, no había muerto el corazón, escribí, con tinta esta vez ¡Viva Bélgica!

# XXXIII

## De Hamburgo a Buenos Aires

Navegamos en el Mar del Norte y al caer la noche, un oficial frunce el ceño y clava en la distancia gris un dedo de garfio: se divisan luces... Es la costa inglesa, mirando desde su mirador de islas casi todo el mapa europeo para ver si alguien se levanta en son hegemonía.

Inglaterra no ha tenido más política exterior que la indicada por la certidumbre invariable de que, roto el equilibrio y establecida la prepotencia de una nación sobre las demás, las primeras amenazadas serían las tres islas famosas y vigilantes. Y por esto Inglaterra combatió a Felipe II, a Luis XIV, a Napoleón, a Guillermo II. Siempre ha visto de lejos a fin de poder ver de cerca.

He ahí las luces casi imperceptibles que el dedo perforador de un oficial de barco alemán señala, encajando los ojos acerados en las sombras de esa noche helada.

Pasa un coloso resonante que viene de Bremen, algo enorme y luminoso, castillo de Rolando, que entre olas pasa como una montaña desprendida de los Nibelungen y en la cual resuenan los himnos del pleno poderío: es el «Imperator» y parece

la propia Alemania triunfando en el mar, bajo el mar, en tierra y en el aire.

Estallan los hurras y el «Imperator» pasa, echando torrentes de humo de sus chimeneas, vasos gigantescos coronados con la humareda blanca hecha espuma de cerveza.

Aquello tiene los inconvenientes de lo que, siendo demasiado grande, no alegra sino que aplasta.

Removido profundamente por las hélices monstruosas, el mar queda murmurando reproches cuando se aleja como dueño y señor aquel país hecho barco...

A lo lejos, parpadean alarmados los faros de la costa inglesa: presienten el día en que tendrán que apagarse para envolver en tinieblas las islas en que vela eternamente el espíritu de Shakespeare.

El destino iba a enfrentar a dos colosos que si así como les dió por pelear, les da por tomarse del brazo formando una misma fortaleza en avance, convierten el planeta en una empresa dirigida en común.

Sin embargo, iba a comprobarse una vez más que los colosos nunca se unen establemente porque uno quiere dominar al otro, lo que tampoco acontece sino de ocasión porque aún el organismo más débil sólo espera una oportunidad propicia, que alguna vez llega, para escaparse hacia sus orígenes y sus intereses.

El mundo será siempre una familia mal avenida en que hay grandes y chicos, feos y bonitos, ricos y pobretones, viejos y jóvenes, solteros, casados y viudos y cónyuges fieles y cónyuges que se la juegan mutuamente.

En el comedor del barquito con nombre planetario, quedo al lado de un piloto cuyas viruelas deben ser mordiscos de tiburón.

Es un lobo báltico y entre plato y plato le da un tarascón mongólico a una barra de tabaco aprensado que se extrae de un resfilón cuando se imagina que nadie lo ve.

—¿No cree usted—le digo, a fin de hacerlo hablar a alfilerazos—que Valparaíso es mucho más puerto que Hamburgo?

Me mira brevemente y sus viruelas se conflagran con un rojo de cañonazo.

El lobo picoteado que masca y traga tabaco en barra, es hombre de poca palabra, no dice nada y sigue tragando brea, salchichas hamburguesas y cerveza de Munich.

Habla un español de museo filológico y un día en que no había marejada en su humor nórdico, me dice que lo que nosotros necesitamos —alude a los sudamericanos— es leña...

—¿Leña?

Quiere decir, dando de filo con la mano curtida y agarrotada, que es necesario enseñarnos a palos...

—Puede que este tenga razón—pienso, enviando memorias a nuestro parlamentarismo.

El lobo báltico no tiene una idea halagüeña de nosotros; pero admira nuestras frutas:

—«Las mejores peras»—dice hablando como un loro, al suspender una fruta con la pata que parece mano de hombre de negocios.

# XXXIV

## En Buenos Aires

Entro a Buenos Aires con la curiosidad más intensa porque es un deber de buenos vecinos observarse atenta y cordialmente: Chile y la Argentina son organismos que se completan, que deben completarse formando algo armónico con todo el sector templado del Continente.

No debe existir entre ellos recelo alguno: los conflictos armados no están de moda, máxime entre los que no tienen ningún interés antagónico, y, por otra parte, con los armamentos de hoy, ni los ejércitos alemanes de 1914 podrían pasar la cordillera de aquí para allá ni de allá para acá: manda mucha fuerza un cordón de tres o cuatro mil ametralladoras.

La Argentina es y será un gran pueblo agrícola; Chile se industrializará cada vez más: empezamos apenas a trabajar un suelo que tiene, como ya he dicho en otra parte, las ventajas de sus inconvenientes y los inconvenientes de sus ventajas.

Hay partes del territorio chileno, por ejemplo, en que el fierro, el carbón y las caídas de agua están a la orilla del mar, caso tal vez único en este planeta equitativo en que unos tienen una cosa y otros otra.

La síntesis permanente de Chile es O'Higgins, sin cuya

Escuadra Libertadora no habría habido Ayacucho; la síntesis permanente de la Argentina es San Martín: no llegó hasta ellos ninguna de las rivalidades miopes que dividieron más de una vez a los dos pueblos, colocados en forma providencialmente adecuada para observar con iguales fines de paz zonas diversas del porvenir.

Los fundadores clarividentes, nunca creyeron, cegados por un orgullo juvenil, que pudiera bastar el crecimiento y los recursos de uno solo de los dos países para conjurar problemas, que bien podrían ser comunes, porque el porvenir ha sido siempre algo confuso y lleno de sorpresas.

Me doy cuenta junto con llegar a las dársenas, olor a inmigración, que pululan en la gran ciudad una serie de elementos extraños para los cuales debe ser una cosa desconocida o anticuada el esfuerzo común de los días de la disgregación y el nacimiento «en medias» a la vida libre.

Y, sin embargo, al llegar no habría podido dejar de pensar en el Libertador argentino planeando sobre el dorso andino sus planes continentales, ni en el Libertador chileno, llegando a Mendoza cubierto con nieve de alturas y con cenizas de hoguera.

Desde ese momento y en todas las etapas sucesivas, liga para siempre a San Martín y O'Higgins una amistad que cuando ya promedia entre ambos héroes una gran distancia, preámbulo de la eterna, necesita echar mano de un lenguaje emocionado a fin de expresarse con más exactitud.

El 16 de Octubre de 1831, O'Higgins escribe a San Martín desde la Hacienda de Montalván, en el valle de Cañete:

«Compañero y amigo el más amado».

El primero de Marzo de 1832 San Martín dice a O'Higgins:

«Mi amado compañero y amigo».

Al entrar con un puesto oficial a la Argentina, recuerdo, pues, como una lección del pasado esas cosas mezcladas a los orígenes de ambos pueblos y, por mi parte, pienso que es de mutua conveniencia la presencia de dos grandes organismos modernos en la América templada: Chile industrial y Argentina agrícola. Para el segundo, sería un peligro que aquí hubiera un país raquítico, moluscular, y para el primero, sería también una inquietud el anquilosamiento de su vecino del Atlántico: el progreso simultáneo del uno y del otro, es la seguridad y la conveniencia de ambos.

Mientras llega el nuevo plenipotenciario, señor Figueroa Larraín, soy presentado como Encargado de Negocios al señor Boch, Canciller, y llego donde él recordando que el primer arreglo celebrado entre la «Junta Gubernativa de las Provincias Unidas del Río de la Plata y la del Reino de Chile» fué para cambiar azogue por plata a fin de ponerse en seguida a hacer balas y metralla emancipadora.

El señor Boch era el protocolo hecho Canciller y me pareció que no usaba una palabra de más ni de menos: consumado hombre de mundo, hacía una diplomacia inspirada, como formas tradicionales, en lo que aún quedaba entonces del Congreso de Viena.

Mientras llega el señor Figueroa Larraín y se despide suntuosamente al señor Cruchaga Tocornal, me voy con avidez sobre los archivos y me detengo emocionado en la misión confiada a Balmaceda, quien presentó sus credenciales el 5 de Abril de 1879.

El día de su recepción oficial, atraviesa las calles en medio de un silencio de espectación.

El Presidente es Avellaneda, el cual dice a nuestro Ministro, al contestar el discurso de éste:

«Espero, señor Ministro, que vuestra misión corresponderá a los designios que habéis manifestado. El pacto celebrado en Diciembre último y que habéis mencionado, deja allanadas grandes dificultades y bajo las inspiraciones de la justicia, puede efectivamente conducirnos a consolidar de un modo definitivo y duradero la paz y las buenas relaciones entre nuestras dos Naciones que conquistaron un día su Independencia unidas por vínculos gloriosos y fraternales».

El 8 de Abril Balmaceda pide una declaración de neutralidad.

«El Gobierno argentino,—dice la contestación. firmada por Montes de Oca,—sin hacer la declaración que V. E. le pide, que no es un deber exigido por las prácticas internacionales, sabrá observar en los graves sucesos que ocurren en el Pacífico y que comprometen el bienestar y el porvenir de tres Repúblicas hermanas, la línea de conducta impuesta por la lealtad de los compromisos y seguida siempre por la República Argentina, nunca puesta en duda ni siquiera sospechada. Haciendo votos etcétera».

La Argentina obró de acuerdo con esas declaraciones.

Llegaba a su fin la agitada presidencia de Avellaneda, quién había hecho declarar por medio de Sarmiento, uno de sus Ministros de Relaciones Exteriores, que, en atención a la Guerra del Pacífico, consideraba excusado al Gobierno de Chile de dar su contestación a la propuesta del Gobierno argentino para la repartición de la Tierra del Fuego.

Iba a tomar el mando el General Roca, pacificador de la pampa: creían muchos que su presidencia iba a ser la guerra y

fué el comienzo de la paz definitiva, que sólo llegaría, casi un cuarto de siglo después, en 1903.

A mi llegada a Buenos Aires, como digo, se despedía suntuosamente al señor Cruchaga Tocornal y la señora Matte de Cruchaga desciende la escalinata de ágata del Jockey Club del brazo del General Roca.

El día de la presentación de Credenciales del señor Figueroa Larraín, se le hacen honores de Embajador y atravesamos la calle de Florida y la plaza de Mayo escoltados por los Granaderos que habían acompañado a San Martín en Chacabuco, Maipo y Lima. Evocaciones centenarias.

El Presidente Saenz Peña tiene esa suprema distinción del hombre de mundo ya *blasé*.

Parece extenuado y flota un poco dentro de su frac inglés, cruzado oblícuamente por la banda.

Se yergue naturalmente, sin arrogancia; pero no tarda en inclinarse de nuevo.

Mientras el señor Figueroa Larraín lee su discurso, el Presidente acaricia vagamente la montura de oro de sus anteojos.

Ha vivido su vida con una intensidad apasionada. Acaso escasean las reservas.

Es no sólo un consumado hombre de mundo, sino un orador atildado, un estadista previsor y un soldado valeroso.

—¿Por qué—le pregunto un día a José María Cantilo, entonces Sub-Secretario de Relaciones Exteriores—nos ha demostrado poca simpatía el señor Saenz Peña?

—Absolutamente—me contesta el charlador y el escritor delicioso.—Hace muchos años el Presidente buscó románticamente la muerte e ingresó en las filas de los que creía que llevaban la peor parte en la contienda.

Y cambiando, evolucionando y desfigurando por completo la relación de Cantilo, ésta se hizo obra de arte y escribí uno de mis últimos libros.

Días después de las credenciales del señor Figueroa Larraín el Presidente ofrece el brazo a *mademoiselle* Geniat, de la Comedia Francesa, que acababa de recitar deliciosamente la *nuit de mai* en una recepción dada por el Canciller Boch.

Eran los últimos versos de Musset que iba a escuchar aquél hombre elegante, un poco *ancien régime*: se iba sin remedio y ya no escucharía más la voz impregnada de lágrimas de *mademoiselle* Geniat:

La rose, vierge encore, se referme jalouse
Sur le frelon nacré qu'elle enivre en mourant.
Ecoute! tout se tait; songue á ta bien-aimée
Ce soir, sous les tilleuls à la sombre ramée
Le rayon du couchant laisse un adieu plus doux.

Poco después el señor Saenz Peña da la señal de marcha al otro mundo.

Encabeza la partida y sigue una caravana de presidentes: Roca y luego Uriburu.

Se alternan las muertes y las visitas ilustres.

El señor Figueroa Larraín va a hablar a nombre de Chile en los funerales de Roca y le propongo que intercale no sé que frase parnasiana en su oración; se sonríe y me dice con su sagacidad habitual que esa frase le queda grande a su discurso.

Roca—el que en la conferencia del Estrecho de Magallanes, al llegar muy de mañana al «O Higgins», dice en alta voz que el Presidente argentino va a invitar a tomar mate al Presi-

dente chileno—era un producto de su ambiente y no un titirimundi cerebral hecho con pedazos de Gladstone, Bismarck, Cavour o Gambetta.

Era un porteño conocedor de Buenos Aires y rastreador de la pampa con la banda azul y blanca sobre un corazón muy argentino. Se reía a morir con las gracias de Gramajo, su ayudante, y sabía contestar a los europeos:—Qué lástima, le dijeron un día en París, que esos países gasten su dinero en armamentos. No está demás—contestó Roca—que se sepa en todas partes que cualquiera mano audaz se podría clavar ahí en trescientas o cuatrocientas mil bayonetas...

En Sarmiento primaba la asimilación extranjera, la cual, por lo demás, no lograba desfigurar al criollazo que contesta a su edecán, cuando éste le dice que los periodistas solicitan entrada al *buffet* de una inauguración: que entren y que el gasto se impute al item destinado a mantenimiento de fieras...

Un Domingo vamos al Talar de Pacheco.

Mimí Alvear, la *chatelaine*, está sencillamente envuelta en tules negros que forman líneas diáfanas de Tanagra. Recuerdo a la Duse, de la *Cittá morta*.

Da una gran fiesta de beneficencia. Estrena el teatro de verdura.

Es una de esas mujeres rubias que pasan lenta, intensamente en los dramas nórdicos.

Lleva el drama dentro de su belleza, de su palidez, de sus ojos y de sus manos maravillosas en que sólo campea uno de aquellos záfiros magníficos anteriores a la crasa invasión de las imitaciones.

La rodea una corte de admiradores; mete su escarpín de seda negra en un estanque de mármol y pregunta qué dirían

sus buenos amigos si un día amaneciera ahogada dentro de ese estanque veteado por la línea trémula de los peces dorados que huyen de la superficie dejando un rastro rojo en el agua en que tiembla la luz teatral de la tarde: Ofelia... Tal vez lo era.

En esos días llega a Buenos Aires una cosa imperial: un hermano del Kaiser.

Habla apenas y es casado con una hermana de la Czarina.

Es otro lobo báltico, pero con sangre de Lohengrin.

El príncipe Enrique se sonreía poco y sabe Dios si viene a echar un mirotazo naval a esta parte de la América.

Va a Chile; monta a caballo; revista las tropas y ya se retiraba del Parque, cansado de esperar al Presidente, señor Barros Luco, cuando éste llega y le dice desde su coche a la Daumont:

—Me atrasé, pues...

De regreso a Buenos Aires, da una fiesta en el «Cap Trafalgar» y atraviesa de noche el Plata en un torpedero argentino.

En los primeros días de Agosto de 1914 «La Nación» dispara sus bombas sonoras y «La Prensa» hace silbar desesperadamente su sirena.

Se trataba de un naufragio...

Era la guerra europea y el cosmópolis bonaerense se agitaba corriendo con el alma en un hilo hacia los grandes diarios.

Para muchos, la guerra era sólo un match gigantesco, un match de naciones en el cual no habría *referee*.

Chocaban todas las razas, todas las fuerzas, todas las ideas, todos los sistemas, todas las armas, todos los progresos...

¿Y en que quedaban—al fin de cuentas y cuentos—los dos mil años de Doctrina Cristiana y de Derecho de gentes?...

Papeles quemados por la conflagración!

¿O se progresa, no para el bien sino para ser el más fuerte en el momento del choque?

Todos veían venir ese instante apocalíptico en que muchos sudamericanos creían que iban a hacer espléndidos negocios.

¿Pero no probaría la guerra europea que la América continúa siendo sólo un reflejo de lo que pasa en el viejo mundo?

Eso es lo inevitable. No tenemos ni capitales ni ideas propias.

Tenemos porvenir, es cierto; pero a cargo de problemas de más superficie que el Continente...

La América, nacida del acaso ante un navegante audaz, quieras que no, vive dentro de lo que hacen otros: la incorpora a la vida universal un hecho inesperado; se independiza cuando el corsito aquel llena con sus soldados bigotudos la península entera; pasa un siglo absorbiendo ideas —mentalidad contradictoria o inadmisible—hombres y capitales y cuando la Europa entera decide destrozarse, creyendo que va a solucionar sus odios, que la rivalidad económica complica cada vez más, la América, que necesita mucho dinero para armar toda su estructura moderna, ve què, como consecuencia del tremendo error de la guerra, el eje económico sale automáticamente del viejo Continente y se traslada a un país de ayer; pero que si quisiera, podría terminar el siglo con mil millones de hombres.

Por mi parte, sigo pensando entre la multitud,—en medio de la cual se anda mal; pero suele pensarse mejor,—que en el preciso momento en que nuestros países necesitan más ávidamente capital europeo, la crisis del viejo Continente, inclinando el planeta sobre lo desconocido, no sólo dejaba de prestar su concurso

económico al nuevo mundo, sino que esparcía y agrandaba los problemas de que la Europa viene proveyéndonos (*).

El viejo mundo va a estampar sobre su mapa el más enorme cromo rojo de toda su historia y las consecuencias de la contienda inenarrable, se reflejarían inevitablemente en el nuevo mundo, pantalla en que, ante un público en sombras, se reflejan todas las proyecciones, buenas o malas venidas de allá.

Los Estados Unidos fijan la mirada luminosa de Wilson en lo que pasa en Europa y como espiritualmente es aún más grande que políticamente, él, mezcla de pensador y de iluminado, sabe bien que lo que pasa allá empieza a reflejarse acá: piensa, en consecuencia, en orientar los acontecimientos; pero no en el momento de la acometida que estremece al planeta entero, sino después, a su hora, la cual ya llegaría.

El universitario de ayer, se convertirá, pues, más adelante en un apóstol militante: luchará también; pero pensando y pensando en el mañana de la humanidad querrá ampliar y mejorar las normas futuras de la sociedad entera.

Como para planear su pensamiento sobre la encarnación de la nacionalidad misma, a veces, se recoge a meditar o a orar en la tumba del fundador nobilísimo en Mount-Vernon.

Para pensar sólo en lo europeo, quiere terminar de una vez con las cuestioncillas de vecindad y le dice a Bryan, su Ministro de Estado, que arregle de una vez eso de Méjico por medio de la mediación conjunta de la Argentina, Brasil y Chile.

Navegando hace años en el Pacífico, conocí bastante a

---

(*) E. Rodríguez Mendoza, *Remansos del Tiempo*, págs. 161 y siguientes.

Mr. Bryan, puritano y candidato perpetuo, aunque in-partibus, a la Presidencia de la Unión Americana.

Viajaba en un vapor de la matrícula chilena; lo acompañaban su esposa y su chica; leía la Biblia; comía pasas, nueces y verduras; en vez de alcohol, bebía agua tibia y no hablaba sino que predicaba: Bryan era una prédica perpetua con su vida y con su ejemplo.

No era un fanático sino un austero, es decir, un puritano sin iluminaciones ni delirios místicos.

Le pedí que me dijera algo y escribió en un pedazo de papel del vaporcito de tres mil toneladas en que navegábamos:

«Enero 20 de 1910. Frente al Callao. He tenido mucho placer en conocer al señor Rodríguez Mendoza y espero que tendremos frecuentes oportunidades de volvernos a ver. Hago estos votos: que los Estados Unidos y Chile a quienes Dios hizo vecinos, permanezcan unidos mediante la justicia. Muy sinceramente, Williams Jennings Bryan».

Williams Jennings Bryan, cumpliendo sus propios deseos y los de Wilson, arregló los pleitos norteamericanos con Méjico y vinieron las Conferencias de Niágara Falls, en que apareció el A—B—C, tal como lo había esbozado el Dr. Puga Borne en 1905: Argentina, Brasil y Chile.

Me detengo porque la verdad es que sólo puedo contar una que otra cosa: escribo este libro siendo Embajador y cuando voy a relatar algo, no falta quién me diga, tironeándome una cola, que me acuerde del puestecito... Voy a suspender clavado en la pluma algún artefacto de barbería y se me recuerda que eso no debe hacerlo un Embajador; voy a tomar del pescuezo y avanzar con él hasta las linotipias, a alguno de aquellos mas-

carones que se creían dueños del pobre país, y se me dice que no lo haga y que me acuerde que soy diplomático...

La casaca comprime con sus entorchados la personalidad de un escritor, embotando el filo de su pluma.

Resumen: que este libro, como diría el epitafio que se había preparado don Pedro Godoy, tiene el sentimiento de no contar ni siquiera la mitad de lo que su autor deja guardado para después...

Queda, en consecuencia, en la penumbra y metida en mis apuntes, una galería de cosas y mamarrachos que me habría gustado estrellar contra el papel, que al fin es algo blanco, no por crueldad, sino por el gusto de dibujar caprichos, como decía Goya y Lucientes.

La contrariedad de callar algunas cosas con que entretenerme y entretener, queda compensada con el placer de recordar lo que reaparece en el recuerdo de lo que, además de ser grato, es interesante: he ahí, por ejemplo, llenando amablemente mis días y mis años de Buenos Aires, al señor Figueroa Larraín, después Presidente de la República.

Sabe de todo porque su sencillez es a base de muchas cosas: de talento, de abolengo, de mucha vida y mucha intuición. Sin embargo, dice irónicamente que sólo lee el almanaque de Bristol que en sus tiempos de campesino le indicaba lealmente el buen y el mal tiempo, y, además, el «Cándido», de Voltaire, que junto con el Quijote y Quevedo, son sus libros de velador.

Es una *reprise*, con mayor simpatía personal, de don Ramón Barros.

Sabe mucho de una ciencia que es la más complicada y que la mayoría de la gente cree la más fácil: la vida misma, único libro inalterable, cuya pedagogía es eterna: la experiencia, que

desgraciadamente, suele llegar tarde, imitando a los pilotos que arriban cuando la tempestad ha pasado, o a los médicos que llegan cuando el enfermo se ha ido.

No es cosa tan sencilla hacerse conocer, querer y estimar en un ambiente cosmopolita. Pero como todo el mundo, argentinos, españoles, gringos e italianos, no tardaron en enterarse de que en diplomacia, la buena fe, es la única que hace cosas duraderas, lo seguía a todas partes una popularidad afectuosa, sintetizada en el modo como se le llamaba: el difícil «don» de las consagraciones unánimes: «Don Emiliano».

Era la popularidad total, desde el Presidente abajo: en las carreras relataba sabrosas salidas de don Ramón a don Victorino—otro «don»—y el señor de la Plaza, luego de escuchar, se ponía a escandalizar con la sonoridad de sus carcajadas salteñas.

Cuando un diplomático logra reunir una unanimidad así a su alrededor, puede conseguir fácilmente el máximum de lo conseguible y gestionable.

Era un chileno en Buenos Aires y es un argentino en Santiago y su popularidad alcanzaba por igual a todos los círculos.

Por lo demás, había que verlo en los días de casaca, entrando a la Catedral con sus bandas y sus cruces.

Cuando los argentinos titeaban de lo lindo al A—B—C, don Emiliano decía que eso era la caja de vaselina más grande que había llegado a sus manos...

Cada cual tiene un rasgo dominante: en el señor Figueroa Larraín, ese rasgo es el don de gentes, gracia envidiable, especie de belleza moral que trae aparejado otro don soberano: el saber entenderse con todo el mundo, sin acentuar distinciones que, dentro de la vida actual, son cada vez más escabrosas.

En veintidós años de vida diplomática he conocido toda clase de gente: hábil, astuta, tontos con talentos y talentos tontos, inteligencias y mediocridades, ilustraciones e ignorancias, sinceros y ladinos, leales y aviesos, petulantes y sencillos...

Uno sloo, el que nada me quiso enseñar, es el que más me enseñó: Figueroa Larraín, que sabe mucho más que los tratadistas que suelen fracasar con sus dogmatismos.

Cuando no sabe una cosa, la pregunta y cuando la sabe, se calla para no chocar a nadie y seguir asimilando lo que le pueda ser útil: guiso, dato, libro o tabaco.

No se las da ni de escritor ni de orador y, sin embargo, lo ví escapar aclamado en más de un trance difícil: mil o más personas festejaban clamorosamente en un banquete a los aviadores que acababan de pasar los Andes en globo.

Habían hablado los ases de la oratoria argentina: Roldán de la Torre, Murature...

—¡Que hable don Emiliano!—dice en coro la concurrencia.

El señor Figueroa Larraín, que no va preparado, comprende la broma, se para exagerando su sorpresa y dice que no está bien eso de hacer cantar a los pájaros ordinarios después de cantar los pájaros finos...

Si después de tanto correr mundo y de leer en los libros y en las gentes, habría dado yo, al fin, con el hombre perfecto... Definamos: el perfecto hombre de mundo, el cual es otra cosa que el luchador: ni éste podría reemplazar a aquél ni aquél a éste.

Como contraposición, quisiera agregar aquí una silueta más: don Estanislao S. Zeballos; pero no debo hacerlo porque me asalta el respeto a la muerte y porque, seguramente, no siento, por él la misma simpatía que por el señor Figueroa Larraín.

Quisiera siquiera abocetar esa silueta y ruego que se me crea

cuando digo que siento verdaderamente no hacerlo. Pero la muerte, que no tiene nada de humorístico, me dice que me contente en esta ocasión con una ocurrencia feliz de don Marcial Martínez: magnificaba a la sazón el señor Zeballos aquello de las islas del Canal de Beagle y hablaba del día en que cada una de esas islas tuviera un millón de habitantes...

—Comprendo—dijo don Marcial—como nadie lee al señor Zeballos en la Argentina, ahora se ha puesto a escribir para que lo leamos aquí.

# XXXV

## «Un país sin Gobierno no puede luchar con otro que lo tenga»

En Enero de 1915 recibo una carta que prueba que no todos habían perdido aquí la vista y el olfato: es del señor Bulnes y dicen así sus párrafos más sustanciales:

«La vida del país sigue debatiéndose entre la miseria, y el parlamentarismo, que es una segunda miseria. Aquella es transitoria, durará lo que la guerra europea, el tiempo de poder reanudar el negocio del salitre, .las ventas de estaño y de cobre; pero el parlamentarismo Dios sabe hasta cuando. He recordado mucho nuestras conversaciones antiguas y a medida que profundizo más la vida parlamentaria en la práctica, más me convenzo, que el sistema actual de gobierno nuestro, en la forma como se le ejercita y como se le comprende, tiende a la institución del Gobierno por las resoluciones impremeditadas de una Cámara que las más de las veces no sabe lo que vota. Créame que en esto no hay exageración. Lo estoy viendo día a día. Un país sin gobierno no puede luchar contra otro que lo tenga. En relaciones exteriores, en economía social, en preparación militar, en todo se quedará atrás y quedarse atrás es correr peligros ciertos y tan graves que asustan. El país no ve esto porque no ha tenido quien se lo diga, pero en mi concepto esta es la causa del profundo mal que nos aqueja. No se extrañe de esta nota de pesimismo.

Todo chileno capaz de observar tendrá que decir que lo presente es malo porque no hay Gobierno y sin Gobierno no hay nada. Espero mucho de sus observaciones sobre la Argentina y del fruto de sus estudios por Europa. Sé que Ud. es un patriotismo y una pluma y cuando ésta se pone al servicio de la verdad, es la palanca de Arquímides. Para corregir los males de este país hay que venir de fuera. Desde que uno pasa las cordilleras no ve del relieve nacional sino las grandes líneas, los grandes problemas y éstos son los que preocupan durante el viaje. En cambio los de aquí están *encandelillados* con la politiquería, con las pequeñas cuestiones».

Ignoro si las frecuentes referencias que vengo haciendo del señor Bulnes podrán molestarlo. Si así fuera, lo que dudo, lo deploraría porque al hacerlas sólo he querido, en primer lugar, hacer resaltar su incuestionable valor y luego probar que, por lo que a mi respecta, pensé en todo momento que era necesario reconstituir cuanto antes la administración pública porque «sin gobierno, como dice el documento trascrito, no hay nada».

Esas palabras son de las más concretas y penetrantes que como juicio sobre aquella situación ha escrito el señor Bulnes y son el lenguaje de un estadista.

Poco después de recibir esa comunicación, don Alberto B. Martínez, conocido economista argentino, me proporcionó copia de una carta, dirigida a él el 4 de Enero de 1914 por un chileno eminente que debió ocupar la Presidencia de la República, si la opinión pública hubiera estado capacitada para saber elegir sus mandatarios.:

«Santiago, 4 de Enero de 1914. Mi estimado señor y amigo: Una vez más tengo que agradecer un buen recuerdo con que usted me favorece y una útil enseñanza que recibo de sus tra-

bajos, tan bien ordenados, sobre asuntos económicos y financieros de esa República. Hoy ha llegado a mis manos el primer año de su Anuario y ya lo tengo en estudio para completar mis informaciones anteriores. Me será bastante útil en estos días, porque se discute entre nosotros un proyecto del Ministro de Hacienda encaminado a dar fijeza al valor en oro de nuestros billetes de curso forzoso y yo formo parte de la Comisión especial que nombró el Senado para estudiarlo. Se habla mucho en la Comisión de lo hecho en la República Argentina y en el Brasil para alcanzar ese resultado. Pero, en nuestra situación, no es practicable aquello, pues el origen de nuestro mal está en la falta absoluta de rumbos financieros y será estéril y dañino cuanto se haga, *si hemos de seguir entregados ciegamente al acaso.* Tenemos vitalidad bastante para asegurar nuestro progreso indefinido y para consolidar en el presente un orden de cosas que nos libre de lo incierto y peligroso de ese régimen de papel moneda sin límite de depreciación. Por desgracia, carecemos de un Poder Ejecutivo estable, sólido, con capacidad real para hacer obra fecunda y de ello resulta la imposibilidad de dar solución a un problema que existe y se prolonga y se complica solamente porque no se puede hacer lo único necesario: administrar la Hacienda Pública con estudio, con orden, con previsión! Por cierto escribo esto con carácter privado a un hombre que entiende estas cosas y sabe que del exceso del mal surge casi siempre el remedio. *Es posible que este conflicto del papel moneda agrandándose, nos ayude a entrar en una vida política más sólida que la que estamos haciendo desde hace cerca de veinticinco años».*

Aunque empleando diversas palabras, las opiniones de los señores Bulnes y Valdés Vergara copiadas más arriba, son completamente concordantes y superiormente orientadas.

# XXXVI

## Delicias diplomáticas

Al día siguiente de llegar con permiso a Santiago—Diciembre de 1915—el señor Figueroa Larraín, el señor Ministro de Relaciones Exteriores de la nueva Administración le dijo que el Presidente había ordenado «pedir la renuncia a Rodríguez Mendoza» y que ese mismo día debía ir un telegrama en tal sentido.

Lo curioso, una vez cumplidos los cuarenta años, es que a Rodríguez Mendoza no lo halagaba mucho seguir siendo secretario de Legación.

El señor Figueroa manifestó la mayor sorpresa ante esa medida tomada sin oírlo y pasando sobre el jefe de la Legación, lo que estimó una ofensa y una desautorización tan grave, que lo ponía en el caso de presentar su renuncia.

Tan poco, como digo, me importaba el puesto, que cuento esto sin molestia alguna y con el exclusivo objeto de hacer resaltar, lo que por cierto no necesita, la noble hidalguía del señor Figueroa Larraín.

Se me acusaba de haber atacado la persona del candidato recién llegadito a la Presidencia de la República.

No serían muy graves evidentemente los peligros que corre-

ría ahora diciendo que, en efecto, yo había atacado esa candidatura, pero faltaría a la verdad si eso dijera: no era ni podía ser, dadas mis ideas, partidario de esa candidatura; pero, en vista del puesto que desempeñaba, me abstuve de todo ataque ostensible y en una ocasión en que, siendo Encargado de Negocios, me preguntó particularmente algunos datos sobre dicho candidato el Canciller de entonces, señor Murature, al responder sólo tuve en cuenta, no mis ideas personales, sino mi puesto oficial y dije textualmente que cuando un hombre público llegaba en Chile a esas alturas, era por algo, como servicios y como personalidad.

Y va de anécdotas, ya que no es otra cosa lo anterior: con grave pérdida de mis modestos intereses, procedí a liquidar mi casa en Buenos Aires; pedí permiso para venir a Chile; pagué mis pasajes; me puse un par de polainas de las que usaba en tiempos de «La Ley», y me fuí a la Moneda:

—Hombre—me dijo el Presidente—¡qué bien está usted!... ¿Y la señora cómo ha llegado?...—En seguida, me refirió cordialmente que le habían ido a contar que yo lo «descueraba» en Buenos Aires; pero que todo eso había pasado...

Se habló entonces de que yo podía ir de Ministro al Uruguay, lo que no hizo camino en el Gobierno y como era perfectamente efectivo que me encontraba joven para todo, menos para secretario de Legación, dije oportunamente que «creyendo que no era conveniente a mis intereses retardar por más tiempo y después de doce años de permanencia en nuestro servicio diplomático, mi vuelta a otras actividades, venía en presentar la renuncia del puesto de secretario de la Legación de Chile en la Argentina».

La envié al señor Figueroa Larraín, rogándole que me hiciera el servicio de presentarla al Gobierno.

«Excusado, me parece manifestarle,—me decía al acusarme recibo—la pena con que voy a cumplir el encargo que usted me ha confiado. Dejando aparte el natural egoísmo que siempre nos inclina a no separarnos de las personas que son una garantía de buen desempeño y en las que se puede descansar con la más absoluta seguridad, creo que su salida del servicio diplomático es una gran pérdida para el país que pierde a un servidor de su caballerosidad, talento y discreción, unidas al profundo conocimiento de los asuntos de la política americana y de los de carácter universal que hoy agitan al mundo entero».

Fuera casaca y «a lo que te criastes!»

Recibí una nota del Ministro de Relaciones Exteriores que decía:

«Con esta fecha ha sido aceptada la renuncia que usted ha presentado del cargo de secretario de la Legación de Chile en la Argentina. En esta ocasión le es grato al infrascrito hacer presente a usted los agradecimientos del Gobierno por los buenos servicios que ha prestado al pais durante los varios años que ha actuado en la carrera diplomática».

La Cancillería Argentina, dijo, a su vez, en nota dirigida al Ministro de Chile:

«Al manifestar a V. E. que este Departamento ha tomado debida nota de lo expuesto en el oficio ochenta y tres de 15 de Julio, cumplo con la satisfacción de expresar a V. E. que el señor Rodríguez Mendoza durante su actuación al frente de la representación de Chile como Encargado de Negocios en diversas oportunidades, supo captarse la confianza de este Gobierno por sus relevantes condiciones personales y por la eficacia de su gestión en favor de nuestros respectivos países.—*Honorio Pueyrredón*».

# XXXVII

## Un pedazo de campo santo

Esto que los neurólogos llaman sicastenia y la gente, simplemente, nervios, tiene altas, bajas, desviaciones y caprichetes inesperados. A mí, por ejemplo, me dió en 1916 por lo que nunca me había dado: por buscar y comprar un pedacito de campo santo en que podrirme a mi gusto una vez que me den tierra, que es lo único que me darán en gran cantidad, gratis y por tiempo indefinido.

Como Renán—distancias guardadas—quisiera que me enterraran en una modesta iglesita campera, tejada y con un par de campanas, donde sentir de noche el trajín de las otras ánimas en pena; los responsos del señor cura, el armonium, los misereres, los rodillazos de los fieles al hincarse sobre mis huesos y el chasquido de las flores al ser, no depositadas, sino arrojadas como quien da un azote más en la lápida.

He tenido una despreocupación indecente por la muerte y, sin embargo, de esa despreocupación es lo espiritual, es decir el anhelo de dejar algo, lo único que me ha agitado activamente.

He sentido el llamado del misterio y la atracción de las preguntas insondables; pero nunca me ha aterrorizado el fin, grande como horror silencioso.

Caminando solo bajo un cielo lleno de estrellas que cualquier día se desprenden de los alfileres con que están prendidas, he sentido más de una vez deseos de correr ahullando de terror, de pequeñez y de incomprensión ante el misterio: son las ocasiones en que uno, queriendo abominar de la vida, se siente cercado por esos personajes hechos con algo divino, lo que explica su perduración indefinida:

Alighieri, San Francisco, Hamlet, don Quijote, Fausto, Mefistófeles... Santos o visionarios, conste.

De la muerte, sólo me ha preocupado fuertemente el realismo horrendo del cajón, las soldaduras que, llegado el caso, hace monótonamente un obrero; los tornillos enterrados implacablemente para que si resucita, no pueda el que se va volver a contar lo que ha visto en un momento de eternidad casual...

El muerto, por miserable que sea, se va dejando algo de sí pegado a la vida: a mayor dimensión espiritual, mayor zona manchada por la huella.

En cuanto al dolor de las partidas sin vuelta, suele ser sólo la pena de ver interrumpida una compañía, un hábito, una costumbre y hasta un odio...

Por mi parte. cuando alguien se va, no he mirado el hueco que deja en la vida, sino de lo que ya va a pasar en el pudridero, dentro del cajón soldado y atornillado por un obrero indiferente: el gusano, mordiendo con su hocico invisible y desdentado todo lo noble e innoble del ser, lo repugnante y lo hermoso: el cerebro, pulpa confusa, espesa de dolor, ideas, pasión; el corazón palpitando entre la simpatía, el odio, la piedad, el ímpetu, el amor; los labios que hizo temblar la oración o que congestionó el estrellón de la carne enardecida, que se embiste queriendo fundirse; los ojos que lloraron o se iluminaron escudriñando los apetitos de

la materia o los atisbos confusos del espíritu; las vísceras generadoras, infectas, y, sin embargo, en tan estrecha correlación con el alma...

En cuanto a la duración de la vida, he pensado que es larga para los que no han venido a hacer nada y corta para los que algo útil tenían que despachar.

Por lo demás, el hecho de que llega una edad en que todo se aplasta, se deforma o se hace impotente ¿no parece indicar que ante todo la vida es algo biológico y que eso que llamamos espíritu ha solido hacer cosas grandes como exteriorización del dolor; pero pequeñas como avance hacia la felicidad o el bienestar?

No sé aún, ni el hecho tiene mayor importancia de qué especie de morfina o de alcohol estaban impregnados mis cigarrillos, cuando me dió por recorrer el cementerio de arriba para abajo, buscando un rincón discreto en que meterme cualquier día bajo tierra.

El hecho es que, sin dar con lo que necesitaba, continuaba divagando y cerciorándome de que el campo santo es una ciudad, honorablemente ordenada, a que los vivos han acarreado las mismas vanidades que debieron dejar en la ciudad: hay calles céntricas, habitadas por gente distinguida y bien instalada, en que sólo falta a la puerta del palacete de la podre, un automóvil grande y reluciente...

En una palabra, barrios caros y barrios baratos; rasca cielos y rasca gusanos; barrios aristocráticos y calles cursis habitadas por una gentuza imposible que se permitía heder como un gran duque cuando lo equitativo sería que, como en la vida, hubiera olores diversos: olores bien y olores mal; olores de canícula y olores invernales...

¡Dónde instalarse recatadamente debajo de una cruz o de un árbol!

¡Dónde encontrar una especie de calle de Baquedano de la ciudad eterna, es decir del campo santo; una calleja modesta y silenciosa, con pasto en las junturas de las piedras e inocentes avecitas del cielo que, en vez de alimentarse de rocío, buscan de preferencia toda clase de defecaciones, dilectas o no!

Quería una tumbita sin coronas ni mármol ni vida social ni necrologías literarias; algo que fuera pura muerte y hasta la cual no llegara el eco de alguna gran recepción dada en las tumbas grandes, como palacetes para mucha familia!

Traginaba inútilmente hasta que, al fin, encontré un pedazo del tamaño de un escapulario de bien morir, en que se podría estar solo... mientras eso no viniera a ser un sitio céntrico y elevado de precio a causa del crecimiento de la ciudad de los muertos, la cual, ganándosela a la Capital, ya estará bordeando el millón.

La verdad es que no podía llevarme la vida entera buscando un pedazo de tierra en que estirar los huesos cansados de tanto trotar, una vez que llegara el instante de darme vuelta para el rincón y decir como Rabelais: adiós, mundillo tal por cual...

Fuí a la Tesorería de Beneficencia el 10 de Noviembre de 1906 y desembuché de golpe trescientos quince pesos, importe de nueve—¡buen número! si se hubiera tratado de baccarat!... —nueve metros cuadrados de terrenos (no dice de tierra el recibo que me dieron sin siquiera mirarme, como diciendo: —¿Quién será este pellingajo que sólo necesita nueve metros para enterrarse?...)

En todo caso ya tenía un sitio donde meterme con los míos sin pagar contribuciones, salvo la que hay que dar a la tierra,

es decir al «terreno», según el eufemismo del recibo transcrito, por ser el documento más trascendental llegado a mi poder: es una especie de protocolo irrevisable celebrado entre los huesos y la tierra, entre la muerte y la vida.

En alguna parte ha de dejar uno de ser inquilino. Por lo demás, no sé que se sea propietario definitivo sino de la tierra de cementerio.

Busqué rápidamente al señor Brugnoli, persona excelente, la cual hizo una cueva de ladrillo con diez o doce casillas en que instalarse uno cómodamente, como si se fuera viajando en litera para el otro mundo. Se sonreía, como diciéndome que iba a quedar ahí muy bien instalado y con espacio suficiente donde colocar libros, cuadros y mesa de escribir.

Bien; pero encima había que poner algo, un nombre desde luego, porque ahí hay que dejar definitivamente los pseudónimos...

¿Un ángel, llorando a moco tendido y con una trompeta de lata—con qué la iba a pagar de mármol—en la mano?

Bastaría una cruz de brazos bien abiertos para que en ellos pudiera colgar la chaqueta y el chaleco el encargado de descendernos a pulso o con auxilio de cuerdas de amarrar bultos pesados, el día de ingresar a la última morada.

Sin embargo yo hubiera querido, y no pierdo la esperanza, haber colocado sobre mis huesos y los nueve metros «de terreno» una de esas estatuas llamadas «lloronas» en las tumbas góticas.

No es, por cierto, por poner a alguien sollozando por fuerza encima de uno, sino porque dichas «lloronas» son, desde luego, de sexo femenino, que es el único sexo aceptable, y luego porque como se cubren por completo la cara con el manto o con las ma-

nos, el que pasa no sabe nunca a ciencia cierta—¡qué ciencia será ésta!—lo que están haciendo.

Por consiguiente, dicho transeunte tiene el más perfecto derecho a hacer congeturas y hasta inventar chismes, lo que es muy nacional, aunque no adecuado en un campo santo donde los únicos con derecho a murmurar serían los gusanos al tener el desagrado de imponerse de que algunos sinvergüenzas se permitan arribar donde ellos cargados de toxinas y venenos que cualquier día se les indigestan, impidiendo el cumplimiento de sus funciones. Y vamos a ver lo que pasará cuando no pudiendo los gusanos cumplir debidamente con su sabroso cometido, tengan que dejar intactos o a medio comer a ciertos muertos que, no habiendo quien se atreva con ellos, querrían, es claro, volver a hacer de las suyas en la vida, caso en que no habría más que quemarlos, lo que también tendría el inconveniente de infectar el aire más que lo que está habitualmente en esta vida...

Como tienen la cara tapada, decía al hacer la *reclame* de las «lloronas», nunca se sabe de fijo si están realmente llorando; si son feas o bonitas; viejas o jóvenes...

Usan los vestidos largos, eso sí, y, además de largos, amplios y no como esos ángeles aludos y con un dedo levantado, como si fueran a advertir algo o a metérselo en las narices y, además, con caderas bien marcadas por las telas diáfanas y, por consiguiente, más apropiadas para Josefina Baker que para personas respetables de campo santo honorable.

Las «lloronas» góticas se tapan completamente la cara. Por algo será y ni el que está debajo ni el que pasa adelante sabrá nunca si están riéndose del muerto, que llegaba a ser humilde de puro vanidoso; tapándose las narices, o lo que es más improbable, llorando de verdad.

En la duda, nos decidimos por una cruz de piedra: no dice nada porque para decirlo todo, le basta con lo que es: la cruz que a todos abre los brazos, ofreciéndose al que cae como al que asciende.

# XXXVIII

## »La Nación»

Tomo una pluma de hacer bayonetas, la sumerjo en el tintero con mano y todo y sale destilando tinta que restregar furiosamente en la cara atrofiada del régimen aquel.

Entonces, al verme de esa guisa el señor Director me advierte con tono de consultor espiritual, que no olvide que «La Nación» no es un *ring* de box.

No basta, pues, para combatir estar en disposiciones de hacerlo: hay que organizar el espectáculo, poner carteles, pagar contribuciones, estirar las cuerdas, buscar *referee*, y, sobre todo, obtener permiso para pelear.

Amablemente desviado de mi propósito de armar camorra, empiezo una nueva campaña de interés nacional y, además, me doy a observar atentamente la nueva empresa, el nuevo diario, el nuevo local, la nueva máquina, poderosa, reluciente que resuena en el fondo circundada de ratones que saltan y circulan buscando papel en blanco que devorar y paredes de adobes a que acercarse brevemente y sin pedir permiso.

Se juntó capital, se adquirió una buena máquina; se pusieron unas cuantas mesas, se pobló todo eso de gente nueva y

se metió dentro un candidato a la Presidencia de la República. Listos y andando

Por mi parte escribía en mi casa—de nuevo debajo de la mata de enredadera de la pluma, que sólo por ser tan grande no hice plantar en el campo santo para que cubriera con sus nervios floridos los «nueve metros de terreno».

El señor Yáñez posee una *finesse* rara en una raza que suele pisar tan estrepitosamente como la nuestra.

Sonríe sin alegría alguna y dice cosas que parece que no se atrevieran a ser irónicas y que uno no sabe nunca bien, si son muy hondas o muy a flor de piel.

Conoce la vida; la ha recorrido de punta a cabo con su tranquito menudo e igual de llegar muy lejos a poquitos y a pocones, como los viejos del cuento de los niños.

Tiene una voz melodiosa; lee de todo; lee libros y diarios franceses y le dice a un redactor medio poeta, que la literatura es el peor enemigo de un diario.

Tiene mucho fondo y se lo reprochaba que no fuera un hombre de grandes efectos ni grandes pasiones. Quien lo sabe¡ Sólo él.

La verdad es que a la larga y a fuerza de conocer la vida, del carácter inicial no va quedando en la mayoría de los casos sino la sonrisa, mezcla de ironía y de tristeza, con que es de buen tono mandarse mudar de la existencia.

Al señor Yáñez se le pedía más de lo que necesariamente produce el ambiente que nos satura a todos.

Además, es frecuente pedir a los otros lo que uno mismo no tiene.

Veía bastante más que la mayoría de los políticos entre los cuales traginaba sin darse punto de reposo, de aquí para allá,

con su pequeño bastón en la mano y con una sonrisa sutil en los labios inhábiles para la imprecación; pero, en cambio, muy hábiles para el discurso parlamentario o el alegato forense.

Era una especie de académico de la política y de aquél sistema que él creyó utilizar; que sabía que era dañoso e inferior; pero que no tenía la fuerza impetuosa de quebrar ni con su diario ni con su oratoria.

Era el político extraordinariamente hábil y aún en medio de los combates más violentos como personalismo, era frío, es decir político, político hasta la muerte.

No admitía ni en hipótesis que había llegado el momento de reconstruir material y politicamente y su diario, lleno de fuerza y juventud, empezó a buscar flanqueos, a hacer frases hábiles y recortes de torero que no se atreve con el toro ya derrengado que era entonces el parlamentarismo; el señor Yáñez tenía larga vista; pero le faltaba el carácter recio y contundente de que en ciertos momentos no se puede ni se debe prescindir.

Pudo ser un estadista; pero no dentro de ese sistema, el cual se lo asimiló y se lo devoró.

Tenía conocimiento actual de muchos problemas; pero fué ante todo un político, del cual sólo quedará uno que otro discurso en que hacía esfuerzos académicos por disimular lo que en realidad es: un artista.

Todo lo encasillaba en la política con sus manos cuidadas y femeninas y, sin embargo, era uno de esos seres delicados, incapaces de la carcajada o el grito: era la media voz, cerca de una *chaise longue*, de un tapiz, de una pantalla de seda, de un frasco de perfume, de un vaso lleno de rosas.

El no conoció las groserías ventrales, los apetitos, las manos

traspiradas de aquel régimen en que nunca hubo oxígeno suficiente para un hombre de Estado.

Comprendió gentilmente que no era yo persona a quien se le pasa un memorándum para que lo amplíe y desarrolle, comprendiendo, asimismo, que el que llegaba a pensar y a escribir un poco en «La Nación» era una persona bajo cuya modestia había tal vez alguna personalidad: se limitaba a escribirme de cuando en cuando y mediante esta circunstancia conservo de él una serie de apreciaciones notables sobre la situación planteada por la guerra europea.

La Europa aportillada humeaba como un trapo quemado al borde de un abismo y en cuanto a nuestro país, se limitaba a destilar parlamentarismos y problemas cada vez más densos:

«Si Sud América, me decía en carta de 1º de Octubre de 1917, no se forma como una entidad política internacional en sus relaciones con su poderosa hermana del Norte, vamos a crear una fuente de recelos y rivalidad entre los países sud americanos interesados por razones de política medianera en ganarse el apoyo de los Estados Unidos».

. . . . . .

«Hemos tenido la política de la inercia, la política de no hacer nada, esperando como lo decía yo en alguna ocasión en el Senado, que la suerte nos favorezca o que los acontecimientos se cambien en condiciones de no hacernos daño».

. . . . . .

«En estas condiciones Sud América seguirá siendo un conjunto abigarrado de naciones, sin orientación política, escasas de capitales y de población y con gobiernos presuntuosos y faltos de acción eficaz para asegurar el porvenir».

Había en aquellos momentos para el señor Yáñez un puesto indicado en el cual se armonizaba la pulcritud de la vieja diplomacia con algo de atildado y femenino.

Debió ocupar permanentemente el puesto de Ministro de Estado, es decir de Relaciones Exteriores, y, es claro, sin pensar en la Presidencia de la República porque en cuanto se acercaba a ésto, se unían todos para atajarlo y amenazarlo.

Nunca me atreví a insinuárselo porque sabía bien que se empecinaba en el error de ser Presidente dentro de un régimen que no lo habría dejado ni empezar ni terminar nada.

En consecuencia, no pudo aprovecharse bien ni su talento ni su agilidad espiritual.

Prefería tejer gobelinos de terminación imposible porque cuando ya llevaba hecha una figura o un pequeño paisaje con flores metidas en el bastidor de «La Nación», venía otro político, menos fino que él, le daba un manotón y le estropeaba la tela, tan hermosa como frágil...

Además, siempre andaba por ahí, cruzándosele en el camino otro político muy hábil y ladino, don Manuel Rivas, con el cual el «maestro» pasó en perpetuo *match*, siendo, al fin, eliminados ambos al advenimiento de un régimen que no necesitaba su concurso.

Tenían verdadero talento; pero carecían del temperamento suficiente para dar un gran golpe de ala, de volante o de timón capaz de hacer saltar adelante al barco encallado y con los fondos sucios.

Nadie creía ya en gestos electorales y la literatura puramente política había hecho su época.

¿Adónde habrían podido llegar uno y otro, si hubieran resuelto ir de frente y con un programa de realidades nacionales

contra el parlamentarismo en que operaban como contrapuntistas consumados?

Momentáneamente de acuerdo en las elecciones de 1918, obtuvieron un triunfo que empezaron a tironear por las dos puntas, dividiendo lo que bien conducido tal vez habría podido constituir una fuerza, si no de reacción, por lo menos de contención.

Pero estaban ya muy cerca las elecciones presidenciales y en aquellos tiempos de baratura y quemazón políticas, pululaban tantos candidatos a la Presidencia como senadores y diputados.

No había en ese triunfo, escuetamente electoral de 1919, nada de alto relieve y el éxito electoral fué sólo un incubador corriente y vulgar de nuevas aspiraciones al sillón presidencial.

La existencia de muchos candidatos presidenciales quería decir la facilidad de hacer una buena jugada de «monte» a aquella mayoría de tendencias hacia la izquierda.

He ahí el esquema de la situación a raíz de una campaña en que habían corrido el mosto, los discursos y los billetes.

Nadie hablaba aún seriamente de las necesidades nacionales e institucionales y, entre tanto, fermentaba el descontento, sacudiendo la marmita.

«La Nación», empavezada con el triunfo reciente, continuaba llena de talento y de avisos hacia las grandes circulaciones.

Dése, decía yo, a la próxima elección un sentido de referendum, es decir, el triunfo de éste significa tal cosa y el de aquél tal otra cosa.

Nadie comentó naturalmente la idea; pero como siempre hay alguien que oiga, recibí una carta de uno de los propietarios del diario, que decía así:

«Augusto Bruna, saluda atentamente al señor Emilio Rodríguez Mendoza y lo felicita por su magnífico artículo de hoy, «Referéndum electoral» que es una severa lección para nuestros políticos, que sólo pasan preocupados de la pequeña política».

Por ahí cerca trabajaba infatigablemente un hombre chiquito, cabezón, risueño, inquieto, preguntón, dinámico y bondadoso, que entraba a la caja, a la dirección, a la administración, a los telegramas, a la crónica y al motor... No se sabía cuando trabajaba ni cuando dormía; cuando leía o cuando escribía: Carlos Dávila, personificación consumada del diario que el «maestro» creía conducir, cuando en realidad era éste el conducido por el talento endiablado de aquél hombre cabezón, risueño, activísimo, bueno y simpático.

Barros Jarpa conferenciaba tarde y mañana con don Ismael Tocornal y metía a diario la pluma y los anteojos en las cuestiones exteriores.

Hablaba sencillamente, con una hermosa voz cálida; tiene gran talento y empezaban a llamarlo «la maravillita».

También asomaba su cabeza de Apolo un poco bolchevique, Joaquín Edwards Bello, que es acaso lo más personal que ha campeado en el periodismo de arte de este país y también solía caer fugazmente a aquel diario en perpetuo desorden de muebles y papeles, lo que producía la impresión de ir en un barco a toda máquina o de estar ahí sólo provisionalmente, «Iris» pseudónimo cromático que correspondía a una serie de apellidos embutidos como escudos nobiliarios en la casona colonial.

Mira con impertinentes, y en todo lo que escribe aparecen esos anteojos, típicos del gran siglo, y además, arte, fe, inquietud, miradas y manos de mujer tendidas temblorosamente hacia el misterio...

Ella y yo—recuerdo grato y muy honroso para mí—escribíamos sólo dominicalmente, y cuando se la atacó con aspereza patanesca por sus ideas germanófilas, la defendí llamándola «mi vecina» de página y columna dominical.

Iba a empezar a desmoronarse la Colonia y los artículos de «Iris» parecían aletazos dados con abanico de plumas a esas costumbres y a aquel modo de ser animado por una fe monótona y sin espiritualidad.

La gran dama, tan delicada, tan mujer, tan maravillosamente intuitiva y que daba abanicazos goyescos a las cosas venidas de la Colonia, venía, sin embargo, de ésta a meterse en son de liberatriz en la vida de hoy.

Muchas manos heladas y arrugadas en que serpenteaban las cuentas de amatista del rosario aristocrático, se levantaron con airado simulacro de uñas y exorcismos...

Sin embargo, «Iris» es cristiana, muy cristiana; pero le gusta penetrar en la sombra, buscando alma a través del misterio y la inquietud.

# XXXIX

## «Santa Colonia»

Nunca he tratado que se digan de mis libros cosas de tarjeta postal policromada ni son esos libros trasposiciones más o menos diestras de lo ajeno: me he limitado a buscar activamente mi propio yo, desdeñando las habilidades en que suele ser tan pródiga y diestra la literatura de nuestros países.

Si alguna vez encontré el yo bien mío, se sabrá después, cuando el propietario ya no llene hueco porque en la vida, trátese de lo que se trate, todo fluctúa entre el interés o la simpatía. Y se comprende: el hombre está hecho por las pasiones y para las pasiones. La vida es sólo un reflejo de él, y por ésto se vive y se muere en medio de choques, controversias debilidades y apasionamientos.

En cuanto a temas me ha parecido que la originalidad, es decir, lo propio en materia de arte, sólo puede estar en la utilización de nuestro ambiente, reflejo inevitable de lo europeo; pero que no es lo europeo

Hace ya bastante tiempo—una vez que me sacudí como quien va a tirarse al agua las influencias de Darío, del cual no queda sino lo que él hizo, por cuanto en aquello del decadentismo no había elementos para fundar una escuela, sino para lo que hacía

el mismo artista máximo—pensé escribir cuatro libros, el primero de los cuales debió ser «Santa Colonia». Pero invertí equivocadamente el orden a causa de que mis ideas sobre el plan no eran suficientemente claras, y el primero de esos libros no fué aquél, sino «Vida Nueva», o sea el tipo que fracasa desorientado en nuestro países de imitación moral y material.

Hay en ese libro una idea original: el héroe no admite más crítica sobre las observaciones que escribe acerca de la sociedad que lo ha contaminado sin orientarlo, que la realidad misma y cuando, ya hecha su obra, vuelve a la capital a ver como han pasado las cosas, constata dolorosamente que se ha engañado una vez más, que todo ha acontecido de una manera muy diversa a la que él creía y que los tipos malsanos que hacía caer y rodar son, al contrario, la inferioridad victoriosa.

Al hacer esa constatación lamentable, viene el desequilibrio, la vesanía producida por el ambiente malsano y amoral.

Es ese el libro en que Unamuno encontró algún parecido «en cuanto a tesis» con la «*Education Sentimentale*» de Flaubert. Nunca se ha podido decir una cosa más enorme como elogio, ya que yo no conocía esa obra cuando escribí en 1899 «Vida Nueva».

Después vino «Cuesta Arriba» en cuyo héroe,—mezcla de lo autóctono y lo nórdico—perforador de cordilleras, quise hacer el tipo recio y neto que destaca vigorosamente su acción ascensional en un ambiente ya inficionado de «champañismo», que es como ese libro designa al parlamentarismo entonces en boga.

En el tercero de esos libros, «Santa Colonia», aparecido en 1917, intenté revivir el ambiente espiritual de una época ya lejana y caducada en contraposición con el tipo contradictorio y abúlico del mayorazgo.

La Santa era el pasado; el mayorazgo el presente; la pobre, el destino fatalista de algunos seres; el capellán la Religión hecha bondad, buen sentido, perdón, tradición sin fanatismo.

Además intenté sustituir el personaje individual por lo simbólico, o sea el tipo genérico en que hubiera algo de los antecesores psicológicos de la raza.

En cuanto a estructura o forma exterior del pensamiento, suprimí el detalle minucioso del pasado descripcionismo, tratando, en cambio, de producir ambiente... ¿será sólo un intento inútil tratar de retener en lo escrito sólo lo esencial, lo permanente, lo que ahonda, lo trascendente?...

¿Se podrá escribir como esculpía Rodín o como pintaba Carrière?

En los maestros del claro obscuro sólo descuellan, saliendo del misterio, las figuras capitales. Lo accesorio se pierde en las sombras transparentes, pobladas de lo que viene del infinito o se prolonga hacia él.

El cuarto de esos libros sería el tipo nacional.

¿Pero existe ese tipo único?

¿Existirá alguna vez el arquetipo racial de todo el país?

Pienso que no porque salta encima de tal proyecto el regionalismo de nue tros diversos estamentos geográficos: el chileno del norte, fatalista, valeroso, temible; el campero del centro; el silencioso y tenaz de la parte austral. Es lo que está haciendo vigorosamente Latorre Court.

Hubo muchos juicios sobre «Santa Colonia».

Me interesaron tres por su bondad, que siempre atraerá mucho más que la pedantería libresca de los encadenados al vicio solitario de las trasposiciones: un capuchino con una cabeza

que pintará Murillo tan pronto como se encuentre con él en el cielo, dijo que ese libro era el de un místico...

Tal vez: aunque acuchillado por el dolor de que no haya aparecido en mí una creencia hecha de fe, de poesía, de bondad, he sentido, hasta el arrobamiento, el encanto extra terreno del órgano, los cantos, la música de pasión y de muerte; el miserere, el *Stabat Mater*.

Nunca he sentido cantos en una iglesia sin dejar de sumergirme en la semi sombra, ni sé de una obra de arte más suprema, apesar de lo maltratada por la repetición, que el sermón de Soledad, cuando la Virgen Madre, en el Calvario, a la hora de la tarde, mira angustiosamente a su Hijo clavado en la cruz, con la cabeza caída sobre el pecho como en la interpretación desgarradora de Velásquez.

Inés Echeverría, que es la inquietud espiritual, y que ahora sigue trabajando mientras yo hago lo mismo, como en los tiempos de nuestra vecindad dominical de «La Nación», llamó generosamente a la pobre Santa, estupenda obra de arte; Williams Mann, profesor de psicología experimental de la Universidad de Berlín, que después ha tenido la bondad de hablar de mis cosas en la enorme Alemania, emitió juicios que aún hoy no sé si son más humorismo que bondad:

«Permítame decirle en pocas palabras (*) que es lo que me ha impresionado tan hondamente en la lectura de «Santa Colonia», haciendo que para mi juicio este libro se eleve al lado de las obras verdaderamente grandes que he leído no sólo de la literatura castellana sino de las de cualquier otro idioma y pueblo».

———

(*) Carta de 13 de Abril de 1918, publicada en uno de los números del mismo mes de Santiago.

. . . . . .

«Esta absoluta sinceridad en el juicio moral, expresada muchas veces con fina ironía, y esta penetración psicológica de sus caracteres y de sus actos constituye, según mi opinión, el primer mérito de «Santa Colonia» y esta importancia moral y material le quedaría asegurada aún cuando la novela no representara nada más que el drama de la vida de personajes individuales».

Pero, en «Santa Colonia», se ha emprendido una tarea mucho más grande. El drama de las individualidades se amplía en forma majestuosa. Como actores de la tragedia que se desarrolla en la novela, obran en el fondo fuerzas espirituales, concepciones del mundo, tendencias de la época. Sus líneas de psicología individual sólo sirven para dibujar cuadros sociológicos: en el conflicto de las almas se exterioriza la evolución de la sociedad, el avance del espíritu a través de la humanidad. Los individuos se convierten en representantes de generaciones. Es en este aspecto de la obra que veo yo la mano del maestro, el sello de la grandiosidad que me arrastra a la admiración.

. . . . . .

«Tiene al mismo tiempo un carácter eminentemente nacional y el extranjero que se empeña por comprender este pueblo, encuentra aquí una fuente rica en enseñanza e interpretación».

. . . . . .

«El drama que se desarrolla entre dos mundos de ideas se halla expuesto en el marco de un libro diminuto porque sólo se han trazado rasgos sustanciales, significativos».

. . . . . .

«No hay nada de insignificante en el libro, ni una escena, ni una palabra. Pocos los personajes, cada uno de importancia típica. No sería correcto decir que aquí se describen las ideas o

las épocas sino que con poderosa capacidad de evocación se las simboliza en imágenes llenas de realidades».

Aquí, en cambio, ese libro produjo un chisme destinado a herir una figura venerable por la cual he sentido siempre el más elevado de los afectos.

El único rasguñado por esa villanía fuí yo, coleccionador de espinas.

Pero no fué esa la sola repercusión producida por ese libro en la hoquedad agresiva de nuestro ambiente, tan luminoso y, sin embargo, ahogado y sin más ecos que las estridencias del ladrido o la dentellada: dijo un crítico más o menos joven—y cuánto siento no haberle contestado con la mansedumbre de que por fortuna carezco—que a poco de empezar la lectura de «Santa Colonia», tanto más breve que sus producciones, había tenido que arrojarla lejos...

# XL

## El fantasma ruso

A mediados de 1918, Foch empezó a dar golpes mortales con su bastón estrellado: una vez más quedaba probado que ante el peligro de la hegemonía de uno, todos los demás terminan por hacer causa común y formar frente único.

Los mariscales franceses se preparaban a avanzar sobre el Rhin.

Había diez o quince millones de muertos.

¿Qué había ganado la Humanidad?

El viejo Continente tenía los estremecimientos de la mutilación.

El mapa agrietado era un enorme pudridero; un enorme campo de batalla del cual había desaparecido la atrayente bizarría de las contiendas antiguas: no se volvería a ver a Murat, *chamarré*, sable en mano, a la cabeza de veinte mil gineres que pasan estremeciendo la tierra y gritando *vive l' Empereur!...* Y el pequeño Emperador gris, al frente de su Estado Mayor dorado, saluda la tromba fulgurante con su célebre bicorne ante el cual tembló durante un cuarto de siglo la Europa entera.

La guerra ya no es la misma que antes; ha cambiado por

completo, evolucionando hacia la crueldad más aterradora. El mundo marcha... Mata más que antes; pero de otra manera.

En aquél fin de hecatombe, en 1918, el cielo lívido también se descomponía ya en una putrefacción de colores desgarrados por el lampazo de los cañones.

En el cielo amarillento, miles de aviones en que zumban la muerte y las hélices: cuando el hombre logró volar no fué para ascender, sorbiendo infinito, sino para matar más seguramente desde bien arriba.

Entre la obscuridad y en el barro de las excavaciones, continuaba arrastrándose una población de sombras que llevaban cascos de acero en que había sangre, metralla y hasta excrementos.

El fondo nauseabundo de las trincheras era un hibridage de razas, orígenes, cultura, intereses y pasiones.

La Humanidad ululante se había soterrado, bomba en mano, en el silencio de las trincheras infectadas de ratas, piojos y gusanos.

El terreno empantanado, desgarrado, estaba lleno de muertos que esbozaban con los brazos o las piernas un gesto de agonía en que aún se adivinaba el fatalismo doloroso del que quiere morir para descansar alguna vez.

Algunos mostraban la cara azumagada, sin carne, en la cual lo primero que ataca la putrefacción son las pupilas.

He ahí la parte del planeta que ha civilizado a las demás partes.

Y lo más trágico es que todo lo que pasa en ese viejo mundo que «bulle en la muerte», en una o en otra forma, no tarda en reflejarse en los continentes de imitación como las perlas.

Sobre un campo sin fin, espolvoreado de armas, piltrafas

y osamentas, algo extraño—contaba Barbusse—se atreve a surgir de la superficie: era una cabeza negra, curtida, lustrosa. La boca de través, hacía una mueca escénica y a cada lado se erguía un bigote de peluquería... Parecía una gran cabeza de gato carbonizado: era un cadáver que, como si quisiera huir y volver a la tierra de que se alejó en un día espléndido, salía de su sepulcro de ocasión, levantándose verticalmente sobre el nivel del suelo ametrallado.

¿Qué hará el hombre caricaturado en gato por la muerte cuando pasen los carros de fuego, los tanques, flanqueados de llamas, caldeados, salpicados de sangre y empenachados de humo?...

Cerca, estremece la brisa un papel embarrado que dice:

«*Cher Henry: Quel beau temp, pour le jour de votre natalice*»!...

Poco más allá, un cráneo blanco viligado por un par de botas, y entre éstas y el primero, un montón de trapos endurecidos por el barro.

Cae la nieve al amanecer, espolvoreando los cuerpos muertos o dormidos

Brumas. Obscuridad.

Los obuses al estallar dibujan un bosque de luz violácea sobre el cual se destacan las estrellas multicolores de las señales.

El cielo se cubre con una cúpula de imprecaciones y la atmósfera irrespirable está impregnada de veneno, de azufre, de explosivos, de tierra calcinada, de carne hecha papilla o de sangre hecha bermellón y barro.

Los cadáveres se aplastan unos contra otros en un insensato acabamiento de mundo y, aventados por los obuses, los restos humanos se balancean goteando sangre o gusanos prendidos de los árboles hechos brazos mutilados.

Se acerca una fila interminable de carros de fuego, flanqueados con la orla roja de los disparos, incontenibles, empenachados de humo y de horror.

Son los tanques; es el fin de la guerra; pero no la muerte de las guerras.

Los mariscales color horizonte avanzan mostrando el Rhin, guerrero y poemático, son sus bastones estrellados.

Es el fin de la guerra y el Emperador que yo había visto en Roma, de pie sobre un capitel corintio, se emboza en su capa; mira por última vez la línea de fuego que avanza y traspasa la frontera, dejando atrás una espada y un Imperio.

No era Alemania la que caía, era sólo un régimen.

Los grandes países, es decir, los que tienen grandes fuerzas de renovación, no caen, tropiezan. La Europa continuará sol-tando poco a poco lo que durante muchos siglos había captado al resto del mundo; pero nunca podrá extinguirse del todo porque es un laboratorio espiritual erigido en el sitio mismo en que se ha operado casi la totalidad de la evolución humana.

Pero con Alemania caía el espeso muro de contención de la anarquía, de lo desconocido, de los ensayos, hijos del dolor y la desigualdad, y se proyectaban formas nuevas de asociación social y política.

Algunos pensadores alemanes orientan entonces su pensamiento hacia Rusia y más allá. Sus fisonomías se iluminan con los resplandores dorados y rojos de la confiagración moscovita, y hablan de una Eurasia...

En Rusia había aparecido una cara cósmica que miraba siniestramente hacia Europa y el mundo. Era el Oriente clavando sus pupilas enigmáticas en el Occidente; pero era más lo primero que lo segundo, porque en su doctrina demoledora de la organi-

zación romana y cristiana, el marxismo es sólo un componente inicial del cual va quedando muy poco o nada.

Lenín venía a abolir el sentimiento y era sólo una teoría implacablemente realista y sin un solo estremecimiento espiritual.

No hay nada emocional en esa figura extraña, como todo lo ruso, que es pedazo oceánico de planeta. Nada más diverso al Cristo inefable que muere con la cabeza inocente clavada sobre el pecho traspasado de dolor moral y físico.

Pero sea como sea, el hecho era que Lenín miraba fijamente hacia Europa y hacia el resto del mundo, y que sus ojos, más de malhechor que de redentor, atizbaban un momento propicio para irse encima de las sociedades actuales y extrangularlas.

El mundo que empezaba a nacer y que para nacer del todo necesita una organización diversa a la vieja política de la timidez, la lentitud o la parálisis, debe ser otra cosa que el odio hecho doctrina: debe ser un mundo en que cada hombre sea dueño de algo en proporción con su espíritu y con sus necesidades.

El fin de la guerra y la aparición de Lenín, destacándose sobre un fondo de nieve y llamas, producen un estremecimiento desconocido e impreciso y encuentra sin gobierno a muchos países, inclusive al nuestro.

¿Qué iba a pasar?

Del orden se sale sin sentir; pero siempre ha costado mucho volver a él.

Había llegado el fin de la guerra con todo su dramatismo y su inquietud.

Hasta entonces el caso de Rusia era lo único, es verdad que monstruosamente utópico, dado a luz por la guerra, y el mundo entero, engañado, miraba ávidamente hacia el gigantón blan-

co, embriagado de alcohol y de sangre en medio de sus estepas y sus iconos.

Había callado el chasquido de los azotes zaristas, aplicados como régimen habitual de gobiernc, y al pie de la horca ya no se destacaba, al rayar el alba, aquél personaje de Tolstoy que espera la muerte con las manos atadas, mientras cruzaba un piojo su frente helada de soñador y de rebelde.

¿Cómo había podido encenderse hasta la entraña alcoholizada el país nevado y silencioso de que sólo salían de tiempo en tiempo bailarinas estupendas y novelas pavorosas?

En pleno zarismo la agitación se circunscribía a la ciudad; donde expiaba bomba o revólver en mano un mártir indiferente, saturado de ideas que lo espiritualizaban, convirtiéndolo en un temible ser teórico, que disparaba cualquier día como quien ejerce una función redentora.

Era aquella la gente temible de los «cabellos cortos y la resolución fría».

Cada una de las ejecuciones que enlazan con cuerdas de horca toda la historia rusa, era contestada sin tardanza con un nuevo atentado terrorista, y los que lograban trasponer las fronteras, escapados a Dios y misericordia, ratificaban sus juramentos trágicos, volviendo las manos magulladas por la tortura hacia el suelo desolado en que culminaban las cúpulas ortodoxas, aplastadas como senos envejecidos.

La extensión y la incultura, combinadas, habían llegado a formar un todo impermeable y sin grietas apreciables por donde pudiera escurrirse la fecundación de la luz.

En cambio, había en el caos del alma rusa algo que, cuando prende y germina, aunque sea en secreto, no tarda en formar la más incontenible y ciega de las fuerzas de avance hacia lo des-

conocido: una literatura revolucionaria y nacional, mezcla de lo primitivo y lo moderno, y que constituye la mejor historia y la única filosofía de aquel pueblo delirante: Ponchkine, Lermontoff, Puskin, el enorme Dostoievsky, el enorme Tolstoy; Tourgeneff, Gorki.

Sobreviene el síncope zarista producido por la guerra y el desastre; se suceden los cambios más desconcertantes y surgen a la realidad teorías y personajes, antes desconocidos, que intentan la aplicación integral de un comunismo inadaptable a la realidad económica y social.

Oliendo a mujeres, caen en un charco de sangre y de *champagne*, Trepoff y el truculento Rasputín, y empiezan los tiros patibularios de la Cheka, que antes de fusilar despoja de sus ropas al mártir para que no las manche de sangre y pueda aprovecharlas el verdugo, el cual dice a la víctima, aterida por el frío y el terror: desnúdate; sácate los zapatos, sácate todo, que para morir no necesitas más que el tiro en la nuca que te voy a dar ahora mismo...

El caso de Rusia patentizaba un principio clarísimo a los países que llegaban a tropezones y sin gobierno al fin de la guerra europea: el deber de educar y socializar las masas incultas porque las agitaciones de carácter económico de los pueblos más conscientes y preparados, se convierten fácilmente en tragedia donde sólo hay multitudes miserables a las cuales es natural que hasta lo desconocido les parezca una seducción, una salvación o un cambio favorable: en una palabra, no se agita de igual modo un pueblo culto que uno que no lo es, ni uno con nociones de equidad que otro que sólo conoce la promiscuidad, el alcohol y la miseria. El primero dará carácter de economía social a sus aspiraciones de mayor bienestar; el segundo, lo desgarrará todo,

facilitando así el advenimiento de la anarquía interior y la disgregación exterior.

El temblor de vaga inquietud, producido por la guerra, llegó hasta nosotros, país sin gobierno a la sazón, y un día de fines de 1918 desfilaron ante la Moneda y Portales todos los residuos acumulados por el odio y el arrabal.

Eran el analfabetismo, la taberna, la raza olvidada, disminuída y detenida, la que pasaba, desgreñada y descamisada, frente al palacio tradicional en que el sistema político había suprimido prácticamente la función del gobierno como tuición del porvenir.

La chusma pasaba fluvial y desbordada, inflamando aquella tarde estival con sus banderas llenas de insultos, avanzada inconsciente del bolcheviquismo.

Eran los olvidos de treinta años de acefalía institucional desfilando en son de protesta y de emplazamiento.

Era el planteamiento efectivo de la cuestión social dentro de términos extremos e inadmisibles.

No había más que una manera de confrontar y detener ese problema siniestro: reconstituyendo el gobierno y dando comienzo a una vasta organización social.

Mientras entraba una comisión popular a la Moneda, la chusma empezó a destrozar los árboles de la plazuela.

El General Moore dice que hay que nombrar un dictador de alimentación.

La multitud continúa despedazando los jardines.

Puede ser ese el comienzo del fin y se produce un momento de peligrosa tensión.

El General Bari, que desde el comienzo de la manifestación se hallaba con otros jefes en la puerta del Ministerio de la Gue-

rra, llama enérgicamente a un oficial, le ordena que tome quince o veinte soldados y que impida a viva fuerza que continúe la destrucción.

No es ese un pequeño detalle, como pudiera parecer. Todo lo contrario: es la energía apareciendo en el momento preciso para detener lo que, pequeño en un principio, pudo extenderse fácilmente a la ciudad entera.

También surgen en aquellos días algunas cuestiones exteriores que tratan de asirse diestramente a los postulados wilsonianos: por fortuna para el país, estaba a la cabeza de nuestras Relaciones Exteriores un hombre de talento, de estudio y de experiencia: el señor Barros Borgoño.

# XLI

## Vuelta a la carrera

En 1891, en plena revolución, yo era oficial de pluma del Ministerio de Guerra (*) cuando el señor Bello Codesido llegó a la Subsecretaría, siendo casi un muchacho.

Era tan intensa la labor de aquellos tiempos de batallas peleadas encima del salitre y de acorazados torpedeados en nuestras propias aguas, que el biznieto de don Andrés Bello por poco revienta trabajando.

Lo conozco desde entonces .y hemos platicado muchas veces en su sala de trabajo, presidida por dos retratos: el de Balmaceda y del humanista que dejó al país Códigos, Gramáticas, versos y el ejemplo de una vida entera entregada a las más nobles disciplinas del espíritu. Era un clásico y, además, varon justo y sabio.

El señor Bello Codesido, su descendiente, tiene una larga carrera pública y en 1904, siendo Ministro de Relaciones Exteriores, firmó el Tratado de Paz definitivo con Bolivia.

En 1919 el Canciller Barros Borgoño llama al señor Bello para ofrecerle la Legación en La Paz: había llegado un momento

---

(*) Ver «*Como si fuera ayer*», por E. Rodríguez Mendoza.

que requería mucha actividad, mucha preparación, mucha experiencia, y mucha energía tranquila. Bolivia será siempre para nosotros una legación delicada.

En esos momentos el Presidente Wilson, tenía o creía tener en una mano el planeta humeante y lleno de sangre y en la otra la Biblia, y sobre ambas cosas, la bandera con un campamento de estrellas.

Estaba equivocado al creer que las cuestiones europeas—cuestiones de raigambre milenaria—podían arreglarse mediante la aplicación de sus principios; pero era la suya una quimera espiritual proyectada ante la Europa arada por la guerra o sea el formidable riego de sangre en el cual el puritano quería que germinara la paz permanente, que acaso es algo superior a las pasiones y los intereses, síntesis del hombre.

El universitario se desayunaba leyendo los salmos bíblicos y había hablado reiteradamente al mundo desde la tumba de Wáshington—tumba blanca sin una sola mancha de sangre—no como un orador, sino como un puritano que invoca a Dios.

Wilson, contraposición washingtoniana de la magnífica acometividad de Clemenceau, fué lo único espiritual de aquél choque inaudito como magnitud, pero pequeño como ideología y como resultados benéficos: hasta ahora, ninguno.

Woodrow Wilson intentaba señalarle un rumbo a la Humanidad, armonizándola en la Sociedad de las Naciones que quiso basar en la equidad y la paz.

Es una gran tesis fallida; pero es una tesis, de esencia cristiana, que el célebre Presidente elevó a la altura de super-doctrina.

Está, pues, justicieramente puesto a Wilson el nombre de apóstol.

Su fantasía conmovedora, al diluírse en algo muy diverso a lo ideado por su preconizador, abatió al apóstol que también conoció el santo cáliz de la amargura.

Quería imprimir una orientación ideológica y desinteresada a una contienda hecha, como todas las anteriores, por hombres en que, mientras sean tales, predominarán, ocultos e embozados, las conveniencias y los odios.

Y cuando calló momentáneamente el himno orgulloso de la raza que soñó y filosofó durante siglos para caer militarmente en 1914 sobre el desorden y la neurosis de la vida actual, Wilson se imaginó que había cogido al planeta entre los brazos y que le sería relativamente fácil revestirlo con una túnica evangélica.

Su vista alcanza a todas partes y cree de buena fe en la aplicación universal de sus principios, ignorando que no siempre pueden deshacerse las consecuencias de una guerra: los acontecimientos, máxime en los países nuevos, suelen producir situaciones que años después ya no es dable rehacer.

En 1919, y antes de su primer viaje a Europa, el apóstol mira hacia acá, hacia el Pacífico, y envía un cablegrama al cual se habría podido contestar con una pregunta: ¿si el Presidente no creía, que rehacer o deshacer los hechos crearía problemas mayores que los existentes.

Hablo sin odio alguno para ningún país: todo lo contrario.

Pues bien, si algún último evangelista pudiera borrar lo consumado ¿cómo podría asimilarse Bolivia, sin recurrir a violencias que no sería posible permitir, un territorio en que hay doscientos mil chilenos?

Se impondría una segunda reivindicación. Es, en consecuen-

cia, inútil pensar en un litoral que no está articulado al resto del organismo geográfico del antiguo ocupante.

Antes que el apóstol enviara un segundo cablegrama con impracticables admoniciones bíblicos—suele el idealismo chocar de frente con la geografía y la imposibilidad material de deshacer hechos que han alterado las situaciones anteriores—el señor Barros Borgoño, quien prestó en ese período servicios eminentes, llamó, como decía, al señor Bello Codesido para decirle que el país necesitaba de sus servicios en La Paz.

El señor Bello aceptó el sacrificio patriótico. Y hablo de sacrificio, porque La Paz, que es uno de esos sitios en que están intactos los días del génesis, se halla casi a cuatro mil metros de altura, elevación propicia a que uno se crea un serafín del Altiplano...

En esos mismos momentos yo seguía encerrado en mi retiro, escribiendo artículos dominicales para «La Nación» y de nuevo, como cuando mi campaña de «El Mercurio», seguía sin entender nada de aquella política que sólo era una siembra artificial de candidatos.

Me atraía fuertemente el dramatismo, cargado de sentido, de ese momento en que del mismo hedor de las trincheras y los sepulcros esparcidos, empezaba a salir un clamor enorme de mayor bienestar, de mayor solidaridad entre las diversas clases sociales.

Una pluma limpia de detritus políticos, unas flores, un pedazo de tierra en la vida y otro pedacito en la muerte y un constante llamado del paisaje enmarcado de montañas... He ahí la anotación que podría escribirse al margen de aquel año de labor apolítica en «La Nación».

Cundía el descontento, el temblor de la materia que se estremece con la herida que ahonda.

Sobre la uniformidad monótona en la cual había, sin embargo, algo de inquietante, no se perfilaba un solo hombre de acción capaz, como piensa Keyserling, de rectificar los sucesos desfavorables, convirtiéndolos en favorables.

Era la inconsciencia ante la sacudida, unánime de los bajos fondos.

Nadie auscultaba ni veía nada y en todo aquel mundo político que no era el país, evidentemente, y que, sin embargo, arrastraba al conjunto, predominaba con escasas excepciones, un apresuramiento indecoroso por alcanzar situaciones que no eran el resultado de una ascensión ordenada y jerárquica.

La antigua estructura política consistente en un Ejecutivo apoyado sólidamente en los terratenientes austeros venidos de la Colonia, se había convertido, primero en oligarquía lenta, inescrupulosa o incomprensiva, y luego en plutocracia, medio cosmopolita, y cuyo descaro insolente y estólido a la vez, miraba algo como algo sin interés o de mal tono el espectáculo, superior como tarea cerebral, de hacer un país con derecho a figurar apreciablemente en la sociedad humana.

Estaban tan a la vista los problemas de todo orden, que ya empezaban a creerse estadistas los que lograban percibirlos: un mal lo puede diagnosticar cualquiera, máxime cuando ya aparece inequívocamente en el exterior. No es verlo y señalarlo lo difícil: lo arduo es detenerlo, extirparlo, vigorizando de nuevo el organismo enfermo. Estaban ya objetivamente producidas la crisis económica, la crisis social, la crisis constitucional, la crisis moral. Era necesario estar ciego o imbécil para no verlas.

Sin embargo, continuaba la política, improvisando com-

binaciones y candidatos y hasta nuevas agrupaciones de componentes heterogéneos venidos de todas partes en busca apresurada de lo meramente personal.

Total: muchos políticos que llenaban el Club y en el Congreso la famosa mesa de onces; pero ni un solo hombre de Estado en el horizonte vacío y sin visión.

Nadie dejaba hacer nada a nadie por temor de que el que lograra trabajar algo apreciable pudiera aspirar a la Presidencia, la cual ya no iba siendo el final de grandes servicios, sino de grandes daños al país.

Era preferible alejarse, e hice saber al señor Bello Codesido que me consideraría muy honrado acompañándolo en su misión patriótica, insinuación que fué recogida con satisfacción, tanto por él, que se apresuró a trasmitirla al señor Barros Borgoño, como por éste.

Perduraba todavía esa edad en la vida en que, aunque se vaya a pie, uno se hace la ilusión de que va en avión, salvando cumbres y escoltado por las águilas de la fantasía...

Iba contento a Bolivia; pero, al guardar mis libros, sentía una vez más la pesadumbre del que interrumpe de súbito una labor que consume porque es intensa, pero que eleva porque es combate peleado cuesta arriba.

Poco antes de empezar a encajonar, recibí otra carta más de un apóstol, no de las proporciones de Wilson, evidentemente; pero que, en cambio, que era algo de cera encendida por la fe.

«Santiago, 22 de Carlo Magno, de 64.

Mi muy estimado señor y amigo:

Creo que por su índole esencialmente artística usted ha sido siempre en el fondo de su alma partidario decidido de la

concordia universal. Sólo que las generosas tendencias de su pecho se han de haber visto muchas veces cohibidas por el espectáculo del egoísmo, que su penetrante mirada no tarda en descubrir donde quiera que se le ofrezca. Intensamente gozará usted, sin duda, ante la esperanza que ya se hable de una Liga de las Naciones para mantener la paz del mundo.

Cuenta usted con el feliz privilegio de poseer una pluma que es una verdadera fuerza social. Se le presenta ahora la ocasión propicia de ejercitarla con el más edificante influjo.—Juan Enrique Lagarrigue».

Ni el señor Bello Codesido ni yo habíamos descollado por nuestro entusiasmo hacia el Presidente de la República, del cual había llegado el momento de despedirse.

—Van dos Emilios—le dijo al señor Bello Codesido—así es que todo va a salir a pedir de boca...

—El que venga después de mí—me dijo cuando fuí a pedirle órdenes en cumplimiento de un deber elemental—va a tener que estar aquí con todo esto lleno de ametralladoras...

# XLII

## En la altura

Siempre me ha gustado mirar atentamente los mapas. Esta vez me quedaba cigarro en mano ante el de Bolivia, el cual desaparecía a veces, cubierto de nubes de humo.

Concentrada en su bastión interior, en el cual no se da un golpe de piqueta sin que responda alegremente la nota augural de la riqueza metálica, Bolivia es un país que se organiza lentamente a través de grandes dificultades raciales y geográficas.

Cada extremo del enorme territorio mediterráneo requiere una salida diversa: ríos navegables en el Oriente; ríos de la cuenca platense, en la región que pudiera llamarse del Plata; vasta zona más cercana del Pacífico que del Atlántico.

Las necesidades no convergen, pues, hacia un solo punto: son regionales y sin conexión entre sí.

Los últimos presidentes bolivianos, entre los cuales ha habido hombres de innegable talento, no tardan en percatarse de que aún más importante que la riqueza extractiva, es la situación céntrica del país en el Continente, como que el que en Bolivia establezca iniciativas poderosas—todo deriva hoy hacia las cuestiones industriales, económicas y sociales—quedará en el centro mismo del mapa sudamericano

He ahí un país silencioso, rico, enigmático, envuelto en sus tejidos orlados de dibujos extraños.

Hasta 1919 sólo las empresas industriales chilenas habían penetrado valerosamente en él, donde, mano a mano con la riqueza, perdura el misterio geográfico del centro de un Continente que ha llevado el estudio y las exploraciones muy poco más allá de donde llegó la conquista española.

En el Oriente, abrazado por el sol, hay petróleo, que debe salir al mar por los ríos de la cuenca platense, y el cobre que estremecerá, una vez convertido en hebras doradas, la fuerza azul de la electricidad, vetea los flancos venosos de los montes que levantan en medio del silencio cósmico su silueta solitaria: el Illimani, el Mururata, el Illampú, «llamas» gigantescas con el lomo montuoso cargado de nieve.

Petróleo, cobre, estaño, son materias primas sin las cuales no podría marchar la vida de hoy.

Metida en el extraño paisaje del Altiplano, Bolivia construye ferrocarriles, es decir, abate distancias, su problema máximo.

La política de Pando, ampliada por Montes, por Villazón y de nuevo Montes, es ferroviaria ante todo.

Mientras en Bolivia construye Chile ferrocarriles que unen establemente la costa con el interior, en la América meridional se opera un acontecimiento que ya he definido diciendo que ha sido como cambiar el frente de la casa: cortado el Istmo, murallón averiado que ya no tendría por qué seguir en pie, las poderosas iniciativas voltaicas venidas del Norte no tardarían en descubrir aquel pueblo y aquella raza de bronce, según Arguedas, eminente escritor de gran valor cívico.

En 1919 Bolivia, tratando de encajar sus aspiraciones dentro de los postulados wilsonianos, empieza a pedir clamorosa-

mente puerto: puerto en que meterse al agua; puerto en que enarbolar su pabellón; puerto en que el Inca venido de la isla del Sol en peana de plata, pudiera juntarse con aquel Caupolicán, combativo y nervudo, que se enfrentó a la Conquista con los puños y los dientes apretados: Bolivia tira su «kena» gemebunda bajo una mata de «kantuta»—la flor sagrada—y reclama salidas cómodas porque creía que las circunstancias mundiales que siguieron a la guerra europea eran providenciales y que, por consiguiente, no había que dejarlas escaparse.

Es el momento en que llega a La Paz la nueva Legación: el señor Bello Codesido, el que esto escribe y el adicto militar, Comandante Ahumada.

Salimos en la tarde de Arica y a poco ascender el magnífico ferrocarril al Alto, divisamos abajo un pañolón verde estirado al pie del Morro como para envolverlo en un momento dado.

A media noche, estamos casi en la frontera, a cuatro mil metros de altura, más o menos.

Hace un frío de los demonios; se respira como—según el decir de Daniel Riquelme—si se llevara todo el parte de policía dentro del cuerpo y se siente un decaimiento muy poco apropiado para afrontar situaciones molestas o difíciles.

La señora Balmaceda de Bello sufre un síncope, cae de su asiento y cada cual corre en busca del éter salvador.

Estamos en General Lagos: es un nombre rudo y glorioso que, montado en la frontera, recuerda oportunamente aquel asalto al amanecer, al Morro, a cuyos pies se extiende el pintoresco mantón teñido con anilina verde.

Se ha hecho el silencio entre nosotros; cada cual se concentra y, además, se aconcha en sí mismo.

En diplomacia tiene un interés muy especial llevar la representación del país donde se sabe de antemano que bajo el silencio de la cortesía, bullen los recuerdos y los apetitos bélicos.

—¡General Lagos!—, dice una sombra que pasa con un farol de luz pobre y sucia.

El tren se detiene entre las sombras y descendemos con el Comandante, quien, a pesar de los cuatro mil metros de altura, sigue tranqueando como en los días de desfile de cadetes con cimeras blancas sobre los cascos en punta.

Pregunta y mira todo como si fuera al mando de un convoy de guerra.

General Lagos es el último nombre chileno agarrado a la frontera helada: es un nombre de diez letras justas que dice muchas cosas bizarras y rotundas.

—¡General Lagos!... —repite no sé a quien esa voz que alertea en la frontera un nombre de redoble de tambor tocando carga en medio de la noche.

El tren bufa en la obscuridad.

No se ve nada; montañas; aire delgado y cortante, y en el firmamento, que la altura acerca en forma impresionante, el temblor acelerado de los astros

—¡General Lagos!—insiste el «roto» de poncho, bufanda y «chonchón» que bosteza seguido de un quiltro flaco que busca a quien ladrar o morder... Como no muerda a la sombra o a un «pongo» que se aleja trotando con el baúl, ataco como un malhechor, del único ser viviente que se queda en esos parajes...

El tren vuelve a reanudar su carrera estridente y me quedo sin poder conciliar el sueño, asaltado por la certidumbre de que voy trepando a algo desconocido.

Jadean la máquina y el corazón, como si alguno de los dos

fuera a estallar. Empieza a clarear en medio de la desolación angustiosa que nos invade.

El corazón golpea dentro de su «termo» misterioso, preguntando alarmado dónde se le ha traído apesar de sus advertencias.

Clarea.

Es un amanecer de silencio, sin cantos ni colores. No dice nada y, sin embargo, abruma la grandiosidad de esa naturaleza retorcida y torturada que se embiste de cima a cima; que se desploma verticalmente en busca de la profundidad en que ir a esconder el misterio de algún designio o de alguna riqueza oculta.

Aparecen en las cimas pintadas con zumo de yerbas las figuras de los tejidos aymaraes y con sus patas de cobre oscilando sobre el abismo, toca un indio su caramillo de salvaje, la «kena» llorona con que convoca a las «llamas» de cuello altísimo como para mirar sin levantarse desde lo «alto» hacia el abismo.

Avanzamos entre una decoración de tejidos de oro y plata tendidos en la cima y hechos por el sol que nace dando expresión pictórica a lo que entre las sombras era sólo algo caótico.

Evidentemente, esto fué mar desaguado hacia el océano. En Tacna, en los mismos campos en que se libró la batalla, se camina interminablemente sobre una arenilla formada por pequeñas conchas trituradas.

El «alto», es decir el Altiplano, es ahora una sucesión de montañas estériles en el fondo de las cuales está La Paz, cercada por el embudo geológico hecho por las torrenteras de arquitectura gótica labrada por el agua de la nieve al derretirse o de las lluvias al correr durante siglos monte abajo.

Se divisan cultivos diminutos, del tamaño de un «agüayo» (*)

---

(*) Tejidos hechos por los indios.

y en medio de ellos, como si los estuvieran tejiendo o pintarrajeando, las bayetas verdes, rojas y amarillas de las indias.

Una corrida más del tren que desciende haciendo cabriolas entre las torrenteras y estaremos en La Paz.

Los colores que un momento antes nos parecían tubos de pintura vaciados íntegros entre las siembras y los maizales, son las polleras afaroladas de las indias que escarban la tierra a medio preñar con la pequeña cosecha próxima.

Estamos en La Paz y el protocolo, representado por su distinguido jefe don Lorenzo Pinilla y por un edecán del Presidente de la República, sale a dar la bienvenida al nuevo Plenipotenciario de Chile.

No siempre es cosa tan así no más la representación en los países cercanos; pero en el caso de Bolivia, esa tarea compleja se complica porque siempre se cree ahí que cada ministro chileno que llega a La Paz, lleva un par de puertos, con agua y todo, que ofrecer como quien sirve un aperitivo con que abrir el apetito.

Estamos en Chijini nombre del cual tomó pie un inglés para decir que en La Paz no hay más que dos estaciones: la del ferrocarril y la de invierno.

Por ahí cerca acampa un escuadrón de policía cuyas bestias de guerra no tienen un parecido muy evidente, ni como formas escultóricas ni como bríos épicos, con el caballo chillanejo que monta O'Higgins al gritar a sus dragones: «sable en mano y a la carga.»

# XLIII

## Lo español y lo autóctono

El paisaje de La Paz—¡sabidurías de la naturaleza!—necesitaba la altura en que se hallan colocados los elementos estéticos contradictorios que lo componen: lo trágico y, a veces, en días radiantes de luz, lo inefablemente hermoso.

Y necesita esa altura, porque, para sentir totalmente dicho paisaje, es necesario que en medio del organismo alterado marche el corazón con sobresaltos de drama: el Illimani, metido entre las otras alturas soberanas de Los Andes no diría, ni más ni menos, que lo que dice una cumbre como tantas otras; pero extraviado en la soledad, llena el horizonte y el espíritu y hasta podría servir de altar de plata a los incas venidos de la cercana isla del Sol, en Tihuanaco.

Lo trágico y lo apaciblemente hermoso, alternándose en un cinematógrafo sin fin.—Así se me aparece ahora la estética desconcertante de La Paz.

Ejemplo de lo segundo, un día radiante; de lo primero, y como contraposición cromática, la tormenta, el monte sagrado, reanimando su mitología incásica con rayos, orquestándola con estridencias asustantes, coloreándola con la lividez biliosa de la tempestad.

Llegamos a La Paz en Semana Santa, y, naturalmente, voy

a la procesión en que luego iba a encontrar estampado en lo autóctono, la huella dejada por la Conquista española.

He ahí lo sevillano, lo andaluz, lo castellano encendiendo sus cirios y paseando sus santos de imaginería en un ambiente helado en que la fe y la plegaria hecha saeta por una mujer bonita, es reemplazada por el llanto de la indiada que gime siguiendo de rodillas al Crucificado.

He ahí lo español entremezclado para siempre con un ambiente en que, ida ya la luz del medio día, el cielo espasmódico cruzado a lampazos por la tormenta que se aproxima, se convierte en un telón de juicio final.

Regueros de luces flanquean las Dolorosas vestidas con verdosos terciopelos de ataúd; mascullan sus latines los oficiantes medio indígenas y las salmodias gemebundas suben y bajan por las callejas, talladas en Calvario.

Doblan las campanas coloniales de los templos barrocos y los indios con los brazos abiertos y las mechas negras asomando bajo el gorro flanqueado de orejeras, se arrastran prosternados tras un lejano Señor del Gran Poder, toscamente tallado, y tras la Macarena, también criolla venida del virreinato, con lágrimas hechas de perlas, cuchillos de plata labrada clavados en el terciopelo pardo y en las manos implorantes y medianamente modeladas por algún imaginero de Quito o de Lima, el pañuelito de encajes de Pocacavana con que enjugar el llanto de perlas o cristal.

Sólo faltan los casacones enguirnaldados de flores; los bastones con borlas y porra de oro labrado para creer que había resucitado la Colonia al atardecer de un día lívido, en que se desprende a ramalazos del cielo la luz violácea de la tormenta.

Dobla a muerto una campana franciscana que tocó a rebato

cuando ahorcaban a Murillo y a los veinte proto mártires y la indiada aulla cercando con sus gemidos y sus sollozos al Señor del Gran Poder y a la Macarenita criolla, venidos de Quito o del virreinato en algún cofre con escudos heráldicos.

Cabecea la Dolorosa que lagrimea perlas del Darién, tras la cruz de su amadísimo Hijo.

Empieza la tormenta y la procesión de Viernes Santo, hecha un reguero de cánticos, de luces, de plegarias, de terciopelos negros o amatistas, y de plata hecha coronas labradas, potencias y cuchillos de Pasión, arriba a la puerta claveteada de la iglesia barroca mientras la campana de la Emancipación, se debate tocando a muerto y acabo de mundo.

# XLIV

## Lo mejor y lo peor de la raza

La procesión del entierro de Cristo y Soledad de la Virgen, pasa ante un cierra puertas general.—Correría riesgo de que se le acusara de ateo el irreverente que se atreviera a asomarse a la puerta o a un balcón.

Todo el mundo, desde el jefe del Estado—pobre señor muy barbado a quien Saavedra no tardaría mucho en voltear a sombrerazos—se echa a las calles de lomo de camello.

La población entera, blancos peripuestos y elegantones; indios llorones de poncho listado, bonete orejudo y pantalón abierto en la parte baja, y cholas coquetonas, mantones bordados, caravanas perladas y altos sombreros barnizados, toda la población sigue «los pasos» de la procesión que avanza entre dobles y gemidos.

Acabamos de llegar a La Paz y supongo que nadie nos conoce aún. Pero no debe ser así porque no falta quien me mire. Me miran y miro.

Parecen chilenos...

Aunque no se vea al que observa la verdad es que a veces, uno se siente mirado. Y si no es así ¿por qué vuelvo la cabeza buscando al que no he visto, sintiéndolo telepáticamente?

Me señalan con el dedo... Son chilenos, evidentemente.

Los observo al pasar y quedan perfectamente filiados: tengo ojos de *detective*.

Son lo mejor y lo peor de la raza y, educados y disciplinados, esos elementos serían, como han sido ya, *pioners* sin miedo o aventureros de rompe y rasga; pero, eso sí, hay que educarlos si se quiere hacer de ellos algo duro, bizarro, honrado y audaz.

Mientras la tarea educacional y social no sea completa y sin olvidos, esos elementos seguirán corriéndose clandestinamente, saltando de puerto a puerto, a lo largo de la costa en forma de congrio echado a la playa por la resaca...

Hay algunos que por poco llegan al Polo Norte y vuelven pobres, peludos, curtidos y hablando un inglés muy pintoresco.

Otros se acercan al Polo Sur; recorren la Tierra del Fuego y la Patagonia y por último se clavan en el Neuquén... ¡No me he de acordar ahora de Sepúlveda, que en no sé qué pueblecito neuqueniano o barilochesco es una especie de patriarca bíblico que casa, enseña a leer y a pelear, a descuerar y a criar ovejas, a hacer escritos y a pleitear, a edificar, a sembrar, a cosechar, a aserrar...

Era «primero cuarteado» después de la guerra de 1879, como que había cargado con el Comandante Yávar, y de él se cuenta que habiéndosele soltado el sable en uno de los muchos entreveros de aquel entonces, le gritó al boliviano que venía persiguiendo: —Pásame el sable.....

Y el otro fué tan inocente y estaba el pobre tan amedrentado, que se lo pasó.

—Toma por... bien mandado—le dijo Sepúlveda, cerrando un ojo al darle de filo y de alto abajo.

Después de la guerra, su regimiento fué destacado a la

araucanía, donde Sepúlveda se fué apoderando poco a poco de las tierras pertenecientes a unos indios que volvían de cuando en cuando a sus antiguos dominios, emplumándolas con algunas aves y hasta con algunos corderos...—Eso sí que no—pensó el «primero cuarteado», el cual decidió terminar con la situación que así venía perjudicando sus intereses.

Invitó amablemente a una componenda seguida de una francachela en que corrió el mosto hasta que los indios, sin tener donde echarse más vino, se quedaron dormidos bajo un peumo.

Era lo que esperaba Sepúlveda para cancelar cuentas y como uno empezara a mirar en el preciso momento en que le iba a pasar el cuchillo, el anfitrión le dijo muy cordialmente: —Cierre los ojos, pues, hermano...

Vino un proceso; la cosa tomó mal cariz y el «primero cuarteado» tuvo que escapar, eso sí que bien montado y aperado.

No pudo volver más; se quejaba lastimeramente del rigor que se había gastado con él, rigor bien injusto porque, según su autorizado testimonio, dos de los tres indios se habían ido al otro mundo sin darse la molestia de despertar... El otro pretendió arrancar, pero él alcanzó a asegurarlo de la manta.

Sepúlveda, gran patriota, no pensaba en otra cosa que en volver a su tierra y cuando estábamos en Buenos Aires con el señor Figueroa Larraín, no había correo del Neuquén que no nos trajera una carta pidiendo que se le indultara porque él había despachado a aquellos tres indios creyendo que no pecaba ni venial por lo aficionados que eran a las aves y los corderos ajenos...

Los que me miraban más con la córnea que con la pupila al paso de la procesión, que en una ciudad como La Paz parodiaba el fervor andaluz, eran otra cosa: partiendo de Valparaíso,

donde habían hecho un largo alto, siguieron corriéndose costa arriba.

Desembarcan en Taltal: les parece haber encontrado olor a salitre y olfatean, haciendo amistades de *restaurant*... Se paran en las esquinas, miran para los cerros.— ¡Nada! ahí no «liga» nada.

Taltal, dicen, es una «jiña» en que no hay nadie: necesitan algo en que operar con mayor comodidad y desembarcan en Antofagasta, sintiéndose muy complacidos al ver tanto lobo de mar... ¿Y ellos no son lobos de tierra?

Mientras el reloj de la plaza da seriamente las horas, miran el faldeo calcinado de los cerros en que se mete, ya muy «vaqueano», el tren que va al interior, deteniéndose en una serie de puntos con nombres de guerra y de leyenda que les encienden luces de colores en la fantasía: Caracoles, Calama, Huanchaca...

¿Y si fueran a dar allá arriba?

¡De menos nos hizo Dios!

Hace sesenta o más años ¿no llegaban los chilenos hasta Méjico y California? Y eso que iban sin Cristo.

No hay que echar pie atrás. Eso no.

Pero tampoco les fué propicia Antofagasta, donde hace ocho o nueve años no se hablaba sino de «para».

Siguen a Tocopilla, a Pisagua...

Como se les ha acabado el dinero, van «paveando» en los vapores.

¡Y nada! No cae «ni esto».

Caletean en el mar y rumbean en tierra.

Los puertecitos cercados por el cerrillaje pelado les recuerdan los combates de que oyeron hablar cuando estaban «así de chicos» y los sentaban junto al brasero.

En Tooopilla les llama la atención un barco de vela en que parecía que penaran las ánimas, las cuales también aparecen sobre todo en la noche en los buques vacíos y a obscuras.

Como quien muestra un tajo hecho a cuchillo en el abdomen, cuando tiembla la marejada, el barco viejo deja ver una lista tirada sobre la madera verdosa y medio podrida.

Lo demás del casco está pintado con un color blanco que da grima.

No se ve ni un alma.

En la proa hay una figura de palo con los ojos menos y que, sin embargo, mira a los que se acercan. ¡Es claro que mira!

—Nunca han querido bajar a tierra los gringos de ese barco... Quién sabe por qué será—agrega el fletero en mangas de camisa que suda bronce y vino tinto.

—¿Y de dónde han venido?

—Dicen que de muy lejos...

Suena una vela con ruido de sacudir la chaqueta y aparece en cubierta un tuerto en calzoncillos.

—Parece chino, ¿no es cierto?...

El bote se aproxima cautelosamente al barco que se mira en sus reflejos siniestros.

Ladra un perrazo que muestra los dientes bajo los ojos encendidos.

—Nos ha «filiado»—dicen los busca vidas, dejando una cicatriz de cuchillazo en la superficie de plata del agua

Sigue «la mala» por lo visto

Continúan mapa arriba.

Iquique...

Miran, buscando el lugar del combate famoso: son patrio-

tas y les gusta pasar por los sitios que oyeron mentar cuando hacían «palomitas» junto al fuego.

Iquique, Pisagua... Por lo visto todo estaba de «para» en 1921; pero ya que han ido a dar tan arriba, seguirán a Arica que queda a un paso.

Hay que ver el Morro... Piensan ponerse a chilenizar; pero llega la policía y les pide sus papeles. Muestran una papeleta sucia: es la de la vacuna. Están bien vacunados, eso sí; pero lo que quiere ese carabinero, que no puede ser otro que Caupolicán a caballo, con lanza, sable, carabina, lazo, manea y pistoletón automático, es el «pa-sa-por-te»... ¿O habla inglés, que tardan tanto en entenderle lo que dice?...

¿Y si lograran meterse en el ferrocarril? Y se meten con un equipaje que no es una impedimenta muy voluminosa: una camisa, un cuello y tres paquetillos de cigarrillos fuñingues.

Se suben el cuello y en un ¡ay, Jesús! ya están a cuatro mil metros de altura, gracias, la verdad ha de ser dicha, a que han logrado introducirse en el tren especial en que va el nuevo Ministro y su personal.

¿Cuatro mil metros de altura? Eso no es nada... Pasan con las manos en los bolsillos.

¡Cuidado!

He ahí lo mejor y lo peor de la raza: lo primero, por su resolución y su astucia; lo segundo, porque como no se les educó para nada, han resultado simples busca vidas que por buscarla demasiado, cualquier día dejan el pellejo.

Van tras de negocios mineros y se harán descubridores empresarios, capataces y pleitistas.

¿No hay tantos, según la tradición minera de la raza, que han hecho fortuna de repente y cuando andaban como ellos y

como el mismo Juan Godoy, perseguidos a sol y a sombra por la «mala»?

Les habían dicho que en el «Alto» eran muchos los que habían dado de manos a boca con «panizos» de primera.

Cuando Dios quiere con todos vientos llueve.

Además, el buen chileno es para todo...

Se sienten crecidos, superiores al ambiente y se inclinan con reverencia al paso de un Señor del Gran Poder cuyas potencias son de platita de Potosí.

# XLV

## La misión Bello Codesido

Bandas de música, banderas, caballería resonante, coches descubiertos, uniformes, y. salido de no sé dónde, un ¡Viva Chile! anémico, vacilante, y, además, mocho, es decir sin el agregado que lo estiliza y lo nacionaliza...

Es el señor Bello llegando a presentar sus credenciales de Ministro Plenipotenciario.

Arribamos al mismo palacio que ha presenciado más de un capítulo en que aparecen mezcladas la tragedia y la comedia.

Cuando arribamos a la Plaza de Murillo, me parece que va a desembocar por la calle de Socabaya, Melgarejo montando un potro negro, crinudo, bufante, con sombrero apuntado, estribos de plata labrada y poncho rojo, manchado por la enorme barba capuchina peinada con alcohol.

He ahí los anales que escribió solemnemente, como si contara la historia de los Césares, el señor Sotomayor Valdés, historiador y diplomático ilustre cuyos secretarios tienen también un lugar prominente en nuestra vida política: uno fué don Carlos Walker Martínez, noble, elocuente, generoso, erudito y con un par de bigotes estilo primer Imperio; el otro es don Ventura Blanco Viel, irónico, fino, *ancien regime*.

En representación de su Ministro le tocó asistir muchas veces a las fiestas de Melgarejo, el cual no hacía mucho a que había muerto de un tiro dado en pleno baile y en plena cabeza a uno de sus edecanes más queridos; pero el cual se había tomado la libertad de mirar más de lo prudente a Juana Sánchez, fron-
dosa mezcla de chola, chula y cortesana.

Melgarejo estaba hecho una fiesta con ella.

Por consiguiente nadie se atrevía a mirarla, y, sin embargo, el General veía visiones por todas partes.

Cuando aquél salvaje—cuenta don Ventura, haciéndose más sordo que lo que está—hacía cerrar las puertas a fin de que nadie se escapara si se le ocurria empezar a tiros, aquello no tenía nada de agradable.

A Melgarejo le había dado con que todos miraban a Juana Sánchez, así es que a la llegada de cualquier nuevo invitado, se tomaba la barba, se quedaba mirándolo, se acercaba paso a paso y después de toser estrepitosamente, le interrogaba sobre su salud con un vozarrón de cuartelada.

—¿Cómo está S. E ?—preguntaba protocolarmente don Ventura.

—Muy bien—contestaba Melgarejo—pero con muchas ganas de hacer un escarmiento tremendo.

Por cierto, agrega don Ventura, que en cuanto abrían una puerta, yo aprovechaba para escaparme.

Achá, Belzú, Morales Daza, todo eso es ya un capítulo lejano de la América bárbara.

El Presidente señor Gutiérrez Guerra estaba rodeado de su Ministerio el día de la presentación de credenciales.

Tenía una figura distinguida y un sistema capilar verdaderamente torrencial: una cascada de barbas sedosas y rubias.

Usaba anteojos y llevaba en el cuello la medalla de Sucre, la cual sólo pueden usar los Presidentes de la República.

Dicha medalla es excesivamente grande y está rodeada de brillantes de buen tamaño.

—¡Qué bonita insignia!—le dijo mi mujer, una noche de comida diplomática en Palacio.

—Lo más bonito que tiene—contestó el señor Gutiérrez Guerra, que era un perfecto hombre de mundo—es que habiendo estado en manos de Melgarejo, éste no se la embolsicara...

El señor Bello pronuncia el día de sus credenciales uno de esos discursos de que se dice después que han sido una gran pieza y que yo, menos ampuloso, califico de obra de arte, porque lo insinuaba todo y no decía nada, como que nada podía prometerse en vista de que el Tratado de 1904 terminó con nuestras cuestiones con Bolivia.

El señor Gutiérrez Guerra, tomando entre las uñas, pelo a pelo, sus barbas amazónicas escucha atentamente.

El General Prudencio me da una sorpresa: es el Rey Pedro I de Servia convertido en Ministro de Guerra de Bolivia y asistiendo a la recepción del Ministro chileno.

Sargento, según me cuentan, cuando Melgarejo, era un valiente.

Se toma alternativamente cada una de las dos secciones del bigote en forma de granada abierta hacia el litoral, y de tiempo en tiempo, detiene su sentenciosa tarea, como preguntando qué clase de memorias traía para el puerto el señor Bello Codesido...

Oportunamente se suelta las barbas el señor Gutiérrez Guerra y bajo un retrato en que aparece el Libertador con las cejas convertidas en acentos cincunflejos, contesta un discurso

«bien», mechado de frecuentes alusiones al litoral, pero en el cual no había asperezas ni fanfarronadas: era un discurso político, pero redactado por un caballero.

Luego vienen las presentaciones y coloco una «plancha»:

—El señor ha estado en Chile?—pregunto a uno de los generales presentes el Jefe del Estado Mayor.

—Sí, señor, he estado...

—¿Cuando?

—Cuando estuve prisionero en San Bernardo...

—¡Qué clima aquél, ¿no es verdad?—le digo.

La breve misión Bello Codesido—ocho meses—es un período de apaciguamiento; de estudio profundo y sereno de las cuestiones dejadas por la guerra a que Chile se vió arrastrado; de acercamiento social; de observación penetrante.

Busca en un momento difícil—cuando Wilson quería llenar los países de pasadizos, como si fueran casas de arriendo y cuando Montes, Ministro boliviano en Francia, se había presentado al Gobierno francés, a los organizadores de la Conferencia de Versalles y de la Liga de las Naciones, participando que Bolivia era parte interesada en el litigio de Tacna y Arica—, una mayor cordialidad que facilite un mayor acercamiento, sin vulnerar los tratados existentes. Por desgracia, el señor Bello se encuentra con un Gobierno vacilante, sin fuerza, minado ya por la agitación política que muy luego iba a dar cuenta de él.

Acompañó al señor Bello Codesido la señora Balmaceda de Bello, gran dama, hija del Presidente Balmaceda, que abrió de par en par las puertas del hogar nobilísimo, presidido por dos retratos, uno de Balmaceda y otro de don Andrés.

Va a partir con permiso el señor Bello; al despedirlo, hablo en nombre de la colonia y al aludir a 1891 y la revolución, uno

de los comensales grita dando en la mesa un puñetazo tremendo que conmueve platos, cubiertos y botellas:—¡Viva Balmaceda!...

Poco antes de salir de La Paz el señor Bello, me llega la noticia de la muerte de mi madre. Se llamaba doña Olegaria Mendoza Valenzuela y Silva.

Cuando partimos a La Paz, se sentía ya muy mal y me lo ocultó para que no interrumpiera mi viaje.

No traté de esquivar el dolor que me produjo la noticia de su muerte.

Rememoro uno a uno los actos ejemplares de la larga vida de mi madre, que era todo carácter, honradez, orgullo.

Mi padre (*) dejó solo una buena casa. llena de objetos del mejor gusto. Véndelo todo, le dijo a su compañera al morir y te vas a Santiago a educar a los niños. Mi madre cumplió esa orden, se vino de Valparaíso a la Capital; cerró durante muchos años su puerta y educó a dos de sus hijos: a Manuel y al autor de este libro.

---

(*) Véase «*Como si fuera ayer*», en el cual aparece la copia de los documentos originales que sobre la familia de mi padre, don Javier Rodríguez Vargas, me dió don Tomás Thayer Ojeda, y según los cuales los Vargas de Chile vienen de don Agustín de Vargas, «gentil hombre de gion, alférez, capitán, alguacil mayor de Santiago, Regidor y Alcalde dos veces. —Murió de Alcalde en 1712.—Su nieto legítimo don Gonzalo de Vargas y León Elguea casó con doña Josefa Ruiz de Gamboa—descendiente directa de los Gamboa de la conquista—y entre otros hijos tuvieron a Juan de Dios Vargas y Gamboa que casó con doña Mercedes Bascuñán, padres de doña Mercedes que casó con don Rafael Rodríguez Soto Aguilar y de éstos Javier y David, progenitores los dos últimos de los Rodríguez Mendoza y Rodríguez de Ríos.—Los Santa Cruz Vargas—don Vicente, don Joaquín, etc.—vienen de don Tomás Vargas y Gamboa, hermano mayor de don Juan de Dios Vargas y Gamboa».

Mi madre era del campo: sus padres habían sido dueños de una rica hacienda, que no sé en qué manos está ahora y que se llamaba «La Estacada».

—Si alguna vez tienes algo—solía decirme—compra un pedazo de tierra.

Chilena vieja—creo que me viene de ella mi devoción a nuestro paisaje—, era campesina cuyos padres alcanzaron a tener esclavos.

# XLVI

## El Illimani en la noche

En las noches de La Paz, tan nítidas que uno cree que está amaneciendo, solía quedarme hipnotizado por el espectáculo de aquella montaña lejana y aislada: el Illimani, insomne, encendiendo su nieve con la luz lunar como buscando el maciso central de que se ha separado.—Es un gigante rebelde que quiere destacarse solo.

Había algo indefinible, pero profundamente intranquilizante en el ambiente de aquellos días.

El Presidente de la República se siente enfermo y lo amargan las desgracias íntimas.

Se va a vivir a Obrajes, a doce o quince kilómetros de La Paz, olvidando que Bolivia es un país en que hay que estar mirando a la gente en el blanco del ojo.

Llega de visita a la capital don Ismael Montes, dos veces Presidente y se tironea sus bigotes de veterano de la política y de las armas, preguntando qué pasa que el señor Gutiérrez Guerra no está en su puesto...

Está en Obrajes.

El señor Gutiérrez Guerra me pareció un fatigado y Montes un hombre de Estado.

Todo estadista sudamericano está cercado de problemas que afectan el desarrollo colectivo.

Para un gobernante bolivianō, esos problemas son aún mucho más abrumadores porque se estrellan con dos circunstancias fundamentales: la mediterraneidad y la raza. No depende de nadie exclusivamente sacar al mar una masa territorial enorme y lejana, ni es cosa de poco momento meter en la complicada y costosa organización social y económica de hoy, un conglomerado humano que, al ponerse en contacto efectivo con la civilización, plantearía problemas acaso insolubles.

Tremenda cuestión étnica y geográfica.

Bolivia, especie de riñón metálico del Continente, es íntegramente un problema ¿quién, en cuanto a división de razas, absorbe aquél? ¿El noventa por ciento al diez por ciento o el diez al noventa?...

Me parecía que todo eso se había puesto a fermentar al mismo tiempo y me alarmaba el tono de la prensa de oposición en cuyas columnas sacaban fuego y hasta sangre los zarpazos del señor Saavedra, el futuro caudillo.

El aire, tan delgado, parece incitar a lo emotivo y a la violencia.

La lividez de la fisonomía es no sólo la sangre color «kantuta» del mestizaje: es el hígado funcionando mal y dando paso a una sangre agriada e irascible. Bolivia es un pueblo iracundo y valeroso en que no habiendo masa homogénea, habrá siempre caudillos que necesitan audacia y gestos patrióticos para sostenerse seduciendo.

Mientras observo los acontecimientos, que evidentemente se acercan, me distraigo estrechando relaciones con mis colegas.

Maginis, Ministro yanqui, es un tipo de penetración fulminante: es una esclusa del Canal de Panamá...

Estrecha todas las manos, sin mirarles antes el color y recorre de punta a punta el territorio, aclamando a Bolivia.—Yo boliviano—dice aquel americanazo gigantesco, colorado, rubio, boxeador y buen colega.

Me golpea el hombro con sus afectuosas manoplas de coloso y me dice riéndose con un estrépito que llega al Illimani:—Sigue no más.—Es su muletilla habitual.

El colega francés hace versos a lo Banville; tiene algunos grabados antiguos y nos invita a almorzar cuando esté convenientemente cebado un *petit cochon*, de ojos azules, al cual se dirige llamándolo su joven amigo: «*quelle gloire pour vous, mon cher ami, d'etre prochainement mangé pour nous*»....

Lo sucede otro francés que ha sido Cónsul en Persia y que tiene tapices y gatos de seda con ojos de cristal y uñas femeninas, tanto, que no rasguñan en las manos sino en la cara.

Los gatos viven exclusivamente preocupados de sus amores y M. Sampé de sus tapices persas.

El inglés ha sido mi colega en el Brasil. Es casado con una distinguidísima dama de la nobleza alemana y en los días horrendos de la guerra, tuvo, en vista de la nacionalidad de su marido, que permanecer en Londres, mientras los dirigibles alemanes volaban sobre el cielo británico, así como los ingleses volaban cada vez que podían sobre el cielo alemán.

La noche de San Juan, los cerros en cuyo fondo está La Paz, se llenan de fogatas y sin poder percibir lo pintoresco del espectáculo, me siento abrumado de tristeza; pero aunque sea el ser que nos dió su cuerpo y su espíritu el que se va sin vuelta,

es más interesante erguirse en vez de echarse sobre el dolor con los ojos cerrados y la cara vuelta hacia la tierra.

¿Para qué lo resignado, lo negativo, lo inmóvil?

¿Y qué anunciaban esas fogatas de San Juan, cercando con sus llamas asustadas el cerrillaje paceño?

El Illimani parecía avanzar hacia la ciudad acurrucada al pie de los cerros.

Corrían rumores de revolución, que parecían hacerse más extraños en la noche y en medio de ese ambiente peculiar.

En una casa cercana, la victrola de un matrimonio inglés toca apaciblemente salmos y cánticos.

Se necesita un sacudón de vigor para estampar en la tierra el tedio, la amargura disolvente que seguía rondando como un presagio.

Campanas, tristeza y revolución en puerta...

Salgo a vagar; me atrevo a subir un poco cerro arriba y me acerco a observar un indio arrodillado ante una fogata. Tiene la cara mojada por las lágrimas que los resplandores del fuego convierten en algo que arde: es la raza aplastada y embrutecida, rezando la oración de una fe en que tal vez se mezclan la dulzura cristiana y los pasados holocaustos al sol.

A esa misma hora, conspiraba el señor Saavedra, quien prepara con elementos principalmente psicológicos la curiosa revolución de la audacia servida por la astucia de media noche: viene repitiendo en su diario, intoxicado de pasiones, que el Presidente está enfermo, que el Presidente se muere.

Luego rectifica: aún no ha muerto, se mantiene a fuerza de inyecciones; los riñones no pueden más... Se muere, va a morir, murió, no ha muerto aún... *Encore un moment*, señor Saavedra.

Nuevas rectificaciones: va a fallecer, ha fallecido... no, todavía no... S. E. está en las últimas...

¿En qué quedamos?

Durante dos meses, se satura el ambiente con la idea de que el señor Gutiérrez Guerra está más del otro mundo que de éste.

Se logra producir así una certidumbre casi colectiva, de que nadie duda y como, en efecto, el Presidente no está bien, sus pocos amigos se dividen en dos bandos: los que quieren que entregue el poder al Vice-Presidente, señor Vásquez, y los que por no ser compadres políticos de éste, que es hombre perito y de buen apetito, piden que siga y reviente en la Presidencia, trasladada a Obrajes.

Entretanto, el señor Saavedra sigue deslizándose entre las sombras y cuando se deja ver en público, empiezan a aparecer en su fisonomía de bronce recalentado, las sonrisas del hombre que, en trance de ser gobierno aunque sea gobierno de hecho, se sonríe y se humaniza con la gente.

Lo observo atentamente, como si supiera que muy luego tendríamos que entendernos.

El también mira al pasar. No nos saludamos: su campaña contra Chile alcanza una virulencia tan insólita y contraproducente, que delata, no la pasión patriótica, que siempre es respetable, sino el próximo asalto político a mano armada. No es la arrogancia verbal, no es la energía en acción, es la procacidad cotidiana suministrada por un diarito de pelea, piedra en mano, que sale a la luz desde una instalación hosca y paupérrima en que se revuelve una gente de mirada provocadora.

Saavedra se llama el jefe de una cruzada restauradora y tiene nervios y pluma para la acción directa. Es hombre para toda clase de batallas.

«Maquiavello—dice aludiendo a Montes—derrotado en este escenario criollo, donde hábiles manipuladores de la política plagiaron su perversidad aumentándolo con refinamientos atávicos, se retira acribillado de heridas. Voces de rebeldía, puños crispados, sanciones públicas, provocan el grito formidable, el eco maldito que perdurará en la historia como apóstrofe infamante. Maquiavello agoniza. Veinte años de trabajo han agotado su energía física. Su enorme vientre, apto para digerirse los millones de la bolsa fiscal, se encuentra gastado y enfermizo».

Escribe con tinta roja, clavando las uñas en la mesa. Gobernará en la misma forma.

El régimen liberal quebrantado va a desplomarse sin defensa; va a caer solo, como si marchara mareado y sin rumbo.

Montes regresa a Europa y manda a decir al señor Gutiérrez Guerra que no va a despedirse de él porque no quiere quitarle el tiempo y que, por lo demás, tenga cuidado con la oposición, si no quiere amanecer cualquier día colgado en un árbol de Obrajes.

—¡Cosas de Montes!—habría comentado el señor Gutiérrez Guerra en medio de la camarilla que lo retenía con ceguera, con inhumanidad, con cortesanía y egoísmo.

Se ilumina el Illimani; arden las fogatas de San Juan y los ojos del señor Saavedra brillan en la obscuridad.

En vísperas del 12 de Julio, casi todos los Ministros estaban fuera de la ciudad.

El día 10 los rumores de revolución eran ya algo tan concreto que sólo faltaba ver en las calles los soldados sublevados.

El Rey Pedro I de Servia, es decir el General Prudencio, habría dicho, echando mano a sus bigotes de veterano, que «respondía con su cabeza» de la fidelidad del ejército y el Presidente agregó, pidiendo un poco de *wisky*, que el Lunes 12 de Julio se

decretaría el estado de sitio, más por simple precaución que por otra cosa.

El señor Saavedra que no quiso jugar a la lotería con su epidermis, adelantó sus planes y apresuró sus trajines y conciliábulos nocturnos.

Es un hombre de talento, de violencia y de pasión. Hoy debe tener más de sesenta años, intensamente quemados por las dos puntas.

«Esa inclinación sentimental—dice en uno de sus libros, llenos de ideas—,fruto del igualitarismo cristiano, a aplicar los mismos métodos, los mismos criterios de mejoramiento a todos los países, a todos los hombres, a querer elevar al mismo grado de dignidad, de potencial físico y mental a todos los tipos y variedades humanas, no sólo es ineficaz, sino que es peligrosa: fuimos víctimas de ese ideal nivelador, cuando aplicamos a poblaciones sudamericanas instituciones políticas y sociales formadas para otros países».

En su fisonomía cetrina se encienden unos ojos pequeños, obscuros y frecuentemente entrecerrados, cuando intenta velar los sentimientos quemantes que se agitan tras ellos.

Al abrirse patentizan en el acto la dureza, la acometida y la tenacidad.

Es hombre moderno: ha comparado, ha asimilado rápidamente y no es una mera reedición del tipo lírico o romántico, caracterizado por una grandilocuencia sonora, pero empalagosa.

Tira a herir mortalmente y su pluma penetra y se ensaña.

A veces, quiere ser diplomático, siendo que ante todo es un luchador, un calculador dentro de lo impulsivo.

—Individualmente—me decía una vez cuando ya había

llegado al término de su trayectoria política—los chilenos son encantadores; pero se juntan y se comen a los vecinos...

—Se nos provocó y nos defendimos—respondo.

El señor Saavedra iba a ser la figura central del movimiento y es él el que se jugó el pellejo al cara o cruz, logrando estrellar de un cuartelazo al señor Gutiérrez Guerra, mero hombre de mundo que, con la medalla de Sucre colgada al cuello, parecía un condenado a muerte por el delito de meterse en camisas de once varas.

# XLVII

## La Revolución

La revolución del 20 de Julio de 1920 fué un amotinamiento de doctores: el doctor Saavedra, el doctor Salamanca, el doctor Escalier y el doctor Ramírez. Los dos últimos médicos, y abogados los dos primeros.

Cuatro doctores, igual cuatro ases.

El doctor Salamanca carece del dinamismo combativo del señor Saavedra.

Está dotado, en cambio, por suerte para él y su país, de cierta serenidad de filósofo y pensador.

Tenía en Cochabamba un retiro predilecto, tibio, austero, lleno de libros.

Lee y piensa. Vive para ésto y suele paladear la ironía melancólica de los hombres que han entrado al crepúsculo, luz que impide ver si se sonríe o se llora.

No es persona del primer impulso y le da muchas vueltas circulares a lo que va a decir. Por consiguiente, rara vez tiene que rectificarse. Es más, observa con lente lo que va a decir y lo lanza sólo cuando esto está bien examinado y controlado.

En consecuencia, lo que dice generalmente queda.

Al conocer en Julio de 1919 las promesas reivindicacionistas

hechas por la revolución, el señor Salamanca dijo que, sobre todo en cuestiones externas, no debía prometerse en la oposición lo que una vez en el gobierno no podría cumplirse ni siquiera intentarse: el republicanismo había prometido la reivindicación del litoral.

Otro as revolucionario y con deseos inocultables de colgarse al cuello, costara lo que costara, la medalla de Sucre, milagrosamente respetada por Melgarejo, era el señor Escalier.

Traía algunas recetas listas: hacer política uniforme contra Chile.

Como todo lo que llevaba el ex-candidato a la presidencia era tan vago e irreal, el señor Saavedra no tardaría mucho en dar cuenta de las aspiraciones de su honorable colega.

Otro doctor: el señor Ramírez, distinguido profesional en materia médica y farmacopea revolucionaria.

Montes lo tenía por un agitador temible y era bastante que llegara a La Paz para que el Gobierno dijera «ahí está Ramírez», decretando el estado de sitio con su acostumbrado acompañamiento de encarcelamientos, deportaciones y herraje de imprentas.

El señor Ramírez era regionalista y él y su hermano, el pico de oro, es decir, el San Juan Crisóstomo de la revolución, sostenían que el futuro Presidente debía ser de Sucre.

Saavedra, Ramírez y Escalier formaban el triunvirato republicano.

Ahora bien, ¿cómo se produjo la revolución?

La primera noticia que de ella tuve fué un despertar muy local y pintoresco: casi al amanecer me había parecido oír tiros de rifle y ametralladora...

Al entrar muy temprano con el desayuno las Guayasas, cho-

litas hablantinas hijas de un indio ricachón que vivía en un extenso solar de su propiedad, dijeron «que estaban echándoles bala a los liberales»...

Una palabra sobre Guayasa, mi respetable vecino: vivía al frente de mi Legación; recibía de su esposa frecuentes golpes en la cabeza; cultivaba él mismo y en forma incásica sus tierras y cuando se emborrachaba, lo que acontecía con bastante frecuencia, atravesaba la calle y empezaba a reclamarme el litoral y a decir a voces que se tuviese cuidado con él porque era hijo del Virrey...

—Lo del litoral se tendrá presente,—solía contestarle—y en cuanto a su ascendencia, celebro tener un vecino de tanto abolengo...

Sus dos hijas, cholitas jóvenes y chapeadas, servían en nuestra casa y el 12 de Julio entraron contentísimas, como queda dicho, a comunicarnos que estaban zurrando a los liberales, acusados, según ellas, de quedarse con la plata...

Cogí apresuradamente mis pantalones y otros enseres y me encaminé al teléfono, el cual si contestó Moya, así contestó él.

A las siete y media de la mañana arribaba pausadamente el canciller, es decir, el canciller de la Legación: llevaba un *stock* de noticias tremendas. Era su especialidad.

—Veo—le dije yo—que empieza uno de esos días en que uno se gana el sueldo...

Comenzaban a sentirse cerca los gritos y las aclamaciones terminadas con el estribillo de «Antofagasta, Mejillones y otras regiones»...

Como sería inferirme un injustificado desaire no asaltarme la Legación, espero la visita, no para recibirla a tiros sino, llegado el caso, para pedir la palabra...

Se multiplica el desfile de «aguayos», gorros y orejeras y se sentía un intranquilizante olor a coca y a pólvora.

Preparo una corta alocución por lo que pueda suceder:

Señores y amigos: es verdad que nuestros países han chocado con las armas en la mano; pero estoy cierto que un pueblo como éste no cometerá el acto poco valeroso de asaltar legaciones protegidas por una bandera amiga...

Me parecía raro que mi vecino Guayasa no apareciera en una jornada como ésa a pedirme el litoral y a notificarme una vez más que era hijo del Virrey.

¡Ah! es que el día antes había hecho algunos libaciones rituales y, gracias a esto, no salía aún a plantear en el medio de la calle Juan José Pérez la demanda reivindicacionista.

Empiezan a pasar grupos de manifestantes y procedemos a guardar apresuradamente la chafalonía.

Estaba incomunicado con Santiago.

¿Qué debía hacer?

Porque, eso sí, había que hacer algo.

Efectivamente, el 12 de Julio de 1920 era uno de esos días en que uno se gana el sueldo.

¿Debía tratar de retirarme de La Paz?

Pero ¿cómo y por dónde? A pie?... Y en manos de quien podría dejar los intereses chilenos?

En una situación parecida, Talleyrand—perdón, señor Obispo!—dijo que había que hacer algo, aunque fuera una barbaridad.

Y si no hacía nada, en Chile se me llamaría cadete u otra cosa, aún más nacional y universal.

Había llegado uno de esos momentos en que no nos escucha

ni el teléfono, el cual, en efecto, estaba inerme con el fono para abajo y sordo como tapia.

Y sin salir, ¿cómo podría ponerme en comunicación con mis honorables colegas del Cuerpo Diplomático?

Nueva visita del canciller, el cual seguía disfrutando de una tranquilidad a toda prueba.

Llevaba noticias frescas sobre el movimiento.

Se sienta, saca un paquete de cigarrillos saña, extrae uno, lo huele, lo golpea en la uña hollinada y me mira con su único ojo disponible, después de cerrar el otro...

No le dije una palabra para que no me creyera más nervioso que lo que estaba.

—No pasa nada—dijo, por fin.

—Cómo nada...

—Nada... Sólo que hoy al amanecer el Comandante Fernández, muy bueno para la copa, se presentó al quinto de infantería, cuyos jefes no dormían esa noche en el cuartel y donde algunos oficiales jóvenes estaban comprometidos en el movimiento... Es harto gallo Fernández... Hizo formar la tropa y dijo que el Presidente había sido muerto por sus propios amigos y que el país estaba en grave peligro, que el ejército debía conjurar. A continuación y seguido de numerosa tropa, se fué al primero de línea, es decir, los «Colorados», cuyo comandante tampoco había dormido en el cuartel... Siguió a los Arsenales de Guerra, a la Escuela de Clases, a la Policía y, finalmente, al Palacio de Gobierno donde entraba, más o menos, a las seis de la mañana con el Bautista...

—¿Qué Bautista?

—Don Bautista Saavedra... Y todo a pura «boquilla», es decir, sin un tiro y sólo con unos setenta mil pesitos mandados

de Buenos Aires por el doctor Escalier... Es bien hombre Fernández... Por esto decía que no pasaba nada, salvo al Jefe de la Policía, coronel Cusicanqui, quien al saltar esta mañana revólver en mano de la cama, recibió una descarga cerrada que dejó vacante el puesto que ocupaba.

El canciller interrumpió su relato histórico y sacó otra vez el paquete de cigarrillos saña, extrajo uno, lo miró, lo aporreó en la uña maestra y empezó a echar puchadas.

Sonaban tiros y aclamaciones y empezaban a pasar grupos que no tardaban en atacar a piedra y bala las casas del algunos miembros prominentes del partido caído.

—Esto empieza a hacerse desagradable, ¿no es así?—le digo a mi canciller

—No pasa nada—contesta, cotejando su reloj con el sol que ya caía verticalmente sobre la alborotada ciudad.

Mientras el canciller fuma apaciblemente, sigo pensando en los caminos posibles y como el día avanza, recuerdo que uno se murió pensando...

—¿Cree usted, canciller, que debo de salir?

El hombre es tranquilo, pero habla claro:

—No, porque lo apalearían.

—¿A mí?...

—O al señor Rodríguez Mendoza—dice celebrando su ocurrencia.

Un grupo de cholos políticos pasa pidiendo a gritos que salga el Ministro a devolver el litoral. Deben estar aleccionados por el pariente del Virrey:

—¡Antofagasta, Mejillones, y otras regiones...

El canciller se ríe. Es hombre tranquilo y de poca palabra:

—Déjelos que griten no más...

Al filo de las tres, llegan algunos chilenos, unos de muy buen humor, como el amigo Riquelme, consultor del Gobierno boliviano en materia de instrucción primaria. Otro de grandes bigotes, que se tironeaba a uno y otro lado, iba notoriamente nervioso y como se lo hago notar, sin hacerle por esto un reproche, me dice que nunca ha estado más tranquilo y que para que él se asuste, es necesario que le peguen con el sable y no con la vaina.

—No vaya a ser que le den en el gusto—le dice Riquelme.

—Tengo motivos—habla el compatriota que nunca había estado más tranquilo que en esa ocasión—para saber que se piensa hacer una degollina de chilenos.

Junto con decir eso, vuelve a irse a dos manos sobre los bigotes, que ya debía de tener flojos con tanto tirón.

—¿Usted ha reparado—le contesté—en un árbol medio seco y con muchas ramas que hay en el Prado? Pues sepa para su gobierno, que es el designado para colgar chilenos, según mis informes, los cuales sólo difieren de los suyos en que en vez de deguellos habrá horca, o ambas cosas, a elegir, según lo que prefiera cada cliente... Lo primero es algo anticuado y, por consiguiente, poco de acuerdo con esta época de tangos, aeroplanos y polleras cortas y trasparentes y, en cambio, lo segundo es más elegante y adecuado para tomar aire y altura...

El buen humor de Riquelme frustra mi deseo de alarmar a aquel hombre valeroso, el cual continuaba declarando que había que conocerlo bien para comprender que él no se asustaba así no más.

Sin embargo, se inclinaba a pensar que sería más prudente que la colonia chilena pasara la noche en la Legación.

—Estaría encantado con la compañía; pero desgraciada-

mente no dispongo por el momento de bastantes piezas para alojados.

Al oír mi declaración de principios en materia de hospedaje, los bigotes, y estoy por creer que todas las facciones, se le corren verticalmente.

Le receto un balde de bromuro y que al día siguiente, en caso de escapar de la degollina, otro balde de sal de «Anglaterra», como decía un compatriota.

Por fortuna para la cultura de aquel país, la Legación no fué atacada ni molestada, reduciéndose todo por lo menos hasta ese momento, al consabido estribillo de «Antofagasta, Mejillones, y otras regiones...

Más o menos a las cuatro de la tarde, me visitó el Ministro británico Mr. O'Reilly, *gentleman*, como todo inglés bien.

El señor O'Reilly no oculta sus simpatías por Chile y me manifiesta que no se le escapa naturalmente, que la situación no tenía nada de agradable para el representante chileno.

Un momento después me visita el Encargado de Negocios de Francia, el de los gatos enamorados y con ojos de turquesa persa, y con el cual platicábamos con grata frecuencia sobre Taine y Renán.

Posteriormente, llegan el Cónsul y el Vice-Cónsul norteamericanos.

Convenimos con el señor O'Reilly en que procedía la visita en cuerpo de todos los jefes de misión al señor Saavedra y, en vista de que por razones obvias no podría ir yo mismo a esperar a la estación al Ministro norteamericano, se convino en que iría él.

A las siete, el señor Maginis, nuestro decano a causa de la ausencia del Nuncio, Monseñor Caroli, estaba reunido con todos sus colegas, los cuales se dirigieron poco después al Palacio

de Gobierno, ocupado desde la mañana, como queda dicho, por el señor Saavedra.

Era interesante la entrevista próxima porque en caso de no dárseme las garantías que había resuelto pedir, tendría que salir de La Paz, lo que también era desagradable en esas circunstancias en vista de que, según las noticias que empezaban a llegar, la indiada de Corocoro, región atravesada por el ferrocarril de Arica, acababa de sublevarse. Se subleva cada vez que hay pie para ello. Es levantisca y, además, es temible como que le tiene tan poco apego a la vida, que ésta le es indiferente: hace años, una vez contenida y reprimida a ametralladora una sublevación, el jefe militar resuelve hacer un escarmiento. Forma en fila a los indios y hace que un oficial seguido de unos cuantos sargentos armados de pistolas, quintee a los prisioneros: uno, dos, tres, cuatro... el quinto da un paso al frente y es gratificado con un balazo en la sién.

Uno... dos... tres... cuatro... cinco... y como el agraciado ha sacado la cuenta antes que lleguen a él, cuando el que viene contando le dice «tú», éste se saca el bonete de lana y echa la cabeza hacia adelante como para que se la rasque la bala. Algo cae pesadamente de bruces; queda un ojo saltado hasta más abajo de la nariz y por el lado contrario al orificio de entrada de la bala, se escurre una cosa como miga mojada que sino son los sesos, es porque el agraciado nunca los tuvo... Se le echa su propio poncho encima... Unos cuantos montones iguales van quedando de trecho en trecho, frente a la larga fila silenciosa en que no se siente más grito que el de las detonaciones.

Huelen y aullan los perros.

La tarde empieza a caer y la fila es tan larga que hay que apurarse para terminar.

Se siente olor a quemado... Es el pelo ardido por los fogonazos.

A lo lejos, el rebaño de indias que ilumina el paisaje con sus bayetas verdes y rojas, gime andando de rodillas, implorando en aymará, dando cabezazos en el suelo con sus caras embellecidas por el dolor.

¡Pobre raza vencida y quinteada!

Con que si no hay garantías, tendremos que pasar con los petates a cuestas por esa región tan pintoresca.

Al llegar a la plaza principal el automóvil del representante de Chile, estalla una ovación capaz de hacer volver la cabeza al propio Murillo, el prócer de pantalón corto, que, como es de uso y costumbre, aparece encaramado en una columna desde la cual puede imponerse de todo lo que ocurre en la ciudad.

El vocerío clama:

—Antofagasta, Mejillones y otras regiones...

El Palacio de Gobierno estaba lleno de militares y paisanos.

No nos recibe nadie: en día de revoluciones el primero en evaporarse es el protocolo, cuyo jefe había sido objeto en la mañana de ese día de un ceremonial especialmente improvisado para él: llega a buscarlo en su domicilio una partida de paisanos armados. El pulcro funcionario iba a meterse al agua en ese instante... —Nada! —le dicen—Salga así no más...

Pero, por lo menos, se le dejará calzarse, ¿no es así?

Se le dice que tampoco es necesario y se le conduce sin zapatos por unas malditas piedras que lo obligan a pisar con toda clase de preacauciones y a hacer equilibrios poco airosos cuando afirma los pies en algún filo.

A otro dignatario del régimen caído, junto con hacerle una

descarga a fogueo, le tiran al pecho con una pequeña piedra. —¡Muerto soy!—exclama el presunto fusilado.

Pasamos a un salón cuyos balcones dan a la plaza y aparece el señor Saavedra abriéndose paso en medio de la multitud a la cual hace evacuar la sala.

El Decano del Cuerpo Diplomático pide garantías para el Presidente caído y sus ministros.

Vocean afuera fuerte y feo los cuatro o cinco mil manifestantes congregados frente a la casa de Gobierno y la gritería de circo se mete incontenible mente por todas partes:

—¡Antofagasta, Mejillones y otras regiones!... Viva la reivindicación! ¡Viva Pando! ¡Viva Saavedra! ¡Viva don Zenón!...

Al terminar el señor Maginis, gordote, inflamado de salud y con chaquet y pantalones a lo Charlot, llega mi turno, como que se trata de un *match* entre nuestro país y el reivindicacionismo.

Digo sin hacer aspavientos de ninguna especie que he ido a pedir garantías absolutas para las vidas y los intereses chilenos radicados en Bolivia.

—No sé—responde cortésmente el señor Saavedra—si esas garantías podrán ser absolutas en vista del momento que se atraviesa; pero se tratará de que sean lo más amplias posible dentro de la situación actual. Y quiero aprovechar la ocasión—continúa —para declarar que el advenimiento del republicanismo a la dirección de los negocios públicos, no significa hostilidad a Chile. El nuevo régimen anhela la paz y la amistad con todos los países, en especial con los vecinos, como asimismo el arreglo amigable de las cuestiones existentes.

Agradecí, agregando que trasmitiría dichas declaraciones.

En el salón en que se celebraba la entrevista, habían vuelto a aparecer paisanos armados y como la caballería y la artillería

permancecían hasta ese momento a la espectativa en el Alto, es decir, en Viacha y Huaqui, habría bastado un tiro dado al señor Saavedra, quien se mostraba muy tranquilo, para terminar con la revolución. Si el presidente derrocado toma al amanecer de ese día un caballo y corre a ponerse al frente de esas fuerzas, que le eran adictas, no habría tardado en hacerse de nuevo dueño de la situación. ¿Por qué no lo hizo? No se sabe. No se sabrá. Ha muerto.

Acaso no lo hizo porque estaba cansado y enfermo y, sobre todo, porque no era hombre de lucha. Toda revolución tiene un momento, solo uno, en que puede ser dominada, empleando una energía mayor que la que ella ha empleado.

Pasado ese momento, se impone definitivamente el que ataca porque es el que ha ido resuelto a dominar.

El que no se defiende está dominado de antemano y a merced de los acontecimientos. Era el caso del señor Gutiérrez Guerra.

Confieso que me inspiró curiosidad la audacia y la seguridad en sí mismo de que Saavedra venía dando pruebas reiteradas: todo pasión, talento y cálculo, era un enemigo temible, no sólo para el señor Gutiérrez Guerra: como Bonaparte—distancias guardadas—el tenientillo sarnoso con pelo de lobo y todo pellejo y huesos, quería *llegar* y al amanecer de uno de esos días yertos del Altiplano, asalta el poder con los puños y los dientes cerrados. Iba dispuesto a todo y se impuso: el que había nacido para revolucionario quería ser Gobierno y ya lo era.

Al regresar a la Legación, la encuentro resguardada por un piquete de lanceros y por una escuadra de infantería.

Oportunamente digo por cable al Ministro de Relaciones Exteriores:

«Anoche a las ocho todo el Cuerpo Diplomático visitó en el Palacio de Gobierno al señor don Bautista Saavedra, personaje prominente del partido republicano encargado temporalmente del poder ejecutivo. El señor Maginis, Ministro de los Estados Unidos, en cuya Legación se encuentra asilado el ex-Presidente, pidió garantías para los ministros de la administración derrocada por el reciente movimiento militar. El señor Saavedra ofreció dichas garantías, agregando que la nueva situación estaba firmemente decidida a evitar y reprimir violencias, limitándose a tomar las medidas indicadas por la situación. Pedí a mi vez las garantías más amplias para las personas y los intereses chilenos radicados en Bolivia y agregué que ésto y aquellos se encuentran estrechamente vinculados a este país. El señor Saavedra me contestó diciendo que le era grato acordar dichas garantías y que aprovechaba la ocasión para declarar que el advenimiento del republicanismo a la dirección de los negocios públicos no significaba de manera alguna hostilidad a Chile; que el nuevo régimen anhelaba la paz y la amistad con todos los países, en especial con los vecinos, y el arreglo amigable de las cuestiones existentes. Finalmente me manifestó su deseo de que hiciera saber lo anterior a US.

«Agradecí cordialmente, agregando que me sería grato trasmitir a mi Gobierno las expresiones trascritas. La ciudad se mantiene tranquila. Como medida de precaución, esta Legación está resguardada militarmente.—*Rodríguez Mendoza*».

Como suponía la baja enorme que en todos los valores chilenos colocados en Bolivia, habría producido la noticia de la revolución, envié el cablegrama copiado, sin clave, es decir públicamente, a fin de que tuviera la mayor difusión, devolviendo la confianza que era necesario restablecer.

# XLVIII

## El presidente derrocado

La revolución,—¡cosa singular!—no se acordó para nada del Presidente constitucional: lo ignoró por completo. Lo halló y lo dejó en Obrajes.

A las tres de la tarde del día 12 de Julio, es decir muchas horas después de estar el señor Saavedra instalado en la casa de Gobierno, los cónsules americanos, por encargo del Ministro Mr. Maginis, fueron a traer en auto al señor Gutiérrez Guerra, el cual, según se dijo entonces, había sido invitado a las siete u ocho de la mañana por uno de sus amigos políticos a tomar un caballo y correr a Viacha y Huaqui a ponerse al frente de la caballería y de la artillería a la cual le habría bastado un disparo para sacar al señor Saavedra de la casa de Gobierno.

—Estoy muy delicado para montar a caballo—habría contestado.

A las tres de la tarde el señor Gutiérrez Guerra llegaba con la tranquilidad de una visita oficial a la Legación americana, donde conversé detenidamente con él antes de empezar la reunión del Cuerpo Diplomático, verificada a las siete de la tarde de ese mismo día.

Estaba en el escritorio de Mr. Maginis; tenía una piel de

«llama» en las piernas y a poca distancia un poderoso calentador eléctrico.

Algo fatigado a causa de sus dolencias, se hallaba, en cambio, como si nada hubiera ocurrido.

—Hoy—me dijo—me despertaron muy de alba con la noticia de que yo había muerto la noche antes... Comprendí que algo pasaba y me levanté para que no me encontraran en cama. Transcurrió toda la mañana sin que nadie me molestara. Llegaron las dos, las dos y media de la tarde y nada... La revolución me hacía un verdadero desaire no acordándose de mí. A la una o dos fueron a buscarme los cónsules americanos y un momento después de estar aquí, llegó una comisión de oficialitos que me traía redactada la renuncia de la Presidencia de la República.

El señor Gutiérrez Guerra exploró los bolsillos de su abrigo guarnecido de piel de nutria, sacó un papel en cuyo aspecto no había nada de histórico y continuó su apacible relato:

—Es claro que no firmé la renuncia que me traían, sino esta otra: «En vista del movimiento político producido, que ha alterado el orden constitucional de la República, formulo dimisión de Presidente de la Nación que me fué confiado por el pueblo. La Paz, Legación de Norte-América, Julio 12 de 1920.—*José Gutiérrez Guerra*».

Muy satisfecho con ese documento resignado el cual allanó a la revolución las dificultades de toda especie con que habría tropezado si el señor Gutiérrez Guerra se hubiera negado a dimitir, el ex-Presidente me manifestó que jamás había firmado un papel con mayor agrado.

—Dios se lo pague—debe haber dicho el señor Saavedra.

El señor Gutiérrez Guerra era hombre al agua por no haber-

se erguido ante los acontecimientos, encarándose con ellos o saliendo a su encuentro antes de que se produjeran.

Pasaba algo extraño, que nadie sabía en qué consistía, a aquel señor tan varonil, pero ya con los nervios fatigados y la mirada lenta y sin fuerza. Al mirarlo, se sentía compasión, que es lo peor que puede sentirse ante la vida y ante el hombre, ya que ambos son sólo sinónimos de una lucha sin fin.

Recuerdo la máxima escrita en la sala de conferencias de la Universidad de Harward:

«El que ha perdido su fortuna, no ha perdido nada; el que ha perdido su salud, ha perdido algo; el que ha perdido su energía, lo ha perdido todo».

Cuando regreso en la noche de aquel día inquietante, la Legación continúa resguardada por tropa armada.

Me he ganado unas cuantas horas de sueño; pero cuando dormía con todas mis fuerzas, como diría mi colega Víctor Eastman, me despierta una descarga.

—¿Has oído?

—Ya lo creo que he oído...

Espero. Nada. Silencio. Carreras lejanas, ruido de sables y cabalgaduras.

Me levanto, desciendo al piso bajo, abro la puerta de calle y pregunto con tranquilidad, que podía ser sólo aparente, pero que al menos parecía completa:

—¿No hay novedad?

—No, señor.

—¿Y la descarga esa?

Se me acerca un oficial que fuma y lleva subido el cuello del capote con piel de gato.

Me saluda militarmente y le contesto en igual forma.

—En noches de agitación—dice—es costumbre hacer descargas de pelotón para advertir a los indios que la tropa está alerta.

—Muy bien... Pero hace frío ¿eh?...

Lo invito a beber algo fuerte.

Entra, se frota las manos; esparce un olor a bestia traspirada. Me mira con sus ojos de córnea amarilla; choca conmigo su copa, volvemos a mirarnos a través de los vasos y me dice que desea mucho ir a Chile.

—Pues, señor, no tiene más que avisarme cuando caiga por esos pagos... Y buenas noches, mi mayor.

Abro la puerta y el oficial de lanceros desaparece bostezando entre las sombras olor a pasto y a tropa acampada.

Suena otra descarga.

Me hace gracia eso de estar resguardado por los rifles de una revolución contra Chile.

Miro a través de los vidrios empañados por la helada.

Aún queda mucha noche.

Se sienten disparos a lo lejos. Pasa una patrulla.

El Illimani estampa de blanco las sombras y la lejanía.

Al día siguiente, los ministros de Inglaterra y Estados Unidos me invitan a unirme a ellos para pedir que el ex-Presidente y los otros asilados sean deportados a Arica.

Acepto sin trepidar y visitamos inmediatamente al jefe del Gobierno de hecho.

El señor Saavedra resiste: la revolución—dice—tiene derecho de deportar por donde le dé la gana y no puedo aceptar el pedido que me hacen los representantes de Estados Unidos, Inglaterra y Chile.

Insistimos en forma cortés, pero indeclinable, y el jefe de

la revolución, quien no quiere otra cosa que soltar cuanto antes la brasa del ex-Presidente, me pregunta de improviso si al día siguiente a las tres de la tarde podría contarse con un tren especial para Arica.

Contesto que haré todo lo posible, en vista de que el deseo del Gobierno de hecho coincide con el de los representantes ahí presente y también con el de las personas que van a ser deportadas.

—Para ganar tiempo—agrego—podría enviar desde aquí un telegrama urgente al señor Araya, Inspector chileno del ferrocarril de Arica a La Paz, funcionario que estaba en Viacha en esos momentos y el cual prestó entonces servicios utilísimos.

Saavedra llama a un escribiente y aparece un tipito con flor al ojal y cabellera retinta, revuelta por el ciclón revolucionario.

—Escriba—le digo.

Toma una actitud de beligerancia y entrecerrando sus ojos de «llama», me dice que es el señor Saavedra el que va a dictarle.

—No—le contesto, poniéndole la mano en el hombro—en el ferrocarril de Arica a La Paz sólo puede dar instrucciones desde aquí el representante de Chile.

—Escriba—repite imperativamente el señor Saavedra y el cagatintas color coca y con ojos de huevo cocido, empieza a picotear las teclas en forma enérgica, pero que dejaba bastante que desear en materia ortográfica... ¿Piensa en aymará y escribe en español?

Anticipo que trasmitiré la respuesta apenas la reciba y nos despedimos del señor Saavedra,

En la noche acompaño a Maginis a trasladar a su Legación al talentoso señor Tejada Zorzano, hacendista.

Junto con detenerse el automóvil, salta adentro—no he

visto ni volveré a ver una rapidez mayor—el ex-Ministro con la cabeza—la cual disponía de una naríz difícil de ocultar—agazapada en el cuello subido.

Partimos, y al llegar a la Plaza de Venezuela en que Sucre mira para arriba, como viendo si el tiempo está de lluvia, un pelotón de paisanos detiene el auto, metiendo dentro los cañones de los rifles. El señor Tejada Zorzano se adhiere a mi persona en una forma efusiva; Maginis da un manotazo imperialista y sacando su cara iluminada fuera del auto, grita, llenando la plazoleta aquella:

—¡American Minister!...

Se borran en la bruma paceña aquellos rifles olor a vino y a revolución, y dice Maginis, riéndose en la forma estrepitosa que le era característica:

—Sigue no más...

En la noche es tal el frío, que hago entrar los cadetes que resguardan la Legación a la parte baja de la casa, desde donde podrían hacer fuego de pelotón sin necesidad de salir de las piezas...

Al día siguiente, 14 de Julio, el Inspector del tráfico me hace saber urgentemente que el tren chileno para los deportados estará listo a las tres, lo que me apresuro a comunicar al señor Saavedra y, en seguida, a los que van a partir, algunos para no volver.

La Legación americana se convierte rápidamente en un sitio de adioses.

Luego llega a todo trote el piquete de lanceros encargado de escoltar los autos que deben conducir a los deportados a la estación.

El ex-Presidente sigue muy tranquilo.

Accesible y bondadoso, le repugnaba la política, careciendo, por consiguiente, de actividad y energía.

Se iba derrotado de un sombrerazo, enfermo, pobre y con sus negocios particulares hechos un desastre mayor que su caída.

—Va a tierra amiga—señor Gutiérrez Guerra—le digo.

—Lo sé señor Rodríguez—me contesta, tomándome afectuosamente la mano.

Va sin guantes y le ofrezco los míos:

—A su debido tiempo usted me devolverá una caja...

Todos los deportados están tranquilos menos uno, el cual, al divisar las lanzas de la escolta, se toma de mí como si ya se sintiera con esos instrumentos encima. Está totalmente aterrorizado: nos van a linchar—me dice, estirándome una mano en que hay hielo y sudor de agonía.

Ha llegado el momento de salir y acompaño al ex-Presidente.

En el instante de trasponer la reja de la Legación, alguien lo toca con el bastón: es un hijo del General Pando, el cual le dice:

—¡Asesino de mi padre!

—Yo no he asesinado a nadie—contesta el ex-Presidente.

En efecto, bastaba ver una vez al señor Gutiérrez Guerra para comprender que no podía ser exacta esa acusación.

Suena un toque de clarín.

La caballería rodea los autos y la cara del que cree que va a ser linchado, toma el mismo color de la coca, que en Bolivia no es una planta sino un ser viviente.

Parten los autos en medio del silencio de la multitud y el ex-Presidente muy pálido, pero siempre tranquilo y distinguido, repite monologando y como si fuera sólo en el auto, que él no ha asesinado a nadie.

En la plazuela de Sucre, un cholo joven y macizo, salta al estribo del auto en que va el ex-mandatario y Maginis lanza un puñetazo que arroja al curioso entre los caballos de la escolta:

—¡American Minister!...

Sin más incidentes, los deportados llegan a la estación; ocupan silenciosamente los vagones que les estaban designados y el convoy, sobre el cual flamea la bandera de Chile, empieza a alejarse.

Esa misma tarde tengo que ver a Saavedra y lo encuentro de muy buen humor.

—Supongo—dice—que el coche comedor irá bien provisto porque el señor Vásquez, ex-Presidente, es hombre de buen diente.

Le pido un salvo-conducto pasa un periodista afecto al régimen caído.

—Ah! sí—dice—es un bandidillo; pero no hay inconveniente para que se mande mudar cuanto antes.

Nuestro protegido se hallaba asilado en el Museo de Historia Natural y cuando llegamos a buscarlo con el Ministro inglés, el cual apesar de su cara de Williams Pitt, tiene muy buen humor, Mr. O'Reilly, me dice que nunca un refugiado político buscó un asilo más de acuerdo con su figura.

—No le vendrían mal unos cuantos azotes—dijo uno de los circunstantes, al tratarse del salvoconducto,—lo que me pareció oportuno contar al periodista a fin de que tomara precauciones porque bien podía ocurrir que durante el trayecto a Arica sintieran tentaciones de bajarlo a fin de despedirlo con algunos huascazos republicanos.

Ante tales espectativas, las cuales no tenían nada de improbable, nuestro distinguido amigo se intranquilizó en tal forma

que deseaba volver sin pérdida de tiempo a su hospedaje del museo.

Se necesitó de todo el poderío británico para que no se escapara del coche cerrado en que ya lo conducíamos a la estación.

La alarma del otro al divisar a los lanceros, resultaba nada ante la inquietud que se apoderó del periodista liberal al considerar la posibilidad de un atentado chicote en mano.

—Me parece más discreto—decía—volver al museo.

—Pero hombre de Dios, ¿dónde puede meterse ahora que no lo pillen?

—Es que prefiero cualquier cosa a un atropello cometido en la forma indicada...

Haciendo uso de un eufemismo muy protocolar, llamaba disimuladamente «forma indicada» a los chicotazos que pudieran aplicarle en el camino.

Resuelto a todo antes de llegar a la estación del ferrocarril, nuestro protegido tomó una actitud de deportado por la ingratitud de sus conciudadanos: sumergió la diestra en la solapa de su abrigo y en seguida hundió la barba simiesca en el lazo solferino de la corbata: parecía un Napoleón de mata de plátanos.

—Por lo demás—dijo O'Reilly—se ha hablado sólo informalmente de latigazos, los cuales no podrían considerarse un hecho, mientras no sean aplicados. Todo lo demás, son sólo presunciones.

Hablaba como un jurista, lo que sin embargo, no logró devolver la tranquilidad al periodista.

Para colmo de angustias, al llegar con él a la estación el jefe del Gobierno de hecho esperaba a otro de los miembros de la junta revolucionaria.

Entramos a una especie de bodega en espera de la partida del tren y al ver que el propio señor Saavedra venía en esa dirección, nuestro hombre se metió precipitadamente detrás de unos bultos que iban para Oruro.

# XLIX

## Las patas de la sota

El día 13 de Julio en la noche visitamos a los ex-Ministros, asilados con sus señoras en la Legación norte-americana, donde había una calefacción de usina metalúrgica.

Al salir, para regresar a nuestra casa, nos atrapó un frío illimanesco y al día siguiente mi mujer siente los estremecimientos, la fiebre con que empezó el drama de su salud, herida mortalmente en los días en que mi gestión diplomática en La Paz era como montar la guardia casi a cuatro mil metros de altura.

La casa se queda en silencio y desaparecen los movimientos incesantes de las cholas del servicio que mi mujer mantenía constantemente movilizadas.

La fiebre no cesa un instante y mientras la casa se llena de siervas de María, españolas de Castilla la Vieja, sor Dolores, sor María, sor Lucina, seres que reconcilian con la humanidad, la Legación continúa militarmente resguardada.

¿Y cómo salir de La Paz en esas circunstancias?

Chile había resuelto movilizar quince o veinte mil hombres que ya venían en camino de la frontera con Bolivia y debo permanecer en mi puesto mientras dure esa movilización preventiva.

En las calles se me mira en forma tan expresiva, que cual-

quier día puede sobrevenir una «molestia», como decía un antioqueño de Colombia.

Resuelvo no andar sino en automóvil. Es más prudente y rápido.

La prensa republicana dispara a un tiempo sus espingardas y parece que el Illimani, las tormentas y el Choquelimpie — río paceño—,se hubieran unido a la reivindicación, gritando juntos:

«Antofagasta, Mejillones y otras regiones!...

El doctor Escalier, miembro de la junta y Ministro de Relaciones Exteriores, me pide que lo visite para interrogarme sobre la movilización chilena. Como no hay gobierno reconocido por Chile, admito esas preguntas a modo de reportaje.

—Se trata de medidas de resguardo—digo al señor Escalier.

—Sin embargo, —dice el gran médico—aunque no tan gran político, —ya la caballería chilena vivaquea en la frontera...

—Está a diez kilómetros de la línea divisoria y no creo que haya probabilidad alguna, señor Escalier, de verla aparecer en la plaza Murillo...

—De Oruro se me anuncia en este momento—continúa el doctor—que anoche han volado sobre la ciudad los aviones chilenos.

—Alguien que escuchó mal, señor Ministro, y equivocó el ruido de un aeroplano con el de algún auto que pasaba chancleteando con sus neumáticos en trance de operación vulcanizadora...

La situación no podía ser más envidiable, como se ve.

¡Pero en qué momentos quiere entrarse la muerte a buscar con quien salir en vilo para el otro mundo!

Hay una canción gaucha que dice:

«Para sufrir
han nacido los varones
hasta que llega la muerte
y los saca a coscorrones!»

Tenía un trabajo abrumador, máxime de clave, y desde mi escritorio oigo perfectamente que mi mujer le dice a las monjas «me voy... me voy...»

A mal tiempo buena cara.

Una noche se produce una gran alarma entre las siervas de María: llega a escape un escuadrón de caballería, enviado por el Prefecto de La Paz, el Coronel Santa Cruz, hijo del Mariscal, lo que quiere decir que nos protege el vástago del protector...

Viene en camino una manifestación patriótica organizada en honor de M. Poincaré, entonces alejado del gobierno, y el cual acababa de suscribir un informe favorable a la revisión de los tratados... siempre que éstos sean ajenos. La manifestación, era claro, deseaba pasar frente a la Legación de Chile.

—No es nada—digo a las Siervas—el Prefecto me dice que se trata sólo de una medida de resguardo.

Sobreviene en la salud de mi mujer una de esas falsas mejorías, tanto más crueles cuanto que, simultáneamente, son la esperanza que renace y la inquietud que no se va: es el destino vacilante, indeciso entre la vida y la muerte.

—Ya estoy buena—dice a la monja de cabecera.

—Gracias a Nuestro Señor—contesta la Sierva—iluminando melancólicamente sus ojos salmantinos.

Está habituada a ver la muerte, rozándole la toca blanca pegada al pelo cortado a rape y comprende perfectamente que esa bonanza no era definitiva.

No hay tal mejoría

La muerte sigue por ahí a trompicones y el silencio está poblado de ruidos extraños...

El gato avanza con los ojos muy abiertos hacia la puerta del dormitorio y de repente se queda paralizado sin terminar el movimiento.

Dudo de todo, salvo del espíritu, que no puede ser una simple emanación de la materia.

Recuerdo las palabras terribles de Shakespeare: hay en la tierra muchas cosas misteriosas cuya causa ignoramos.

Me sumerjo en mi propia pequeñez, orgullosa, y, sin embargo, llena de temores.

Me quedo con la vista inmóvil en el Santo Cristo y éste empieza a agrandarse, refundido en luz por el rayo luminoso que deja pasar un postigo... Y mis nervios, estirados como un hilo tirante en el carretel de huesos, sienten el terror del silencio que no es silencio, sino una advertencia indescifrable.

La enferma se ha quedado dormida y la monja abulence o salmantina con ojos lucinos, se sienta en un sofá y saca su rosario.

Lleva toca y hábitos; su pelo ha sido rasado a navaja; pero continúa siendo mujer, una hermosa mujer porque el sexo no es cuestión de vestimenta.

Me asalta una tristeza atroz, un deseo incontenible de huir, de sustraerme de todo.

—Sor... Dolores... ¿y no llevamos todos ese mismo nombre?...

Monologo.

La monja me mira sorprendida.

No me atrevo a darle el nombre invulnerable; pero se lo doy al fin, como quien se acerca a algo santo:

—Madre Dolores...

Se lleva las manos al pequeño crucifijo clavado en un pedazo de madera negra.

Sor Dolores evita el diálogo; pero mira en oración el Santo Cristo agrandado por la luz de la tarde.

Viene la noche y sigue más obsesora la visión de la muerte. En el corazón. falto de aire, golpea angustiosamente. la idea de un entierro y llega al horror el realismo que se complace en los detalles de la tumba cuando la materia, línea y color hecha vida, se disuelve convertida en pus.

A las dos o tres de la madrugada aullan todos los perros de esa ciudad en que cada indígena que se respeta tiene dos o más animaluchos peludos, en esqueleto y con ojos de nictálope.

Al aullido de los perros no tarda mucho en agregarse la tormenta que viene a enmarcar la idea obsesionante de la muerte.

Los relámpagos destellan una furia azulada, malamente imitada a veces por los cinemas nórdicos.

Los montes con nombres incásicos se han puesto a vocear al unísono algo anonadante.

A veces, muestran un instante la fisonomía de sus cumbres.

La Paz será cualquier cosa, menos algo banal o de imitación.

Los rayos latiguean con fuego la cercana Cuesta de las Animas, mostrando a intervalos una mandíbula enorme.

Qué es la furia oratoria u homicida de los hombres pareada con este debate de cumbres, que no se ven, pero que se adivinan?

Se oye la campana del convento franciscano en cuyas to-

rres labradas por la Colonia se refugian los duendes paceños en noches de tormenta.

Van espaciándose los truenos y suena la «kena» de un indio borracho.

El soplón que aún en noche de perros espía mi Legación, silba un trozo lírico que se pegó a sus tímpanos sucios después de oír en alguna cantina de extramuros un disco de fonógrafo atacado de laringitis,

El indio ebrio de la vecindad reemplaza con su «kena» y sus aullidos de alcohólico contumás, los trompetazos de juicio final de la tormenta que se aleja dejando tras de sí una luna en campo azul, cortejada por las estrellas que se estremecen con emotividades más o menos cursis.

# L

## Match de fondo

El 17 de Julio, y antes de estar integrada por sus tres ministros la junta revolucionaria, el señor Saavedra en quien se estilizaba más y más el caudillo, envió al plenipotenciario de los Estados Unidos—Mr. Maginis—Decano del Cuerpo Diplomático por estar ausente Monseñor Caroli. una nota en que pedía el reconocimiento del nuevo Gobierno por parte de los países con representación en Bolivia.

Maginis reunió con rapidez telefónica y automovilística a todos sus colegas a fin de imponerlos de la comunicación que acababa de recibir.

Pidió la opinión de cada cual y, por mi parte, creí del caso limitarme a decir que la mía sería la de la mayoría de mis colegas.

En vista de que el programa revolucionario era la reivindicación del litoral, yo esperaba sólo el momento oportuno para pedir una declaración formal de respeto a los pactos existentes entre Chile y Bolivia.

Por razones obvias, no me pareció del caso manifestar este propósito en la reunión de que se trata, porque la exigencia que

me preparaba a formular en resguardo de la tranquilidad exterior, competía exclusivamente al representante de Chile.

Acaso no era prudente poner a la revolución en situación insostenible porque después de ella bien podría sobrevenir la anarquía; pero había llegado a ser indispensable tomar algunas precauciones, y, además, rectificar oficialmente el programa con que asaltó el poder, rectificación tanto más necesaria cuanto que uno de los miembros de la Junta de Gobierno, el señor Escalier, acababa de exponer a la prensa argentina el programa integral de la reivindicación.

Después de una detenida discusión en que apenas tomé parte, se redactó en contestación al señor Saavedra, el siguiente memorándum:

«El Cuerpo Diplomático, deseoso de informar a los gobiernos que representa acerca de la situación actual de Bolivia, a los efectos del pedido formulado por el señor Saavedra, respetuosamente solicita que se le informe si la Junta provisoria de Gobierno ofrece amplias garantías sobre las personas de los extranjeros residentes y sobre los compromisos contraídos con los gobiernos anteriores. El Cuerpo Diplomático, desea, asimismo, informes detallados sobre los sucesos ocurridos en varios departamentos del país; sobre acatamiento al nuevo Gobierno por parte de las autoridades departamentales y sobre la fecha aproximada en que se llamará a elecciones para la Convención que ha de elegir al Presidente y tratar sobre la reforma de la Constitución».

Se acordó llevar colectivamente el memorándum transcrito y mientras nos reuníamos de nuevo con este objeto, redacté por escrito la forma que iba a dar a mi pedido de respeto a los Tratados existentes entre Chile y Bolivia.

Un momento después, el Cuerpo Diplomático era recibido

por el señor Saavedra y una vez que el representante americano leyó el memorándum que acababa de redactarse en la Legación a su cargo, pedí la palabra para leer a mi vez, esta exigencia:

«Aun cuando me parece supérfluo después de las declaraciones que en la misma noche del 12 del presente se sirvió hacerme el honorable señor Saavedra, *creo del caso declarar explícitamente que el Encargado de Negocios de Chile en Bolivia entiende la frase «amplias garantías» empleada en el memorándum a que acaba de dar lectura S. E. el Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos, en el sentido de que la primera y más fundamental de las garantías, es el respeto absoluto a los Tratados existentes. Ruego, en consecuencia, que en la respuesta al memorándum del Cuerpo Diplomático se establezca claramente este punto»* (*).

El señor Saavedra contestó que todo Gobierno estimaba sagrado el respeto a los pactos existentes y que de ello, aún cuando en realidad le parecía supérfluo, se dejaría constancia escrita.

La reivindicación quedaba desde ese momento eliminada del programa de la revolución hecha gobierno y entiendo que así se apresuró a trasmitirlo a sus respectivos gobiernos la mayoría de los representantes ahí presentes.

Tomando de nuevo la palabra, pregunté qué podría decirseme sobre los contratos chilenos en tramitación.

Se me contestó que seguirían su curso administrativo y legal.

La cabeza visible de la revolución cumplió lo que había dicho en presencia de todo el Cuerpo Diplomático y el 19 de Julio el Plenipotenciario norteamericano recibió la siguiente nota:

---

(*) Luis Barros Borgoño.—«La Cuestión del Pacífico y las nuevas orientaciones de Bolivia», pág. 207 y siguientes.

«Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto.—Sección Diplomática.—N.° 12. La Paz, 19 de Julio de 1920.—Señor Ministro: El Honorable Cuerpo Diplomático acreditado ante el Gobierno de Bolivia y presidido por V. E., tuvo a bien el día 14 de los corrientes pedirme, a los efectos de la nota que tuve el agrado de pasar al Cuerpo Diplomático por conducto de V. E., para el reconocimiento de la nueva situación política de la República por los gobiernos representados por V. E. y sus dignísimos colegas en esta ciudad, respuesta a puntos concretos, que me fueron presentados.

«Ella se refiere a que la Junta de Gobierno informe sobre el género de garantías que ofrecerá el nuevo Gobierno a las personas de los extranjeros residentes en Bolivia y sobre el respeto que tendrá dicha Junta por los contratos y tratados suscritos por los gobiernos anteriores de esta República. Además se refiere la información sobre si las autoridades departamentales se han sometido a la Junta de Gobierno y sobre la fecha en que se llamará a elecciones para una Convención Nacional a fin de elegir al Presidente de la República y acometer las reformas constitucionales que el país exige.

«En respuesta tengo la honra de manifestar a V. E. como Decano del Cuerpo Diplomático: que la Junta de Gobierno constituída por un movimiento político general en la República. ofrece las más amplias garantías a los ciudadanos extranjeros residentes en el país; *respetará fielmente todos los tratados y contratos suscritos por los gobiernos anteriores, una vez que en ellos está comprometida la fe de la República. no siendo los gobiernos, cualquiera que sea la forma en que están constituídos, más que intérpretes del honor y la fe nacional*»

Agregaba más adelante esa misma comunicación:

«Esperando que en esta respuesta vea V. E. y el Honorable Cuerpo Diplomático la mejor voluntad de parte de la Junta de Gobierno de Bolivia de seguir un camino de cordialidad y buena amistad con los países amigos y ofreciendo todo género de garantías a los elementos e intereses extranjeros, me es grato reiterar a V. E. las seguridades de mi más alta y distinguida consideración.—Firmado.—*B. Saavedra*».

La Junta de Gobierno quedaba constituída poco después con sus tres miembros y creí que era conveniente la ratificación por parte de todos sus vocales de lo que ya había declarado uno de ellos en la comunicación trascrita.

En efecto, todos los miembros del Cuerpo Diplomático, menos el Honorable señor Bustamante y Ballivián, cuyo Gobierno había hecho el reconocimiento del caso, visitaron de nuevo a la Junta.

Expresó el Decano, señor Maginis que sus colegas oirían con agrado una ratificación de las declaraciones ya hechas por el señor Saavedra sobre el respeto a los Tratados.

El señor Escalier, cuyas respuestas a la prensa de Buenos Aires eran molestas e inamistosas para Chile, contestó diciendo que en el Gobierno revolucionario no existía sino una opinión sobre el respeto a los pactos existentes y el deseo de cultivar con todos los países, especialmente con los vecinos, las mejores relaciones.

Sin embargo, a pesar de sus declaraciones solemnes, los delegados de Bolivia se presentaron ante la Asamblea de la Liga de las Naciones, reunida en Septiembre de 1921 pidiendo la revisión del Tratado chileno-boliviano de 1904, a lo que contestó la Comisión de Juristas llamadas a dictaminar sobre esa demanda, que la Sociedad de las Naciones carecía de atribuciones para

revisar ningún tratado y que la alteración de un pacto, continúa siendo de la exclusiva competencia de las Partes contratantes.

Los delegados chilenos en Ginebra redactaron e hicieron circular entonces un folleto, que fué traducido al francés y al inglés, y en el cual se hacía la historia del Tratado cuya revisión pedía la delegación boliviana. Además, se copiaban en dicho folleto las declaraciones de respeto a todos los tratados exteriores hechas por el gobierno revolucionario al contestar la exigencia que sobre el particular me correspondió formular en mi calidad de representante de Chile.

Es verdad que ningún interés chileno fué lesionado con motivo de la revolución de Julio de 1920; pero el republicanismo, hecho gobierno, primero de hecho y después legal, imprimió a sus relaciones con Chile un tono de inusitada aspereza que hizo cada vez más delicada y difícil la mantención de buenas relaciones.

Durante todo ese período, Chile hizo sacrificios diarios a fin de mantener la paz, desentendiéndose de las procacidades de una prensa que bien podía considerarse oficial porque, no habiendo libertad de imprenta, era, sin embargo, tolerada por el Gobierno de hecho.

La revolución se alarmó con las medidas tomadas por Chile y las cuales tuvieron un carácter exclusivamente preventivo.

Según el señor Saavedra y la Junta de que continuaba siendo la cabeza visible, nuestros aeroplanos volaban todas las noches sobre Oruro y La Paz y el señor Escalier me llamó varias veces para decirme que tenía noticias que le permitían asegurar que Chile movilizaba más de cien mil hombres...

Entre tanto, se acentuaba violentamente en aquellos días el antagonismo entre los dos candidatos a la Presidencia—Saavedra y Escalier—y no había que ser un profeta para comprender

quién sería el vencedor en aquella lucha en que el primero tenía en la mano todas «las de ganar».

Proclamado Saavedra por la mayoría de los votos del Congreso constituyente, recién elegido, Argentina, Brasil, Chile y Estados Unidos, reconocieron simultáneamente esa elección y en la nota en que a nombre de mi Gobierno comuniqué a la Cancillería boliviana el reconocimiento chileno, reiteré categóricamente las declaraciones de respeto a todos los Tratados hecha por el propio señor Saavedra en su nota de 19 de Julio, agregando que sólo en vista de dichas declaraciones reconocía Chile la elección de Presidente de la República que acababa de efectuarse.

Sin jactancia alguna, en las anotaciones que preceden me he limitado a dejar constancia de mi actividad en esos días, la cual fué apreciada aquí con excesiva bondad.

# LI

## De nuevo la proximidad de la muerte

Mi mujer recae medio a medio de aquel período en que me toca tratar durante seis meses con un gobierno revolucionario no reconocido por mi país y al cual hubo que ponerle cerca de la frontera y como medida precautoria, catorce o quince mil soldados que el doctor Escalier creía que eran cien mil...

Recrudece la fiebre y mientras trabajo diez o doce horas al día, vuelvo oír el adiós de mi mujer a las Siervas que de nuevo llenan la casa con sus tocas y su bondad melancólica: «Me voy... me voy»...

Durante la falsa convalecencia, el doctor Villanueva, que después, en 1925, fué Presidente electo, había tenido que trasladarse a Buenos Aires y hago desfilar ante la enferma a todos los doctores paceños, uno de los cuales era físicamente un tipo de morgue cuya sola presencia bastaba para poner a las puertas de la muerte.

Explora y puncetea por todas partes con sus manotas groseras y propone operar los riñones.

Otro, armado de una terminología pescada al vuelo en el Instituto Pasteur, declara con suficiencia mortal que se trata de una tuberculosis. Recuerdo «*Les morticoles*», de León Daudet.

¿Y a quién clamar?...

Monseñor Caroli, Decano del Cuerpo Diplomático, ruega al doctor Escalier, miembro de la junta revolucionaria, que vea a mi mujer. Y va, lo que le agradeceré, si no eternamente, ya que no me creo con derecho alguno a lo eterno, por lo menos, durante toda mi vida.

La reconoce y dice que lo que está muy mal es algo esencial para la vida: las glándulas suprarrenales.

Pasa el doctor a mi escritorio; mira con los ojos medio entrecerrados porque parece un poco corto de vista, y viendo encima de mis libros algo que de pronto no distingue bien, se acerca a ver de lo que se trata: es una pequeña bandera de Chile al pie de la cual monta la guardia un cuchillo corvo, obsequio reciente de un compatriota coleccionador de armas inofensivas.

—¿Y qué es eso?

—Cosas que suelen usar «los niños» de mi tierra...

—¿Los niños de su tierra?

—Así se llaman frecuentemente entre sí mis compatriotas del pueblo. En cuanto al instrumento ese, lo titulan «corvo» y lo usan para «subrayar»...

—¿Para «subrayar», dice usted?

—Así por lo menos llamó uno de los «niños» a un tajo que, con motivo de una molestia, le infirió a otro... ¿Qué es eso? —le preguntó el Juez. —Nada, Su señoría, contestó el interpelado... Lo «subrayé».

Y lo más curioso es que mientras el doctor permanece en mi casa, recibo un cable en que mi Cancillería me pregunta qué significa la presentación que los delegados bolivianos acaban de hacer en Ginebra, casi a raíz de las reiteradas declaraciones de respeto a los tratados.

La Junta de Gobierno estaba cada vez más molesta con la movilización y no parecía que fuera temerario pensar que cualquier día yo tendría que dejar La Paz.

Delicias diplomáticas.

A mediados de Octubre, se produce un ataque después de una fuerte excitación nerviosa en que la enferma, muy creyente, dice señalando el cerrillaje pardo que se divisa frente a su cama: por aquellos cerros vienen mi madre y la Virgen...

Escenas que desgastan más que un combate.

Se desploma el lado derecho y desaparece el uso de la palabra.

Corro en busca del médico de cabecera.

La mira, le toma el pulso, saca solemnemente su reloj y dice: la señora no llega a las dos de la tarde...

La enferma lo mira fijamente, sin poder hablar.

Paso a mi escritorio con aquél todopoderoso y le pregunto de qué se muere mi mujer.

—De tisis galopante...

—¿Tisis galopante, sin que haya tos ni espectoración?

Me observa compasivamente, coge su sombrero y me dice que he oído campanas sin saber dónde... Agrega que de todas maneras volverá un momento más tarde.

Llega un religioso que no sé quien ha llamado, con capa negra orlada de galones blancos; tarro e hisopo para aspersiones y un libro que debe ser el de ayudar a bien morir.

—Señor—le digo—no puedo recibirlo porque si mi mujer lo ve con esa estampa, se quedaría instantáneamente muerta... Le ruego que no tome esto como irreligiosidad porque yo mismo voy a llamar ahora a Monseñor Caroli, que es nuestro Decano y nuestro amigo.

Insiste en entrar.

—No puedo permitirlo y de nuevo le ruego que no interprete mal mi actitud...

Sale muy molesto de no haber tenido ocasión de utilizar su hisopo fúnebre y el monaguillo que lo acompaña da un portazo.

Las monjas corren aturdidas, enjugándose los ojos para que no las vea llorar.

El ataque ha respetado la cara y la enferma hace señales de adiós.

En la tarde viene Monseñor Caroli, Nuncio de Su Santidad, y aún más que ésto, santo varón con vocación de mártir que solía llegar hasta las regiones amazónicas en busca de indios que cristianar. El misionero de hoy es el conquistador de otros tiempos; pero movido por la fe y sin interés material alguno.

Monseñor Caroli no es el hombre político, diplomático o lo que sea. Es mucho más que eso: es lo más alto de este mundo infectado de habilidades y escaso de bondad. Es un santo varón que se emociona profundamente al saber lo que ocurre y se acerca a la enferma con las manos puestas.

Monseñor quiere decir la misa al día siguiente, en una salita al lado del dormitorio.

Misa de agonizantes...

Armo yo mismo un altar con algunas de las antiguallas coloniales que había reunido y coloco al centro de una cornucopia roja y dorada, un Santo Cristo varias veces centenario. Es un Crucificado bien español, bien castellano, la sangre de cuyos lanzazos hace resaltar más la lividez del marfil cuarteado por el tiempo. Su cabeza se destaca sobre una gran aureola de plata que irradia de la cruz de palo santo.

Nunca podré olvidar esas misas de Monseñor.

Ayuda Sor Dolores.

Por medio de señales, la enferma se hace poner una toca de encajes y con su mano indemne aprieta una pequeña cruz que la acompaña desde el colegio.

Después de tantos años, oigo esa misa apaciguante y domadora de rebeldías en medio de tantas amarguras.

Monseñor, su misa de bien morir y la monja arrodillada, son la fe en un momento de infinito desaliento. Sus oraciones, mezcla de ruego, de liturgia y de adiós, convierten en un anonadamiento mi insurrección contra lo injusto.

El viejo cáliz, que todavía conservo, se alza ante el Crucifijo venido hace siglos de Castilla y suena la campanilla invitando a postrarse, ante la hostia levantada por las manos del oficiante.

Religión alguna se asocia así, haciéndolo suyo, al dolor de los demás.

El cristianismo es la caridad, es la esperanza y por eso no podrá morir mientras hombre y dolor sean sinónimos.

Monseñor reza con voz emocionada

Suenan de una manera extraña alcanzándose, haciéndose eco la campanilla y la voz del oficiante...

Las luces encendidas en pleno día son sin duda cirios de túmulo y el olor a pavezas, mezclado con el de las drogas, no dejaba ya recordar que esa pequeña salita convertida en capilla, era el rincón de una mujer joven que se complacía rodeándose de flores y perfumes.

Suena pausadamente la campanilla de ayudar la misa; Monseñor Caroli se encamina a dar la comunión a la enferma y luego regresa al altar improvisado con los ojos llenos de lágrimas.

Se arrodilla y deja caer la cabeza en las manos puestas.

Se acerca de nuevo al lecho de la enferma y le dice que ha rezado mucho por ella y que muy luego iba a estar buena.

—¿Sabe usted, Monseñor,—le digo un momento después, ya solos en mi escritorio——que si mi mujer se muere, no tengo un sitio decente en qué sepultarla?...

—Ah! no ha de llegar ese caso—dice el santo varón, tomándome las manos.

—Bien... ¿pero si llegara?...

Se queda en silencio.

—Dios proveerá.

Ese mismo día Monseñor Caroli pide y obtiene un nicho en la tumba de una señora piadosa y distinguida, españolamente apellidada Clavijo. Sólo la bondad es capaz de tomarnos para siempre: he ahí la razón de por qué, apesar de lo agrio de mi misión, no puedo recordar con odio a Bolivia.

Poco después, de regreso de una expedición a Huacullani-Tiahuanaco—donde tomó una infección maligna, Monseñor cae con una fiebre que va ascendiendo lentamente, estacionándose al llegar a los cuarenta y un grados...

Al cabo de varios días, extenuado por la temperatura que no hay manera de hacer descender, se agrava sensiblemente; empieza a fallar el corazón y las fatídicas bolsas de oxígeno llenan el palacio de la Nunciatura.

Las pulsaciones llegan a ciento cuarenta, a ciento cincuenta, a ciento sesenta por minuto y en la fisonomía sudorosa se estampa ya la infame herradura de la muerte, la cual, estirando las facciones, las inmoviliza, anunciando la proximidad de lo irremediable.

Entonces él también dice que se va a su secretario, a quien

llama afectuosamente don Felice, suizo-italiano que llora como un niño.

Monseñor le hace sus últimos encargos y aunque trata de sonreírse, está deshecho por la fiebre y por su pobre corazón caritativo que ya no puede más con las ciento sesenta pulsaciones.

El secretario corre aturdido como si la Nunciatura se le fuera a venir encima.

Monseñor se muere. ¿Pero esto es posible?

No hay esperanza alguna de salvarlo.

Sin embargo, se sonríe y hace señales para que no se llame otro médico. Es suavemente irónico—es romano de pura sangre—y dice entreabriendo pesadamente los párpados sobre los ojos hundidos:

—Que me mate uno solo...

Vuelve a cerrar los ojos, pero sus labios resecos se quedan contraídos por una sonrisa de piedad y de fervor.

Todos nos sentimos consternados como si alguien nos siguiera en puntillas, recordándonos que así caeremos todos.

Han cesado las risotadas de Maginis, que tiene un corazón de oro y ya no repite su acostumbrado estribillo.

Los que pueden hacerlo, se turnan para acompañar a Monseñor y él apenas puede abrir los labios para agradecer a sus colegas.

Todos lo queremos como sólo se quiere a los que no tienen sino dulzura con los demás y nos repetimos aterrados, presintiendo que íbamos a quedar solos: ciento ochenta pulsaciones por minuto...

Empieza una agonía sin fin, como si la muerte trepidara antes de llevarse uno de esos pocos seres que todavía recuerdan el cristianismo primitivo.

Monseñor se confiesa; recibe la comunión, le aplican el viático; no retira los ojos del pequeño crucificado que no puede sostener entre sus hermosas manos ya entorpecidas, y le pide a don Felice que no se aleje ni un instante. Don Felice no puede rezar en alta voz las oraciones que Monseñor quiere repetir con ese tremendo balbuceo de la agonía que empieza, porque, a su vez, se siente morir de pena.

La ciudad entera sabe ya que el dulce pastor se halla entre la vida y la muerte y tocan las campanas pidiendo preces para el agonizante.

Monseñor conserva su lucidez habitual; pero articula penosamente lo que dice.

—Don Felice... rece las letanías... de la buena muerte.

Y don Felice suspende el libro a la altura de los ojos para ocultar el pañuelo con que se seca las lágrimas:

—«Sal alma cristiana de este mundo en nombre de Dios, Padre omnipotente que te crió; en nombre de Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que por tí padeció; en nombre del Espíritu Santo que en tí se difundió. En nombre de los Angeles y Arcángeles; en nombre de los Tronos y Dominaciones; en nombre de los Principados y Potestades; en nombre de los Patriarcas y Profetas; en nombre de los Santos Apóstoles y Evangelistas; en nombre de los Santos Mártires y Confesores; en nombre de los Santos Monjes y ermitaños... Descansa hoy en paz y habita en la Santa Sión, por el mismo Jesucristo Nuestro Señor».

El hipo de la muerte corta a cada instante esa última oración y don Felice se enjuga furtivamente las lágrimas creyendo que la voz no traicionaba su dolor.

De súbito, Monseñor habla con su apaciguante voz habitual:

—Madre de Dios, ruega por mí, pobre pecador... Sangre

de Jesús, pide gracia para mí... Señor—agrega la voz lenta y solemne del santo varón—os entrego mi alma.

Aguardamos en silencio en una pieza cercana.

La voz del agonizante vuelve a ser un estertor:

—Señor... Señor...

La monja y don Felice se cubren la cara con las manos, doblándose hacia el suelo.

Los ojos del agonizante han quedado inmóviles y las hermosas manos excavadas por la muerte, en que campea una esmeralda, don pontificio de Benedicto XV, se estampan en el pecho, queriendo hundir en él el pequeño Santo Cristo humedecido con el sudor de la agonía.

En la noche el Cuerpo Diplomático vela el cadáver de su Decano.

Nadie dice nada: sólo cuando se va algo superior se siente también en forma puramente espiritual toda la desolación de la muerte.

Al día siguiente llevamos los restos hasta la iglesia del funeral.

A la salida, lo toman en hombros dominicos y franciscanos, y cuando éstos cantan las preces de difuntos, el pueblo entero prorrumpe en un sollozo impresionante: la muerte es más horrenda que en parte alguna donde la naturaleza, en vez de ser luminosa y colorista, es lo trágico y lo enorme.

Pregunto dónde va a hacerse la sepultación.

—En la tumba de la señora Clavijo.

Ah!, comprendo!... El nicho que Monseñor había pedido un mes antes para mi mujer, que se había escapado de la muerte, iba a ser ocupado por él!

No hay discursos, no hay nada sino dolor y un obrero con

cara de muerto empieza a empujar el ataúd que se resiste a entrar en el nicho... Se acerca a ayudar un albañil indígena y el cajón, entra, al fin, produciendo un ruido que llega al alma, pasando por los huesos.

El obrero indígena tapa el nicho con su «mezcla», en lenguaje de albañil y, terminada esta operación tremenda, ese obrero pregunta indiferentemente el nombre del muerto porque hay que escribirlo en el cemento fresco...

¿Se había olvidado ya el nombre del que acababa de pasar bendiciendo y sonriendo a la ciudad de paisaje impresionante?

Así termina todo...

Sin títulos ni tratamientos, y como la muerte igualitaria no sabe nada de esas cosas, aparece en la «mezcla» un nombre desnudo y malamente escrito:

«Rodolfo Caroli».

Con la cara empapada en lágrimas don Felice Camponovo se arrodilla y hace una cruz en el cemento que empieza a endurecerse.

Una trompeta militar toca silencio y la multitud que llena el campo santo, frailes e indígenas, hombres, mujeres, niños, prorrumpe en un llanto pavoroso en que culmina la queja de los indígenas, la raza olvidada.

Salgo rápidamente; camino entre entierros hechos en aquella tierra de aluvión, que remueve fácilmente el agua en declive y paso al lado de algo que no sólo no olvido sino que mi endiablada memoria óptica me hace ver de nuevo: son unos pies desnudos que han quedado al descubierto al correrse con las lluvias la tierra gredosa que los cubría.

# LII

## El Exmo. señor Ministro Plenipotenciario en La Paz. . .

Marcho a Chile con permiso y voy a despedirme del Ministro de Relaciones Exteriores, señor Fernández Alonso, especie de don Ramón Barros del Altiplano porque no sólo es un hidalgo, sino un espíritu gratamente irónico.

Ha sido de todo, inclusive Presidente de la República, y ha frecuentado el llano y la cumbre; el éxito y la derrota; los buenos y los malos tiempos.

A través de ese oleaje tan humano y general, se ha conservado siempre el mismo, es decir, caballero e intencionadamente ocurrente.

Siendo Ministro de su país en Buenos Aires, el Presidente de la República, al leer su mensaje al Congreso en presencia de todo el Cuerpo Diplomático, alude en forma destemplada al litigio limítrofe con Bolivia.

Un momento después uno de sus colegas le pregunta a qué ebe esa salida de dicho documento.

—No la he oído hasta que reciba instrucciones—dice agudamente el señor Fernández Alonso.

Años después, ya muy corto de vista pero no de ingenio, al

descender la escalinata del Palacio de Gobierno, se encuentra con don Macario Pinilla, miembro de la Junta que años antes lo derrocó del poder y lo invita a que se apoye en él.

—Vaya!... ayúdeme a bajar por segunda vez—le dice sonriéndose don Severo.

El señor Fernández Alonso es uno de mis buenos recuerdos de La Paz.

En momentos difíciles, era la corrección del caballero y la delicadeza del hombre de mundo, todo ésto decorativamente ornamentado en los días de ceremonia, con dos bandas y varias grandes cruces.

Y vaya al *in-pase* lo desagradable de mi gestión: el Mauri, convertido «en río internacional» en la reclamación de circunstancias del Canciller Gutiérrez—don Alberto Gutiérrez, el mayor de una familia en que todos los varones, desgraciadamente muertos, han formado una trinidad de cancilleres;—la lava o la lavaza periodística recalentada por el reivindicacionismo que creía fácil impresionar a un país tan largo, alto, tranquilo y socarrón como Chile; los meetings, los desfiles y la demanda coreada de «Antofagasta, Mejillones y otras regiones»...

Apesar de haber chocado valerosamente con las armas en las manos, Chile y el Altiplano, económicamente, son las regiones más vinculadas de la América.

No han faltado en Bolivia talentos serenos—Arce, Baptista, el mismo Pando, el mismo Montes—que hayan visto eso y el primero, defendiendo el Tratado de 1904, se preguntaba en una carta dirigida al Ministro de Relaciones Exteriores, don Claudio Pinilla, si yendo a lo jurídico, a lo argumentable en teoría, «no fué Chile quien tuvo en 1879 la razón ostensible?».

A mi vez, pienso con igual serenidad que es la política in-

terna, enturbiando y metiéndose en la política externa, la que ha impedido a Bolivia la ventajosa articulación de sus intereses con los nuestros.

El republicanismo hecho Gobierno, acentuó el distanciamiento, simulando que ignoraba que es muy aventurado agredir a Chile porque el diez por ciento de un país homogéneo con cinco millones de habitantes, es medio millón de soldados

—Todo el Oriente forma un lago de petróleo—me decía una vez el señor Saavedra en una de nuestras muchas conversaciones informales.—¿Ha pensado Chile—agregó—en lo que será Bolivia en cincuenta años más?

—Seguramente, señor Presidente... Y Bolivia, ha pensado en el camino que haremos nosotros en igual período?... En cincuenta años más, seguramente, ya fabricaremos nuestras naves de guerra y con un cañonazo disparado en Arica tal vez podremos encender esos lagos de petróleo de que me habla S. E.

No es la amenaza literaria la que procede: en cambio, lo único capaz de orientar útilmente en esta materia es la comprensión exacta de la ligazón que existe entre el interés de Bolivia y el interés chileno.

Chile, Perú, Bolivia, que son vecinos y cuya producción es diversa, se completan mutuamente, indicando su contextura geográfica la conveniencia y la oportunidad de las articulaciones económicas.

Convencido de la mutua utilidad de armonizar intereses, traté durante toda la primera parte de mi gestión—1920 y 1921—de atenuar las dificultades que se sucedían a diario.

Creía haber cumplido mi deber y me alejaba momentáneamente como quien ha tenido que luchar hasta con la misma

muerte, la cual había alcanzado a tomar entre sus brazos a mi mujer.

Es un error creer que es la lucha la que desgasta. Según, desde luego, de qué luchas se trate.

Es lo pequeño lo que realmente hace miserable la vida.

Había tratado de ser útil en momentos exteriores difíciles, dominando las impulsividades que me atribuyen—lo que cuento por si me lee la gente moza—que me atribuyen los que no saben que he aprendido a pensar mucho cuando lo que tengo entre las manos es algo del país y no mío.

Volvía contento porque bajaba desde cuatro mil metros de altura con un poco más de experiencia, que suele valer tanto como el talento. Además, traía para publicar un libro llamado «*Como si fuera ayer!*», del cual es éste la segunda parte.

Se me hizo una justicia generosamente amplia y muerto el distinguido señor Joacham Varas, el Gobierno pasó al Senado—cuya mayoría le era rudamente hostil—el mensaje en que se pedía la autorización para nombrarme Ministro Plenipotenciario en Bolivia.

Tenía la seguridad—acaso un poco impertinente y que bien podía tomarse como un resto de ingenuidad o de inexperiencia—de que dicho mensaje sería despachado favorablemente y una tarde, al regresar a mi casa, supe que había estado el Senador Bulnes, el cual me dejó estas líneas sobre la misma mesa en que yo había redactado anticipadamente en 1912 la defunción parlamentaria:

«Mi amigo: Yo tenía buen ojo cuando le dije que su nombramiento no tendría oposición. Tuvo la unanimidad de los senadores. Lo felicito muy cordialmente y me felicito yo mismo de po-

derle decir—al fin—Excelentísimo Señor. Su amigo, *Gonzalo Bulnes*. Marzo 30».

Hizo eco gratísimo a mi designación toda la prensa y me sentí profundamente satisfecho: he ahí, pensaba, una carrera en que no hay política ni habilidades sino esfuerzo—lo que también creo del caso contar, por sí, como digo, pudiera serle útil a la gente moza.

Y como la justicia también debe agradecerse por ser hombres los que suelen hacerla, agradezco profundamente que en tiempos exclusivamente políticos, se permitiera *llegar* a un apolítico.

Días después apareció «*Como si fuera ayer!*».

Había tenido la precaución de pedir al editor que retardara algunos días la salida de ese libro porque, al condenar la revolución de 1891, el autor daba a Balmaceda proyecciones de gran figura. En efecto, fué uno de los primeros hombres de Estado que vió el fracaso mundial del parlamentarismo.

Todo autor escribe un libro para todos. «Santa Colonia» fué para unos pocos; «*Cómo si fuera ayer!*» fué para todos y su aparición produjo algo, que si no fué una ovación, lo parecía.

El Presidente de la República, convertido a la doctrina de los gobiernos de Ejecutivo, embestía en esos momentos contra el Senado.

Yo estaba en todo de acuerdo con el señor Presidente porque atacaba rudamente el parlamentarismo, cuyos graves inconvenientes tuvo necesariamente que palpar una vez en el poder.

Le envié mi nuevo libro y leyendo las páginas en que ahí cuento los últimos días de la tragedia de 1891, se emocionó profundamente, lo que supe al día siguiente, referido por dos testigos: mis amigos Carlos Henríquez y Rafael Maluenda, gran pluma.

Al acusarme recibo de «*Cómo si fuera ayer!*» me decía el Presidente:

«Reciba mis calurosas y sinceras felicitaciones por un libro que honra tan altamente a su autor como al país. Leyendo las páginas que Ud. dedica a los recuerdos históricos del año 91, me ha hecho Ud. sentir una de las impresiones más hondas y profundas de mi vida. Es Ud un gran artista, mi querido amigo, los puntos de su pluma se convierten en el buril que esculpe y da vida y movimiento a hechos históricos que se sienten, que se tocan y con los cuales uno convive. Sus páginas dejan en nuestra literatura nacional un surco imperecedero y ocupan un lugar de honor y de victoria. Ha trazado Ud. también un evangelio que servirá de norma y guía a todos los jefes de Estado de esta querida República, cuando por una razón u otra, puedan ver amenazada su dignidad de mandatarios o de hombres».

# LIII

## Adiós supremo

En las páginas que en «*Cómo si fuera ayer!*» dediqué al Presidente Balmaceda, faltó, porque no la tenía entonces, la carta en que el grande hombre se despide de la compañera de su vida.

Antes de copiarla, quiero hacer una rectificación importante al decreto de dimisión del Presidente: las publicaciones hechas hasta ahora, han mezclado el último considerando con la parte dispositiva, comiéndose frases enteras.

El verdadero decreto es el siguiente:

«Santiago, 29 de Agosto de 1891.
Considerando:

Que al resistir la revolución en armas iniciada por la escuadra el 7 de Enero último, he cumplido el deber elemental de mantener el principio de autoridad sin el cual no hay gobierno posible;

Que mi patriotismo y deberes de chileno han puesto límites a mis esfuerzos, pues no cumple a un gobernante honrado prolongar una lucha que no puede mantenerse con espectativa razonable de éxito;

Que no habiendo sido favorable a la causa que sostengo la suerte de las armas en la última batalla de Valparaíso, he resuelto por mi parte poner término a una contienda que tanto menoscaba el crédito de la República;

Que el ciudadano general de división, señor Manuel Baquedano, reune por sus servicios y civismo condiciones excepcionales de confianza de todos los chilenos para salvar al país de las desgracias que le afligen y para poner término patriótico y decoroso a la contienda;

Vengo en deponer el mando supremo en la persona del general de división señor don Manuel Baquedano, encargando, en consecuencia, a todos los jefes, oficiales y soldados, y a los intendentes y gobernadores y demás funcionarios que le presten el debido acatamiento y obediencia.

Publíquese y comuníquese por telégrafo.—J. M. Balmaceda.—*Manuel A. Zañartu*» (*).

A su vez, la carta en que el Presidente se despide de su esposa, tiene la grandeza moral de las tragedias clásicas.

No ha sido publicada hasta ahora y seguramente es el último documento salido de su pluma, que se deslizaba ya serenamente ante la muerte.

No hay en ella un solo grito de odio. Ni aún de queja.

Es la voluntad del varón fuerte del Evangelio y es una suerte que todos los chilenos puedan conocerla ahora.

Probablemente fué escrita sólo momentos antes del sacrificio, cuando todo estaba dispuesto para el viaje supremo.

---

(*) Papeles de don Luis A. Vergara.

Es el 18 de Septiembre de 1891, último día del período constitucional del Presidente y último día de su vida.

Estaba terminado su Testamento político.

También estaban escritas ya las cartas en que se despedía de su madre, de sus hermanos, del Ministro argentino que lo había asilado, del señor Arrieta, de don Eusebio Lillo.

Todo eso se hallaba ya ordenado sobre su pobre y pequeña mesa.

Faltaban sólo las instrucciones íntimas a la compañera de la próspera como de la adversa fortuna.

Todavía ardía una luz en esa pieza; pero empieza a clarear el nuevo día, el último de su existencia, que nunca fué una jornada alegre y fácil, sino faena ejemplar:

«Santiago, 18 de Septiembre de 1891.

Mi querida Emilia:

Hoy ha expirado el mandato constitucional que recibí de mis conciudadanos en 1886.

He debido meditar lo que haría en adelante.

No puedo permanecer más tiempo en este asilo sin comprometer a los dueños de casa que tan bondadosos han sido conmigo. Si llegara a saber, lo que no es improbable, podrían mis distinguidos amparadores ser objeto de vejaciones y desgracias que debo absolutamente evitar.

No imperan la Constitución ni las leyes.

Se han apoderado del Gobierno; todo está en paz; hablan de que han peleado por el régimen constitucional y sólo impera la arbitrariedad.

Tenía dos caminos que tomar.

O la evasión o presentarme a la Junta para ser juzgado

constitucionalmente. Lo primero repugna a mi dignidad y antecedentes, y puedo exponerme al ridículo y al fracaso con las vejaciones que necesito a todo trance evitar. Lo segundo lo he tenido acordado; pero cuando he visto la persecución universal y que a mi se pretende llevarme a la justicia común cuando sólo puedo ser juzgado por el Senado, he desistido de exponerme a humillaciones de parte de los que han triunfado por la fuerza y la violencia.

Tengo el convencimiento de que se persigue a los senadores, diputados y poder judicial, municipios, ejército, amigos etc por lo que mis enemigos me odian o me temen.

No pudiendo hacer nada por ellos, en este desquiciamiento general, quiero ofrecerles lo único que puedo ya darles y que los librará en parte de las persecuciones de que son víctimas: el sacrificio de mi persona.

Mi consagración a la vida pública me ha hecho sacrificar en gran parte mis intereses. Necesito ahora ofrecerles a Uds. el sacrificio de mi persona porque así no podrán arrebatarles la fortuna que nos resta y de que Uds. tanto necesitan.

El desenlace que doy a la situación suspende todo derecho de acusación. Ya no puedo ser acusado ante ningún tribunal. No pudiendo ser condenado, no se puede dentro de la Constitución ni del Código Penal deducir acciones contra mis bienes, que tanto codician para dejar a mis hijos inocentes en la miseria.

Evito así acusaciones malignas, vejaciones que pueden llegar a mi familia. Estos mis enemigos están ebrios de venganza.

Procedo tranquilamente y con la satisfacción de que mi sacrificio salvará el bienestar futuro de mis hijos.

La banda que me obsequió mi madre con la estrella de brillantes dála a mi hija Elisa. La que tiene Silva a mi hijo Enrique.

Paga la que mandé hacer a Silva y guárdala para obsequiarla a algún futuro Presidente, si es un amigo el que fuere elegido. La banda con escudo de oro en el pecho consérvala tú.

Envía a Jorge Montt la estrella de oro esmaltada que los Presidentes conservan desde O'Higgins.

Recoge de la Moneda todos los objetos de arte y cosas que te pertenecen.

Obsequia siempre al señor Uriburu y su señora. Quiero que mientras tu vivas ellos reciban mi reconocimiento.

Si la sirvienta Rufina Lagos que me ha servido en estos días singulares no se va a la Argentina con el señor Uriburu, tómala tú. Es discreta, capaz e inteligente y puedes confiarle tu casa. Págala debidamente. Si se fuere con el señor Uriburu, obséquiala todos los años porque me ha servido y se ha interesado por mí de modo que compromete mi reconocimiento.

Sirve siempre y acompaña a mi madre. A tu mamá dile que llevo en el corazón el recuerdo de los servicios que les ha hecho en estos días.

Dios les protegerá. El tiempo pasa veloz. Antes de mucho nos reuniremos todos en un mundo mejor que el que dejo en horas de odios y venganzas que cubro con el olvido y mi sacrificio.— J. M. Balmaceda».

Hace bien leer documentos que son un homenaje a los afectos y deberes más sagrados del hombre. Consejos, adioses, agradecimientos. También hay una orden en la carta que cierra esa vida ejemplar: manda obsequiar una de sus bandas «a algún futuro Presidente, si es amigo el que fuere elegido», es decir, si este profesaba la misma doctrina que él había caído defendiendo. Y tan segura estaba su clarividencia de hombre de Estado, que

esa doctrina se impondría de nuevo al buen sentido de sus compatriotas, que en su testamento político dice:

«Brazos más afortunados que los nuestros levantarán antes de mucho la misma bandera que acaba de caer despedazada y ensangrentada en los campos de Concón y Placilla».

Enrique Balmaceda, hijo mayor del Presidente, cumplió en 1927 ese encargo solemne, entregando al actual Jefe del Estado una de las bandas de su padre.

Ha quedado, pues, obedecida la orden dada en el mismo umbral del sacrificio.

Sólo merecen el nombre de eminentes, los hombres que producen o grandes ideas o grandes acontecimientos. Y como es evidente que el Presidente actual, al sacar al país del sistema político que lo empequeñecía y detenía, ha inaugurado un período de progreso que constituye el repudio definitivo del pesimismo y la desconfianza indígena, es evidente también que aquella orden, dada al morir ha quedado religiosa y superiormente cumplida.

# LIV

## De nuevo a Bolivia

Voy a volver a La Paz a presentar mis credenciales de Ministro Plenipotenciario.

Regreso en el «Orita», el barco que me había llevado por primera vez a Europa, cuando uno atraviesa el Atlántico con todo el «bello tesoro» a cuestas... Es el mismo barco blanco que me condujo cuando tenía treinta años.

Ahora a los cuarenta y siete, me dejaba en Antofagasta frente al cerrillaje de color penitenciario.

El mar levantaba una enorme ola trasparentada de luz y el «Orita», saturado de recuerdos, seguía su viaje. Volvía a Europa... Ah! cómo prenderse de la proa varonil del viejo barco en marcha; trepar a pulso por las cuerdas, las cadenas y el ancla y seguir con él...

Continuaba alejándose, tragando distancia.

Regreso de la playa a la ciudad y en vez de la ola iluminada y traslúcida, la vista se detiene acortada y disminuída por el cerrillaje color asno de carga.

Llueven las peloteras en la frontera; sigue sonando a reclamación el nombre del riacho sin fuerza suficiente con que arrastrar todas las notas a que había dado motivo su misesable cau-

dal de aguas infecundas... Sobreviene el incidente Chaparro, adicto militar a mi Legación, hijo y nieto de militares. Es un hombre joven que reune una serie de condiciones que rara vez se juntan: es una energía tranquila; es un estudioso enamorado de su hogar, de su mujer, de su chico, de sus libros, de sus trabajos.

Al llegar de nuevo a La Paz, me impongo que alrededor de mi designación para Plenipotenciario, se han formado dos partidos: uno quiere que se me reciba después de hacérseme esperar quince días y siempre que en el acto de la presentación de credenciales, se me aplique el mismo protocolo, sobrio y sin ceremonias pomposas, con que se recibe en Chile a los Plenipotenciarios.

El otro partido quiere, sencillamente, que no se me reciba porque cree que voy a meterme en la política interna de Bolivia.

Hago saber, oficiosamente y sin altisonancias, que no podría aceptar que para recibirme se hiciera un cambio *ad-hoc* en el Protocolo.

Soy recibido en la forma acostumbrada; me escoltan los lanceros que hacían temblar al periodista asustado y, al salir de la casa de Gobierno, ya oleado y sacramentado, es decir, oficialmente reconocido, la banda de los «Colorados», entona, no muy de buenas ganas el Himno chileno.

Mi discurso fué amistoso, como toda mi misión, y el Presidente contestó en forma muy correcta y protocolar. Yo veía en el señor Saavedra a un intelectual y lo mismo veía él en mí, lo que ayudó mucho a que existiera entre nosotros cierta cordialidad a pesar de la aspereza constante de la situación.

Inmediatamente después de la presentación de credenciales, empiezo a recibir una copiosa correspondencia anónima de la cual conservo uno que otro ejemplar, ya que no es posible ar-

chivar sólo lo grato porque ésto sería como falsificar la vida, que como ya hemos dicho, es una mezcla endiablada.

Se trata de una carta fechada en Potosí, que copio sin odiosidad alguna y como mera anécdota. Además, en ella se me dan instrucciones y se me hacen advertencias bastante precisas:

«Ahora al ser nombrado Ministro tratará usted de portarse mejor que antes y ser imparcial, manteniéndose ajeno a nuestras contiendas políticas. Mientras así cumpla su cometido, no habrá novedad, pero si otra vez se mezcla en nuestros asuntos nacionales, que a usted nada le importan, sabremos hacernos respetar, si es posible cancelando su vida. Queda usted notificado».

Me quedé, pues, haciendo todo lo que estaba de mi parte para no ser distinguido con una medida tan definitiva como la que recetaba la carta de Potosí. A propósito: el principal inconveniente que siempre les he hallado a los anónimos que se ha creído oportuno mandarme, es que uno no sabe dónde dirigir la contestación...

Es verdad que, como amplia compensación, también recibí cartas tan chispeantes y afectuosas como ésta:

«Mi querido *Géry*: Su triunfo es el de la perseverancia, el de la fe; el de la laboriosidad unida al patriotismo; el de la inteligencia unida al resuello... Reciba mi más cariñoso abrazo y deme usted la mano, no sólo para estrecharla efusivamente sino también para leerle la suerte: lo veo a usted Embajador!—*Alfredo Irarrázaval Zañartu*».

«La Industria», de Sucre, me zurró en una forma auténticamente altiplanesca:

«Para esa taifa de abanderados de la felonía, de la exigua talla moral de un Tejada Zorzano, un Elío, un Alvarado y otros, Rodríguez Mendoza podrá pasar por un diplomático de guante

blanco, *gentleman* sin tacha, caballero de pro e hidalgo pundonoroso; para los bolivianos que contemplamos indignados sus intrusiones criminales en la política interna del país, se nos presenta como un truhán, como un granuja enlevitado cuya canallería no llega a ocultar la bordada casaca de diplomático».

Esas cosas se deben recordar como curiosidad, como anotación de la temperatura exterior de un ambiente dado y, en seguida, arrojarse definitivamente a la alcantarilla.

En efecto, proseguí la segunda parte de mi gestión en Bolivia inspirándola, exactamente, en los mismos propósitos que habían inspirado mi actividad como Encargado de Negocios.

Sin embargo, siguieron brotando los *champignons* con forma de reclamaciones... Se me reclamaba airadamente porque mi Gobierno había vendido al Paraguay unas pocas docenas de los muchos rifles que, afortunadamente, hay aquí para cualquiera cosa que pueda ofrecerse.

Mi temperamento me lleva a entregarme por completo a la tarea que emprendo; pero conste que muchas veces durante mi gestión diplomática hubiera querido tirar la casaca debajo del ropero y venir a buscar un sitio con la cordillera al fondo en que meterme bien adentro con un Cristo muy español para meditar en la muerte y en la Raza.

Prosigo mi gestión y a mi alrededor se multiplican las incidencias: Jaimes Freyre, Ministro de Bolivia en Santiago, propone la revisión del Tratado de 1904 como condición *sine qua non* de la concurrencia de su país a la Quinta Conferencia Pan Americana, que ya iba a reunirse.

Y como tal vez piensa el poeta, y lo es en alto grado, que esa exigencia inadmisible—tomada en vista de la idea equivocada de que un país inasistente sería el fracaso de aquella asamblea—

se vería desde La Paz como algo que podría tomar una clara significación de política interna, parece halagar al señor Jaime Freyre la idea de romper relaciones con Chile, lo que, por cierto, no entraba en los propósitos del Presidente Saavedra, que no era hombre de hacerle a otros un juego que nadie le hizo a él, cuando se rifó la vida en la madrugada del 12 de Julio de 1920.

Poco después, la existencia melancólica de La Paz, era momentáneamente interrumpida por las músicas de viento; por los tumultos pintorescos; por las banderas inflamadas por la oratoria y las aclamaciones y, es claro, por los gritos aquellos de «Antofagasta, Mejillones y otras regiones»...: era el señor Jaime Freyre regresando triunfalmente.

Seguramente habría querido volver dejando rotas las relaciones diplomáticas con Chile; pero el señor Saavedra tal vez le vió el pelo, y, adivinando que bien podría tratarse de una maniobra política hecha desde el exterior hacia el interior, se lo tomó...

Visité al señor Jaime Freyre poco después de llegar.

Se mostró muy impresionado con la gran producción carbonífera chilena y la entrevista fué mutuamente cortés en la forma; pero un poco cortante y dura.

Designado Ministro en Quito, me preparo a partir de Bolivia y tan bien estaba mi salud, que tuve que asistir a una fiesta que con la concurrencia del Presidente de la República me ofrecía el Ministro de Relaciones Exteriores, con cuarenta grados de fiebre...

El Canciller don Román Paz, pronunció en esa ocasión un discurso importante:

«Quiero—dijo—y debo apartar de mi ánimo en esta ocasión, toda idea ingrata o reminiscencia de pasados diferendos, análogos

a aquellos de que está tejida la trama histórica de la mayor parte de los Estados, que el correr de los tiempos atenúa o hace desaparecer bajo la acción sedante de los intereses comunes y de las necesidades de la convivencia internacional».

. . . . . .

«Hace falta confortar los propósitos de paz y armonía, al influjo de las reflexiones morales, diré más bien, cristianas, que induzcan al olvido generoso de los agravios y al abrazo de fraternidad que hace fecunda las actividades y engrandece a las naciones».

. . . . . .

«Existen, evidentemente, intereses de tal naturaleza entre Chile y Bolivia, que ya me ocurrió decir otra vez, que constituyen un verdadero engranaje, cuyo desajuste, siquiera fuese ocasional, causa alarma y acarrearía seguramente perturbaciones económicas y aún sociales profundas, además de las políticas de incalculable transcendencia».

Hacía bastante tiempo que no hablaba así un hombre público boliviano y contesté cordialmente. Ojalá siempre fuera igual el lenguaje oficial de Bolivia.

# LV

## Cloroformo y cuchillo

Llego al Santiago «achonchonado» de aquél entonces—no había pavimentos, luz ni tráfico organizado—con una fiebre endiablada.—¿Alguna reivindicación interna?...

Entro en esta clase de intimidades patológicas sólo para darme el gustazo de recordar que no salí de Bolivia,—pudiendo haberlo hecho—con una fortuna sino con un abceso...

Menos mal que, comprendiendo que eso me iba a dar un mal rato, partí apresuradamente de La Paz, a fin de que el cuchillo del cirujano no me pillara a cuatro mil metros de altura, caso en que es muy factible que se hubiera producido la vacante por fallecimiento, lo que, naturalmente, habría sido muy deplorado por lo sensible.

En Santiago nos esperaban algunos amigos y, apesar de la fiebre, alcancé a oír que una Ministra guapísima decía al verme tan alicaído:—Este señor irá para el cementerio y no para Quito...

Tal vez.

Al lado afuera de la estación, o poco menos, me esperaba el carro de la Asistencia Pública que me llevó gentilmente a una Clínica, toda silencio, corrección, pulcritud. También tienen las Clínicas su Protocolo peculiar.

En la fuente del primer patio, tenía sus habitaciones un matrimonio de ranas bien avenidas y con aspecto de gente reposada y de buenas costumbres que, eso sí, sale a curiosear un poco cuando llega un nuevo cliente.

Siempre me ha inspirado una curiosidad morbosa una clínica en que todo es tan limpio, blanco, sin ruidos ni olores, que uno se pregunta insistentemente por dónde sacarán a los que salen con los pies para adelante.

Resuelvo informarme.

—¿Y por dónde salen los que aquí la largan?...

—¡Qué pregunta!... Aquí no se muere nadie, señor Ministro, y cuando algún doliente suele irse, es para no sufrir más, y se le saca por una puerta que sólo se abre para lo confidencial.

Al día siguiente, oigo ruido de pasos en una especie de corredor a que da mi pieza, y la silenciosa lentitud del pequeño desfile me hace comprender que se llevan a alguien para que el pobre no siga teniendo más disgustos.

Oportunamente, me rodea una serie de esos señores sonrientes y virginalmente vestidos de blanco... Me colocan en un carrito con algo de cuna y, por mi parte, murmuro con una voz muy del agrado de «Alone», quién no pierde ocasión de reprocharme la sonoridad de mi órgano vocal: que sea lo que Dios quiera...

Mi mujer se hace fuerte en la sala de operaciones; se adhiere al elegante carrito de ruedas de caucho que me ha conducido y uno de aquellos basiliscos me acerca a las narices un trapo embebido, no en algún perfume de Coty, sino de cloroformo que algún parentezco tiene como olor con el *wisky*... Trato de notar el momento de empezar a perder el conocimiento... Lo último que diviso es la cara amable, infantil, a pesar de las canas, del

doctor Vargas, que luego me acuchillará con sus manos prodigiosamente amigas y prodigiosamente livianas.

Nada, nada, nada... Sobreviene la desaparición absoluta de toda sensación... Menos mal, si así fuera la muerte; pero, por lo que a mi respecta, no las tengo todas conmigo con esas primeras noches de muerto, cuando empezamos a convertirnos en animada gusanera... ¿Y, si por una de esas cosas que suelen suceder, se volviera a la vida en ese instante? Se dan casos...

Al despertar, pregunto por la operación.

—Ya pasó—me dice mi mujer.

Permanezco un mes de quietud y apaciguante sociabilidad con las ranas del primer patio, las cuales ya me miran como a una persona de la familia, y aún cuando el cloroformo me deja sumido en una especie de grato sonambulismo, casi al salir de la Clínica, voy a saludar al Presidente, al cual encuentro hecho un león con el parlamentarismo. Dice a voces que él acabará con esa plaga y que ya verán los que le atajan todos sus proyectos en el Senado... Apruebo con todo el calor compatible con los restos del estupefaciente que, a lo que parece, se siente muy bien dentro de mí.

El Presidente conoce mi manera de pensar respecto del sistema que, por lo mismo que se caía solo. era necesario mandarlo demoler cuanto antes para que no se le cayera al país en la cabeza.

Me dice que casi no voy al Ecuador...

—Cómo que por poco dejo los huesos en Bolivia o salgo por la puerta confidencial de la Clínica...

—No; es que había pensado en que usted me acompañara en un Ministerio, formado por gente alejada de la política y cuya organización iba a encargar a don Guillermo Plummer.

Eso habría sido el término de mi carrera diplomática, cuya trayectoria era Madrid; pero llegado el caso de pedirme mi modesta colaboración, yo habría tenido que exponer que en cuanto a política interior, estaba convencido de que, por clarísima voluntad nacional, el régimen parlamentario había terminado, y que, en consecuencia, debía procederse, no a una campaña electoral, sino a la sustitución de ese régimen.

No hubo un ofrecimiento formal de parte del Presidente; pero mi respuesta, si el caso hubiera llegado no habría podido ser otra que esa, es decir, la única de acuerdo con mis ideas y con lo que en 1912 tuvimos entre manos con un grupo de jefes militares.

Con un sistema político no se concluye electoralmente—lo que iba a verse muy luego—porque una vez hecha la mayoría elegida para cambiarlo, aparecen en ella las lentitudes, las divisiones, las controversias: un mal régimen constitucional no se confiesa jamás responsable de nada malo; se resiste, aferrado a lo que llama legal; culpa a otros elementos de lo que pasa; discute, grita, hace combinaciones y termina por salvarse momentáneamente; pero como no lleva en sí fuerza alguna de reacción, antes de mucho, se reagravarán todos sus errores. En una palabra, ese régimen podría corregirse temporalmente, aparentemente; pero no rectificarse, reaccionar a fondo, despojarse de sus facultades invasoras y desorganizadoras.

También habría tenido que exponer claramente mi criterio en cuanto a representación exterior, la cual, según mi corta experiencia, debe ser confiada a personas que, sobre la base de su corrección ejemplar, posean una cultura general capaz de hacerse oír y leer con interés, agrado y utilidad: a la palabra y a la pluma, temen sólo los que no saben emplear ni una ni otra cosa, siendo

que la primera y la segunda son dentro de la vida actual, no sólo la palanca de Arquímedes, sino un nuevo e irresistible poder público.

Días después, el Presidente atravesaba el país, desde Santiago, cuartel general del parlamentarismo, al sur, sembrador, triguero y maderero, que vive para trabajar de sol a sol, y en todas partes estallaba una protesta, amenazante contra el régimen que tocaba a muerto.

Sin embargo nadie parecía comprender que lo que esas protestas pedían, no era elecciones, porque éstas podían tergiversar el deseo nacional, sino el término inmediato y sin apelación de ese régimen político.

¿Había seguridad alguna de que el Congreso próximo a elegirse se resolviera, una vez llegado el caso, a dejar de ser Gobierno?

He ahí otro hecho importante que los civiles no comprendieron o no pudieron ver.

A fines de Diciembre de 1923, el Presidente regresaba a Santiago y a su paso, cien o ciento cincuenta mil individuos atronaban el aire gritando ¡abajo el Congreso!

He ahí el fin del régimen triunfante en 1891 y cuya abrogación era plebiscitariamente pedida en esos instantes.

Próximo a marchar a la misión diplomática que se me había confiado en el Ecuador, yo observaba atentamente desde un carruaje.

No oí un solo grito que aclamara a éste o a aquél partido, a ésta o a aquella tendencia política. Resonaba, en cambio, ensordecedor, aplastante, unánime y sin fin un ¡abajo el Congreso! con resonancias de protesta y de castigo: eran todos los olvidos, todas las lentitudes, todas las acefalías de los últimos años, pi-

diendo la demolición inmediata del sistema que había dejado al país rezagado, impotente, abrumado de pesimismo, renunciando al porvenir.

De ahí a uno de esos dramáticos escarmientos populares, que hay el deber de evitar y de los cuales está llena la historia, no había más que un corto paso.

El Presidente, de pie en el carruaje abierto que lo conducía, clamaba contra el parlamentarismo con que la suerte había querido que se estrellara, él que fué años antes un devoto de dicho sistema.

Lo acompañaban los Ministros, uno solo de los cuales había sido adversario de la revolución congresista.

Nunca había presenciado yo un hecho más claro en su significación: sin querer apelar a las urnas, infamadas por el cohecho, el pueblo en masa pedía el término inmediato y sin ulterioridades del congresismo, o sea del «champañismo» de «Cuesta Arriba» mi libro del Centenario.

En 1890 y siendo un niño que comprendía por intuición, que antes que político, Balmaceda era un puritano y un patriota, me tocó verlo en Diciembre de 1890, al regresar de la inauguración del Dique militar de Talcahuano.

Entonces la popularidad, los vivas y las ovaciones delirantes eran para el Congreso, ya casi en la ante víspera de lanzarse a la lucha armada.

El Presidente, impasible dentro de su carruaje de Gobierno, observaba con fría severidad la avalancha que lo rodeaba, cubriéndolo de insultos y amenazas.

Descendió entonces uno de sus edecanes para encararse con aquella gente y acto continuo cae chorreando sangre, golpeado y pateado como un sayón.

Treinta y tantos años después, en Diciembre de 1923, las ideas eran otras y de aquella enorme manifestación condenatoria, sólo se escapa una voz, impresionante en su unanimidad, que era el anhelo común: ¡Abajo el Congreso!

El régimen había terminado por claro mandato popular; pero nadie lo comprendió así y se siguió un camino, aparentemente legal; pero largo, complicado y peligroso: el embrollo sin fin de las elecciones y las urnas, encopetadas de sufragios vilmente comprados a electores que no sabían lo que hacían al hacer con sus sufragios el mismo gesto innoble que quien pasa al agenciero sus pobres vestimentas de analfabeto.

No se comprendió el anhelo popular, el cual, cuando es claro y unánime, debe ser oído y obedecido sin trepidar.

# LVI

## Revolución

No estoy seguro—le dije al irme de nuevo a uno de los políticos de aquel entonces—de que antes de llegar a Guayaquil, esto no se venga abajo.

—Qué?...

—El sistema, el parlamentarismo.

Me miró como quien escucha a un extraviado y, golpeándome cariñosamente el hombro, me dijo: váyase tranquilo, mi amigo... Chile es un país legalista.

Me fuí, pero seguro de que los acontecimientos tardarían muy poco en producirse, como que en esos mismos momentos, según se decía, se preparaba para más adelante un movimiento de generales.

Para más adelante!... ¡Qué resuello! Si no esperaría tanto el el abceso político!

Sigo y llego a Quito, que me sorprende gratísimamente: es una ciudad castellana, metida bajo los cielos plateados que Velásquez captaba a las sierras del Guadarrama para que sirvieran de fondo a los cuadros en que aparecen galopando en sus jacas infladas Felipe IV o el adiposo Conde Duque.

Me creo en alguna de las ciudades de la Alta Castilla y, distancias guardadas, recuerdo a Valladolid.

En parte alguna de América—hablo de la del Sur—entró más hondamente la marca, la mano, la talla española, modeladora de pueblos.

Quito tiene templos y rincones en que perdura intacta—, y que sea por muchos años!—la Colonia: la iglesia de la Compañía, piedra varias veces centenaria, labrada, dorada y patinada; San Francisco, interiormente churriguera, tallada y lameada de oro; exteriormente, un muro escorialesco y un par de torres que han recibido más de un sacudón airado de los terremotos... De ellas decía Carlos V, que tantas onzas narigonas le iban costando, que ya las divisaba desde su Alcázar toledano.

La Cantuña, el Tejar... Ah! la España del vasto coloniaje silencioso.

En el ambiente arcaico no ensamblan bien las cosas de hoy y más de una vez me pareció ver, saliendo de San Agustín, con el rosario y la rapelera de oro y perlas entre las manos, a algún santurrón de la Colonia que mira al cielo, hace un puchero y apreta el paso para que no lo pesque el chaparrón cotidiano.

Quito es la ciudad de los claustros con frailes vestidos de blanco y con fuentes llenas de agua inmóvil para que en ella se miren el cielo, la luz y los pájaros... También hay en la noble ciudad muchos humilladeros, asaltados por las enredaderas de la Pasión.

Cada claustro es un nido de leyendas en que se trenzan la Colonia, la Emancipación, las cruentas luchas políticas.

En tiempos no muy litúrgicos, un respetable religioso se escapa en las noches por una ventana cerca de la cual hay un Crucificado de impresionante tamaño natural.

—Hasta cuando, padre Almeyda?

—Hasta la vuelta, Señor...

A corta distancia de la ciudad, hay un pequeño cerro con nombre mendicante, es decir seráfico: se llama el Panecillo y está lleno de cipreces de cuadro primitivo.

En ese ambiente suave en que la naturaleza produce de preferencia claveles para corridas y mantillas, abunda el ingenio picaresco y las pasiones se inflaman fácilmente: entonces cuidado! porque aparecen la locura o el drama, la ira impulsiva o el estallido sangriento.

Pasa una guapa. Es pequeña y fina; marcha con una soltura graciosa y arrogante a la vez; acorta el paso de sus pies diminutos, mira rápidamente hacia atrás porque sabe que alguien la sigue, entra santiguándose a la Cantuña y se hinca ante un altar lleno de rosas encarnadas a rezar un Padre Nuestro y un Ave María a un Cristo muy viejo y milagrero.

Ese ambiente tibio, olor a incienso y a flores, engendra amor, violencia, ingenio, sonrisas, imprecaciones y juramentos.

Estamos en una ciudad que seguramente tiene mucho que mostrar y contar a sus artistas, a sus tradicionalistas, a sus imagimeros—arte que todavía perdura, pegado a la madera olorosa en que se sigue tallando a gubia.

Se canta y se talla; se reza, se enamora, y a veces, se hacen revoluciones...

Todo es atildado y estilizado en la ciudad del Panecillo de nombre seráfico.

Hay casonas sevillanas con escudos nobiliarios, puestos como una condecoración real sobre el portón y es costumbre que los Arzobispos sean doctos historiadores, como Monseñor

González Suárez, o como el actual, autor de una historia de la familia de Santa Teresa en América.

Al día siguiente de llegar, me voy a visitar al Canciller, señor Ponce, que ahora acaba de morir y por el cual nos apresuramos a rezar una misa con Diego Dublé.

Como sintiendo desde lejos la fuerte seducción artística de Quito, había sido siempre, desde que tomé una pluma en la mano, buen amigo del Ecuador, así es que, cuando converso por primera vez con el señor Ponce, le digo que estoy cierto de no encontrar dificultades de ninguna especie y que, si alguna llegara a asomar, lo que no sucedería ni sucedió, todo lo contrario, me retiraría en el acto porque no es el papel de la diplomacia crear dificultades donde sólo puede existir la cordialidad.

Por lo demás, hay el deber de cultivar como una fuerza útil, práctica, necesaria, la amistad de todos los pueblos, máxime de los que, desiguales como situación geográfica, tienen muchas cosas que intercambiar.

Desgraciadamente apesar de ocupar zonas de producción diferentes, nuestros países continúan siendo los Estados desunidos de América, como dije en 1927 en la Universidad de Valladolid.

Total, que me encontraba en un ambiente y un pueblo amigos.

Pero ese ambiente de belleza, de gracia y de ingenio, todo lo cual es muy femenino, suele ensombrecerse con la tormenta política.

Un día, gobernando el Presidente Alfaro, estalla a tiros la revolución y el pueblo y el ejército rodean el antiguo palacio que da a la Plaza Mayor.

Alfaro fué siempre un leal amigo de Chile y nuestro Ministro,

Víctor Eastman, bizarro y elegante como un lord en la plenitud de su vida y su elegancia, corre al palacio amagado y saca al Presidente con el cual, a fin de asilarlo en la Legación, atraviesa entre el pueblo y los batallones enfurecidos con el viejo Alfaro, que había tenido la mano fuerte y que no había trepidado en hacer fusilar, cuando así lo creyó necesario.

La actitud del Ministro chileno es una página brillante, ilustrada por el valor y la hidalguía.

Al fin de muchos días de asilo, logra obtener un salvo--conducto y el Presidente sale refunfuñando al extranjero.

Meses después Alfaro, bravo y tenaz como el solo, vuelve a las andadas; regresa de improviso de Panamá, desembarca, se pone al frente de sus amigos en armas; encabeza una nueva revolución—fué revolucionario durante toda su vida—; es completamente derrotado por los generales Plaza y Andrade y lo llevan prisionero a Quito, donde antes de llegar, ya el pueblo encendía dos velas mortecinas a su retrato...

El populacho asalta la penitenciaría y la celda en que habían metido al prisionero; lo arrastra aún vivo y sobreviene aquella tragedia humeante de que, en realidad, nadie es responsable: los restos de los Alfaro, son quemados en el plazoletón llamado el Egido.

Alfaro era un valiente: murió dando cachiporrazos con su bastón de puño de oro macizo y diciendo, como Barbosa: «mátenme, perros»...

Años después, la pasión política, siempre candente en aquel ambiente tan amable, acusa a un caudillo, extraordinariamente interesante y local, de seguir gobernando desde sus tierras, donde se ha hecho patriarca y campesino de poncho lanudo, guarapón

que le corta la cara en dos partes con la sombra y recia barba de tigre bengalés.

Ha sido Presidente dos veces y aquél pueblo tan cordial que parece que nunca quebrara un plato, dice señalándolo con el dedo: elegido, reelegido y ... al Egido, es decir al campo sombrío en que fueron quemados los Alfaro.

También es un hombrón, muy de esas regiones.

Siendo Presidente, llega a su conocimiento que uno de sus edecanes se ha comprometido a matarlo como caiga, a cuchillo o a bala.

Esa misma tarde, sale a hacer su paseo habitual y le dice a dicho edecán que lo acompañe y que no se olvide de llevar revólver y puñal. El aludido se sorprende, palidece; pero no se atreve a decir nada.

Caminan en silencio; a veces, se adelanta algunos pasos y al volverse, clava al edecán con su mirada; llegan, por fin, y cuando están en el centro del paseo, el Presidente le dice a su ayudante, acercándose a él: estamos solos, cumpla su palabra y máteme...

Y para que la escena adquiera todo su sabor local, en ese momento estalla la música de truenos con escenografía de lluvia y rayos.

Se echa a llorar el aludido, niega, confiesa, vuelve a llorar, se contradice y, finalmente, se abraza del general, llamándolo su protector, su padre, su salvador...

—Bien—dice el general... No ha pasado nada entre nosotros. Volvamos

Y vuelven sin cambiar una palabra y en uno de los combates acaecidos algún tiempo después, el edecán aquel se hace matar

por el Presidente, cuya vista irónica y felina a la vez, lo había dominado para siempre.

En Septiembre de 1924, llega a Quito la Embajada Extraordinaria confiada a Irarrázaval Zañartu.

Misión alguna tuvo nunca una Embajadora igual.

El Embajador pronuncia un hermoso discurso en el acto de la presentación de sus credenciales: la verdad es que está como en los mejores tiempos de su talento, hecho a base de ingenio, que es una de las cosas más infalsificables porque son lo mejor del espíritu y de la persona misma.

Mientras Irarrázaval reconstituye el recuerdo afectuoso dejado en el Ecuador por su hermano Galo, la Embajadora, «Chicha», se conquista a la ciudad entera.

El señor Ponce, que todavía continuaba siendo Canciller. le dice un día que la mujer es la espina de la corona del hombre...

—Y el hombre—le contesta ella—es el clavo de la cruz de la mujer.

Irarrázaval me pide—gentileza de colegas y de gente de pluma—, que escriba la leyenda para la placa de bronce que iba a colocarse en el sitio mismo de la batalla emancipadora, antecedente inmediato de Ayacucho.

Escribo encantado:

«El Ejército de Chile presenta sus armas a los héroes caídos en este reducto sagrado».

Pero al fundir dicha placa, leen mal y en vez de reducto, ponen recinto... El escritor muere perseguido por los «patos» de imprenta o de... placa conmemorativa en este caso.

«Chicha» es obsequiada con magníficos papagallos que parecen o que son copia de aquellas enormes flores de plumas multicolores que Cristóbal Colón llevó a Isabel la Católica.

Al pasar por Río Janeiro varios años después, encuentro en nuestra Embajada a varios cacatúes, que había tenido el agrado de conocer en Quito, y que se hallan muy complacidos, como lo testificaba su locualidad habitual, en la playa de Botafogo.

Próximo el regreso de la Embajada, comíamos una noche en la intimidad.

En el momento de los postres, me pasan un telegrama.

Era del Director de «El Telégrafo», de Guayaquil y me anunciaba la revolución en Chile.

De tal manera que, como pensaba yo a fines de 1923, no había servido sino para empeorar las cosas la elección de un nuevo Congreso?

Ah!... Acababa de empujarse fuerte una puerta y el establecimiento entero—para no darle su verdadero nombre—se había venido abajo...

---

Arribo a acontecimientos que excluyen por completo la prisa de terminar luego: mutilarlos, a fin de abreviar, sería estropear su relación completa.

Estoy bastante documentado sobre esos acontecimientos que deseo tratar alguna vez extensamente, tarea que da materia muy interesante para otro libro, terminando éste, el cual, apesar del sacrificio despiadado que he hecho de muchas personas y escenas que querían incorporarse por la fuerza a la relación, se ha alargado demasiado.

El año 1924 cierra el período pesimista de nuestra historia.

Ahí comienza, por consiguiente, otra luz, otra perspectiva, formada por el vigoroso progreso material, social, educacional

a que se ha entrado y el cual está plasmando apresuradamente un nuevo programa, hecho a base de fe en el porvenir.

Termino, pues, este libro en la misma fecha en que comienza el optimismo, estimulante colectivo que empieza a transformar los viejos programas en vías de actualización.

Cuando me encerré a escribir este libro, hecho entre el 10 de Septiembre y el 10 de Diciembre de este año, estaba resuelto a traer a cuentas a algunos de aquellos señores del régimen pasado que en más de un momento se complacieron deteniendo mi carrera, siempre tan hostil a la antigua política, que, si de mi hubiera dependido, ya la habría estrellado violentamente en 1912.

Empezada la obra, comprendí rápidamente que hay libros que no pueden escribirse teniendo puesta una casaca que, por lo menos, por el momento, no quiere ser acusada de violenta ni de indiscreta

Guardo, pues, mis papeles en espera de su hora.

Me gusta pasionalmente mostrar una pluma templada por la pasión y disciplinada por la honradez de toda una vida, escalonada grado a grado, sin un solo salto de sapo... Una pluma es algo recio y noble, y, por consiguiente, sin ningún parecido con las delectaciones de la venganza o con los instrumentos de la tortura y, si Dios quiere, deseo mostrar siempre la mía en alto, hecha arma en que, al combatir, se agiten colores de gloria y de guerra.

Santiago, 10 de Diciembre de 1929.

FIN

# ALGUNOS JUICIOS SOBRE EL AUTOR

"*Gotas de Absintio*" es de la factura delicada y de la ligereza cruel de "*Gaspar de la nuit*", de Louis Bertrand.—E. Gómez Carrillo.

---

"Me complazco en afirmar que el autor de "*Ultima Esperanza*" posee las más brillantes prendas de escritor y de novelista: imaginación, sensibilidad, agudeza de ingenio y elegante facilidad de palabra".—Juan Valera: "*Apuntes para la Historia Literaria de España en los últimos años del siglo XIX*".

---

"En el capítulo V, págs. 64 y 65, de "*Vida Nueva*", hay una notación de estados psíquicos tan coloreada, si de colorido puede hablarse en descripciones de cosas tan desvaidas, que difícilmente encontraríamos nada mejor revolviendo novelas modernas".—Luis de Vargas: "*Hispania*".

---

"El estado de alma de su héroe—"*Vida Nueva*"—o mejor sus estados de alma, su decepción, su tentativa de regeneración y reforma, su decepción nueva y más amarga, interesan, resumen una situación moral a que quizá muy pocos de nuestros intelectuales—como hoy dicen—podrían considerarse entera y absolutamente ajenos". — José Enrique Rodó.

---

"Hay en este libro páginas verdaderamente hermosas—"*Vida Nueva*" —y es una interesante pintura de las costumbres santiaguinas. Me interesó mucho el reformador don Pedro Moral. Alguna analogía veo, en cuanto a tésis, entre su novela y "*L'Edutacion Sentimentale*", de Flaubert".—MIGUEL DE UNAMUNO.

---

"El escritor chileno ha sabido exprimir la poesía algo provincial del siglo XVIII, señorial y pintoresco, de la América española".—E. GÓMEZ DE BAQUERO. ,

---

"A través del recio nervio de la tragedia que sirve de fondo, vibra una nota tenue y exquisita en "*Santa Colonia*".—*Crítica literaria de "El Sol"*.

---

"Rodríguez Mendoza no precisa frases ditirámbicas cuando aparece una obra suya. Basta decir esto: que es suya para que quede hecho su mejor elogio".—*Crítica literaria del "Liberal"*, de Madrid.

---

"En los azares del pasar hojas, encuentro ideas y sentencias, que me turban e inquietan, que denuncian un recio carácter, una fuerte personalidad. La figura de Rubén Darío está trazada con rasgos maestros. Harían falta muchas columnas para juzgar este admirable libro—"*Remansos del Tiempo*".—ANTONIO DE HOYOS Y VINENT.

---

"Las líneas de psicología individual sólo sirven para dibujar cuadros sociológicos: en el conflicto de las almas se exterioriza la evolución de la sociedad, el avance del espíritu a través de la Humanidad. Los individuos se convierten en representantes de generaciones. Es en este aspecto de la obra que veo yo la mano del maestro, el sello de la grandiosidad que me arrastra a la admiración". — WILLIAM MANN, de la Universidad de Berlín.

# INDICE


| Capitulo | Pág |
|---|---|
| I.—Tarea reanudada | 3 |
| II.—¡Por dónde empezar! | 9 |
| III.—"La Tarde" | 18 |
| IV.—La Quimera | 28 |
| V.—El sueldo de las tiples | 31 |
| VI.—Ultima Esperanza | 36 |
| VII.—El Presidente se muere | 41 |
| VIII.—Novios alemanes y vecino español | 46 |
| IX.—Bartolomé Mitre | 51 |
| X.—Montinos y Saristas | 58 |
| XI.—Don Pedro | 62 |
| XII.—Tacna, "El Pacífico" y los relatos de don Pancho | 69 |
| XIII.—Opalos, ágatas y brillantes amarillos | 78 |
| XIV.—El Barón de Río Branco | 90 |
| XV.—"El Ferrocarril", de don Juan Pablo Urzúa | 95 |
| XVI.—Eusebio Lillo | 98 |
| XVII.—La sombra y la pléyade | 102 |
| XVIII.—Don Galvarino | 110 |
| XIX.—Pedro Antonio González, el poeta | 121 |
| XX.—Robinet | 126 |
| XXI.—El ambiente | 133 |
| XXII.—Mi primer París | 138 |
| XXIII.—Il vero Chianti | 144 |
| XXIV.—Madrid galdosiano | 157 |

| Capítulo | Pág. |
|---|---|
| XXV.—Tierras de prodigio | 177 |
| XXVI.—Manuel, mi hermano | 193 |
| XXVII.—Antimonía entre el parlamentarismo y las instituciones armadas | 209 |
| XXVIII.—El suscrito y la Liga Militar | 228 |
| XXIX.—Siguen las conversaciones | 235 |
| XXX.—Chile y el hinterland continental | 241 |
| XXXI.—El parlamentarismo amenazado | 248 |
| XXXII.—A Europa | 257 |
| XXXIII.—De Hamburgo a Buenos Aires | 269 |
| XXXIV.—En Buenos Aires | 272 |
| XXXV.—"Un país sin Gobierno no puede luchar con otro que lo tenga" | 287 |
| XXXVI.—Delicias diplomáticas | 290 |
| XXXVII.—Un pedazo de campo santo | 293 |
| XXXVIII.—"La Nación" | 300 |
| XXXIX.—"Santa Colonia" | 308 |
| XL.—El fantasma ruso | 314 |
| XLI.—Vuelta a la carrera | 323 |
| XLII.—En la altura | 330 |
| XLIII.—Lo español y lo autóctono | 336 |
| XLIV.—Lo mejor y lo peor de la raza | 339 |
| XLV.—La misión Bello Codesido | 346 |
| XLVI.—El Illimani en la noche | 352 |
| XLVII.—La Revolución | 360 |
| XLVIII.—El Presidente derrocado | 373 |
| XLIX.—Las patas de la sota | 383 |
| L.—Match de fondo | 389 |
| LI.—De nuevo la proximidad de la muerte | 396 |
| LII.—El Excmo. señor Ministro Plenipotenciario en La Paz | 406 |
| LIII.—Adiós supremo | 412 |
| LIV.—De nuevo a Bolivia | 418 |
| LV.—Cloroformo y cuchillo | 424 |
| LVI.—Revolución | 431 |

# DEL MISMO AUTOR

**Gotas de absintio.** Cuentos. Prólogo de Ruben Darío.
**Ultima Esperanza.** Novela. Ediciones en Santiago y Roma
**Ultimos días de la administración Balmaceda.**
**Carlos Dublé.** Episodio nacional.
**1879.** Reminiscencias históricas.
**La Cuestión del Norte.** Política exterior.
**Vida Nueva.** Ediciones en Santiago y Madrid.
**Días Romanos.** Edición de Barcelona.
**Cuesta Arriba.** Edición en París.
**Rumbos y Orientaciones.**
**Santa Colonia.** Ediciones en Santiago y Madrid
**Una página de Historia Diplomática.**
**En Horas de Inquietud.**
**Como si fuera ayer!...**
**Remansos del Tiempo.** Edición de Madrid